

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 29
Abril-Junio 2013

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Aislamiento existencial en la mirada de 'La muñeca hinchable' de Javier Tomeo, por Francisco Javier Higuero

Carlos Onetti... cada día escribe mejor, por Maximiliano Linares

Circularidad y ruptura en 'La rambla paralela' de Fernando Vallejo, por María Pía Pasetti

• Relato

Mare Tenebrum, por Carlos Montuenga

Harvey Keitel, por David Bombai

Dos relatos, por Zakarías Zafra Fernández

Una buena idea, por Cristian Bertolo

Sinatra, por María Dubón

El armario y los cuernos, por Amparo Arróspide

La piedra número trece, por Luis Miguel Rubio Domingo

La espada del samurai, por Jimena Tierra

La mujer que tenía alas, por José I. Alonso

La colina, por Cristina Davó Rubí

Una historia increíble, por Carlos Aymí

Quitar el rastro, por Patricia Nasello

Relatos, por Miriam Márquez

Colección, por Luis Topogenario

Detalles, por Rosa Lozano Durán

Día de mercado, por Paloma Hidalgo

Pendeja, por Axel Luchilin Krustofski

Despertar, por Alfonso María Dapena Cores

¿Los terroristas se confiesan?, por B. del Cerro

El veredicto, por Eva María Medina Moreno

Nada funciona, por David Lorenzo Cardiel

Soñar, por Ramón Zarragoitia

Una lágrima de cocodrilo, por Mari Carmen Moreno Mozo

La coartada perfecta, por Enrique García Díaz

• Narradores Víctor Montoya

• Aniversarios

50 años de Rayuela, por Pedro M. Domene

• Miradas

Dos novelas resucitadas: El silencio y La pérdida del centro, por Miguel Baquero

Las Memorias de Medardo Fraile, por José López Rueda

... Y la Catalonia cerró los ojos, por José Vaccaro Ruiz

Las rayas de Medardo Fraile, por José López Rueda

Escritores maniáticos, por Víctor Montoya

El arte de mostrar, por Marina Burana

Memorias y pensamientos de un editor: José María Gutiérrez de la Torre, por José López Rueda

• Reseñas

"El silencio" de José María Latorre, por Miguel Baquero

"La novela de un novelista malaleche" de Salvador Gutiérrez Solís, por María Dubón

"Objetos perdidos" de Miguel Baquero, por Marcos Frey

"La marca del meridiano" de Lorenzo Silva, por José Vaccaro Ruiz

"Polvo en los labios" de Montero Glez, por Esteban Gutiérrez Gómez

"Cabaret Pompeya" de Andreu Martín, por José Luis Muñoz

"Las leyes de la frontera" de Javier Cercas, por José Vaccaro Ruiz

"Las frutas de la luna" de Ángel Olgoso, por Carlos Manzano

"La puerta de bronce y otros relatos" de Raymond Chandler, por José Luis Muñoz

"Doctor Graesler" de Arthur Schnitzler, por José Luis Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra realidad cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 29

<i>Aislamiento existencial en la mirada de 'La muñeca hinchable' de Javier Tomeo</i> , por F. Javier Higuero	3
<i>Carlos Onetti... cada día escribe mejor</i> , por Maximiliano Linares	13
<i>Circularidad y ruptura en 'La rambla paralela' de Fernando Vallejo</i> , por María Pía Pasetti	19
<i>Mare Tenebrum</i> , por Carlos Montuenga	26
<i>Harvey Keitel</i> , por David Bombai	33
<i>Dos relatos</i> , por Zakarías Zafra Fernández	37
<i>Una buena idea</i> , por Cristian Bertolo	39
<i>Sinatra</i> , por María Dubón	41
<i>El armario y los cuernos</i> , por Amparo Arróspide	42
<i>La piedra número trece</i> , por L.M. Rubio Domingo	44
<i>La espada del samurai</i> , por Jimena Terra	47
<i>La mujer que tenía alas</i> , por José Ignacio Alonso	48
<i>La colina</i> , por Cristina Davó Rubí	57
<i>Una historia increíble</i> , por Carlos Aymí	60
<i>Quitar el rastro</i> , por Patricia Nasello	63
<i>Relatos</i> , por Miriam Márquez	65
<i>Colección</i> , por Luis Topogenario	68
<i>Detalles</i> , por Rosa Lozano Durán	71
<i>Día de mercado</i> , por Paloma Hidalgo	73
<i>Pendeja</i> , por Axel Luchilin Krustofski	75
<i>Despertar</i> , por Alfonso María Dapena Cores	80
<i>¿Los terroristas se confiesan?</i> , por B. del Cerro	83
<i>El veredicto</i> , por Eva María Medina Moreno	90
<i>Nada funciona</i> , por David Lorenzo Cardiel	94
<i>Sóñar</i> , por Ramón Zarragoitia	95
<i>Una lágrima de cocodrilo</i> , por M.C. Moreno Mozo	96
<i>La coartada perfecta</i> , por Enrique García Díaz	97
<i>Narradores</i> : Víctor Montoya	112
<i>Aniversarios</i> : 350 años de Rayuela, por P.M. Domene	118
<i>Dos novelas resucitadas: "El silencio" y "La pérdida del centro"</i> , por Miguel Baquero	121
<i>Las Memorias de Medardo Fraile</i> , por J. López Rueda	123
<i>...Y la Catalonia cerró los ojos</i> , por J. Vaccaro Ruiz	126
<i>Las rayas de Medardo Fraile</i> , por J. López Rueda	128
<i>Escritores maniáticos</i> , por Víctor Montoya	130
<i>El arte de mostrar</i> , por Marina Burana	132
<i>Memorias y pensamientos de un editor: José María Gutiérrez de la Torre</i> , por José López Rueda	134
<i>"El silencio" de José María Latorre</i> , por M. Baquero	136
<i>"La novela de un novelista malaleche" de Salvador Gutiérrez Solís</i> , por María Dubón	137
<i>"Objetos perdidos" de Miguel Baquero</i> , por M. Frey	138
<i>"La marca del meridiano" de Lorenzo Silva</i> , por José Vaccaro Ruiz	139
<i>"Polvo en los labios" de Montero Glez</i> , por Esteban Gutiérrez Gómez	140
<i>"Cabaret Pompeya" de Andreu Martín</i> , por José Luis Muñoz	141
<i>"Las leyes de la frontera" de Javier Cercas</i> , por José Vaccaro Ruiz	143
<i>"Las frutas de la luna" de Ángel Olgoso</i> , por Carlos Manzano	144
<i>"La puerta de bronce y otros relatos" de Raymond Chandler</i> , por José Luis Muñoz	145
<i>"Doctor Graesler" de Arthur Schnitzler</i> , por José Luis Muñoz	146
<i>Novedades editoriales</i>	147

AISLAMIENTO EXISTENCIAL EN *LA MIRADA DE LA MUÑECA HINCHABLE* DE JAVIER TOMELO

por Francisco Javier Higuero

La característica más notable de la narrativa de Javier Tomeo se encuentra constituida por un conjunto de motivos existencialistas que se repiten una y otra vez a lo largo de las correspondientes trayectorias diegéticas ejemplificadas en sus novelas. Los personajes que pueblan relatos de este escritor tales como *Los misterios de la Ópera*, *Napoleón VII* y *La patria de las hormigas* reflexionan, de determinadas maneras a ellos accesibles, sobre los avatares de sus propias existencias, llegando a un ensimismamiento reduccionista, absurdo y pronunciadamente alienador. Esto es lo que, con toda propiedad, le acaece al narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable*, cuyas presuntas señas de identidad resultan irrelevantes por completo para el desarrollo de los acontecimientos relatados. Teniendo en cuenta tal estado de ánimo propio del narrador en cuestión, las páginas que siguen se proponen como objetivo evidenciar la temática existencialista tratada en dicha novela de forma desafiadora e inquietante. Motivos que aparecían argumentados en *El mito de Sísifo* de Albert Camus o en novelas tan conocidas de este pensador como *El extranjero* y *La caída* se reiteran con persistencia inquietante a lo largo de lo relatado, con una cierta frialdad calculada, en *La mirada de la muñeca hinchable*. Aunque el narrador de esta novela es homodiegético y relata desde el tiempo presente, en donde se encuentra instalado, la pragmática del texto de dicha novela rezuma soledad distante, clausura existencial e incomunicación absurda, repleta de rasgos alienadores, de los que parece imposible desprenderse y menos aún liberarse satisfactoriamente.

Conviene precisar desde un primer momento que no sólo el contenido temático de la historia relatada en *La mirada de la muñeca hinchable* resulta intrascendente, sino que hasta el inicio del acto de narrar parece no encontrarse motivado por finalidad teleológica alguna. Esta apreciación crítica no es desdeñable, en absoluto, puesto que, aun evitando generalizaciones, se opone frontalmente a lo insinuado, con explicitéz, por Jean Paul Sartre en *Crítica de la razón dialéctica*, cuando insiste en la escasez como motor pasivo del proceso histórico. Según lo advertido en dicho escrito ensayístico, cualquier aventura humana no deja de ser una lucha encarnizada contra tal situación de indigencia, inaceptable desde perspectiva alguna. Sartre mantiene, sin disimulo ocultador, que todo proyecto se funda, en última instancia, en la superación de la escasez.¹ En *Líneas de fuga*, Juan Manuel Aragüés trata de aplicar, dentro de lo posible, el pensamiento de Sartre a contextualizaciones recientes, admitiendo, sin embargo, que la escasez continúa, siendo característica de una sociedad como la actual a la que se adjetiviza utilizando lo connotado semánticamente por el rótulo de la postmodernidad.² Aun desviándose tanto de los planteamientos procedentes de Sartre como de las presuposiciones conceptuales de Aragüés, la historia relatada en *La mirada de la muñeca hinchable* no tiene reparo alguno en iniciarse con una afirmación explícita del narrador homodiegético, al comienzo de la novela, cuando este personaje presume de haber recibido una herencia paterna lo suficientemente lucrativa como para poder vivir sin trabajar. Por consiguiente, nada de lo relatado por dicho narrador responde a proyecto alguno encaminado a salir de una insostenible escasez. Tal vez sea precisamente la holgura económica, considerada como punto de partida, la que sirva de inesquivable condi-

¹ Afirma Sartre en *Crítica de la razón dialéctica* que todos los antagonismos sociales se encuentran insertos y llegan a estar estructurados en una sociedad dada que define de por sí (al menos hasta cierto punto) los límites de la escasez para cada uno de los grupos que la constituyen y en el marco fundamental de la escasez colectiva (es decir, en una relación original de las fuerzas productoras con las relaciones de producción.)

² Lo argumentado de modo racionante en *Líneas de fuga* pertenece a una corriente de pensamiento insumiso que se evidencia en la cultura española de comienzos del siglo XXI, cuyas muestras más notables podrían hallarse integradas, a su vez, por escritos ensayísticos tales como *Muníciones para disidentes* de Tomás Ibáñez, *El siglo postmoderno* de Octavi Fullat y *El final del siglo posmoderno* de Juan Carlos Naveiro.

cionamiento existencial abocado a favorecer la soledad de un narrador repleto de rasgos alienantes, cada vez más insolidarios y absurdos. Resulta ser cierto que la herencia gozada por tal personaje, conocido, en un primer momento de la historia relatada, como Juan P y posteriormente como don Juan de la Parra y Follahondo, constituye la base económica facilitadora de un estilo de vida disfrutado al margen de cualquier tipo de actividad encaminada a la mera supervivencia. El padre del narrador homodiegético le había otorgado a éste los medios necesarios para no tener que preocuparse por asuntos financieros, pero no parece haberle dejado ninguna otra huella de una presencia ya desaparecida. Para expresarlo de modo algo diferente, el narrador homodiegético de la historia relatada en *La mirada de la muñeca hinchable* se encuentra arrojado a la intemperie existencial, al tiempo que sufre continuamente una soledad propensa a trascender el reduccionismo óptico del aislamiento frente a hechos determinados, para introducirse en el nivel radical de lo ontológico. Se precisa no perder de vista, a este respecto, que ha sido Martin Heidegger en *El ser y el tiempo* quien ha explicado con meticulosidad detallada la inesquivable diferencia entre el ámbito existencial de lo óptico y el de lo ontológico. Si el nivel de lo óptico responde a la experiencia inmediata en la que participan hechos verificables o seres determinados, al ámbito de lo ontológico pertenece la soledad del ser limitado radicalmente por la nada.³ Teniendo en cuenta dicha distinción, ya se está en condiciones de afirmar que el comportamiento del narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable* pudiera causar la impresión de que se desenvuelve en la superficialidad fáctica del ámbito óptico. De hecho, tal narrador se encuentra aislado, sin ser capaz de establecer ningún tipo de lazo relevante con los diversos personajes que, de una u otra forma, le rodean. Ahora bien, la soledad en cuestión no se reduce a un mero aislamiento de la existencia de dicho narrador frente a todo lo que no sea él mismo, sino que encuentra su punto de partida en la condición humana procedente del hecho de haber sido puesto en el mundo y dejado suelto, a su aire, sin ningún asentamiento acogedor.

Conforme se ha advertido, en *La mirada de la muñeca hinchable* la única referencia al padre del narrador se relaciona con el tema de la herencia recibida. Por otro lado, las alusiones a la madre no dejan de ser sino intentos fragmentarios y frustrados, algunos de ellos oníricos, encaminados a establecer una comunicación imposible con quien ya se hallaba inmersa en la irrealidad total de la muerte. Dicho personaje parece refugiarse, pues, en sueños focalizados en expresiones y gestos de su madre. Semejante comportamiento se debe en gran parte a la imposibilidad radical de encontrar nada que le satisfaga al narrador, haciéndole vencer la inevitable soledad ontológica. El contenido absurdo de tales sueños responde a parámetros psicoanalíticos parecidos a los estudiados por John Forrester en *The Seductions of Psychoanalysis* y «Dream Readers». Dichas aproximaciones se refieren al hecho constatable de que la mayoría de los relatos de sueños son expuestos por un narrador considerado, con propiedad, como homodiegético.⁴ Tal observación responde a lo que es susceptible de ser apreciado a lo largo de la trayectoria diegética de *La mirada de la muñeca hinchable*. Es la voz del mencionado narrador la única que se oye explícitamente al relatar discursivamente la historia en cuestión. A todo esto se precisa agregar que la soledad de este personaje cobra tal radicalidad que las referencias a su propia madre, ya inexistente, pueden ser calificadas de irreales y contribuyen a hacerle consciente del acoso inesquivable protagonizado por la nada. En este enfrentamiento vertiginoso con el no-ser, que se reitera una y otra vez en lo relatado por el narrador homodiegético, es donde se llega a apreciar el nivel ontológico de la existencia, nunca sustituido satisfactoriamente por los reduccionismos objetivizadores del nivel óptico. De hecho, lo relatado en *La mirada de la muñeca hinchable* parece trascender ese ámbito de lo óptico, para llegar al de lo ontológico, distan-

³ Para un mayor esclarecimiento de lo connotado semánticamente por la diferencia entre los respectivos ámbitos existenciales de lo óptico y lo ontológico en el pensamiento de Heidegger deberían consultarse los penetrantes comentarios expuestos por William Barrett en *Irrational Man* y Michael Gelven en *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"*.

⁴ Basándose en la apreciación crítica de que los sueños son relatados directamente por quien los ha padecido o experimentado, Jacques Derrida no tiene reparo alguno en afirmar, en *The Post Card. From Socrates to Freud and Beyond* que *The Interpretation of Dreams* de Sigmund Freud representa constituir un ejemplo de escritura autobiográfica.

ciándose así de lo esgrimido narrativamente en *La náusea* de Sartre, cuyo contenido existencial nunca logra superar por completo aquel nivel óntico.⁵

Conforme se está observando, la soledad ontológica de Juan P en la novela aquí estudiada se manifiesta, de múltiples formas, en la incomunicación que caracteriza a dicho personaje. No sólo en la historia narrada demuestra este personaje ser víctima de una incapacidad visceral para establecer algún tipo de nexo pragmático relevante, sino que hasta parece haber inventado un narratorio colectivo, de hecho inexistente, pero cuya función diegética pudiera consistir en desempeñar un papel enmascarador del absurdo monólogo llevado a cabo por tal narrador, intencionadamente aislado e insolidario hasta en circunstancias extremas. A tal incomunicación contribuye el hecho de que la mayoría de los personajes con los cuales se relaciona distantemente Juan P carecen de nombre, habiéndose refugiado en un alienador anonimato, inmerso en colectividades propensas a moverse con cierto ritmo geométrico, pero sin sentido satisfactorio alguno. Obsérvese, a este respecto, la siguiente clasificación realizada por el narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable*, cuando se dedica a ojear lo percible desde la ventana de su apartamento:

«Algunas veces paso de las chimeneas y prefiero contar la gente que pasa por la calle. Para hacerlo divertido divido a los peatones en cuatro categorías:

- A. Hombres que van de derecha a izquierda.
- B. Mujeres que van de derecha a izquierda.
- C. Hombres que van de izquierda a derecha.
- D. Mujeres que van de izquierda a derecha.» (Tomeo 2003: 9)

La impersonalidad anónima de lo que ve Juan P no sólo pone de relieve la distancia existente entre los personajes observados y el observador, sino también la total falta de la mínima comunicación. Por un lado Juan P no establece ningún lazo pragmático permanente con los personajes por él vistos. Desde otra perspectiva, conviene agregar que tales personajes viandantes, aun moviéndose con cierta simetría, automaticidad y al unísono, tampoco se comunican entre ellos. Lo único que parecen realizar es el susodicho movimiento geoméricamente intachable, aun sin encontrarse orientado hacia objetivo alguno. Acaso no esté fuera de sitio afirmar que tales personajes se hallan tan radicalmente solos como el propio narrador cuando deambula por numerosas calles de la ciudad, conocidas con nombres militares. El ritmo de los personajes que se desplazan con automatismo disciplinado acaso haya sido provocado como efecto de un entorno propenso a ser definido como ciudad, si se utilizaran determinados parámetros sociológicos. Tal territorio no necesariamente es coincidente con el espacio urbano. En *El animal público* y *Sociedades movedizas* Manuel Delgado defiende contundentemente la imposibilidad de identificar dicho espacio urbano con el territorio de la ciudad.⁶ Ambos entornos existenciales no sólo se hallan diferenciados, sino hasta contrapuestos y enfrentados. Dicho de otra forma, si la ciudad se construye con un gran asentamiento de edificaciones estables, habitado por una población numerosa y densa, el ámbito de lo urbano se incluye en un tipo de agrupación fluctuante. Se precisa matizar esta diferencia fundamental advirtiendo que lo implicado en el ámbito de lo urbano es precisamente la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación que se resiste una y otra vez a cualquier encuadramiento vertebrador. En tal espacio, pudiera en determinadas circunstancias detectarse un intento inalcanzable por establecer cierto orden definitivo. El entorno urbano no se encuentra estructurado en forma alguna, sino que es propenso a participar en un inédito y espontáneo proceso de desarrollo social, focalizado en torno al desentendimiento mutuo, o tal vez surgido a partir de relaciones efímeras, basadas en la apariencia, la percepción inmediata, el simulacro y hasta el propio disimulo.

⁵ Tanto la filosofía de Sartre como su producción literaria se hallan instaladas única y exclusivamente en el ámbito de lo óntico, tal y como lo ha puesto de relieve William Barrett en *What is Existentialism?, Time of Need y The Illusion of Technique*.

⁶ Los planteamientos teóricos esgrimidos por Delgado pudieran poseer en común ciertos aires de familia con las premisas y postulados de las que parte Manuel Castells en *Problemas de investigación en sociología urbana*. Sin embargo, Delgado es más radical que Castells, al interesarse en el estudio de comunidades pronunciadamente centralizadas, en donde no deja de sobresalir un sistema específico de jerarquías propensas a mantener determinadas relaciones y valores culturales.

En dichas circunstancias, el apresuramiento de todo aquello percibido como íntimo e intransferible parece brillar por su ausencia. Lo que de hecho favorece el predominio del espacio urbano es la diseminación de sociedades instantáneas, en algunas ocasiones microscópicas, que se producen entre habitantes inmersos en relaciones transitorias, construidas a partir de pautas repletas de un cierto enmascaramiento histriónico, las cuales a su vez se convierten en imprescindibles, debido a la espontaneidad irrefrenable que las caracteriza. Dichas asociaciones inopinadas irrumpen en el momento menos pensado y sus dispersos protagonistas son seres tal vez desconocidos, que parecen proteger su presunta identidad respecto a un mundo percibido en unos casos como potencialmente hostil, al tiempo que es visto como fuente de peligros para la identidad personal, en el caso de que ésta existiera.⁷ A tales personajes Delgado los denomina urbanitas, en el sentido no de habitantes de la ciudad, sino de practicantes de lo urbano y gran parte de sus acciones realizadas en los espacios en que se mueven consiste en insinuar quiénes son, de dónde vienen, a dónde se dirigen, a qué se dedican, cuál es su ocupación o su procedencia y qué pretenden o buscan. Detrás de este comportamiento se esconde una cierta vulnerabilidad, la cual todavía favorece más que los personajes viandantes del espacio urbano pasen gran parte de su tiempo -y en la medida en que es posible- escamoteando u ofreciendo indicios parciales o falsas pistas acerca de lo que pudiera ser interpretado como señas de una presunta identidad tal vez no factible. La desconfianza y necesidad de preservar a toda costa algo valorado como propio provoca un alejamiento social propenso a conducir a la clandestinidad en unos casos o al camuflaje en otros, llegando a adoptarse estrategias carnavalescas miméticas, que negocian insinceramente los términos de su copresencia, implementando también tácticas adecuadas a cada momento concreto.⁸ La vida urbana pudiera compararse, pues, a un gran baile de máscaras ciertamente, pero en el que, sin embargo, ningún disfraz aparece acabado por completo antes de su exhibición. Dichas máscaras, en efecto, se confeccionan por sus usuarios en función de los requisitos de cada situación específica, a partir de la correspondiente lógica coyuntural, en la que se combinan aproximaciones y distanciamientos respecto a los otros. A todo esto se precisa añadir que el comportamiento de los personajes viandantes insertos en el espacio urbano vendría a consistir en un juego cuya finalidad parece resolverse en establecer situaciones impredecibles e inéditas, en las que existe un fuerte componente de azar, ajeno a necesidad alguna y a determinaciones anticipadas.

Conforme ya se ha puesto de relieve, el espacio existencial por el que se mueve el narrador homodieético de *La mirada de la muñeca hinchable* responde, en gran parte, a la característica del territorio denominado ciudad a lo largo del discurso reflexionante argumentado en los mencionados escritos ensayísticos de Delgado. El hecho de que algunas colectividades de personajes vistos por Juan P se muevan con una disciplina rítmica, añadido a los nombres militares de numerosas calles y a la presencia explícita de la policía o de agentes de orden público, sugerida a través de los sonidos estrepitosos de las sirenas, implica una cierta planificación racional, imprescindible para el control ejercido por la ciudad. Conviene puntualizar, no obstante, que la mayoría de los actos ejecutados a lo largo de la trayectoria diegética relatada por el narrador de la novela aquí estudiada poseen una carga tan notable de irracionalidad existencial absurda que no resulta fuera de lugar su inclusión, con toda propiedad, en el ámbito desorganizado e impredecible del espacio urbano. No debe olvidarse, a este respecto, la condición de viandante y urbanita de Juan P, cuando deambula por las calles, avenidas y parques en una soledad ontológica acosada persistentemente por todo lo que le salga al encuentro de un modo u otro. Dicha actividad deambulatoria cotidiana es llevada a cabo por el mencionado narrador homodieético de *La mirada de la muñeca hinchable*, convertido en sujeto y víctima de una alienación existencial de la que no es capaz de desprenderse. El comportamiento de este personaje pudiera muy bien servir de ejemplo de lo expresado ensayísticamente por Carlos Gurméndez al estudiar diversas reacciones ante la experiencia acongojadora de un estado de enaje-

⁷ Tanto los planteamientos teóricos de Delgado como las estrategias narrativas evidenciadas en las novelas de Tomeo responden a una pragmática posmoderna del texto, en la que cualquier intento de propugnar una identidad esencialista, fija y definitiva, es cuestionada seriamente.

⁸ De acuerdo con lo advertido por Mikhail Bakhtin en *Rabelais and His World*, el carnaval puede poseer una dimensión subversiva contra el orden implacablemente establecido. Tal postura se evidenciaría en actitudes de protesta y contestación acusadoras.

nación ineludible y amenazante. En *La alienación humana, Estudios sobre el amor, Tratado de las pasiones, Breve discurso sobre el placer y la alegría, el dolor y la tristeza, El secreto de la alienación y la desalienación humana y Crítica de la pasión pura*, tal escritor se ha referido con todo lujo de detalles y conocimiento de causa a rasgos existenciales que encuadran con la caracterización otorgada al sujeto reflexionante convertido en narrador homodiegético de la historia relatada en *La mirada de la muñeca hinchable*.⁹ Cuando dicho personaje se halla en la calle, lo absurdo de la existencia parece impulsarle a tener que enfrentarse a diversas imágenes impredecibles y no previstas en modo alguno. La mínima observación de su entorno provoca en Juan P un desencadenamiento de especulaciones irracionales y de preguntas puramente retóricas, carentes de contestación adecuada alguna. De la siguiente forma expresa semejante estado de ánimo el narrador homodiegético al deambular por una ciudad y encontrarse repleto de pensamientos que connotan lo propiamente característico del espacio urbano:

«Sigo mi paseo por la Avenida Pentagonal, y cuando llego a la Plaza de la Armería me siento en uno de los bancos que instalaron hace un par de semanas frente al edificio de Correos. Los camiones amarillos de los carteros me hacen pensar en las cartas que no he recibido nunca. Luego pienso otra vez en los relojes-cangrejos. Tendría gracia que esta tarde, al volver a casa, fuese seis o siete horas más joven que esta mañana, y que cada día se repitiese el mismo prodigio. He leído novelas en las que se cuentan historias parecidas.

¿Por qué escriben los hombres cosas imposibles? ¿Lo hacen porque saben que jamás podrán verlas convertidas en realidad? ¿Por qué Torcuato sueña con sartenes y yo con hombres sin nariz? ¿Soñamos esas tonterías sólo para recordarnos que vivimos rodeados de misterios?» (Tomeo 2003: 44-45)

La actividad deambulatoria de Juan P no es la única que se lleva a cabo a lo largo de la trayectoria narrativa de *La mirada de la muñeca hinchable*. También se relata en esta novela una manifestación de ferroviarios que, aunque persistente, acaba extinguiéndose sin haber conseguido, al menos en apariencia, las retribuciones exigidas. El encuentro del narrador homodiegético con estos personajes, reivindicadores de lo que, para ellos, sería una causa justa, es meramente esporádico y ejemplifica uno de los múltiples encuentros fortuitos que se producen dentro del entorno urbano. Por otro lado, se precisa no olvidar que, aunque los movimientos de los manifestantes poseen una cierta disciplina comunitaria de grupo, no se encuentran tan anónimamente despersonalizados como los puestos de relieve por la colectividad de hombres y mujeres a la que aludía Juan P cuando miraba la calle desde la ventana de su apartamento. Las acciones deambulatorias de los mencionados ferroviarios al menos parecen perseguir la reivindicación de unos derechos laborales, mientras que los movimientos rítmicos y disciplinados de los integrantes anónimos en la agrupación vista por el narrador homodiegético desde su domicilio no ostentan poseer finalidad alguna que trascienda lo realizado en ese momento determinado del desplazamiento. No se deriva de lo expresado por Juan P que tales personajes deambulantes ejerzan la facultad de pensar ni tampoco que actúen por motivaciones individuales. Por otro lado, cuando deambula el propio narrador, aun siendo consciente de lo por él realizado y visto, tampoco demuestra interesarse por proyectar finalidad alguna sobre sus actos, que le haga superar lo absurdo de una existencia, ausente de horizonte semántico gratificador. La falta de proyecto evidenciada por la mayoría de los personajes que pueblan el itinerario diegético de *La mirada de la muñeca hinchable* implica una ejemplificación existencial de lo que Georges Bataille en *Inner Experience* denomina crítica radical a la modernidad ilustrada, basada ésta en la consecución de objetivos trazados de antemano.¹⁰ En lo concerniente a la novela aquí estudiada, se precisa advertir que ni los personajes integrados en la colectividad observada por el narrador homodiegético

⁹ A la hora de estudiar la temática de la enajenación en los escritos ensayísticos de Gurméndez, lo expuesto por José Luis L. Aranguren en "Corporeidad, sentidos y sentimientos" y Jacobo Muñoz en "Un ser en proceso (Nota sobre la antropología dialéctica de Carlos Gurméndez)" ofrece pautas valiosas, merecedoras de ser tenidas en cuenta.

¹⁰ Para un esclarecimiento adecuado de lo expuesto por Bataille cuando se opone visceralmente al concepto de proyecto, característico del discurso moderno, convendría consultar los estimulantes raciocinios desarrollados por Peter Tracey Connor en *Georges Bataille and the Mysticism of Sin* y Alexander Irwin en *Saints of the Impossible*.

desde la ventana de su apartamento, ni tampoco las acciones de éste, demuestran poseer proyecto alguno dirigido hacia meta previamente programada. Se podría objetar a este enjuiciamiento crítico afirmando que los ferroviarios involucrados en los movimientos de la manifestación aludida poseen, de hecho, un cierto proyecto de acción al reivindicar lo presuntamente considerado justo por ellos. Ahora bien, en la trayectoria narrativa de la novela aquí estudiada no se llega a especificar, de una u otra manera, cuáles son estas reivindicaciones, poniéndose énfasis, por el contrario, en el hecho de que paulatinamente cada vez son menos los participantes en la manifestación de ferroviarios, la cual acaba extinguiéndose, sin presentarse evidencia convincente de éxito laboral alguno. Tal movimiento reivindicador acaba, pues, por estar sometido al absurdo inapelable de una ausencia profunda de sentido existencial. Para decirlo de otro modo, ni el movimiento disciplinado de una colectividad de hombres y mujeres que se desplaza rítmicamente, ni el deambular esporádico y rutinario de Juan P por calles inhóspitas, ni las demostraciones reivindicativas de los ferroviarios conducen a la consecución de ningún objetivo. Todo esto contribuye a poner de relieve la futilidad de una existencia absurda, ante la que los proyectos impuestos por el discurso dominante de la modernidad resultan estériles e ineficaces.

El narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable* pudiera muy bien ser considerado como ejemplificación concreta de las consecuencias nefastas sufridas al implementarse las exigencias simulacrales de una modernidad progresivamente alienante y deshumanizadora. Tal juicio crítico ha sido expuesto, con rigor, acierto y precisión de términos, por Isabelle Reck en «Proceso comunicativo y comunicación espectral en la novelística de Javier Tomeo,» refiriéndose sobre todo a narraciones tan conocidas como *El cazador de leones*, *La ciudad de las palomas*, *El mayordomo miope*, *Patio de butacas* y *La agonía de Proserpina*, entre otras muchas del propio Tomeo que pudieran ser mencionadas a este respecto. Reck alude a lo argumentado por Marc Guillaume y Jean Baudrillard en *Figures de l'alterité*, cuando explica que la comunicación espectral se produce al prescindirse en parte de los recursos de control y de identificación habituales. Los personajes aparecen entonces, tal y como se evidencia a lo largo del itinerario diegético de *La mirada de la muñeca hinchable*, con una presunta identidad imprecisa o espectral, en unos casos, y con una identidad redoblada en otros, lo que acabará por disolverla. Tal espectralidad se manifiesta hasta en los juegos paranoicos de los personajes que se sienten espiados, sometidos a control, desde las situaciones de anonimato total hasta los entornos conversacionales llevados cara a cara. La pura presencia espectral, relacionada con la cultura deshumanizante del simulacro, adquiere corporeidad a través del discurso, a través de las interpelaciones procedentes de preguntas que no esperan respuestas ni reacciones. Tales circunstancias favorecen una especie de monopolización del acto lingüístico por un personaje. En el caso de la novela aquí estudiada, es Juan P el que, convertido en narrador homodiegético de lo por él relatado, impone su propia voz, permitiendo únicamente oír el eco de reverberaciones ajenas o de inevitables reminiscencias provenientes del discurso emitido por otros personajes de manera más o menos inoportuna. Así se llega a enfatizar el fracaso de la comunicación, convirtiéndola en un acto autorreflexivo que prescinde del interlocutor y lo espectraliza. Precisamente esto es lo que le acaece a Juan P cuando trata de interactuar con los presentadores de programas audiovisuales simulacrales, formulando, a su vez, juicios absurdos y descripciones irrelevantes o tal vez ocultadoras, conforme se evidencia en lo expresado por dicho narrador homodiegético en una de tantas noches transcurridas ante el televisor de su apartamento:

«Los del Canal Dos van a retransmitir por fin el concurso del baile. Acaba de anunciarlo el presentador calvo. Conozco a ese hombre y estoy seguro de que no me engaña. Cada noche, a las doce en punto, se disfraza de gnomo y lee un cuento de ogros y princesas para que los adultos se sientan un poco niños. Tiene la cara redonda y las mejillas sonrosadas, aunque bien podría ser que fuese cosa del maquillaje.» (Tomeo 2003: 71)

Las reacciones de Juan P ante lo que ve en la pantalla televisiva ponen de manifiesto el poder simulacral del discurso impuesto por la modernidad que llega a afectar hasta al propio sujeto humano, el cual queda reducido a una personalidad sin carácter, un yo vacío, la pura sustancia cerebral. El enajenamiento existencial producido como duplicación espectacular de la realidad a través de los instrumentos técnicos y mediales entraña la absoluta desvalorización de la propia autonomía y hasta de la subjetividad más íntima y personal, conforme lo ha expresado Eduardo Subirats en *La cultura*

como espectáculo.¹¹ No deja de poseer relevancia el hecho de que la crítica de Subirats a la cultura propia del ser simulacral no se reduce a constatar las consecuencias catastróficas de la eliminación del ser humano como sujeto de la historia, sino que también se extiende a poner de manifiesto la correlativa destrucción de los objetos. En el caso de lo relatado a lo largo del itinerario diegético de *La mirada de la muñeca hinchable*, se precisa no desdeñar que Juan P arroja violentamente de su propio apartamento no sólo a Dorotea, la muñeca muda con la que había intentado comunicarse una y otra vez, sino también hasta el mismo televisor que le acompañaba, ayudándole a matar, mediante representaciones simulacrales, el transcurso temporal, carente ya de sentido o de referencia semántica alguna. Tal vez el único instrumento no rechazado ostentoriamente por tal narrador sea el teléfono, convertido en significante de la irrupción producida por la realidad externa en el entorno herméutico de ese personaje encerrado en una soledad existencial ontológica tan profunda que impide cualquier contacto pragmático relevante. No debe perderse de vista, sin embargo, que, aunque el teléfono del apartamento de Juan P no haya sido destruido, al final del itinerario diegético de *La mirada de la muñeca hinchable* acaso quede reducido a una insignificancia desdeñable, ya que el amigo Torcuato, presunto interlocutor casi exclusivo de aquel narrador, se ha suicidado, impidiendo así hasta el menor indicio de comunicación espectral. En consecuencia, sin posibilidad fehaciente de establecer lazos pragmáticos con nadie, Juan P queda sumido en una soledad todavía más radical que la manifestada, con anterioridad, a lo largo de la historia relatada en la novela.

El estado de aislamiento casi completo en que desemboca la existencia del narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable* ya hacia el final de lo por él expuesto, utilizando un discurso lingüístico repleto de tiempos verbales en presente, viene a ser el resultado de tres caídas convertidas en reminiscencias intertextuales de lo relatado en *La caída* de Camus y *El viaje vertical* de Enrique Vila-Matas. Las dos primeras caídas repletas de relevancia semántica en la novela de Tomeo aquí estudiada son las de la muñeca Dorotea y la del televisor, objetos arrojados desde la ventana de su apartamento por Juan P. La tercera caída la protagoniza Torcuato, que se suicida precipitándose desde el séptimo piso de su domicilio al vacío de la calle. La reacción de dicho narrador ante el suicidio de su amigo posee rasgos parecidos a la de Jean-Baptiste Clamence cuando, en *La caída*, parece haber presenciado un tanto inesperadamente el desenlace fatídico de un personaje desconocido que se arrojó desde la altura de un puente al abismo inevitable, colocado debajo de tal espacio. En ambos casos, ni Juan P ni tampoco Clamence se detuvieron a ofrecer su ayuda desinteresada con el fin de amortiguar, dentro de lo posible, las tristes consecuencias de lo acaecido. Conviene puntualizar, no obstante, la conexión intertextual establecida entre los comportamientos respectivos de ambos personajes, afirmando que la indiferencia absurda y distante de Juan P es muy superior a la de Clamence, quien, en última instancia, no conocía de nada a la presunta víctima del suicidio aludido. En contraste con este desconocimiento comprensible, el narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable* había mantenido frecuentes interacciones pragmáticas con el suicidado Torcuato y, sin embargo, ante la presencia oculta de su cadáver, decide alejarse y proseguir con la rutina alienadora de su existencia cotidiana. De la siguiente forma relata Juan P la determinación tomada de alejarse inmisericordemente del lugar donde se encontraba el cadáver:

«Por debajo de la manta asoma un brazo. Para suicidarse se ha puesto el traje de paño verde. Quiso sentirse más joven en el último instante de su vida.

Muy bien, pienso.

No conozco a nadie de su familia. Hace tiempo me habló de un primo lejano que tocaba el trombón de varas en una banda municipal pero de eso hace ya varios años y puede que esté también en el otro barrio.

¹¹ Las reflexiones ensayísticas de Subirats se colocan dentro de una línea de pensamiento español contemporáneo interesado por aproximarse, desde diversos ángulos conceptuales y fenomenológicos, a la identidad personal amenazada, según se ha puesto de relieve a lo largo de la producción literaria de Miguel de Unamuno, lo mismo que en las disquisiciones filosóficas de José Luis L. Aranguren o en la línea argumentativa utilizada por Carlos Thiebaut en *Historia del nombrar*.

Aquí no puedo hacer nada. Ni siquiera tengo ganas de llorar. Doy media vuelta y voy directamente a Casa Leonor. Me siento en la mesa de siempre y le digo al maître que voy a comer solo.» (Tomeo 2003: 160)

El estado existencial de soledad ontológica en que se encuentra sumido Juan P al final del itinerario diegético de *La mirada de la muñeca hinchable* ha sido en gran parte buscado intencionadamente por él mismo, pues tal personaje se había desprendido de la muñeca Dorotea y del televisor, objetos transformados en su única compañía doméstica, sin haber hecho nada, por otra parte, para evitar el suicidio de Torcuato, a pesar de los abundantes síntomas de angustia profunda y depresión crónica por él insinuados una y otra vez. Parece que el desprendimiento provocado por el propio Juan P, al arrojar al vacío la muñeca y el televisor, se hubiera convertido en mención avanzada del suicidio no impedido y ejecutado al final de la historia relatada en la novela aquí estudiada.¹² Por otro lado, conviene no olvidar que el horizonte absurdo del vacío como realidad inesquivable de la existencia ya aparecía también en lo expuesto por un narrador homodiegético tal vez no fiable en *El viaje vertical*, novela de Vila-Matas caracterizada por la presentación de persistentes imágenes de caída, convertidas en significantes connotadores de una cierta pragmática de texto orientada hacia un nihilismo que parece inevitable.¹³ La reiterada insistencia en el deslizamiento dirigido a abismos sin fondo, que se insinúa de múltiples formas en tal relato pudiera muy bien ser leída como una huella intertextual de lo desarrollado con mayor carga de alienación deshumanizante en *La mirada de la muñeca hinchable*. Se precisa advertir que el comportamiento de Federico Mayol inserto en la historia relatada de *El viaje vertical* todavía demuestra poseer un cierto afecto indiscutible hacia sus allegados más próximos, que se encuentra ausente por completo en las acciones y palabras pronunciadas por Juan P, quien, después de haberse negado a impedir el suicidio de Torcuato, abandona su cadáver, sin mostrar el menor interés por notificar a los familiares del malogrado personaje lo acaecido.¹⁴

A la hora de resumir brevemente lo que precede, conviene poner de relieve una vez más la temática existencialista tratada y vivida desde diversas perspectivas por el narrador homodiegético de *La mirada de la muñeca hinchable*, novela convertida en una de las muestras más fehacientes de la producción literaria de Tomeo. En dicho relato, la existencia de Juan P no posee finalidad teleológica alguna y se encuentra arrojada a una soledad óptica propensa a convertirse en ontológica a medida que progresa el desarrollo de los acontecimientos aludidos por dicho personaje, repleto de una profunda e ineludible alienación absurda. Es cierto que la soledad de Juan P se deja sentir desde el momento que tal narrador homodiegético inicia su monólogo verbal. Ahora bien, semejante aislamiento al principio parece poseer rasgos meramente ópticos, compensados por la relación establecida con objetos simulacrales, tal y como pudieran ser la muñeca Dorotea o el televisor. Cuando Juan P se desprende de estos objetos y presuntamente sufre la desaparición suicida de su amigo Torcuato, se llega a un nivel ontológico de tal envergadura que la soledad impuesta por la fuerza de los hechos consumados pudiera muy bien ser considerada como total. Para decirlo de otro modo, Juan P llega al final de la trayectoria narrativa de *La mirada de la muñeca hinchable* en un estado de abatimiento existencial, cuyo único horizonte no resulta ser otro que el acoso de la nada, frente al que no se encuentra salida posible. El comportamiento y los raciocinios de este personaje, expresados de un modo u otro, responden, en consecuencia, a múltiples motivos desarrollados en la literatura

¹² La mención avanzada se limita a insinuar, de forma más o menos velada, lo que acaecerá con cierta posteridad en el discurso diegético del relato. En consecuencia, dicha estrategia textual no puede ser considerada como prolepsis, ya que ésta, según lo expuesto por Scholomith Rimmon-Kenan en *Narrative Fiction. Contemporary Poetics*, no resulta ser sino una anticipación a nivel discursivo respecto a hechos de la historia que tendrán lugar más tarde.

¹³ *El viaje vertical* es una narración estructurada en torno a proyecciones existenciales absurdas repletas de tintes sombríos, detectados ya en *Extraña forma de vida*, novela también del propio Vila-Matas.

¹⁴ En *The Savage God. A Study of Suicide*, A. Álvarez analiza varios textos literarios intentando evidenciar el tratamiento cultural otorgado al suicidio en diversas épocas. Todavía está por hacerse un estudio semejante al de Álvarez, focalizado en tal temática, conforme aparece ejemplificada en muestras tan significativas de la narrativa española contemporánea como pudieran ser lo relatado en las novelas *La señorita Medina* de Adelaida García Morales, *Tiernos y traidores* de Susana Fortes y *Los lobeznos* de José Jiménez Lozano.

existencialista de Unamuno, Camus, Sartre y Kafka, de los que se hace eco intertextual la desafiadora e inquietante novelística de Tomeo.

© Francisco Javier Higuero

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, A. (1973) *The Savage God. A Study of Suicide*. New York: Random House.
- Aragüés, Juan Manuel. (2002) *Líneas de fuga. Filosofía contra la sociedad idiota*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Aranguren, José Luis L. (Mayo, 1991) "Corporeidad, sentidos y sentimientos." *Anthropos*. 120: 55-57.
- Bakhtin, Mikhail. (1984) *Rabelais and His World*. Bloomington: Indiana University Press.
- Barrett, William. (1962) *Irrational Man. A Study of Existential Philosophy*. Garden City, New York: Doubleday.
- (1964) *What is Existentialism?*. New York: Grove Press, Inc..
- (1972) *Time of Need. Forms of Imagination in the Twentieth Century*. New York: Harper & Row.
- (1978) *The Illusion of Technique. A Search of Meaning in a Technological Civilization*. Garden City, New York: Doubleday.
- Bataille, George. (1988) *Inner Experience*. Albany: State University of New York Press.
- Camus, Albert. (1999) *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza.
- (1999) *El extranjero*. Madrid: Alianza/Emecé.
- (2000) *La caída*. Madrid: Alianza.
- Castells, Manuel. (1971) *Problemas de investigación en sociología urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Connor, Peter Tracey. (2000) *Georges Bataille and the Mysticism of Sin*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Delgado, Manuel. (1999) *El animal público. Hacia una antropología de espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Derrida, Jacques. (1987) *The Post Card. From Socrates to Freud and Beyond*. Chicago: University of Chicago Press.
- Forrester, John. (1990) *The Seductions of Psychoanalysis. Freud, Lacan and Derrida*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1999) "Dream Readers." Laura Marcus Ed.. *Sigmund Freud's "The Interpretation of Dreams". New Interdisciplinary Essays*. Manchester: Manchester University Press.
- Fortes, Susana. (1999) *Tiempos y traidores*. Barcelona: Seix Barral.
- Freud, Sigmund. (1965) *The Interpretation of Dreams*. New York: Avon Books.
- Fullat, Octavi. (2002) *El siglo postmoderno (1900-2001)*. Barcelona: Crítica.
- García Morales, Adelaida. (1996) *La señorita Medina*. Madrid: Plaza & Janés.
- Gelven, Michael. (1970) *A Commentary on Heidegger's "Being and Time"*. New York: Harper & Row.
- Guillame, Marc y Jean Baudrillard. (1994) *Figures de l'altérité*. Paris: Descartes & cie..
- Gurméndez, Carlos. (1973) *La alienación humana*. Madrid: Ayuso.
- (1985) *Estudios sobre el amor*. Barcelona: Anthropos.
- (1985) *Tratado de las pasiones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1987) *Breve discurso sobre el placer y la alegría, el dolor y la tristeza*. Madrid: Ediciones Libertarias.

- (1989) *El secreto de la alienación y la desalienación humana*. Barcelona: Anthropos.
- (1989) *Crítica de la pasión pura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, Martin. (1951) *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ibáñez, Tomás. (2001) *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Irwin, Alexander. (2002) *Saints of the Impossible. Bataille, Weil, and the Politics of the Sacred*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Jiménez Lozano, José. (2001) *Los lobeznos*. Barcelona: Seix Barral.
- Muñoz, Jacobo. (Mayo, 1991) "Un ser en proceso. (Nota sobre la antropología dialéctica de Carlos Gurménedez.)" *Anthropos*. 120. 61-64.
- Naveiro, Juan Carlos. (2002) *El final del siglo posmoderno*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Reck, Isabelle. (1999) "Proceso comunicativo y comunicación 'espectral' en la novelística de Javier Tomeo." *Rilce. Revista de Filología Hispánica*. 15.2 (1999): 413-425.
- Rimmon-Kenan, Scholomith. (1991) *Narrative Fiction. Contemporary Poetics*. New York: Routledge.
- Sartre, Jean Paul. (1978) *La náusea*. Madrid: Alianza.
- (1963) *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.
- Subirats, Eduardo. (1988) *La cultura como espectáculo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Thiebaut, Carlos. (1990) *Historia del nombrar*. Madrid: Visor.
- Tomeo, Javier. (1987) *El cazador de leones*. Barcelona: Anagrama.
- (1989) *La ciudad de las palomas*. Barcelona: Anagrama.
- (1989) *El mayordomo miope*. Barcelona: Planeta.
- (1991) *Patio de butacas*. Barcelona: Planeta.
- (1993) *La agonía de Proserpina*. Barcelona: Planeta.
- (1997) *Los misterios de la Ópera*. Barcelona: Anagrama.
- (1999) *Napoleón VII*. Barcelona: Anagrama.
- (2000) *La patria de las hormigas*. Barcelona: Anagrama.
- (2003) *La mirada de la muñeca hinchable*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Vila-Matas, Enrique. (1997) *Extraña forma de vida*. Barcelona: Anagrama.
- (1999) *El viaje vertical*. Barcelona: Anagrama.

Francisco Javier Higuero, oriundo de Logroño, ejerce la docencia universitaria en Wayne State University (Detroit). Su campo de investigación se halla focalizado prioritariamente en el pensamiento contemporáneo y en la filología hispánica de los siglos XIX, XX y XXI. Ha publicado libros tales como *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (1991), *La memoria del narrador* (1993), *Estrategias destructoras en la narrativa de Jiménez Lozano* (2000), *Intempestividad narrativa* (2008), *Narrativa del siglo posmoderno* (2009), *Racionalidad ensayística* (2010), *Argumentaciones perspectivistas* (2011) y *Discursividad insumisa* (2012), lo mismo que numerosos artículos en revistas especializadas, de reconocido prestigio internacional

CARLOS ONETTI... CADA DÍA ESCRIBE MEJOR

por Maximiliano Linares

Un 24 de junio de 1956, en el programa Tango 56, en Radio Excelsior, de Buenos Aires, el poeta Juan Carlos Lamadrid deslizó la siguiente apreciación sobre el popular cantor rioplatense Carlos Gardel: «Cada día canta mejor». Veintiún años después de su fallecimiento en el mentado accidente aéreo en Medellín, el clamor del pueblo abonaba, con la automática adhesión a esta frase, una leyenda que se tornaba definitivo mito. Juan Carlos Onetti también lo escuchaba, las mismas canciones, una y otra vez... y en la repetición —siempre diferenciada— la voz de Gardel mejoraba y mejoraba.

La relectura de la obra de Onetti, sin lugar a dudas también un clásico rioplatense, nos arroja esa misma impresión —impresión en cuanto lectura visceral, personalísima, en el orden de nuestras impares sensaciones vitales—: Onetti... cada día escribe mejor. Y en esta obra, el tango cobra una función narrativa que cruza y multiplica los discursos populares con los de la alta cultura (Cfr. Hamed 2009, Petit 2007, Lincúiz 2009, entre otros). El tango como condimento sustancial que construye, en la operatoria onettiana del lenguaje, la preeminencia del «imperio de los sentimientos» en su universo literario, lo que resulta en una de las posibles ficciones melodramáticas en América Latina.

TODOS LOS REGISTROS CONducEN AL TANGO O A GARDEL, VALGA LA REDUNDANCIA

Para Guillermo Saccomanno el tango y Onetti intersectan en una de las facetas menos reconocidas y recorridas por el narrador uruguayo, nos referimos a los pocos poemas cultivados por Juan Carlos Onetti. Conocemos cinco en total, titulados: «Y el pan nuestro», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 292-294, 1974, 7; «Balada del ausente», *Casa de las Américas*, vol. 17, n° 97, 1976, 57-58; «Luna dorsal», *Brecha*, n° 444, 3 de junio de 1994, 21; «Querida Litty», *Bienvenido, Juan: textos críticos y testimoniales sobre Juan Carlos Onetti*, Montevideo: Linardi & Risso/Biblioteca Nacional, 2007, 11. Escrito en 1970, inédito hasta 2007; y «[No es a ti a quien hablo]», *Cartas de un joven escritor. Correspondencia a Julio E. Payró*, op. cit., 137-138. Poema escrito en 1942. Inédito hasta 2009. Saccomanno se refiere entre los cinco mencionados, claro está, a «Balada del ausente», publicado en 1976 en *Casa de las Américas*, que desde el título intertextualiza con la famosísima «Balada para un loco» de Ferrer y Piazzola del año 1969, y, ya desde el interior de sus versos, relata la resignación del varón sufriente, solitario, ausente que ya no retornará; cito, de manera fragmentaria, a Onetti:

Es necesario aceptar la soledad,
Confortarse hermanado
Con el olor a perro, en esos días húmedos del sur,
En cualquier regreso
En cualquier hora cambiante del crepúsculo
Tu silencio
[...]
Volver y no lo haré, dejar y no puedo.
Apoyar el zapato en el barrote de bronce
Y esperar sin prisa su vejez, su ajenidad, su diminuto no ser.
La paz y después, dichosamente, enseguida, nada.
Ahí estaré. **El tiempo no tocará mi pelo, no inventará
arrugas, no me inflará las mejillas**
Ahí estaré esperando una cita imposible, un encuentro
que no se cumplirá.

Aquí el intertexto ineludible es, por supuesto, «Volver», de Gardel y Le Pera, de 1935, aunque el

narrador uruguayo decida en sus versos que no retornará, que persistirá en su ausencia para abolir un retorno «con la frente marchita./ las nieves del tiempo/ platearon mi sien./ Sentir, que es un soplo la vida...», o sea, el sujeto lírico de la «Balada del ausente» se negará al no permitir que «El tiempo no tocará mi pelo, no inventará/ arrugas, no me inflará las mejillas».

Diego Lincuz sostiene en su trabajo «Onetti y el tango: la cuestión es volver», presentado en el Congreso Cuestiones Críticas de Rosario en el año 2009, cómo es rastreable en la obra de Onetti la inflexión de este género musical y, particularmente, de las interpretaciones de Carlos Gardel. Selecciona para demostrarlo uno de los cuentos menos conocidos, y, por cierto, más extraños de la autoría de Onetti. Extraño por la selección léxica que lo compone y, además, por su llamativa construcción donde el diálogo entre los dos personajes protagónicos conforma más de la mitad de la extensión del texto, algo poco común entre los más de cincuenta cuentos escritos por el uruguayo. Hablamos del cuento «Tu me dai la cosa me, io te do la cosa te», publicado en 1994 en el volumen de *Cuentos Completos* de Alfaguara unos meses antes de la muerte de Onetti. El diálogo es sostenido en París entre el cantor Norberto Coriani, El Canario de los Pueblos, y El Pibe Ametralladora, amigo devenido empresario y representante del Canario que le reprocha a este el mutuo fracaso parisino a punto de retornar al Río de la Plata «muertos de hambre, repatriados en la bodega de una cáscara de nuez», dice el Pibe:

—*Cuando te convencí yo tenía razón y estaba seguro. Gardel en el Olimpia, Arolas llenándose de guita. Te conseguí dos conciertos en El Garrón y me fallaste.*

—*No me dio la voz, hermano. El frío, los nervios. Vos sabés que si me siento en forma, adiós Gardel.*

Y entre el humo del tabaco, el ruido de las tripas hambreadas y la desazón anímica el Pibe Ametralladora, insiste, persevera, repite su queja de bandoneón:

—*Gardel tuvo las que quiso. Aquí todas son putas y saben cómo se hace. Pero, claro; con Gardel. No con cualquiera. No con un tartamudo afónico.*

—*No puede ser, digo. Dos meses y ninguna mujer. Ahora, ni pagando podemos. Yo, que las tenía con sólo chasquear los dedos.*

—*Dos meses en París y ninguna hembra. Date cuenta, volver sin haber cogido. Aunque fuera una sola vez.*

Y en el cierre del relato la prosa impecable, el remate certero de la dosificada voz narrativa, cito ahora las líneas finales del cuento:

La guitarra continuaba insistente, sin llamar, terca y segura. No hubo ninguna palabra desvergonzada, ni nadie simuló un falso atisbo de cariño. El Pibe revoleó alta en el aire una moneda plateada de cinco francos que tuvo fuerza bastante para brillar en la penumbra y disponer el orden en que se iba a desarrollar la humillante pero victoriosa, única bacanal en París.

«Adiós Gardel», dice El Canario de los Pueblos, Norberto Coriani y «Adiós, muchachos», como el tango de Sanders-Vedani de 1927, titula Amir Hamed su ensayo. Tango que por supuesto... cantaba Gardel. Hamed concentra y analiza en su lectura la observación de lo que denomina la «escena de Onetti», un cuadro que persevera, por recurrencia, y que en los textos de Onetti nos atrevemos a decir cada vez se escribe mejor, cito a Hamed: «[nominamos] la escena de Onetti a la disputa de un joven varón con uno más maduro; [escena que] da cuenta de una tensión: la de la cancelación de este combate que se promete en cada joven y que termina casi antes de haber empezado. En su narrativa se percibe la herrumbre del tiempo contenido y no renovable, la caducidad de las épicas, que siempre fueron cosa del pretérito». Esto puede suceder en «Bienvenido, Bob», «Jacob y el otro» o, como anota Hamed, entre el mismo Onetti cincuentón y un jovencísimo Alfredo Zitarrosa que lo entrevista para *Marcha* en 1965 con la consigna de escribir (a 30 años de su muerte) sobre... Carlos Gardel.

Cito a Onetti en el reportaje de Zitarrosa:

«Lo conocí en el teatro 18, cantando. Después lo vi varias veces, de mesa a mesa, en aquel café donde se comían unas milanesas redondas, al lado del Tupí Viejo: Hoyos de Montevideo... Era en aquella época de la zarzuela (no puede afirmarse que haya dicho exactamente eso; probablemente se refirió a la compañía de zarzuela en la que actuó Gardel, año 30 [agrega Zitarrosa]), un desastre de compañía, y la gente llegaba al final, para oírlo cantar; a esa hora había un repunte bestial en la venta de las entradas... Gardel entraba como fin de fiesta... Tenía esa clase de tristeza que sale de adentro, que surge de un problema interior, aunque el problema interior no se sabe nunca de dónde viene. Nunca hablé con él, solamente lo veía, de vez en cuando —Onetti tenía unos veinte años— en ese café que te digo, de madrugada. Hablaba poco, era cortés y retraído y daba la impresión de ser tímido. Tenía una gran cordialidad; yo lo veía escuchando a todo el mundo con verdadera atención y siempre sonreía». (Zitarrosa 2009 [1965]: 260).

De esta manera Alfredo Zitarrosa deja registro de las primeras palabras de Onetti sobre Gardel, de Onetti sobre el tango. Dorothea Mur, Dolly, viuda de Onetti reactualiza la escena una y otra vez al contarle a otros entrevistadores cómo Juan Carlos se quedaba absorto escuchándolo en la radio y le contaba a ella «todas las vueltas» que lo vio pero jamás se animó «a acercarse», otras veces, ni siquiera entraba al espectáculo por falta de dinero. Veinte años más tarde, a cincuenta de la muerte de Gardel, Onetti es convidado para participar en un número de la revista *Jaque* y, aunque finalmente no envía el texto para su publicación, este se conserva hoy en el Archivo Juan Carlos Onetti en la Biblioteca Nacional en Montevideo. El texto incompleto se titula precisamente «Carlos Gardel» y consta de cuatro cuartillas numeradas del 2 al 5, lo que constataría la ausencia de la hoja inicial; sin embargo, alcanza y sobra para reproducir impresiones como la siguiente, cito a Onetti:

«Reconozco que en mis diversas nostalgias montevideanas ocupa un lugar preferente el recuerdo de Radio Artigas a las nueve de la noche cuando dice: ‘Ahora canta Carlos Gardel’ y escuchar al día siguiente a un buen amigo de oficina que me preguntaba asombrado: —¿Lo oyó anoche, en Cuesta Abajo? Sí, yo lo había oído así como escuchaba siempre que me era posible la voz incomparable de ese cantor de tangos que sigue estando solo y que será irrepetible».

Para María Angélica Petit en la *nouvelle* de Onetti *Cuando entonces*, de 1987, —curioso y logrado título que junta agramaticalmente dos vocablos para «dar la **dimensión de pasado, nostalgia y memoria** adverbial que ambas palabras acumulan» anota el escritor español Paco Umbral y dicha definición condice con la de tango, anotamos nosotros—, decíamos, para Petit en la *nouvelle* *Cuando entonces* el lenguaje y el tango son los verdaderos protagonistas. El espacio otorgado para este trabajo no nos dejará dar cuenta del argumento completo de esta *nouvelle* y su consecuente análisis, pero Jaime Concha nos empresta su condensada visión, cito: «Al enumerar los estratos que componen esta novela, hay que referirse, en primer lugar, a su núcleo melodramático, casi folletinesco, que funciona como eje principal de la narración. Aislado de énfasis y de aledaños literarios, el núcleo se reduce a una pasión sórdida entre un militar y una prostituta [...] el contenido melodramático se hace significativo al plasmarse en la relación entre el Comandante y la Prostituta. Por sus obvias resonancias contextuales, que pertenecen al campo de lo consabido, la relación alcanza un nivel casi alegórico, haciendo del hecho privado una figura del suceder colectivo», (Concha, 1990, 246). Volviendo al análisis de Petit, la crítica deja en claro que entre los elementos estructurales onettianos encuentra que «la dicción pone su acento en el mensaje verbal en un contexto de habla rioplatense por excelencia, asumido por los personajes en dispar modalidad, que incluye el lenguaje vulgar tanto como el matiz lunfardo poco o muy acentuado. Tal suele ocurrir tanto en la prosa onettiana como en el tango». Y, además, anota al pie de su artículo el relevamiento de al menos catorce tangos, muchos de ellos interpretados por Carlos Gardel en los años veinte, que pueden relacionarse por la letra y/o la musicalidad de la frase a la contextualidad tanguera de esta novela corta. Destaca el ejemplo del parlamento «quiero escucharme una vez más» proferido por la prostituta Magda antes de suicidarse, que replica el «quiero verte una vez más» del letrista argentino José

María Contursi. Es decir, los tangos interpretados por Gardel dosifican el fraseo del lenguaje de la *nouvelle* para describir el accionar de los personajes, por eso Lamas se autoculpabiliza «Me escapé de Magda. Traición canalla», dice el personaje y podría haber tarareado de inmediato «Amurado» (Música: Pedro Maffia / Pedro Laurenz, Letra: José de Grandis), de 1927, o «Justo el 31», el tango de Enrique Santos Discépolo de 1930.

Discépolo compuso *Justo el 31*, un tango que cuenta las peripecias de un muchacho de café que zafa a último momento de que la horrible mujer a la que hospedó en su bulín se alce con sus pertenencias y escape, zafa de ser *amurado*. Y cuando adjetivamos *horrible* somos literales, dice el tango:

La aguanté de pena
casi cuatro meses,
entre la cachada
de todo el café...
Le tiraban nueces,
mientras me gritaban:
«¡Ahí va Sarrasani
con el chimpancé!»!...
Gracias a que el «Zurdo»,
que es tipo derecho,
le regó el helecho
cuando se iba a alzar;
y la redoblona
de amurarme el uno
¡justo el treinta y uno
se la fui a cortar!

Y, unos versos antes, la mujer es descripta como:

Era un mono loco
que encontré en un árbol...
Era tan fulera,
que la vi, di un grito,
lo demás fue un sueño...
¡Yo, me desmayé!

Onetti también titula un cuento «Justo el treintauno» (Montevideo: Marcha) en 1964 que unos años más tarde integrará como capítulo, con leves modificaciones, a la novela *Dejemos hablar al viento* (1979). En el cuento de Onetti, «Justo el treintauno», un narrador innominado espera la llegada del Año Nuevo y de la mujer con la cual convive, Frieda, desde la ventana de su domicilio. Escucha afuera, abajo, unos sonidos extraños entre los que reconoce la voz de Frieda, cruza su departamento y descende para encontrarse con la siguiente escena:

[...] un aborto de padres tuberculosos, negruzco y con polleras, con la cabeza fantásticamente agrandada por una jornada de trabajo de un peluquero barato, le decía (A Frieda): 'porque a mí, guacha, porque si te creíste que me vas a tomar para la farra, porque si andás conmigo no andás con nadie más'. (Onetti 2009: 98)

Esta otra mujer lesbiana —antítesis evidente de la sensual androginia conceptualizada y rastreada en la obra de Onetti por Roberto Echavarren (en *Fuera de género* y *Onetti Andrógino*, ambos libros de 2007) a partir del seguimiento del nodo muchacho/muchacha— decíamos, esta otra mujer lesbiana que golpea a Frieda en la madrugada del 1 de enero será referida también como «la inmundicia» y «la repugnancia inexplicable». Más allá de la lectura de acercamiento entre las dos figuras femeninas de sendos autores y géneros —Onetti / Discépolo y cuento-capítulo de novela / letra de tango—, no es casual la elección del título «Justo el 31» —en Onetti nunca es casual el paratexto, pensemos por ejemplo en la titulación de cada uno de los capítulos de *La Vida Breve*. Pablo Rocca (2009) reconoce en el análisis de la tensión oralidad/escritura en la obra de Onetti un entrecruzamiento de lengua literaria refinada y oralidad popular y ejemplifica con dos vocablos pertenecientes a «Justo el treintauno»: pucho y atorranta, que —cito a Rocca— «pertenecen a los registros orales urbanos del

Plata y aparecen en innumerables letras de tango» (Rocca, III, XLV). Por otra parte, sabemos por Dolly, por Idea Vilariño, por Homero Alsina Thevenet que entre los tangos preferidos de Onetti estaban «Sus ojos se cerraron», «Amurado», «Mano a mano», «Cambalache», «Los mareados», «Mi Buenos Aires querido» y muchos otros, interpretados siempre por Carlos Gardel.

Saccomanno, Lincuz, Hamed, Zitarrosa, Petit, Concha, Rocca... poema, cuento, ensayo, entrevista, *nouvelle*, novela... todos los registros conducen al tango o a Gardel, valga la redundancia.

ONETTI Y EL TANGO / TANGO Y MELODRAMA / ONETTI Y MELODRAMA

Si hemos demostrado la relación intrínseca entre una de las aristas de la obra onettiana con el tango, y por consiguiente, sostenemos al tango como un registro melodramático, lograremos ulteriormente, por transitividad, concebir a ciertos núcleos de la obra onettiana como una de las posibles ficciones melodramáticas en América Latina.

«El melodrama no designa un déficit estético ni un género, sino una manera de dirigir preguntas a la vida y de arrancarle respuestas», elegimos reproducir la cita de Georg Seeblen seleccionada como epígrafe por Hermann Herlinghaus para su prólogo al conocido volumen *Narraciones anacrónicas de la modernidad. Melodrama e intermedialidad en América Latina* porque esta cita sintomatiza, a nuestro entender, un modo rioplatense que engarza el melodrama con el tango, sistema primigenio donde algunas tipologías de personajes de los que pueblan las ficciones onettianas obtienen «lo básico de su educación sentimental y del idioma adecuado para las pasiones», en palabras de Monsiváis (2002, p. 105). Si pensamos el melodrama como categoría interpretativa, la región rioplatense quedará cifrada del lado de la tristeza, de la nostalgia, ante la tragicidad clásica y elitista. Dicho de otro modo: «En **forma de tango** o de telenovela, de ‘cine mexicano’ o de crónica roja, el melodrama trabaja una veta profunda del imaginario colectivo, y no hay acceso posible a la memoria histórica que no pase por ese imaginario», en palabras de Jesús Martín-Barbero (2002, p. 69). El mismo Monsiváis ejemplifica nada más y nada menos que con «Volver» para catalogar —junto a rancheras o boleros, cada ritmo según la zona geográfica de origen— a los tangos como historias interpretadas o como memorias culpables donde el pasado resucita a la luz del lunfardo (Monsiváis, 2002, p. 114).

CIERRE

Juan Carlos Onetti le apunta a Zitarrosa antes de que se vaya: «Decí que lo más importante que ha sucedido en el Río de la Plata en materia artística, se llama Carlos Gardel», a su vez María Esther Gilio, una gran entrevistadora, le pregunta a Onetti por segunda vez si se identifica con Gardel y él contesta «¿Otra vez? ¿Tampoco le contaron que el arte es una eterna confesión? Sí. Decididamente, sí». En los originales del Archivo Onetti en Montevideo, en esas páginas desperdigadas prepara das bajo el nombre «Carlos Gardel» todavía puede leerse —cito a Onetti: «Y aquí se planta el misterio. **¿Por qué, a tantos años de su muerte, puede decirse —en el tono simple de las convenciones aceptadas— que cada día canta mejor?** [...] Y que la inocencia nos sea perdonada. Sospechamos que un tango orillero cantado por Carlos Gardel —sentimental, burlón o simplemente compadrito— está unido al pasado o al día de hoy de cada uno de nosotros. Y que cada uno de nosotros ambicionaría poderlo [sic] decir así, con esa voz, con esa falsa tristeza, con ese cinismo que, si se escucha bien y mucho, es posible descubrir. Y tal vez por esto me gusta tanto».

Si relacionamos esta última cita con lo descripto por Martín-Barbero como el eje central, respecto del melodrama, provisto de cuatro sentimientos básicos (miedo, entusiasmo, lástima, risa) obtenemos del remate onettiano una serie de elementos tributarios de la definición de melodrama (tono simple, convenciones aceptadas, inocencia, sentimental, burlón o compadrito, identificación, gusto pleno). Este mix arroja, como anota el especialista, Barbero, una textura donde predomina la intensidad por sobre la complejidad, lo intempestivo por sobre lo racional. ¿Por qué Onetti, por qué Gardel, por qué el tango, por qué melodrama? ¡Porque nos gusta!

© Maximiliano Linares

BIBLIOGRAFÍA

- Barbero, Jesús Martín. *Televisión y melodrama*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1992.
- Concha, Jaime. “Cuando entonces de Onetti: ¿De *contemptu mundi* contemporáneo? En: *Coloquio Internacional La obra de Juan Carlos Onetti*. Centre de Recherches Latinoamericaines. Madrid/Poitiers, Fundamentos / Centre de Recherches Latinoamericaines / Université de Poitiers, 1990, pp.237-250.
- Echavarren, Roberto. “Fuera de género: Juan Carlos Onetti” en *Fuera de género. Criaturas de la invención erótica*. Buenos Aires, Losada, 2007.
- Hamed, Amir. “Adiós muchachos”, disponible en <http://www.henciclopedia.org.uy/autores/Hamed/Onetti.htm>
- Herlinghaus, Hermann. Editor. *Narraciones anacrónicas de la modernidad. Melodrama e intermedialidad en América Latina*. Santiago: Editorial Cuarto propio, 2002. Contiene los artículos de Carlos Monsiváis y Jesús Martín Barbero, entre otros.
- Lincuiz, Diego. “Onetti y el tango: la cuestión es volver”, presentado en el Congreso Cuestiones Críticas de Rosario en el año 2009. Mimeo.
- Onetti, Juan Carlos. *Obras completas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, tres volúmenes. Edición de Hortensia Campanella.
- Vol. I: *Novelas I(1939-1954)*, 2005. Preámbulo de Dolly Onetti. Prólogo de Juan Villoro.
- Vol. II: *Novelas II, (1959-1993)*, 2007. Prólogo de José Manuel Caballero Bonald- Postfácio de Liliana Díaz Mindurry.
- Vol. III: *Cuentos, artículos y misceláneas*, 2009. Prólogo de Pablo Rocca.
- *Cartas de un joven escritor: Correspondencia con Julio E. Payró*. Edición múltiple: Montevideo/México/Santiago/Rosario, Trilce/ Era/ Lom/ Beatriz Viterbo, 2009. Edición crítica, estudio preliminar y notas de Hugo J. Verani.
- Petit, María Angélica y Omar Prego. *Juan Carlos Onetti, ola salvación por la escritura*, Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1981; 2ª ed., ampliada, con el título de Onetti: la novela total. Opera prima/Opera Omnia, Montevideo: Seix Barral, 2009.
- Rocca, Pablo: “Prólogo” a *Obras completas de Juan Carlos Onetti. Vol III. Cuentos, artículos y misceláneas*. Edición de Hortensia Campanella. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de lectores, 2009.
- Saccomanno, Guillermo. “La balada de Onetti”, *Página/12*, versión digital <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-3111-2008-07-13.html>
- Zitarrosa, Alfredo. “Onetti y la magia de El Mago [Gardel]”, *Marcha*, N° 1260, 25 de junio de 1965, 2ª sección, pp. 1y 6

Maximiliano Linares es profesor en Letras por la Universidad Nacional de Rosario, donde se desempeña como docente de Literatura Iberoamericana desde el año 2005. Nacido en Capital Federal en 1976, criado entre el centro y el Norte del territorio argentino, de residencia itinerante, a la manera del Bermejo y el Pilcomayo que luego de decantar en el Paraná se transfiguran en Río de La Plata. Doctor en Humanidades y Artes Mención Literatura por la Universidad Nacional de Rosario desarrolló la tesis *El realismo en la construcción narrativa de J. C. Onetti: modelo para armar y desarmar. Desde sus textos tempranos a la saga de Santa María (1933- 1950) a la luz del epistolario Onetti- Payró*, con la dirección de Enrique Foffani. Becario posdoctoral de Conicet, Argentina. Ha publicado artículos académicos sobre literatura y crítica literaria latinoamericanas contemporáneas en diferentes revistas y libros: “Por una Antropofagia contrapunteada: Oswald transculturado”, “Artilugios ficcionales: una buena excusa para seguir narrando en el siglo XXI. El caso de Daniel Galera”, “Una complicada transacción de valía. Crónicas de identidad boricua en Edgardo Rodríguez Juliá”, entre otros. Contacto: maximilianolinares@hotmail.com

CIRCULARIDAD Y RUPTURA EN *LA RAMBLA PARALELA* DE FERNANDO VALLEJO

por María Pía Pasetti

INTRODUCCIÓN

La narrativa de Fernando Vallejo (Medellín, 1942) se halla regida por una retórica del exceso: todo en ella es desborde y saturación. Bajo un sostenido gesto atravesado por la ironía y la irreverencia, sus textos atacan y dismantelan los elementos fundamentales del archivo occidental, como el Cristianismo, el lugar de privilegio otorgado a la maternidad y a la niñez, la patria y los héroes latinoamericanos, entre muchos otros. Coincidimos con María Mercedes Jaramillo cuando afirma que estas generalizaciones irreverentes y exabruptos exceden la mera provocación y pretenden, en cambio, «socavar convenciones ideológicas falaces en sociedades patriarcales que han mitificado la maternidad y la proliferación como ideales a seguir y que realmente buscan reforzar la familia, la propiedad y el *statu quo*» (412).

El protagonista de *La rambla paralela* (2002), al igual que el del resto de la obra de Vallejo, es un iconoclasta. O como se lo define, hiperbólicamente, en la misma novela:

Un irreligioso, un anticlerical, un ateo, un incrédulo, un impío, un matacuras, un escupehostias, un irreverente, un indiferente, un impenitente, un reincidente, un laico, un jacobino, un voltiriano, un anticatólico, un antiapostólico, un antiromano, un librepensador, un enciclopedista, un relapso, un teófobo, un clerófobo, un blasfemador, un indevoto, un tibio, un descreído, un nefrítico, ¡un nefario! (79)

En *La rambla paralela* se funden los tiempos —pasado, presente y futuro—, los espacios —España, México, Colombia— y las voces a cargo de la narración. Aquello que se narra —en una primera persona que alterna, aleatoriamente, con una tercera—, son los recuerdos y las reflexiones de un viejo escritor colombiano que llega a Barcelona, donde muere, con el fin de presentar una conferencia en la Feria del Libro.

En las líneas siguientes analizaremos cómo el texto problematiza la categoría tradicional de narrador, para luego detenernos en la operatoria de la repetición, que implicará un alejamiento de la idea de telos o finalidad y propondrá, en cambio, una escritura circular e inagotable. En esta novela, utilizando una aseveración que Deleuze y Guattari emplean para referirse a la literatura kafkiana, «el lenguaje deja de ser representativo para tender hacia sus extremos o sus límites» (1978: 29). Estratégicamente, se sitúa en el límite del discurso —pero dentro de él— para intentar desbordarlo, traspasarlo en su seno mismo, desencajando y desplazando de esta forma su sentido (Derrida, 1975).

LAS VOCES NARRADORAS

«[Escribo] en primera persona porque el narrador en tercera persona es imposible. Nadie puede repetir con palabras lo que está pensando, todo pensamiento es muy confuso. Rechazo la novela de Dickens, de Balzac, de Dostoyevski porque es absurda».

Fernando Vallejo

«El yo que hice en mis libros es un loco. Resolví hacerlo excesivo, exagerado. Habla con exabruptos, es contradictorio. Decidí darle un toque de locura y una

subjetividad rabiosa, contraria a la objetividad que pretende todo el mundo».

Fernando Vallejo¹

Los epígrafes seleccionados resultan operativos para el análisis de las voces narradoras que tienen lugar en la novela. El denominador común de ambas citas es el manifiesto rechazo frente a la idea de un narrador en tercera persona omnisciente y por lo tanto, objetivo, de la que no sólo se distancia, sino que hasta concibe como imposible. De ahí que considere absurda la novela encarnada por aquellos tres nombres emblemáticos de la novela realista tradicional del siglo XIX, es decir, Dickens, Balzac y Dostoyevski. Este distanciamiento de la novela tradicional y, específicamente, de su narrador en tercera omnisciente, es una cuestión a la que Fernando Vallejo ha referido en repetidas oportunidades, como por ejemplo en el discurso de presentación de *La rambla paralela* en la Feria del libro de Guadalajara:

¿Cómo va a poder un pobre hijo de vecino contarnos los pensamientos ajenos como si tuviera un lector de pensamientos, repetir diálogos enteros como si los hubiera grabado con grabadora y describir lo que hicieron los amantes en la cama como si los hubiera visto con rayos x, o como la Inquisición por un huequito? No se puede, nadie puede, no me vengan a mí con cuentos.

O en la entrevista que le realizó el escritor Juan Villoro:

Yo resolví hablar en nombre propio porque no me puedo meter en las mentes ajenas, al no haberse inventado todavía el lector de pensamientos; ni ando con una grabadora por los cafés y las calles y los cuartos grabando lo que dice el prójimo y metiéndome en las camas y en las conciencias ajenas para contarlo de chismoso en un libro. Balzac y Flaubert eran comadres. Todo lo que escribieron me suena a chisme. A chisme en prosa cocinera.

Vallejo va a construir, como gesto opuesto, un yo «loco y contradictorio», que teñirá el texto, según sus propias palabras, de una «subjetividad rabiosa», como veremos funciona en *La rambla paralela*.

La novela se inscribe en la tradición de la autobiografía, ya que aquello que se narra es la vida del protagonista, el viejo, reconstruida por él mismo. Sin embargo, este formato será resignificado, no sólo porque la voz asumirá repetidas veces la tercera persona —condición que ya contradice la naturaleza propia de una autobiografía—, sino también porque lo individual actuará como un pretexto para alcanzar y relatar lo colectivo, en un cruce permanente entre *historia personal* e *historia nacional*, en un constante procedimiento que consistirá en ir desde lo particular a lo universal, como bien se explicita en la siguiente cita que, entendemos, funciona como una marca autorreferencial: «De Air France había pasado a Francia y de Francia a la humanidad entera, esa era su forma de proceder, la conocía de pe a pa» (13).

Ya desde un comienzo se narra la muerte del protagonista, y es en ese momento cuando emerge una voz en tercera que, tanto en esta cita como en el resto de la novela, alternará con la voz en primera:

Me levanté y tropezando en la oscuridad con los muebles del cuarto desconocido fui al baño, busqué a tientas el apagador, prendí el foco y entonces vi en el espejo al hombre que creía que estaba vivo pero no: como le acababan de decir, en efecto, estaba muerto [...]. El viejo se apoyó en el espejo para no caerse y al hacerlo dejó en él las huellas de los dedos ensuciándolo.[...] Pensé en los largos adverbios en «mente» del español, tan torpes, tan tontos, tan sosos, y en ese instante supe cómo me iba a morir: como Oudin, resolviendo un problemita pendejo de gramático (8)

¹ Ambos epígrafes fueron extraídos de una entrevista realizada a Fernando Vallejo por Patricia Kolesnicov, publicada el 2 de mayo de 2005 en el Diario Clarín de Buenos Aires.

Este arbitrario desplazamiento de voces se sostiene a lo largo de todo el texto y genera que no se logre definir claramente quién es el sujeto que habla. Al mismo tiempo, la primera persona por momentos es protagonista y, por otros, testigo, mientras que la tercera también en determinadas zonas se construye como narrador en tercera testigo y, en otras, como narrador en tercera omnisciente. A su vez, estas dos categorías son resignificadas, lo que complejiza aún más esta cuestión.

El narrador testigo se define por ser un narrador que está incluido en la narración pero que no es parte de ella y, por lo tanto, no participa directamente en los acontecimientos: sólo se incluye como un observador. A lo largo del texto esta función se hace explícita, como lo comprobamos en el siguiente fragmento: «soy un biógrafo imparcial que abre y cierra comillas y se atiene a los datos» (113).

Ahora bien, consideramos que el hacer explícita esta posición en el contexto de una escritura atravesada por la ironía, no puede más que entenderse como un juego y un guiño al lector, lo que exigirá un receptor activo y cómplice, un lector que ya no decodifique, sino que sobre-codifique y convierta al producto consumido en una verdadera producción (Barthes, 1994).

Esta construcción de supuesta exterioridad con respecto a la historia narrada —propia de un narrador testigo— se refuerza con la imagen de periodista con la que juega el narrador: «En el curso de esa noche tumultuosa el viejo pronunció esta frase que alcancé a grabar entre el barullo con mi grabadora» (65). El grabar la frase brindaría la posibilidad de presentar la voz del otro sin ninguna alteración o cuota de subjetividad. De nuevo, encontramos que se hace explícita una función que no sólo el escritor rechaza para su poética y considera imposible, sino que tampoco opera a lo largo del texto, ya que esa aparente búsqueda de imparcialidad se pulveriza, como lo observamos en las citas siguientes: «¡Qué viejo mierda! Yo como mexicano sólo les digo una cosa: con setenta años de PRI y lo podrido que anda esto, nunca hemos producido uno igual. Malos seremos, pero no tanto» (116); o «La policía de México es corrupta y para eso está, para venderse como ramerás» (117).

Consideramos que estos dos fragmentos son suficientes para observar cómo la construcción de «biógrafo imparcial», que «abre y cierra comillas y se atiene a los datos» se desmorona, cobrando —en este contexto— un sentido irónico y paródico. De esta forma, la figura del narrador-testigo se problematiza y reformula a través del ingreso de una *subjetividad rabiosa*.

Al mismo tiempo, encontramos otro tipo de trastrocamiento con respecto al uso tradicional de este tipo de narrador que se ve en los diálogos que se injertan entre él y el sujeto protagonista:

—Air France —se decía y yo lo oía— es la imagen de Francia misma, de la mezquindad en su estado puro. ¿Cuántas filas de más no les han metido a sus aviones para embutir más pasajeros?

—¿Cuántas? A ver... ¿Cinco? ¿Diez?

Y yo le seguía dando cuerda por el gusto que me daba oírlo maldecir: maldecía como triturando con los dientes lata (12)

—Y ese poeta marihuana y sucio que jamás se bañó, ¿cómo es que se llamaba?

—Rimbaud.

—Voilà, Rimbaud (12)

Como vemos, el narrador no se construye como mero observador, sin alterar el transcurso de las acciones, sino que influye en ellas y las modifica —a partir del diálogo con el viejo— deconstruyendo así esta categoría.

En la configuración de la tercera persona omnisciente nos encontramos con la misma operatoria. Un deambular entre el uso tradicional —en clave irónica y paródica— y un uso reformulado y resignificado. Si observamos los siguientes pasajes no advertiríamos ninguna alteración con respecto a la concepción tradicional de la figura de narrador omnisciente: «Cinco días sin dormir —pensó el viejo— no los aguanta ni un muerto» (9); «...recordó que ahí, hacía medio milenio en esa mismísima plaza, en una hoguera de leña seca y furia dogmática la Inquisición catalana había quemado a Mossén Urbano por predicar la doctrina de Barba Jacobo» (14-15).

Los verbos *pensar* y *recordar* actúan como indicadores de la omnisciencia del narrador, y esto se refuerza en determinados fragmentos donde asume un explícito registro explicativo que lo posiciona como maestro o guía, como el encargado de esclarecer las posibles zonas oscuras del texto, lo que se vincula con la función otorgada a los narradores realistas tradicionales, configurados como los *padres* de sus textos: «El bogotazo fue la revuelta popular que destruyó el centro de Bogotá a mediados de siglo y que prendió la mecha del incendio» (21); «Lambiscones, que es mexicanismo, significa lambones, que es colombiano: aduladores, rastros» (91); «...el síndrome de la “vitrina” como se dice en Colombia (“aparador” en México)» (95).

En estas citas, además, se incorpora implícitamente la voz de un interlocutor que, en algunos pasajes, se hace explícita: «¿—”Pichar” no quiere decir darle a una bola con un palo de béisbol? —No, eso es “pichear” con “e”» (100).

Es interesante la imagen del receptor que se puede construir a partir de estas marcas. Se configura un interlocutor universal, lo cual se halla estrechamente ligado con lo que dijimos al comienzo, con este permanente movimiento de lo particular a lo general. No se dirige a un receptor local, es decir, colombiano o hasta latinoamericano, sino a uno internacional, que bien puede desconocer determinados términos o palabras.

Si volvemos a los epígrafes que inauguran el apartado, donde Vallejo rechaza abiertamente las poéticas de Dostoyevski, Dickens y Balzac, no podemos más que codificar esos pasajes en clave paródica, lo que se termina por reafirmar en algunas zonas del texto: «¿Qué se iba diciendo en camino? Ah, eso sí no sé, no tengo un lector de pensamientos. ¡Sabrá Dios!» (24); «El viejo escribía en español pero se hablaba en antioqueño. A mí, con lo experto que soy en leer pensamientos, les confieso que a veces me costaba trabajo entenderlo» (44); «¿Qué irían pensando? ¿Qué irían diciendo? ¡Vaya Dios a saber!» (51).

Lo que presentan en común estas citas es la incorporación de un interlocutor implícito que estaría demandando un narrador omnisciente que pueda revelar los pensamientos del protagonista, algo que la voz narradora afirma no poder hacer, contradiciéndose así con lo analizado anteriormente, donde revelaba lo que pensaba o recordaba el viejo.

En conclusión, la figura del narrador de *La rambla paralela* nos enfrenta a una serie de problemáticas. Nos encontramos con voces que oscilan de modo permanente entre la primera y la tercera persona y, al mismo tiempo, esa primera persona se desplaza aleatoriamente de protagonista a testigo, mientras que la tercera alterna entre narrador omnisciente y narrador testigo. A su vez, estas categorías tradicionales se resignifican y deconstruyen a partir de la ironía y la parodia, que se alzan como los recursos fundamentales tanto en este texto como en toda la narrativa del escritor colombiano.

ESCRITURA INAGOTABLE: LA REPETICIÓN

¡Todo vuelve y retorna eternamente, cosa a la que nadie escapa!

Friedrich Nietzsche

Eso ya lo dijimos. ¿Ya lo dijimos? Pues volvámoslo a decir.

Fernando Vallejo

Iba diciéndose lo de siempre, tocando su viejo disco rayado. Que lo uno, que lo otro, que lo otro.

Fernando Vallejo

Como lo hemos adelantado en la introducción del trabajo, *La rambla paralela*, y la narrativa de Vallejo en general, proponen una poética del exceso. Todo en ella es desborde y exacerbación, por lo cual creemos pertinente hablar de la escritura de este autor como *logorrea* (Marinone 2011), término

que proviene del ámbito de la psiquiatría e indica la compulsión por hablar sin cesar y de modo incontrolable. Un recurso que contribuye a la construcción de esta poética del exceso es la repetición, «la oscura violencia repetida del deseo que agita los límites de la representación» (Foucault: 209)², que aquí tiene lugar tanto semántica como sintácticamente.

La escena inaugural de *La rambla paralela*, la llamada a la Finca Santa Anita y la muerte del viejo, es idéntica a la escena final, con sólo algunas variaciones que tienen que ver con la voz narradora. Mientras que la del comienzo se halla en forma de diálogo con la intercalación de un narrador en primera persona —que narra su propia muerte— la del *final* —si es que resulta pertinente hablar de *final* en este contexto— también se encuentra en forma de diálogo pero con la intercalación de un narrador omnisciente en tercera. Así, se configura una estructura circular. Este procedimiento que consiste en repetir con la adición de alguna nueva información o elemento va a retomarse de forma constante en la novela.

Hemos rastreado una serie de núcleos que aparecen diseminados a lo largo del texto y se reiteran permanentemente. Estos son el recuerdo de la abuela y la perra *Bruja*, la concepción del viejo sobre la reproducción, las reflexiones sobre la lengua y sobre Colombia y el encuentro con el taxi-boy. Es más, así como dijimos que en la novela se percibe un movimiento que consiste en ir desde lo particular a lo universal, consideramos que esto se puede extender a la relación entre *La rambla paralela* y la narrativa de Vallejo en general, ya que una gran parte de estos núcleos también se presentan en otras de sus obras como *La virgen de los sicarios* (1994), *El desbarrancadero* (2001) o *Mi hermano el alcalde* (2004).

Estos núcleos o pilares de sentido en determinados momentos se abandonan, pero luego son nuevamente retomados y actualizados. El primero, es decir, el recuerdo de la abuela y de su mascota, es el único que posee un sentido positivo; a lo largo del texto ambas figuras funcionan como las únicas depositarias del amor del protagonista: «[Mi abuela] era un ángel. Y la Bruja otro» (76); «Catorce años lo acompañó la Bruja, los más amables de su vida. ¿O fueron los de su infancia, cuando vivía la abuela?» (102). En cambio, el resto de los núcleos detectados son abordados desde la irreverencia: «...la fuente de todos nuestros males hay que ir a buscar ahí, en el pervertido gusto por ese hueco viscoso y pantanoso: la vagina vil que perpetúa la pesadilla del ser y empuerca el mundo» (15); «El viejo detestaba a los pobres, a los defensores de los derechos humanos, a los médicos, los abogados, los negros, los blancos, los curas, las putas, y las parturientas le sacaban rayos y centellas» (35); «...el hombre propone y Dios dispone. Y dispuso el Gran Cabrón (también llamado el Todopoderoso)» (72).

No sólo en los temas encontramos la repetición, sino también en el mismo cuerpo de la escritura: «La Rambla afuera, a unas cuerdas, seguía en su ir y venir empecinado, yendo y viniendo, yendo y viniendo» (13); «Iban y venían, iban y venían, de la Plaza de Cataluña a la glorieta de Colón, y de la glorieta de Colón a la plaza de Cataluña» (69); «—¡Al carajo! ¡Al carajo! ¡Al carajo! —iban diciendo las olas sin parar» (19).

Esta reiteración a nivel lexical genera un efecto de saturación que constituye una de las notas características de la narrativa de Vallejo. Al mismo tiempo, no debemos perder de vista el significado de las palabras seleccionadas. Los verbos presentes en las citas —ir y venir— están relacionados con movimiento, al igual que el tiempo en el que se encuentran conjugados. *Iban* y *venían* se hallan en pretérito imperfecto simple del modo indicativo lo que, lejos de implicar una acción concluida, implica continuidad; mientras que los gerundios *yendo* y *viniendo* denotan simultaneidad. De esta forma, *La rambla paralela* no tiene ningún cierre o fin: la escritura fluye en un constante movimiento circular que nunca concluye. Creemos que esta idea también se refuerza con la imagen de las olas marítimas ya que el mar, por excelencia, cristaliza ese ir y venir sin comienzo y sin fin, que nunca se detiene.

El efecto de circularidad lo encontramos también en otros pasajes: «Y atando cabos de muerte una muerte lo llevaba a otra muerte y otra a otra, y de muerte en muerte llegaba a la propia» (37). Ve-

² Esta cita de Foucault es empleada en *Las palabras y las cosas* para referirse a la escritura de Sade.

mos cómo se genera un entrelazado que no concluye sino que se perpetúa, lo cual se logra a partir de la repetición de determinadas palabras («muerte», «otra») y del nexos copulativo «y», cuya función será la de establecer una relación de suma, y/o adición.

En algunos fragmentos, este empleo de la repetición va a generar un efecto musical, acercándolos al dominio de la poesía: «El aguardiente se lo tomaron, las ilusiones se evaporaron y la vida se fue pasando, pasando, pasando, acabando, acabando, acabando» (85); «Las flores se van marchitando, marchitando, marchitando mientras los gusanos nos van comiendo, nos van comiendo, nos van comiendo» (151); «...los muertos hacen cola en la calle para poder entrar: muertos y muertos y muertos en una cola larga, larga, larga» (92).

Se propone un tiempo circular, un tiempo donde la lógica causal-temporal ya no opera, un tiempo que aglutina pasado, presente y futuro.³ Es así que no hay una culminación de un desarrollo, sino un texto inagotable que nunca se clausura y por lo tanto continúa *ad infinitum*.

CONCLUSIÓN

A partir de lo desarrollado observamos cómo *La rambla paralela* de Fernando Vallejo se distancia de la novela realista tradicional a partir de dos cuestiones fundamentales: el tratamiento de las voces narradoras y la presencia de la operatoria de la repetición.

Las voces narradoras que circulan por la novela, además de oscilar permanentemente entre una primera persona —que por momentos es protagonista y por otros, testigo— y una tercera —que aleatoriamente es testigo y omnisciente—, problematizan y tergiversan los usos tradicionales, a partir del uso de la parodia y la ironía, inherentes a la narrativa del colombiano.

En lo que atañe a la operatoria de la repetición, va a ser fundamental para la construcción de esta poética del exceso, y tiene lugar tanto en el plano semántico como en el plano sintáctico. Esta repetición incesante pulveriza la idea de fin para postular, en cambio, una escritura circular que jamás se clausura. Como se explicita en la propia novela, «siempre el mismo en lo mismo, dándole vueltas y vueltas a la misma rueda» (13).

© María Pía Pasetti

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland (1986) [1970]. *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1994) [1984]. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1978) [1975]. *Kafka. Por una literatura menor*. México: Ediciones Era.
- Derrida, Jacques (1975) [1972]. *La disseminación*. Madrid: Fundamentos.
- Diccionario de la Real Academia versión online: <http://buscon.rae.es/draeI/>
- Foucault, Michel (2002) [1966]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.

³ Esta fusión de tiempos se observa claramente en la siguiente cita: “Y mientras que el niño que fui seguía desde la orilla del río eterno el desfile de los cadáveres con gallinazos encima que les sacaban las tripas y salpicaban de sangre el agua pantanosa, el viejo que lo recordaba veía desde su mesa de café, viendo sin ver, el deambular interminable de la Rambla” (9).

- Jaramillo, María Mercedes (2000). "Fernando Vallejo: desacralización y memoria". En: *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Colombia: Ministerio de Cultura. Pp.378-406.
- Kolesnicov, Patricia (2005). "Lo políticamente correcto es sinónimo de hipocresía". En *Diario Clarín*, 2 de mayo de 2005. Consultado el 30 de enero de 2012.
<http://edant.clarin.com/diario/2005/05/02/sociedad/s-03501.htm>.
- Marinone, Mónica (2011). "Fernando Vallejo y el archivo ilustrado". En: *Voz y escritura. Revista de Estudios Literarios*, N° 19, 13-25.
- Nietzsche, Friedrich (2009). *La gaya ciencia*. Madrid: Ed. Akal.
- Vallejo, Fernando (2002). *La rambla paralela*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Villoro, Juan. "Literatura e Infierno: entrevista a Fernando Vallejo". En *Babelia Digital*, 6 de enero de 2002. Consultado el 30 de enero de 2013.
<http://www.trazegnies.arrakis.es/fvallejo.html>

María Pía Pasetti (Mar del Plata, 1985) es Profesora de Letras, graduada en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Actualmente se desempeña como becaria en la UNMDP y es integrante del grupo de investigación "Historia y ficción", perteneciente a dicho establecimiento. Ha colaborado con diversos artículos en el diario local La Capital como así también en distintas revistas literarias.

MARE TENEBRUM ¹

por Carlos Montuenga

(Una habitación destartalada, con montones de papeles y libros polvorientos apilados por los rincones. El mobiliario lo componen una cómoda oscura, una estantería —en la que destacan un par de fotos enmarcadas, varios tomos negros de una enciclopedia, una antología de la literatura clásica y un gran atlas con tapas de cuero azul—, la cama, cubierta por una colcha con alguna que otra mancha aceitosa, dos sillas y la mesa de trabajo, situada junto a un balcón medio oculto tras visillos color ala de mosca. Sentado en la mesa, un hombre flaco, con barbita canosa y rostro macilento, se encorva sobre una pila de exámenes; de tanto en tanto, interrumpe la lectura y hace algunas anotaciones en rojo sobre los folios. Lejanas, se escuchan doce campanadas anunciando la media noche y el viejo profesor, tras apurar una taza de café que está a su derecha, bosteza varias veces, se levanta con algún esfuerzo dejando sus lentes sobre la mesa, y descorre los visillos. Ha dejado de llover y en el cielo transparente, limpio ya de nubes, resplandecen miríadas de estrellas sobre los tejados humeantes. El profesor se frota los párpados y bosteza de nuevo. Luego, se vuelve a colocar los lentes y, al coger uno de los volúmenes situados en la estantería, algo cae al suelo. Entonces se agacha junto a la mesa y, rebuscando bajo los visillos, descubre una pequeña caracola.)

EL PROFESOR: *(pensando en voz alta)* ¿De dónde habrá salido esto? No recuerdo haber guardado aquí conchas, caracolas, ni nada parecido. Tengo este cuarto hecho un desastre; cualquier día voy a tener que hacer una buena limpieza. *(Examina con atención la caracola.)* Humm... desde luego es un ejemplar interesante, podría ser de *Buccinum corneum* o, tal vez, de *Charonia variegata*, pero es demasiado pequeña; a ver... ¡Qué forma tan delicada!, la concha se va estrechando hacia el extremo, dibujando una espiral perfecta de color oscuro, como si se ajustara con exactitud al diseño de un artista *(Hace girar una y otra vez la caracola entre sus dedos, fascinado por esa línea oscura, que se arrolla sin fin sobre sí misma. Luego, deja la caracola junto a la taza de café, apaga una lamparita y se echa en la cama. Siente un poco de mareo, le parece como si la habitación hubiera empezado también a dar vueltas y cierra los ojos. Apenas perceptible, una tenue brisa, preludio de mareas y vientos, tiembla entre los folios esparcidos sobre la mesa.)*

El profesor da vueltas y más vueltas en la cama, sin encontrar descanso; cree pasear por un jardín submarino, donde extrañas flores ondulan tentáculos multicolores entre las madreperlas y anguilas oscuras componen trenzados sobre el fondo fangoso. Luego, impulsado por una corriente que arrastra a infinidad de pececillos, brillantes como la plata, siente cómo asciende hasta alcanzar la superficie de un océano sin límites, agitado por las corrientes. Se produce entonces una fuerte sacudida; el profesor abre los ojos sobresaltado y comprueba con gran sorpresa que está en la cubierta de un navío, surcando lentamente las aguas.)

EL PROFESOR: *(rascándose la cabeza)* No me explico qué estoy haciendo a bordo de este barco *(Respira a pleno pulmón el aire marino.)* Parece desierto, será mejor que eche un vistazo por ahí, a ver si aparece alguien... *(Va de un lado para otro pero, después de dar muchas vueltas, no consigue ver un alma. Se sienta a escuchar el alboroto de las gaviotas que van siguiendo al navío; éste tiene una forma un poco particular, ya que, según desde dónde se mire, se parece tanto a un drakkar vikingo —con una desafiante cabeza de dragón a proa— como al acorazado Potemkin, en una versión de bolsillo. De improviso, una gran turbulencia agita las aguas al frente y surge del mar una espantosa serpiente que, tras dar varias vueltas en torno al navío, saca la cabeza fuera del agua y se queda observando al profesor, quien la mira a su vez, atónito, apoyado en una barandilla de*

¹ Este relato pertenece al libro *Los confines de libro*, publicado recientemente por eBooks Literáturame (<https://literaturame.net/libro/los-confines-del-mundo>)

cubierta. La serpiente es un ejemplar difícil de clasificar; podrá medir unos cuarenta metros y su cuerpo oscuro está salpicado de manchitas amarillas octogonales.)

EL PROFESOR: *(con gesto de desdén)* Parece una de esas serpientes monstruosas que, según los antiguos navegantes, poblaban los mares remotos ¡Cuentos para niños, claro está! Desde hace muchos siglos se sabe con absoluta certeza que tales criaturas no existen.

LA SERPIENTE: *(con falsa voz de vicetiple, fingiendo sorpresa)* ¿Ah no? Pero tú me estás viendo ahora mismo, ¿verdad?

EL PROFESOR: *(al oír hablar a la serpiente, le acomete una tosecilla nerviosa que consigue reprimir)* Esa forma de plantear la cuestión es errónea, ya que no se puede ver algo inexistente. *(Recuperando la calma.)* En todo caso, serías una alucinación mía, es decir una experiencia netamente subjetiva.

LA SERPIENTE: *(elevándose un poco más sobre el agua, hasta quedar por encima del navío; oscila a izquierda y derecha del profesor; sus ojos llamean como dos brasas)* Así que una experiencia subjetiva ¿eh? ¡Pues aún te falta experimentar lo mejor!

(La serpiente se sumerge con furia en el mar, levantando una cortina gigantesca de espuma, y, a los pocos segundos, emerge de nuevo y se lanza al ataque; sus anillos, altos como los arcos de un viaducto, se enroscan alrededor del navío, destrozando todo lo que queda a su alcance. No tardan en escucharse los crujidos lastimeros de la estructura, sometida a la terrible presión del monstruo; al fin, los mamparos ceden y el casco se parte en dos partes que pronto empiezan a hundirse hasta desaparecer en el mar. La serpiente lanza un aullido horripilante y después se desintegra en infinitas gotas de gelatina traslúcida, que cubren el mar formando una niebla espesa. Sobre las aguas, quedan flotando algunos restos del naufragio: sillas rotas, hojas de periódico, un calcetín viejo, un plumier de madera oscura con florecitas esmaltadas en la tapa, una «Historia del tiempo» de Stephen Hawking, un colchón, una foto borrosa de Claudia Cardinale en bikini, varias facturas, un billete del metro, un paraguas negro y una cubierta del «Capitán Trueno», edición de 1957. El profesor, que intenta mantenerse a flote utilizando el paraguas como flotador, ve que unos metros por delante, algo oscuro flota en el mar; consigue acercarse un poco y entonces contempla al dragón de madera, que formaba la proa del navío, mecido por la olas como si fuera un gran caballo de balancín; llega hasta él, sin soltar el paraguas, y, haciendo un gran esfuerzo, se sienta a horcajadas en su grupa.

Al internarse en la extraña niebla proteica que los rodea, algo estremece las entrañas carcomidas del viejo dragón y un brillo rojizo se asoma a las cuencas vacías de sus ojos. Después de abrir y cerrar las fauces varias veces, empieza a decir algunas palabras con voz ronca.)

EL DRAGÓN: Las nubes ocultan el sol...

EL PROFESOR: *(frunce el entrecejo)* ¡Vaya hombre! Ahora, este trozo de madera vieja se pone a hablar. Todo esto es muy extraño, ya empiezan a ser demasiadas alucinaciones...

EL DRAGÓN: Sobre el mar, vuelo de una gaviota.

EL PROFESOR: ¿Y eso?

EL DRAGÓN:

Viento del atardecer;
poco a poco se congregan las sardinas.

EL PROFESOR: Pues si sólo eres capaz de decir bobadas como esas, no me vas a resultar muy útil...

EL DRAGÓN: *(sin prestarle atención)*

Anochece...
jirones de bruma
brincan entre las olas.

EL PROFESOR: ¿Pero es que no vas a dejar de decir idioteces?

(El dragón lanza un par de bufidos y luego se queda en silencio.)

(Comienza a levantarse la niebla, desvelando una atmósfera cristalina, transparente, que va tomando tonalidades azules de zafiro. De repente, un punto luminoso cruza el espacio y, tras describir una larga trayectoria curva, cae en el mar; luego otro y otro más. Miles de diminutas estrellas fugaces se precipitan desde lo alto y el mar se enciende con un relampaguear de destellos blancos, amarillos, azules. Innumerables senderos de luz se dibujan bajo las olas, como si una inmensa red neuronal hubiera despertado de su letargo. Extraños peces con alas de papagayo saltan sobre las olas, envueltos en espuma resplandeciente. El profesor surca las aguas muy ufano a lomos del dragón, arrastrado por una poderosa corriente que atraviesa el mar como gran un río de luz, cruzándose con multitud de vías secundarias.)

EL PROFESOR: ¡Magnífico! ¡Admirable! Sin duda estamos presenciando una lluvia de muones de alta energía que al interaccionar con partículas de carga negativa provocan una cascada de neutrinos y fotones, según el modelo de Goldstone.

EL DRAGÓN: *(murmurando)* ¿Pero sabrá este hombre de lo que está hablando?

*(Tras navegar durante mucho tiempo, alimentándose de los peces que el dragón consigue atrapar, divisan a lo lejos una columna de vapor que asciende a gran altura y forma sobre el mar un negro nubarrón iluminado a intervalos por violentos relámpagos. Los viajeros escuchan un rumor sordo, que pronto se convierte en estruendo ensordecedor, mientras el viento arrecia y grandes olas encrespan el mar. El profesor comprende angustiado que están acercándose a un gigantesco remolino y consigue soltar una tabla del dragón, que utiliza luego a modo de remo para intentar del peligro. Pero todo es inútil; después de remar con toda su alma durante unos minutos, queda exhausto por el esfuerzo y no puede impedir que la «nave» sea arrastrada por la tremenda fuerza del remolino. Al precipitarse hacia su interior, el profesor advierte con sorpresa que allí no se escucha el estruendo de las aguas; en su lugar, reina un extraño silencio, interrumpido sólo por la repetición de un acorde, tres notas agudas seguida de dos graves, que resuena con monotonía en ese extraño antro. A pesar de la fuerte turbulencia, los viajeros se desplazan con suavidad, describiendo amplios círculos que los van acercando, más y más, al abismo que se adivina abajo, oculto por una neblina rojiza. El profesor, recuperado ya del esfuerzo realizado, mira en torno suyo con curiosidad; poco a poco, sus rígidas facciones se distienden y una sonrisa un poco bobalicona asoma a sus labios; parece feliz, como si estuviese dando vueltas en un inmenso tióvivo; lo más sorprendente es que su cuerpo empieza a men-
guar con rapidez...)*

EL PROFESOR: *(empapado por la espuma, canta desgañitándose con voz aflautada de tenor, mientras se agarra al dragón con una mano y agita el paraguas con la otra)*

Ir de excursioón
Salir al campo, qué alegría y qué placer
Con ilusioón
Desde los montes a los valles descender.

EL DRAGÓN: *(para sí)* ¡Qué forma más rara de comportarse! Esto no me gusta nada; si pudiéramos salir de aquí...

EL PROFESOR: *(con voz de parvulillo desmadrado)* ¡Venga, otra vuelta! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa! *(Suelta el paraguas, que se abre por el aire y queda flotando tras ellos.)*

EL DRAGÓN: *(haciendo lo posible por navegar con la corriente)* No lo puedo creer ¡Se ha transformado en un rapaz!

EL PROFESOR: *(saca la mano entre las ropas, que le cuelgan por todos lados y empieza a palmear al dragón)* Mamá, quiero palomitas, ¡un cucurucho grande, grande, grande!

EL DRAGÓN: ¿Mamá? Esto es el colmo.

EL PROFESOR: (*manoteando*) Quiero bajar, tengo sueño ¡mucho sueño! ¡Mamaaaa, quiero bajar! (*Pierde el equilibrio y cae en la corriente. El dragón gira en redondo hacia él y, antes de que se hunda, consigue atraparlo entre las fauces, con tanta delicadeza que no le causa el menor daño.*)

EL PROFESOR: (*con vocecilla vacilante de niño de pecho, dando pataditas al aire, dentro de la boca del dragón*) Gurbfffb, tata, pederrrr, nene, nene ¡ajo!

EL DRAGÓN: (*pensando*) ¿Y qué hago yo ahora con esta criatura?

(*A medida que se acercan al fondo del remolino, la corriente se hace más rápida y el acorde termina por convertirse en una especie de pitido continuo. Finalmente, el dragón, que hace lo posible por mantener bien sujeta su carga entre las mandíbulas, empieza a descender por un enorme conducto circular de paredes elásticas que se contraen a intervalos regulares para luego dilatarse, como si se tratara de una gigantesca arteria. El dragón cae y cae, golpeándose contra las rojas paredes del conducto, hasta que, al terminar éste bruscamente, es arrojado de nuevo al mar. Pero se trata de un mar bien distinto del que quedó atrás cuando los tragó el remolino; su oscura superficie plomiza brilla como una lámina metálica bajo el resplandor deslumbrante de una gran estrella roja.*)

El dragón nota que el profesor-rorro se remueve inquieto en su boca y no puede evitar que escape y caiga al agua; cuando va a recuperarlo, observa que su amo está sufriendo una rápida transformación que lo devuelve enseguida a su apariencia normal...)

EL PROFESOR: (*todavía aturdido; mueve los brazos para mantenerse a flote*) ¡Qué extraño! Juraría que hace un momento estaba dando vueltas montado en el caballo de un tiovivo. Sonaba una musiquilla y me sentía feliz girando y girando... pero el caballo empezó a crecer muy deprisa y sentí miedo, pensé que me iba a caer; todo se fue haciendo más y más grande, yo quería que alguien me bajara de allí pero no me hacían caso. Luego... no sé, el tiovivo se quedó silencioso y ya no recuerdo más, hasta que me he visto otra vez en el agua. ¿Habrá sido un sueño? (*Mira perplejo a su alrededor.*) Menos mal que el dragón está ahí delante. ¿Y eso negro que flota junto a él? ¡Ah, es mi paraguas! (*Da unas brazadas y se sube en el dragón con mucha dificultad; recoge después el paraguas, lo cierra y abre varias veces y se queda pensativo.*) ¿Un sueño? Tal vez, pero todo parecía muy real, era como estar viviendo marcha atrás, sí, eso es, hacia atrás. Un momento, un momento, y si... ¡Claro, ese remolino! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Hemos debido atravesar una turbulencia de gravitación, una de esas regiones singulares en las que la oscilación de campos gravitatorios muy intensos puede dislocar el fluir normal del tiempo. ¡Naturalmente! Tal como lo enseñan los sabios, no existe un tiempo absoluto ya que la gravedad modifica la curvatura del espacio-tiempo. (*Empieza a agitar con furia el paraguas, en una explosión de entusiasmo, y está a punto de caerse otra vez.*) ¡Fantástico! ¡Sensacional! Tal vez nos encontremos ahora a cientos o miles de años luz de lugar donde estábamos cuando nos tragó esa cosa.

EL DRAGÓN: (*parpadeando*) ¿La curvatura del espacio-tiempo?... pero hay que ver cómo desbarra este hombre. Aunque no me extraña, lo que le ocurrió en el remolino habría bastado para trastornar a cualquiera. Bueno, por lo menos ha vuelto a recuperar su tamaño normal y no tengo que seguir ocupándome de él; mientras caíamos por ese tubo se han producido varias sacudidas muy violentas y he estado en un tris de tragármelo. ¡Sólo habría faltado eso!

EL PROFESOR: (*da un respingo, al oír hablar otra vez al dragón, luego sacude la cabeza con fastidio*) ¡Tú, otra vez! ¿Se puedes saber qué estás murmurando ahora?

EL DRAGÓN: (*haciéndose el sueco o, más bien, el danés*)

¿A cuántas leguas estará Aldebarán?

A mil billones y dos docenas más.

¿Podré llegar a la luz de un candil?

Sí, por cierto, y aun regresar.

EL PROFESOR: (*enfadado, golpea el cuello del dragón con el puño y después agita la mano con un gesto de dolor*): ¡Maldita sea! Escúchame bien, saurio de pacotilla: te advierto que no estoy dispuesto a tolerar ni una insolencia más. A partir de ahora hablarás sólo cuando te pregunte.

EL DRAGÓN: (*en actitud sumisa*) Está bien; así se hará, mi señor.

EL PROFESOR: eso ya está mejor.

(Después de navegar sin rumbo fijo arrastrados por las corrientes, los viajeros se aproximan a una isla poblada por sirenas —o mejor debería decirse por sirénidos, ya que su extremo inferior no tiene propiamente forma de pez si no que recuerda, más bien, al cuerpo rechoncho de una foca o una morsa.)

EL PROFESOR: ¿Será posible? Creo que hay gente entre aquellas rocas.

EL DRAGÓN: Señor, con el debido respeto, yo diría que son sirenas.

EL PROFESOR: ¿Eh? ¿Sirenas?

EL DRAGÓN: Pues sí y de una clase muy fea, señor

EL PROFESOR: ¡Bah! paparruchas, las sirenas son seres mitológicos, puras fantasías de gente inculta. *(Entorna los ojos.)* No llevo mis lentes, pero estoy seguro de que no son más que unas bañistas tomando el sol... eso sí, están gordas como focas. Vamos a acercarnos a ellas, tal vez puedan ayudarnos. *(Abre el paraguas y lo utiliza a modo de vela para aproximarse.)*

EL DRAGÓN: *(para sí)* Esto me da muy mala espina...

(Una vez que la «nave» queda a tiro de piedra de las rocas donde seestean las sirenas, el profesor cierra el paraguas e intenta hacerse oír.)

EL PROFESOR: *(haciendo bocina con ambas manos)* Disculpen, señoras, llevo mucho tiempo navegando a la deriva ¿Serían tan amables de decirme en qué lugar me encuentro?

(Al reparar en el viajero, se reproduce un gran revuelo entre las sirenas, que empiezan a zambullirse en el agua, riendo y chillando. Una de ellas, que destaca de las demás por ser de mayor tamaño y un poco bigotuda, ordena a la tribu que guarde silencio; todas la obedecen al instante, como si se tratara de la Sirena Superiora.)

SIRENA SUPERIORA: *(dirigiéndose a las demás)* ¿Habéis oído, hijas mías? ¡Nos ha llamado señoras! Y va montado en una especie de barquito ridículo con cabeza de dragón... no hay duda, es un mortal, uno de esos seres estafalarios que de tanto en tanto terminan perdidos en estas aguas, y todo por empeñarse en salir de su mundo y lanzarse a lo desconocido; claro que sabiendo lo desastroso que es ese mundo suyo, tampoco puede extrañar que estos majaderos sientan a veces la tentación de aventurarse en otros.

LAS DEMÁS SIRENAS: ¡Un mortal! ¡Bien! ¡Viva! ¡Ya estábamos hartas de comer arenques!

SIRENA SUPERIORA: *(con gesto autoritario)* ¡Silencio, no lo vayáis a espantar! Este tiene pinta de sabelotodo y me da que es un poco resabiado; a ver cómo me las ingenio para atraerlo hasta nosotras *(Dirigiéndose al profesor con gran comedimiento.)* Ilustre señor, acercaos sin apuro y detened luego vuestro negro bajel junto a estas rocas para mejor oír nuestra voz. Sabed señor que ningún navegante ha surcado estas aguas sin detenerse un momento a escuchar la suave melodía que fluye de nuestras bocas y bien puedo aseguraraos que todos se han alejado después con el corazón henchido de júbilo, tal es la dulzura de nuestro canto.

EL PROFESOR: *(para sí)* Pues será dulce su canto, pero ésta que habla tiene voz de cazallera. *(Dirigiéndose a la Sirena Madre):* Es usted muy amable, señora, pero no quisiera entretenerlas, sólo me gustaría saber en dónde de me encuentro.

SIRENA SUPERIORA: *(agitando las manos con fingido dramatismo)* ¡Oh esforzado navegante! No pretendas desvelar los arcanos sobre los que se sustenta el orbe, concédete un momento de sosiego y deja que nuestro canto alivie tu fatiga.

EL PROFESOR: *(para sí)* ¡Pero qué insistencia con que las oiga cantar! Como si tuviera tiempo para entretenerme con los gorgoritos de esas comadres. Además, no debe entender lo que le pregunto, ha dicho no sé qué de arcanos y orbes; mejor será alejarse de aquí. *(Se dispone a maniobrar para alejarse de la isla.)*

SIRENA SUPERIORA (*al ver que el profesor comienza a alejarse, se queda un momento pensativa, luego sonríe con malicia, dejando entrever una dentadura espantosa, y guiña un ojo a las demás*): Apiadémonos, hijas mías, de este pobre navegante que jamás volverá a pisar su hogar y pues su cruel destino ha de cumplirse, resignémonos al dolor de no verle más y elevemos una plegaria a sus dioses para que nos asistan en tan amargo trance.

LAS OTRAS SIRENAS: (*al unísono, con murmullo de olas*)... para que nos asistan en tan amargo trance.

SIRENA SUPERIORA: (*pasándose la lengua por los labios*) Santa Rosa de Lima, Santa Isolda y San Tristán, San Eutropio, San Eufasio, San Saturnino Catódico, San Cirilo Catastral, Santa María Słodowska, Santas Eulalia y Rufiana, San Remigio, Santos Números Primos, Santos Yoghí Maragatos, Santos Cirilo y Florián, Benditas ánimas del Hiperbóreo, Santos Hobbes, Marx, Bond y D'Artagnan...

LAS OTRAS SIRENAS: (*con rumores de brisa marina*) Ora pro nobis.

EL PROFESOR: (*al oír el canto de las sirenas se detiene, perplejo*) Pero bueno, esto es inaudito...

SIRENA SUPERIORA: (*blandiendo una langosta con la mano derecha*) San Cosme, San Genaro, Santas Claus, Zenona, y Pandora, Santa Liebre de Marzo, San Chindasvinto Rex, Santa Rita Catenaria, Santa Mantis Pudorosa, Santa Hipófisis Senil, San Eufasio y San Exiquio, Santa Aurora Menstrual, Santo Niño del Regüeldo, San Bolondrón, Santa Twitta Guasinap, San Pascual, San Krispín Ki-Kiri-Ki, Santas Sibilas Murcianas, San Nicanor sin Tambor, Santa Inés del Alma-naque, San Xosé de Caixa Max, Santas Pascuas, Santísimos Yin y Yang...

LAS OTRAS SIRENAS: (*con ulular de caracolas*) Ora pro nobis.

EL PROFESOR: (*hace girar al dragón y se acerca un poco a las sirenas*) No puedo creer lo que estoy oyendo...

SIRENA SUPERIORA: (*poniendo los ojos en blanco*) Santas Vírgenes Blogueras, Santa Didy y San Eneas, Santa Circe Arrabalera, Santos Europios, Berkelios y Einstenios, Santa Ninfa de Garrafa, Santas Ligas de Nausica, Santo Bosón Mantecoso, Santa Manteca Estelar, Santa Summa Orgasmolástica, Santos Romeo y Juliana, Santo Bacín de Mambrino, Santo Manco de Alcalá, San Restituto, Santa Marta del Canuto, Santa Miembra Asamblearia, Santas Células Madre y Forúnculos Padre, Santa Urraca, Santos Archeopterix y Panoramix, Santo Obama Verbenero, Santos Messiano y Ronald, San Mariano Marianelo y San Cándido Candéal, San Artur-o Mau Mau, Santa Baba Federal, Santos Asnos de Hemiciclo, Santos Mártires del ERE, Santa Prima de Corral, Santas Tribus de Babel, Santo Bestiario Global, Santo Big-Ban-Buuun, Santísimo Moco Astral...

LAS OTRAS SIRENAS: (*con chirridos de aves marinas*) Ora pro nobis.

EL PROFESOR: (*con un visible temblor en el ojo izquierdo*) ¿Pero estás oyendo lo que dicen? ¡Intolerable! Muy bien, pues no estoy dispuesto a consentir que esas necias se burlen de cosas tan serias. ¿Qué se habrán creído? ¡Yo las enseñaré a comportarse!

EL DRAGÓN: (*compungido*): Pero señor, os ruego consideréis que las sirenas son seres sanguinarios, cuyo único afán es la perdición de quienes se atreven a escuchar sus cánticos.

EL PROFESOR: (*cada vez más colorado*) ¡Y dale con las sirenas! ¿Habré de volver a repetir que las sirenas no existen? Pero bien veo que el miedo te nubla el entendimiento. ¿Y tú eres el dragón de un drakkar vikingo?... ¡más pareces una lagartija! Escúchame bien: si no quieres que te muela a paraguazos, tensa tus músculos aunque sean de palo, y carga contra esas de delante que están chapoteando entre las rocas. (*El dragón resopla varias veces; luego, tras de hacer un enorme esfuerzo, se arranca contra las sirenas llevando encima al profesor, que sujeta tieso el paraguas como si blandiera un sable, mientras canta a voz en grito.*)

EL PROFESOR:

Marchons, marchons...

Qu'un sang impur abreuve à nos sillons!

(A pocos metros de las rocas, el profesor pierde el equilibrio y cae del dragón que, extenuado, poco puede hacer para auxiliarle. Las sirenas se lanzan al mar y nadan en círculo alrededor del desdichado navegante, que intenta mantenerse a flote y manotea como un poseso. Al cabo de unos instantes, las sirenas se lanzan sobre él; se produce entonces una gran confusión y, entre cortinas de espuma, sus violentos coletazos alternan con golpes del paraguas mientras se escuchan insultos, gritos y gruñidos; luego, todo queda reducido a un siniestro murmullo. El dragón, a quien las sirenas no han prestado atención alguna, se aleja impulsado por una leve brisa, recitando con voz profunda viejas canciones de cuna escandinavas. Las olas mecen con suavidad su viejo corpachón, que se pierde en la inmensidad escoltado por el vuelo bajo de las gaviotas.)

© Carlos Montuenga

Carlos Montuenga (Madrid, 1947) es doctor en Ciencias y colabora, de forma habitual, con sus relatos y artículos en espacios literarios como Almiar (revista Margen Cero), Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España) y Revista Narrativas. Ha publicado también varios de sus trabajos en las revistas digitales El Fantasma de la Glorieta, Adamar, Palabras Diversas, Amalgama, Voces, Aledaños de la Literatura, Letralia (Venezuela), Remolinos (Perú) y en portales dedicados a la difusión de las humanidades y la filosofía, como A Parte Rey y La Caverna de Platón. Es miembro integrante del taller literario de "El Comercial" (Madrid) desde el año 2007 y su relato "Tránsito" ha sido seleccionado recientemente como finalista del XXVIII Certamen Nacional de Poesía y Narrativa Breve "El Decir Textual 2013" (Argentina). Acaba de publicar el libro de relatos *Los confines del mundo* (eBooks Literatúramwe, 2013).

HARVEY KEITEL

por David Bombai

1.

La lluvia caía sobre el capó golpeándolo como si de granizo se tratara. El faro derecho se había fundido pero el otro avistaba todo lo que su luz podía, no más de quinientos metros. Más allá, la oscuridad. El agua le calaba la ropa y se preguntaba si no habría nada más que le pudiera pasar. Mientras cambiaba la rueda deshinchada, el temporal empeoró. La frondosidad del bosque no ayudaba a tranquilizarle, aportando inquietud a la escena, además de un frío de mil demonios. A estas alturas de la madrugada ni siquiera un cervatillo se habría dejado engatusar. El metal del gato se le resbalaba entre las manos y cuanto más fuerza aplicaba, más difícil le resultaba asirlo. Sus ganas de acabar eran inversamente proporcionales a su capacidad para continuar. Mientras pensaba en todos esos rollos del *karma*, el auto emitió un quejido como de lamento antes de quebrarse el eje delantero. Tal fue el golpe de la chatarra en el suelo que el desdichado conductor no pudo evitar un baño de barro cortesía de su mala suerte. El tipo cayó sobre su trasero, ahora sí totalmente empantanado y además dolorido. Poco a poco, el vehículo fue deslizándose por la calzada hasta chocar mansamente con un árbol al borde del camino. «Eso es: el puto *karma*», se dijo.

El hombre se incorporó; aspiró fuerte frunciendo el ceño y apretó los puños en un acto de impotencia tan viril como inútil. Caminó hacia el coche y abrió el maletero: sacó de él una bolsa, se tapó la cabeza con la chaqueta y comenzó a caminar por el asfalto mojado. Ni un alma en quince kilómetros a la redonda y él rogando por un taxi. El viento congelado mezclado con las gotas de lluvia le anesthesiaba el rostro. Si le hubieran pinchado con una aguja incandescente no lo habría notado. Las manos se le agarrotaban cada vez que las sacaba de los bolsillos: caminar bajo el temporal como si lo estuviera haciendo por Central Park le parecía una estupidez. Necesitaba una copa, y un cigarrillo, y un poco de buena suerte, ¡mal-dita sea!

«El hombre se incorporó; aspiró fuerte frunciendo el ceño y apretó los puños en un acto de impotencia tan viril como inútil.»

Mientras la mala conciencia le estaba echando en cara su réprobo comportamiento —«Muy mal hecho; muy pero que muy mal hecho; eres un auténtico hijo de puta descerebrado»—, aquella carretera parecía no tener fin. Era como caminar a través del espacio, rodeado por la oscuridad absoluta, clamando por ver una endemoniada estrella. Se sentía exactamente como un astronauta descubriendo confines nunca antes explorados. Después de treinta minutos, avistó una luz en la lejanía. Era un destello que iluminaba el firmamento hasta donde podía, tragado el resplandor por la negra noche. El resplandor se le acercaba de frente, cegándole. El hombre esperó en medio del asfalto, empapado y furioso, hasta que se le echó encima sin que quisiera evitarlo. El coche frenó como pudo en una cuneta tan encharcada como el río Hudson. El conductor salió temeroso del vehículo y se acercó al cuerpo, ya sin vida, lanzado como un cohete a un lado de la carretera, entre unos matorrales que se le habían clavado por toda la cara, las manos y las piernas. El conductor —un chico de no más de quince años, aficionado usurpador de coches familiares— emitió un lamento ahogado por el rumor de la tormenta. Al lado del cuerpo palpó una bolsa; la abrió para descubrir en ella una serie interminable de fajos de cien dólares; una fortuna que comenzaba a mojarse a la intemperie. Tocó el cadáver con la esperanza de que resucitara, pero los muertos no atienden a plegarias. Empujó a la víctima barranco abajo deseando que se confundiera con la tierra, suplicando porque no tuviera familia, ni amigos, ni nadie que le estuviera esperando. Cualquiera que hubiera sido el motivo que le había llevado a aquella carretera, quedaría enterrado en la maleza.

2.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó con las manos en la nuca, sudando después de tres horas de cautiverio. Las hojas de los árboles bajo sus rodillas se le clavaban como cristales rotos.

—Lo siento, pero no es tan difícil de imaginar —respondió su captor mientras le encañonaba con el revólver.

—No sé qué te habrán dicho, ¡pero yo no he hecho nada!

—A mí eso no me importa.

—¿Cuánto te pagan? ¡Te pagaré el doble!

—Por lo que yo sé, tu problema es precisamente el dinero.

—¡Me han tendido una trampa! ¡Soy un cabeza de turco!

El captor enarcó una ceja: se había cumplido la vez un millón que oía esa misma excusa antes de matar a alguien.

—Mira, amigo, me duele en el alma, de verdad te lo digo...

—¡Pues entonces no lo hagas! —gritó el desgraciado apelando a su compasión.

—... Es mi trabajo. ¿Entiendes? No me lo pongas más difícil, vamos —le molestaba tener que convencer a alguien de que se dejara asesinar. Como decía su mejor amigo, ahora un cadáver hermosísimo, eso no era profesional.

—¡Te lo juro, te pagaré lo que sea! ¡Lo que me pidas! ¿Qué quieres?

«El captor enarcó una ceja: se había cumplido la vez un millón que oía esa misma excusa antes de matar a alguien.»

Aquella situación kafkiana empezaba a fastidiarle incluso más que una úlcera de estómago. Prefería estirarse en su sofá de segunda mano para retorcerse de dolor que escuchar un gemido gratuito más.

—Mira, no tengo nada en contra tuya, pero si no te callas voy a pegarte un tiro con muchísima rabia.

—¡Yo no he hecho nada, joder!...

—Te creo. Y tú seguramente también lo crees. Pero los dos sabemos que no es verdad —el captor se atusó el pelo sin bajar el arma—. Alguien que «no ha hecho nada» no está a punto de morir de un tiro en medio del bosque.

—¿Me vas a matar? ¿En serio me vas a matar? ¡Joder! —el desgraciado rompió a llorar.

—¿Dónde está? —preguntó el captor.

—¿El qué, tío? ¿De qué me hablas?

—Ya sabes a qué me refiero, hombre. No me hagas repetirlo.

El desgraciado echó una mirada rápida hacia el coche.

—¿En el maletero? —el desgraciado no respondió—. Sí, supongo que está en el maletero. Podríamos habernos ahorrado la excursión, ¿no crees? Te hubiera matado en la ciudad y te habrían enterado a los dos días. Ahora te pudrirás al lado de Bambi sin que tu mujer sepa nunca dónde llorarte. No es justo para ella, macho.

—¡Cógelo, tío! ¡Es tuyo! ¡Pero no me mates, por lo que más quieras!

—Yo no soy un ladrón.

—No, tío, eres un puto asesino...

—Oye, sin insultar...

—¡Pues entonces no me mates, por favor!

—¿Y qué dirán los tíos que me pagan para volarte los sesos?

—¡Desapareceré, te lo juro por mis hijos! ¡Saldré del puto país y no volverá a verme nadie! ¡Te lo prometo, joder!

—Te creo, pero no sería profesional. Compréndelo, coño.

—Entonces, ¿ya está? ¿Me vas a pegar un tiro y ya está?

—Bueno...

—¡No, tío! ¡No tienes por qué hacerlo! Nos lo podemos repartir...

—Ah, ¿ahora tenemos que repartirlo? Antes me lo dabas todo.

—¿Es eso lo que quieres? ¡Cógelo! ¡Cógelo, por favor! Y deja que me vaya... —el desgraciado se giró para implorarlo cara a cara.

—Las manos a la cabeza.

—Lo siento. Pero no me mates.

El captor amartilló el arma.

—¡Joder! ¡Lo vas a hacer! ¡Lo vas a hacer, joder! ¡Vas a matarme!

—¡Cállate, coño! No me dejas pensar...

—¿Qué tienes que pensar? ¡No hay nada que pensar, tío! ¡Deja que me vaya y no volverás a verme el pelo, hostia!

—No es tan fácil: imagina que alguien te encuentra. Imagínate dentro de un año, tú en Brasil y el Señor Lobo da contigo. ¿Cómo quedaría yo?

—¿Quién es el Señor Lobo? ¿Quién es ese?

—¿Cómo? ¡Y yo qué sé! ¡Un tío! El puto Señor Lobo... ¡Un solucionador!

—¿El de *Pulp Fiction*?

—¡Joder! Da igual. Olvídalo.

—Me gustó esa peli. ¿Te gustó también a ti? ¡No me mates, tío! ¡Somos amigos!

«El captor pensó en todo el daño que le había hecho a la humanidad. Recordó a aquel tío de Scottsdale al que le reventó un tímpano.»

—¿Amigos? ¡No somos una puta mierda!

—¡Claro que sí, nos gustan las mismas pelis! ¡No me mates, hombre! ¡El Señor Lobo es cojonudo!

—Maldita la hora...

—¡«No nos chupemos las pollas todavía»!

—¡Cállate!

—¡Te lo juro! ¡Ni el Señor Lobo me va a encontrar!

—Claro que no, porque voy a pegarte un tiro ahora mismo como no te calles de una puta vez y me dejes pensar.

—¿Si me callo no me matarás?

—Dios mío, ¿pero cómo voy a dejarte libre si ni siquiera así eres capaz de cerrar el puto pico?

—¡Seré una tumba, tío! ¡Más callado que un muerto! —el desgraciado lo pensó dos veces—. ¡Mierda!

—Das auténtica pena, ¿lo sabes, no?

—Ten compasión...

El captor pensó en todo el daño que le había hecho a la humanidad. Recordó a aquel tío de Scottsdale al que le reventó un tímpano. Y en aquel otro de Middleborough al que desnucó tirándolo por las escaleras. Y en la pareja de hermanos de Albany que sucumbieron ante su Smith & Wesson del calibre 38. El hombre sabía que no iría al Cielo, ni mucho menos, pero jamás había cometido la fechoría de matar por la espalda a un padre de familia. Todos eran estafadores o gente de mala calaña que había hecho del delito su profesión. Nunca le había quitado la vida a un pobre infeliz que fantaseara con que podría burlarse del malo de la película.

—Venga... Largo —dijo finalmente el captor.

—¿Cómo?

—Levántate y vete, joder. Antes de que me arrepienta.

El desgraciado se incorporó lentamente para notar que se había manchado los pantalones completamente. Las piernas le temblaban como si fueran palillos de una endeble escultura. Miraba fijamente a su captor que había bajado el arma con la que hasta hace un momento le apuntaba.

—Y no digas nada, o te pegaré un tiro por no seguir escuchándote.

El desgraciado comenzó a correr colina abajo, tropezando consigo mismo como un bebé que estaba aprendiendo a caminar. Su figura se perdió entre la bruma que envolvía la vegetación. El captor guardó el revólver, orgulloso de haber podido, por una vez, comportarse como un auténtico ser humano. Se subió al coche y condujo en busca de la carretera. Poco después de arrancar, una insistente lluvia comenzó a caer.

© David Bombai

David Bombai (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con Adrián Crespo.

DOS RELATOS

por Zakarías Zafra Fernández

LA TÉMPERA DE LOS VENADOS

Ella estaba ahí. Todos sus hijos la rodeábamos. Sufría, gemía lanzando un eco estéril pero amplísimo, como de salutación de ángel. Una inmensa estría la dividía en dos hemisferios. Un camino rojizo con cientos de peldaños en carne viva la atravesaba, desde la comisura de los senos hasta más allá del portal abigarrado de su vagina. Todos creíamos que estaba embarazada. Que algo había eyectado de su cuerpo aquel biberón encarnizado, aquél chupón de carne y verruga uniforme que era su ombligo.

Creíamos que estaba embarazada, pero fue en el equinoccio de otoño y todo su vientre se llenó de aire y vacíos. Sí, vacíos plurales, recipientes de soledad, compañías de urnas y fosas que emiten silbidos al ser atravesados por la materia halitosa de los vientos. Así era su barriga, cataclísmica, catatónica, inflada del espíritu teologal de la soledad —con la impronta de su misma muerte—.

Estaba atardeciendo. Estoy segura. Aquella sustancia viscosa que salió de su vulva era cromáticamente idéntica a lo que se dibujaba en el cielo. Todos esperábamos curiosos, me recuerdo. Mamá gritaba, sufría. Un hombre que no supe reconocer se le acercaba y le lamía la frente. Otro, mucho más pequeño, le acordonaba los dedos de los pies con un tejido parecido al cuero. Entonces ella gritó. Lanzó un interminable quejido que nos chorreó la sangre. Los hombres salieron corriendo y ella despertó.

—¡Talitá, kum! —gritó una voz sudorosa oculta en una de las pimpinas que tenía mamá para los días de sopor.

Y despegó su tronco de la cama, quedando en una insólita postura suspendida, pero horrendamente gravitacional. Se apagó la luz. Oscurecía. Volvió a dormirse.

Un hombrecillo con una extraña capa roja entró por la ventana, montado sobre un venado (o una especie de antílope que tiende a darse en las regiones de alta presión arterial, según las escrituras) y desenvainó una navaja afiladísima. Nos pidió silencio, a lo cual accedimos porque de cualquier forma no podíamos emitir palabra, y acto seguido se montó con el venado en la cama y clavó la navaja en la boca del estómago de la encinta, dándole vueltas como dibujando una runa o un petroglifo de alguna tribu extraviada en los silencios de la historia.

El enano agarró su cuchillo con toda su fuerza y siguió el camino de la inmensa estría que la dividía: abrió en dos la barriga de la mujer y extrajo de ella algunas cuerdas, unos tejidos similares a las redes de pesca, unas hamacas con estampados amerindios y un conglomerado de tierra y glucosa que en nada podía parecer un sistema intestinal. Guardó todos aquellos artefactos en una bolsa de terciopelo en el lomo del venado y se introdujo dentro de su barriga.

—¡Talitá, kum! —volvió a gritar la voz ahora con un tono de nodriza y sonaron las pezuñas desesperadas del venado que salía por la ventana.

Volvió a atardecer, como si de nuevo surgiera la noción del tiempo y nos preguntamos si así había sido el nacimiento de cada uno de nosotros, si nos unía algo más que el condicionante aturdidor de la sangre, o si ese nuevo hermano que venía había sido producto del rito esotérico del sexo o partícula eyectada de una fabulación infantil (cigüeña o venado) que a razón de nuestra erudita desesperanza, vendría a ser casi lo mismo.

* * *

DISECCIÓN

Son tres horas y hay una víctima en la casa. Hay visita. Tres veces por semana, hasta las once. Un hombre no agarra un cuchillo por casualidad, sin saber qué es lo que ama ni quién le busca. Pero en las vísceras se generan los romances, como esos pequeños pórticos condenados (ombligos, ano, orejas) donde los placeres regresan sin ecos.

El amor se segrega debajo de la lengua, así como el ícono del frenillo tiende a poner raciocinio en los encuentros porales. El olor agrio de las muelas es odio, o su comienzo. Todavía hay luz. Una hora para el cultivo del crimen.

Hazme daño porque te amo. Empezamos por las lágrimas. Son más saladas si te introduzco esto (-). Ahora mírame, sonríe. Hay felicidad. (Lágrimas alcalinas. Espesor polivalente). Me gustas.

Un golpe en el estómago y un hematoma perseguido entre las tetas. ¿Por qué me amas tanto? Quiero saberlo. En el pecho alguien siembra una bomba ridícula que le da tonalidades inversas a la sangre. (Sangre de comunión, sangre de sacrificio, sangre amorosa). O plaqueta de amante sana. Late por mí. (Me siento idiota). Una tumba poética son tus pulmones o tus costillas. No sé de medicina. Solo cuestiono el fundamento de las emociones.

Aquí hay una mentira. Mira cómo se contrae el intestino. ¡Ajá, una mentirita negra! ¿A quién has amado antes? (...)

Ahora hay silencio. Llegó el apagón general de los viernes. Vamos a tomar una copa, que serán tres horas. El vino sabe marcar los senderos.

Te he amado a ti nada más. Límpiame. Pero no me dejes. Créeme. Un hombre no agarra un cuchillo por crédulo. Él sabe lo que busca, pero no quién lo ama. No dormimos juntos. Se acabó el día.

Son tres horas violentas. No hay gritos. Una vela encendida por el siglo y esta estampa para que te proteja. No hay luz ni comida. Tómallo. Como pasatiempo. Pero afíllalo antes. Duele menos, como cuando eres virgen.

A eso iba. Empiezo a preguntarme por esa cárcel elástica de tantos bienes culturales. Voy queriendo esa tradición uterina que han seguido tus hermanas. Tengo una erección y tu malla espera, se expande. No voy a hacerte daño.

Hay que perdonar algunas falsaciones. Con una sutura ya puedo volver a mí. Eres una niña buena. Tu obediencia te salva.

Yo te cierro y vuelvo a vestirte. Te gusta el hilo rosado, para que seas mi muñeca. Un hombre no puede enamorarse sin cuchillo. No puede amar sin explorar las honduras de su objeto. A un cuando este le cause ternura

© Zakarías Zafra Fernández

Zakarías Zafra Fernández. Escritor y músico venezolano, nace en Barquisimeto el 13 de mayo de 1987. Profesor universitario (UCLA) y Docente-investigador del Conservatorio Vicente Emilio Sojo. Es autor de los poemarios "Quinquenio" (1ª Edición, 2009), "El bemo de los latidos" (Uriñaku, 2010) y "La masculinidad del naufrago" (Inédito). Sus obras poéticas han sido publicadas en Venezuela, Colombia, Chile, Francia y Canadá, y leídas en programas radiales de Argentina y México. Ganador en 2012 del concurso nacional "Découverte de la Francophonie" otorgado por la Embajada de Francia en Venezuela, ha obtenido a su vez diversos galardones como músico: Primer Concurso de Piano a Cuatro Manos Gerty Haas-Olga Mondolfi (Primer Premio), Encuentro Internacional de Piano Proyecto Unión América (Primer Premio), Tercer Concurso Nacional El Piano Venezolano (Mención Honorífica a la mejor interpretación de valse venezolano). Desde 2009 se desempeña como productor y conductor del programa radial "Sonidos de Vanguardia", dedicado al jazz y la cultura universal (Fama 98.1FM-Circuito Éxitos), y articulista del diario regional "El Impulso". Cursa actualmente la Maestría en Literatura Latinoamericana (UPEL) y una Especialización en Periodismo y Ciencias de la Información (Universidad Miguel de Cervantes, España). Su trabajo literario inédito abarca la narrativa breve, el ensayo y la dramaturgia. Blog: www.zakariaszafra.com

UNA BUENA IDEA

por Cristian Bertolo

Cristian Bertolo ha inventado el programa más exitoso de la web. Es un programa por el cual se pueden retocar fotos célebres del rock n´roll utilizando cualquier tipo de cara. Es muy fácil de utilizar y está disponible para todos los operadores, para Windows, Apple, Linux... El proceder es muy sencillo. Consiste en retratar una cara cualquiera utilizando una cámara especial que toma todos los relieves particulares de cualquier facción, la reduce a toda esa información en una larga ecuación de ceros y unos que pasan a suplantar las facciones originales de los populares retratados, y en pocos minutos lo tienes listo. Es una compleja cámara digital y multifocalla que se utiliza, muy sofisticada, que se incluye en el costoso precio final de la compra del programa, con su descarga y la concesión de los permisos de uso que no te voy a detallar ahora mismo por temor a atomizarte con tanta cháchara. Una vez instalado el programa en tu ordenador, se puede navegar por las muchas carpetas de archivos fotográficos para elegir la stampa que más te guste, donde se pueden encontrar, entre las más destacadas, las célebres fotos de los Beatles en la época de Sgt Pepper´s, la famosísima de Jim Morrison comiéndose la cámara sumido en éxtasis o la de Madonna, para el público femenino, perpetuada con los dos conos puntiagudos de la época de Erótica. En cualquiera de las fotos que elijas y pagues por sus derechos de explotación podrás estampar tu horrendo careto. Es increíble. Y en la página web oficial de descarga directa hay varios testimonios de anteriores usuarios, blogs de los administradores y mucha información corporativa. Hay de todo. Cosas muy locas se ven en el apartado de usuarios. Vi, me acuerdo, el resultado de una trucada que mostraba a un chino de cara redonda recostado al lado de Yoko Ono en Ámsterdam, sosteniendo un cartel que reza BED PEACE con barba y pelo largo y vestido de pulcro blanco, por ejemplo. Cosas por el estilo. Solo hay que imaginárselo y seguro lo encontrarás. Hay cosas bastante bizarras también. ¿Un negro de labios gruesos hinchándosele la vena del cuello, y con el lóbulo de la oreja derecha atravesado por un alfiler de gancho, gritando anarquía en el reino unido con los ojos saliéndoseles disparados de las órbitas? Si, claro. Y el programa es muy exitoso. Es el invento comercial del momento. Ya están vendidas exitosas franquicias multimillonarias en toda Europa, en Estados Unidos y en Japón; los chinos en estos momentos están pujando la exclusividad de la explotación de los derechos de su uso y comercialización en el Asia continental con los rusos, que no ceden ni un milímetro en la puja por las ofertas que llegan a ser astronómicas, según la revista Forbes del último Agosto. Cristian Bertolo inc. tiene sede en Silicon Valley, California, y desde el año pasado cotiza en la bolsa de Wall Street. Este tipo es un genio, este Cristian Bertolo. Es lo que opino y no soy el único. Un auténtico visionario. Imagínate, puedes personificarte en la silueta de Jimihendrix cuando quemó la guitarra en el Monterey Pop o ser el Elvis de jailhouse rock que lo rompió todo. Imagínatelo, tus facciones, tus mismas y personalísimas facciones, siendo parte del mito, de esas memorables instantáneas que adornaron todas las paredes de la historia del rock y de la cultura pop mundialmente conocida como contemporánea, para ser, limitándose el usuario a dar unos cuantos clics, inmortalizada con tu jeta de mamerto y decadente mamarracho fuera de onda y de todo sentido. Imagínate la foto de tu vida, la que te marcó para siempre desde que la colgaste por primera vez en tu habitación de adolescente y hasta que te fuiste de casa y la arrancaste con bronca de hacerte mayor de edad para no volver nunca de los nunca más a ser el mismo de antes, la foto grande del póster que te retorció las tripas de intriga cuando se colaba la luz del pasillo por debajo de la puerta, solarizando la cara drogada del ídolo en la pared gris de esas profundas noches con la música de radio de trasnoche pegada a la oreja, cuando tú intentabas hacerte eco de la impenetrable noche del suburbio cerrando los ojos e imaginándote libre, parte de los disparos que se oían a lo lejos, parte de la erección de la mañana siguiente al despertar, del desdén que te provocaba todo ese rechazo que soportabas del sexo

«Cristian Bertolo inc. tiene sede en Silicon Valley, California, y desde el año pasado cotiza en la bolsa de WallStreet. Este tipo es un genio, este Cristian Bertolo. Es lo que opino y no soy el único. Un auténtico visionario.»

opuesto por ser distinto, que te haría más fuerte al llegar la malograda mayoría de edad que no querías y la penosa responsabilidad de ser uno más en la carrera desesperada por supervivir en este mundo de mierda del que te ha tocado ser parte. La foto que te ha marcado para toda la vida, trucada con tu estampa de anti-héroe maduro y obsoleto a estas alturas, demasiado actual por la extraña y decadente experiencia de verte joven y rebelde y eterno como siempre quisiste ser y no te dejaron. Y el resultado final es una foto que en absoluto nada tiene que ver a las grandes expectativas que habías invertido en los resultados, los que te envían enmarcados por correo certificado a tu domicilio desde California, y que nadie, y te aseguro nadie, conocerá ni tendrá noticias de que exista, porque te daría tanta vergüenza de mostrar tu tan poco glamuroso asemejo con la estampa de Iggy en la portada de Raw Power que por eso la mantienes escondida, muy escondida, fuera del alcance de cualquier conocido o amigo de la adolescencia o relativo bajo cinco llaves, en una caja fuerte de un banco suizo muy importante, seguro y respetable.

© Cristian Bertolo

Cristian Bertolo (Merlo, Pcia de Buenos Aires, Rep. Argentina, 12 de enero de 1979). Aspirante a cocinero, a fotógrafo de guerra y a estrella de rock. Vive en Barcelona, donde cree que algún día podrá escribir un libro. Como todos. Mientras tanto gestiona el blog <http://radiomotherfucker.blogspot.com> aportando algo de su creativa con ilustraciones y pequeños relatos anti sociales o surreales de carácter existencialista. Buen chico

SINATRA

por María Dubón

Como cada mañana, la voz de Sinatra me saca del sueño y, arrastrada por su melodía, llego a la cocina. Me preparo un café bien cargado para acabar de despertarme de una mala noche y me siento en la mesa. Mientras degusto con fruición el aromático y amargo brebaje, Sinatra pone música de fondo a mis elucubraciones. El hombre que duerme en mi cama se ha ganado a pulso un pasaporte al destierro, una estancia infinita en el olvido.

Sinatra canta ajeno a mi debate interior, el timbre de su voz me suena hoy más agudo, algo desafinado. Acabo de tomarme el café y rebusco en el armario donde guardo los productos de limpieza. No sé por cuál decantarme. El lavavajillas hará demasiada espuma. El olor del desinfectante prevalecerá. El color del fregasuelos interferirá demasiado... Sinatra sigue con su concierto mientras preno el matacucarachas con el polvo tostado y fragante en la cafetera.

Sinatra eleva el tono por encima de mis pensamientos. Me está poniendo nerviosa, cada vez más histérica. Repite una y otra vez su sonsonete chirriante que martillea mi cerebro. Perdido el control de mis actos, abro la portezuela. Sinatra intenta zafarse, pero no tiene escapatoria, agoniza en el suelo de la jaula cuando desde el dormitorio me llega su voz: *Cariño, ¿puedes traerme un café? Me apetece desayunar en la cama.* Ya voy, mi amor. Lo estoy preparando.

© María Dubón

María Dubón. Ha publicado la antología de relatos eróticos *Cuentos para leer con una sola mano* (Sabara Editorial, 2012) y la novela *Los tres lados del triángulo* (eBooks Literáturame, 2013). Primer Premio Internacional de Lectura Literaria por la reseña del libro Wilde en España, 2011. Premio Limonada concedido al blog *Cierzo* por su contenido filosófico. Otorga el premio Miguel Santa Olalla, profesor de Filosofía, 2009. Colaboradora literaria. Suplemento *Artes & Letras* del diario Heraldo de Aragón, Zaragoza, desde 2008. Consejo de redacción de la revista digital *Narrativas*, Zaragoza, desde 2008. Premio Blog Solidario concedido al blog *Haz algo* por su difusión de campañas solidarias, 2007. Premio Thinking blogger al blog *A mi manera* como ejemplo de expresión personal, 2007. Directora. Revista digital literaria *Pro-scrito*, 2004-2007. Directora. Taller literario digital *El tintero*, 2004-2007. Colaboradora literaria. Suplemento cultural *Mar de palabras* del diario *Vallarta Tribuna*. México, 2004-2006. Autora de los blog *Cierzo*, *A mi manera*, *Ataraxia*, *Dubon.es*, *Haz algo*, *MD Mujer* y *Miradas*, desde 2003. Redacción de textos. Webs solidarias, desde 2003. Colaboradora literaria. *El Pollo Urbano*. Zaragoza, desde 2003. Publicación de la novela *Un año de mi vida*, Jamais, 2002. Colaboradora literaria. Idea Factory World, S.L. Barcelona, 2001. Finalista Premio Novela Corta El Carro del Sol. Barcelona, 2001. Colaboradora literaria y corresponsal en Girona. Revista *El Celador*, Sevilla, 1999-2000.

EL ARMARIO Y LOS CUERNOS

por Amparo Arróspide

Todos sabíamos que aquel matrimonio guardaba una colección de cuernos en uno de sus armarios. Porque alguna tarde lo habíamos oído a nuestra abuela o a la tía de Ángeles, que sabían muchas cosas... Esas frases ambiguas que hacían volar nuestra imaginación: «y cuentan... que le ponía los cuernos con una pelandusca».... —por pelandusca entendíamos una bailarina de cabaret con mucho pelo, muy razonable atracción para el calvo don Z—... «y ella, en represalia, le puso los cuernos con uno de los socios, que se fugó más tarde con todo el capital, dejándoles en la bancarrota». El caso es que X y Z, el matrimonio, lograron sobrevivir. Eran nuestros vecinos: corteses, formales y educadas, debíamos responder a su saludo sin jamás dar a entender que sabíamos lo de su armario lleno de cuernos.

Alguna vez entramos en su hogar, porque ella, Doña X, «muy cariñosa con los niños», se enteraba de los cumpleaños y nos hacía horribles regalos, pequeñeces que normalmente se rompían a poco de usarlas, como un relojito venido de las Canarias que aún sigue por ahí, en alguna caja, herrumbrado. Recuerdo cuánta ilusión le hizo a Ángeles ponérselo, sólo para decepcionarse enseguida porque la correa se cayó y ninguna otra nueva se mantendría en ese reloj con un lado defectuoso.

Después de lo del reloj ya casi no subíamos, pero era nuestra obligación saludar al matrimonio X-Z cada vez que asomaban.

Su casa por dentro era como ellos por fuera: imaculada a fuerza de limpiezas y brillos, impoluta, cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa. Abarrotada de objetos sacros, de souvenirs sentimentales de aquella pareja que debió, a juzgar por los rumores, albergar muchos y apasionados sentimientos.

—O mandamientos.

—Tú mientes y yo mando...

Y además, ¡cuántos armarios había en esa casa! Nada más entrar, en el pasillo, una alacena con un aparatoso florero con claveles de papel... Doña X les sacaba el polvo con un plumerito especial, noche tras noche, año tras año... El salón lo regía un gran televisor, que —eso sí— iba renovándose de modelo con los avances tecnológicos. La última vez que lo vimos era uno de esos de superpantalla extra plana. Y a su espalda, una imponente estantería totalmente barnizada de negro, desbordante de fotos de todos los tamaños, en sus marcos símil cuero y símil plata. Fotos de la primera comunión de la sobrina, del bautizo del sobrino, del día de la boda de doña X y don Z... Fotos en blanco y negro (las más antiguas) y en color

«En público el matrimonio se trataba con gran formalidad y cortesía. Una especie de pátina helada que recaía sobre cada mínimo gesto y ademán, incluso cuando nos encontrábamos a don Z comiendo.»

En público el matrimonio se trataba con gran formalidad y cortesía. Una especie de pátina helada que recaía sobre cada mínimo gesto y ademán, incluso cuando nos encontrábamos a don Z comiendo. ¡Y le gustaba comer! ¡Y qué bien le cocinaba sus platos favoritos doña X!

—Por eso siguen juntos, Ángeles... —hacíamos cábalas.

—Por eso, y por los cuernos...

No sentíamos grandes tentaciones de ver qué contendrían esos armarios, los de la estantería del salón, porque estando tan a la vista de quien entrase, allí no podría haber secretos.

Pero luego estaba la segunda sala, con otros dos armarios que cubrían totalmente la pared. Uno de ellos con cajones en la parte inferior y vitrinas en la superior. De madera nogal, fuerte, sólido, como si también se alimentase de buenas viandas y mejores barnices pulemuebles. Y el otro (el de los cuernos) siempre, siempre cerrado. Rectangular y de madera oscura, como un ataúd de dos plazas puesto en pie.

—Yo los he visto —juraba Ángeles: hay un par de toro, un par de cabra montesa, un par de ciervo y otro de antílope.

Y nos describía con todo detalle esos trofeos ocultos, precisamente al lado de la mesita de cristal, redonda, adonde nos sentábamos las pocas veces que tomamos en esa casa un vaso de leche con cacao.

—¿Más galletas, niñas? —preguntaba solícita doña X.

Pero se nos atragantaban sus galletas pensando en los cuernos... No lográbamos muy bien imaginar en qué parte del cuerpo se los habrían puesto, el uno a la otra, ni en qué orden... La pelandusca y el socio habían intervenido en el ritual, eso estaba claro...

—Venían los cuatro, o los dos, primero la pelandusca y el socio, tomaban algo aquí, sentados a esta misma mesa... algún licor fuerte ¿comprendes? Y luego sacaban los cuernos y se los ponían.

Yo corregía su versión:

—Se desnudaban y follaban. Entonces les crecían los cuernos.

—¡Qué trola! ¿Cuándo se los has visto tú, eh?

—Nadie ve esos cuernos, Ángeles. Salen de noche, cuando duermes. Al despertarte te duele mucho la cabeza pero sólo se notan unos chichones.

Pero por mucho que cavilásemos, no podíamos entender el misterio que rodeaba la frase «ponerle los cuernos».

Inés, la hermana de Ángeles, era un poco mayor que nosotras.

—Le puso los cuernos, tonta, quiere decir que la engañó, que folló con otra mujer que no era ella. Y ella le hizo lo mismo, folló con otro hombre que no era Z. O sea, le puso los cuernos.

—¡Aahhh!

En fin, había algún consenso en que el lugar de los cuernos era la frente. Pero seguimos sin entender lo turbio de aquel asunto... y ya no tuvimos oportunidad de entreabrir el armario. Porque el señor Z murió en accidente doméstico meses después, ensartado por un pincho. Un pincho de los de barbacoa, eso dicen... pero nosotras siempre creímos que fue un cuerno.

© Amparo Arróspide

Amparo Arróspide es hispanoargentina, poeta y filóloga. Ha traducido a decenas de autores al inglés y al castellano. Miembro de la Asociación Colegial de Escritores, en la actualidad prepara un libro de relatos y otro poemario. traductoragutierrez@gmail.com.

LA PIEDRA NÚMERO TRECE

por Luis Miguel Rubio Domingo

La víspera de San Juan la gente va con sus familias o su grupo de amigos a la playa. La ocupa pacíficamente hasta bien entrada la madrugada. Llevan consigo comida y bebida. Podría conjeturarse que no hay nada especial en ello, pero esa actividad está prohibida el resto del año. El resto del año se le llama botellón y, como sucede con todas las cosas excitantes, está muy mal visto. Si te reúnes con unos amigos en la playa de Levante de Wonderland para beber unos whiskys lo más probable es que la policía local te ponga una denuncia. Pero la noche de San Juan es diferente. Los amigos se reúnen a beber y la policía solo vigila que no se enciendan hogueras en la playa. En Wonderland están prohibidas. En Wonderland hay muchas cosas prohibidas. No se ven vendedores ambulantes de baratijas y cedés, ni la gente puede aparcar en doble fila; tampoco pueden hacerlo en las zonas destinadas a carga y descarga —esas que tienen una raya amarilla en zigzag— porque la grúa tarda muy poco en llevárselo. En algunas ciudades las autoridades no pueden hacer eso porque los barrios obreros, sin espacio suficiente para estacionar vehículos, tardarían en arder menos de lo que París la noche de san Silvestre. Pero en Wonderland no se queja nadie. Hay que aparcar correctamente y no se habló más. Cerca de Wonderland viven al menos siete mil noruegos. Casi todos en la colonia noruega de Wonderclose. Sin embargo, es raro verlos en los bares de Wonderland, porque, aparte del taxi, la alternativa de volver a sus casas con unas copas de más y al volante de sus automóviles los hace presa fácil de los agentes de la ley, que vigilan para que no haya accidentes. De modo que se quedan en sus localidades. Igual que los holandeses de Wondernext o los rusos de Wonderhill.

Pero la noche de San Juan es diferente. A falta de leños, la población de Wonderland se acerca a la orilla de sus playas bien pertrechados de enormes cirios, de candelas con camisa, de farolillos, de lámparas de aceite o de linternas. A falta de fuegos importantes, en cada grupo se recrea la magia del fuego con la solemnidad de las palmatorias. No huele a incienso, pero el aire se llena a veces de una fragancia que recuerda a la quema de rastrojos. No creo que sea marihuana. En Wonderland no se quebranta la ley.

Aunque ya no recordaba cuándo fue la última vez que estuve en la playa en una noche de San Juan, no fui capaz de oponer resistencia a la invitación de unos buenos amigos. Creo que fue porque tienen niños. Crecen tan rápido, que si no hacemos todo lo posible por hacer de padres media hora de vez en cuando con los hijos de nuestros amigos, corremos el peligro de pasar por sus vidas como si fuéramos los figurantes de un péplum: solo se nos recordará por un reloj de pulsera caro o por nuestra cara lánguida.

«Pero la noche de San Juan es diferente. A falta de leños, la población de Wonderland se acerca a la orilla de sus playas bien pertrechados de enormes cirios, de candelas con camisa, de farolillos, de lámparas de aceite o de linternas.»

No opuse resistencia porque no tenía nada mejor que hacer.

Estaba, además, el España-Francia de fútbol y la clasificación para las semifinales, que finalmente se produjo. Con las toallas ya sobre la arena contábamos los goles por los gritos de los espectadores de los bares donde se podía seguir la retransmisión y por los petardos que sonaban poco después. Un gol en el primer tiempo y otro, de penalti, en las postrimerías del partido. Creíamos que el partido se había acabado ya porque la gente estaba aplaudiendo, pero era que celebraban que se hubiera pitado penalti. La algarabía vino después, con la transformación de la falta, el final del partido y las bocinas de los coches.

Ya era de noche. Luna en cuarto creciente. Habíamos comido las viandas que cada uno había preparado en casa y comentábamos —mientras los niños no paraban de llenarlo todo de arena— las pequeñas de nuestras vidas cotidianas. Que si a mi nena un compañerito le llama gorda, que si he perdido el empleo, que si mi marido está de fiesta con el jefe y ese sí que tiene vicios caros... Las llamas se

repartían por la arena como esos focos que señalan un arriate o las luces que delatan la proximidad de una vivienda en el monte. La ceremonia de mojarse los pies en la orilla y lanzar doce piedras al agua estaba muy próxima. En la cala de Wonderland es difícil encontrar piedras, de modo que, del mismo modo que últimamente algunas personas prefieren abrir una lata de uvas peladas para celebrar la entrada del nuevo año, yo había cogido las doce piedrecitas del jardín que rodea el edificio donde vivo y las había puesto en una bolsa de plástico junto con un papelito donde había escrito mi deseo más profundo. Tenía que ver con mi pareja.

Cuando llegó la medianoche me acerqué a la orilla, había una mujer mirándome, vestida con un traje de novia de color de rosa y una sonrisa inadecuada; me bañé los pies y empecé a arrojar todas las piedras que llevaba, una tras otra, sin detenerme a contarlas, hasta que la bolsa de plástico quedó vacía. Luego prendí el papelito de mi deseo con la ayuda de un mechero y lo sujeté con la pinza del pulgar y el índice hasta que empecé a quemarme. Solté el papel calcinado en el agua, y el trocito blanco, que había quedado indemne, no tardó en desaparecer en la oscuridad.

Mi pareja, mis amigos y sus niños siguieron después la velada sobre las toallas y las mantas que habíamos traído de los coches, pero a mí me apetecía marcharme a casa ya y darme una ducha.

Recogí alguna de las bolsas que habíamos traído y me dirigí a pie a casa. Había una cuesta suave y la noche estaba hermosa, concurrida. Habitualmente es un barrio muy tranquilo, pero esa noche se había juntado la vida social que gira en torno al fútbol con la que reúne la noche de San Juan.

«Mi pareja, mis amigos y sus niños siguieron después la velada sobre las toallas y las mantas que habíamos traído de los coches, pero a mí me apetecía marcharme a casa ya y darme una ducha.»

Llegué a casa y me fui directamente a la ducha. Me metí vestido y fui despojándome de la ropa de playa, llena de arena, depositándola en el lavabo. Después de ducharme, la metí en una bolsa y la llevé al tambor de la lavadora. Todavía con la toalla alrededor de la cintura llegué a mi habitación y me llevé un susto de muerte.

—¡Hola, buenas noches! Llevo esperándote quince minutos.

—¡Por dios! ¿Quién es usted? —le dije a aquella mujer con traje de novia de color de rosa que sostenía uno de mis álbumes de fotos entre sus manos—. ¿Cómo ha entrado en mi casa?

—Soy el hada de la piedra número trece y vengo a explicarte las consecuencias de haber tirado al mar una piedra de más. No temas, nada grave. Por cierto, me dio tiempo a leer el deseo que escribiste en el papel incinerado. Quiero que sepas que, desgraciadamente, no puedo concedértelo.

Me eché a llorar, porque lo que había escrito era un secreto que no había compartido con nadie y aun- que no tenía ninguna esperanza de que un día se cumpliera, la confirmación de que su solución no estuviera al alcance ni siquiera de quien podía parar el tiempo era todavía más descorazonadora.

—Puedes parar el tiempo, ¿verdad? —dije interrumpiendo mis cavilaciones.

—¡Qué tontería! Pues claro que no. Soy el hada de la piedra número trece, no la hija de Cronos. Puedo concederte un único deseo, pero no uno que hayas formulado antes de este momento. Debes pensarlo muy bien, porque sus efectos durarán hasta la próxima noche de San Juan y si no son como tú esperas deberás arrojar exactamente al agua doce piedras, ni una más. Así será como el encantamiento se desvanezca.

—¿Me lo puedo pensar? —dije tratando de ganar tiempo

—Tienes cinco minutos, ni uno más. ¿Dónde está el baño?

Mientras el hada de la piedra número trece hacía uso de mi baño yo aprovechaba para darle vueltas a la oferta. Recordaba que a Midas no le fue nada bien con aquella ocurrencia de transformar en oro todo lo que su piel tocara y de cómo acabó con aquellas orejas de asno.

Otro que me vino a la mente fue Orfeo, a quien tampoco le fue nada bien formulando deseos. Con- siguió conmover a los seres del Hades y resucitar a su esposa, pero la alegría le duró muy poco y no tuvo un final pacífico, entre aquellas truculentas mujeres tracias.

De pronto me daba cuenta de que el mundo de los pactos y los deseos era siempre un contrato muy oneroso para el que osaba formular uno.

Mientras tanto, tras el sonido de una cisterna, entró de nuevo el hada en mi dormitorio y haciendo ademán de que se había lavado las manos me espetó:

—¿Y bien?

—Has dicho —dijo con firmeza— que no puedes detener el tiempo, pero ¿puedes viajar en él?

—Sí, viajar sí, y tú conmigo si así lo deseas, pero no más allá de un salto de veinticuatro horas hacia atrás o hacia adelante, aunque con el inconveniente de que cinco minutos después no recordarías nada de lo que ha sucedido aquí.

—¿Cinco minutos? Tengo más que suficiente

—Muy bien —dijo el hada agitando un pañuelo de encaje de color rosa—. ¿Cuál es tu deseo?

—Volver a la orilla de la playa, unos minutos antes de la media noche

—¡Deseo concedido! —exclamó en un tono muy alto haciendo salir de su pañuelo unas lucecitas titilantes y multicolores.

«Dimos un pequeño salto en el tiempo y volvimos a la orilla de la playa. El hada estaba a mi lado, como la primera vez, con aquel vestido que la hacía parecer una novia abandonada en un altar barroco.»

Dimos un pequeño salto en el tiempo y volvimos a la orilla de la playa. El hada estaba a mi lado, como la primera vez, con aquel vestido que la hacía parecer una novia abandonada en un altar barroco. Yo sostenía la bolsa de piedras y el papel donde había escrito mi deseo más profundo, ese que el hada no podía concederme.

Extraje la piedra sobrante y la dejé caer, con la certidumbre de tener las piedras justas; después arrojé una a una las piedras que había en la bolsa al mar, sin contarlas, e hice arder el escrito donde había formulado mi mayor deseo, cogiendo el papel con la pinza de mis dedos pulgar e índice de la mano derecha y haciéndolo arder con un mechero. Tan pronto se redujo a cenizas lo arrojé al agua hasta que el pedacito blanco con el que lo había sujetado se perdió en la oscuridad.

Les dije a mis amigos que deseaba volver solo a casa. Mi pareja se quedó con ellos. Recorrí la suave cuesta que conduce a mi domicilio, más concurrida que de costumbre por el efecto del partido de fútbol y la celebración de San Juan. Llegué a mi casa y me metí vestido en la ducha, poniendo cada pieza de la que me iba desprendiendo en el lavabo, para evitar que la arena de la playa se dispersara por la casa. Después de la ducha la metí en una bolsa y la llevé al tambor de la lavadora. Luego, todavía con la toalla en la cintura, entré en el dormitorio y abrí el cajón donde mi pareja guarda los medicamentos. Eché un vistazo a las pastillas. No quedaban muchas. Pronto tendría que volver al hospital, a por la medicación para otros dos meses, a menos que sucediera un milagro y la varita mágica de un hada me concediera mi mayor deseo.

© Luis Miguel Rubio Domingo

Luis Miguel Rubio Domingo (Valencia, 1961). Vive en la ciudad de Benidorm desde 1990 y se dedica a la industria turística. Es diplomado en Turismo y licenciado en Psicología. Pertenece al Liceo Poético de Benidorm, donde coordina el taller de métrica española. Ha colaborado con revistas digitales y en algunas antologías.

LA ESPADA DEL SAMURAI

por Jimena Tierra

Javi examinó el samurai que su padre le había regalado. Tenía por cabeza una esfera plateada sin facciones definidas, las piernas abiertas y arqueadas bajo un uniforme rojinegro y blandía una espada de hierro en posición de ataque. Sintió admiración por aquella figura desde que la vio aislada en el escaparate. No medía más que su mano pero se mostraba segura de sí misma, implacable, resolutiva. Estaba acariciándose la pelusilla del bigote cuando la olla a vapor empezó a silbar inquieta. Javi se apresuró. Limpió el polvo de la balda con la mano, colocó al samurai encima y se dirigió cojeando a la cocina. Meneó el harapo para sacar fuera a las moscas, echó la sopa de cocido en el plato y retiró con una cuchara sopera los cadáveres de hormigas rojizas que en él flotaban. Cogió la cerveza de la nevera, se la pasó por el cuello y preparó la bandeja.

Era extraño que su padre aún no hubiese pedido a voces la comida. Javi bajó las escaleras sintiendo un trallazo cada vez que apoyaba el pie en el suelo. Las gotas de sudor nublaban su vista, le aterraba la posibilidad de derramar los líquidos. Si tenía la sensación de perder el equilibrio se detenía unos instantes en el peldaño evitando la barandilla mal sujeta.

Cuando estuvo frente a la puerta de la habitación del sótano su cuerpo empezó a temblar: sólo se oía silencio. Respiró hondamente y su padre abrió la puerta antes de que le diese tiempo a golpearla. Tenía la camiseta cuajada de lamparones y los ojos fuera de sus órbitas. Javi enseñó los dientes con una mueca y le entregó la bandeja.

—Shhh, no hagas ruido. Está dormida.

Javi trató de mantenerse erguido mientras su padre inspeccionaba la comida rascándose la barriga. El conejito de peluche estaba tirado bajo la mesa, sucio y descompuesto. Se fijó en su hermana y se meó encima. Yacía en posición fetal sobre el colchón de lana tirado en el suelo. Un cardenal sangui-nolento recorría sus costillas de lado a lado, las nalgas estaban en carne viva y bajo su pelo estoposo podía adivinarse la quemadura del hombro. Parecía una figura de cera, mimética e inerte.

—Vete.

Javi sintió un halo de esperanza y salió cerrando la puerta con suavidad. Cuando llegó a su dormitorio le sobrevino el vómito a la boca. Cogió al samurai y se tiró en la cama examinándolo. Aquella figura no medía más que su mano pero se mostraba segura de sí misma, implacable, resolutiva. Abrió el cajón y lo echó al fondo.

*«Cuando estuvo
frente a la puerta
de la habitación del
sótano su cuerpo
empezó a temblar:
sólo se oía silencio.»*

© Jimena Tierra

Jimena Tierra. Amante de la literatura y licenciada en Derecho por la UAM, Jimena Tierra ha realizado diferentes cursos de especialización en escritura creativa en centros como Escuela de Escritores, talleres Fuentetaja o la UIMP, de la mano de profesores de prestigio como Alberto Olmos (Premio Arte Joven de la Comunidad de Madrid en 2006 y finalista del Premio Herralde en 1998) o Philip Kerr Premio Internacional de Novela Negra RBA en 2009). Ha colaborado en prensa local con diversos artículos de opinión y publicado numerosos relatos cortos en revistas narrativas. Asimismo, ha dirigido algunos espacios socioculturales en Internet y es autora de la novela «Equinoccio». En la actualidad dirige la redacción del blog literario «El invierno de las letras» y continúa su formación cursando grado en lengua y literatura españolas en la UNED en paralelo a su trabajo como Tramitadora Judicial en el departamento jurídico de una aseguradora del sector privado.

LA MUJER QUE TENIA ALAS

por José Ignacio Alonso

A Micaela Alvarado

Llegué al viejo hospital una mañana muy fría de invierno. Crucé la barrera de la entrada y pronto el edificio me abrazó con su penumbrosa estructura. Hubo un instante en que me detuve, pero solo fue un instante. Después conocí ese vasto interior que se convertiría en un hábito de mis días.

En la sala de reunión, dos hombres, el Jefe de Área y la enfermera, me esperaban.

—¿Conocerás al hombre pájaro? —dijo sonriendo el Jefe de Área. Yo lo miré desconcertado. Como estudiante de psicología había obtenido una pasantía para colaborar con el hospital, me habían asignado los trabajos sociales y sabía que tendría contacto con los pacientes.

—No le hagas caso —dijo Fernanda, la enfermera—. Estoy acompañando a Nicolás Rojas, un hombre muy calmo y sensible. Te lo presentaré.

Al rato caminábamos por un pasillo lateral, de suelo ajedrezado, pared apagada y repetidas ventanas que dejaban para la única luz que nos alumbraba. Ahora estoy acostumbrado a esa opacidad, y sé que en los días de nubarrones o lluvia, todos los rincones anochecen aún más.

—¿Recibe muchas visitas?

—No, nada de familia —respondió—, solo un visitante viene cada dos semanas. ¿Conoces al doctor Manuel Irribarren? Bien, es un prestigioso doctor muy conocido por todos, que trabajó en políticas de salud y todo eso... Ese es el hombre que lo viene a visitar. Es un misterio para todos nosotros, el padre de Nicolás era también doctor y al parecer se conocían con Irribarren. Quizás se siente obligado a visitarlo.

—¿Y el doctor qué les dice?

«Al final del pasillo, estaba el portón que daba al patio. Me había acostumbrado a la penumbra y cuando la luz pura golpeó mis ojos debí ayudarme con la mano para hacer sombra.»

—Nos contesta que son amigos, pero pregúntale al mismo Nicolás si lo son. Cuando le contamos que el paciente lo niega, él nos dice que son bromas de Nicolás, y que no debemos hacerle caso. Es extraño: cuando llega, se sienta con él en este mismo patio —dijo, indicando hacia la luz de las ventanas— y se quedan charlando todo el tiempo que es permitido. Lo hacen cortésmente, ni discuten ni se ríen, y al despedirse ni se saludan ni se abrazan.

—¿No sospecharon que esa visita puede ser una mala influencia, y un obstáculo para el progreso del paciente?

—Cuando lo conozcas, comprobarás que este paciente no te causará ningún problema, y está conciente de su situación. Después de las visitas no hemos visto ninguna anomalía, y además, nadie hasta ahora se permitió cuestionar el asunto, juzgando el currículo del visitante. Muchos de los médicos del hospital lo idolatran.

—Pero primero está la salud del paciente...

La mujer me respondió con una mueca irónica. Al final del pasillo, estaba el portón que daba al patio. Me había acostumbrado a la penumbra y cuando la luz pura golpeó mis ojos debí ayudarme con la mano para hacer sombra.

El patio era tan gris como el pasillo que habíamos dejado atrás. En la parte más lejana había un cuadrado de césped, un jardín austero que a nadie le importaba mantener, unos bancos de cemento y

un sauce, cuyas ramas llegaban hasta el suelo. En todos lados había personas dispersas; pacientes, enfermeros y otros colaboradores como yo. Caminamos soslayando a los demás hacia el banco que estaba junto al árbol.

—Es el que está sentado ahí —dijo la enfermera, indicando a un hombre de unos cuarenta años, de piel pálida y ojos negros, que leía detenidamente un libro. Parecía que nada de lo que había alrededor lo inquietaba. Ni siquiera se asombró cuando nos acercamos a él. Fernanda se sentó junto a Nicolás y me presentó.

—Buenas, mucho gusto —me dijo con una voz que notaba que hacía unas horas, no había dicho palabra.

—Él me está ayudando a mí —dijo Fernanda—, te va acompañar un rato, así se conocen. ¿Está bien?

—No hay problema.

La enfermera nos saludó y se retiró. Me senté en el lugar que había dejado la mujer y hubo unos segundos de silencio insoportable, que logré suprimir, al fin:

—¿Qué lees?

«La enfermera nos saludó y se retiró. Me senté en el lugar que había dejado la mujer y hubo unos segundos de silencio insoportable, que logré suprimir, al fin.»

—Un libro sobre ángeles, estoy estudiando sus jerarquías. En la tercera jerarquía están los mensajeros, que son los más cercanos a nosotros: los principados, los arcángeles y los ángeles —dijo, y su cabeza cayó otra vez a la atención de la página.

—Interesante, ¿te lo trajo tu amigo? —pregunté decidido.

—¿Qué amigo?

—El hombre que viene a visitarte siempre, me contaron que viene a visitarte el doctor Manuel Irribarren. Imagino que es tu amigo.

—No es mi amigo. Amigo es otra cosa.

—¿Y entonces qué relación tienen?

—No es la amistad lo único que une a la humanidad, a nosotros nos une el espanto, como dijo Borges —le causó gracia su comentario y sonrió calladamente.

—¿Y qué los une?

—Usted es un hombre muy curioso —comentó sin despegar la vista del libro—. ¿Por qué supone que le contaré algo que nadie sabe, a usted que recién lo conozco? ¿Le molesta si no respondo a su pregunta?

—Claro que no, espero me disculpe si fui indiscreto.

Al caer la tarde, volví a la sala. Me había vuelto con un sabor amargo porque pensé que mi acercamiento había sido una frustración. Pero con el transcurso de los días, en los cuales lo trataba en cada uno de ellos, Nicolás comenzó a abrirse un poco más. Hablábamos de muchas cosas; era un hombre que se sentía cómodo con cualquier tema, y formulaba opiniones fervorosamente. En los días más fríos de ese invierno caminábamos por los pasillos, aunque nadie podría afirmar que afuera hacía más frío que adentro. Lo inhóspito del instituto no parecía importunarlos, y se desplazaba por sus entrañas como si fuera su propia casa. Participaba en todas las actividades que le fijaban, y se alegraba cuando yo intervenía en su día. A veces se permitía a hablar conmigo de la enfermera, o de los otros pacientes. Supe que el apodo que había conocido por el jefe de área, se lo había impuesto Víctor, otro paciente que padece esquizofrenia, y que él trataba mucho. «Ahora no me le acerco, un día comenzó a gritarme hombre pájaro, sin ninguna razón», me dijo.

En aquellas primeras semanas, conocí al doctor Irribarren, sin tratar con él. Lo vi en el patio, hablando con Nicolás, como dos seres que están tramando un plan. De a ratos percibí los ojos del doctor observándome no sin cierto estudio. Confirmé lo que me había dicho Fernanda sobre estas extrañas

visitas. Hablaban sin detenerse y después, sin mediar saludo, o una estrechada de manos, el doctor se retiraba y no volvía su vista atrás.

El verano que vino después fue abusivo. El anhelo de las estufas se convirtió en el anhelo del aire y de ventiladores. En esos meses conocí a varios enfermeros, médicos y empleados del hospital. A todos los percibía de igual modo: voluntariosos y resignados a la costumbre. El sofocante calor era un obstáculo más que debían superar todos los días. En un edificio como aquel, padecer la temperatura era lo más natural y moderado que nos ocurría. En todo lo demás, los días eran distintos e irrepetibles.

Las reuniones que tenía con Nicolás se fueron haciendo más amenas. Al convertirlo en una suerte de confidente, el hombre se sintió protegido por mi discreción. Una tarde de enero, mientras yo le comentaba mi frustrada relación con una mujer que amé y nunca olvidé, Nicolás —que hacía rato que ya no me escuchaba, porque estaba digiriendo la idea— dijo:

—Le contaré mi historia, pero quiero que entienda que es un secreto que no conté a nadie, con la excepción de Víctor, que creí, equivocadamente, no estaría en condiciones de dar a conocerlo. Supongo que le ha quedado fragmentos de mi historia en su memoria, y cada vez que me ve, me grita «hombre pájaro», pero no es suficiente para que quede al descubierto mi vida. Una vez escuchada, usted debe guardarla para siempre como lo hago yo. Claro, que no ha sido fácil para mí, y es por eso que me encuentra en un edificio como éste, donde solo los locos pueden convivir. También quiero declararle que no estoy loco, y que la historia es verdadera. Tan verdadera como nosotros dos.

Yo asentí tímidamente con la cabeza, todavía asombrado por lo que estaba a punto de ocurrir. Pensé rápidamente en Fernanda, en el Jefe de Área, y en las otras enfermeras que nunca pudieron conocerlo del todo.

«Las reuniones que tenía con Nicolás se fueron haciendo más amenas. Al convertirlo en una suerte de confidente, el hombre se sintió protegido por mi discreción.»

—Como ya le han contado, mi padre era un doctor. Mi madre murió de cáncer siendo joven, y mi padre me cuidó muy bien. En mi juventud quise ser como él, y para su orgullo, comencé a estudiar medicina. Lo acompañaba a todas las reuniones, y el cumpleaños del doctor Irribarren no fue la excepción. En ese tiempo ya era un hombre muy importante en la comunidad médica, y mi padre siempre me hablaba de él. Yo quería estar entre esas personalidades... Pero ese fervor se esfumó en la misma fiesta. La había organizado en un salón y era en el barrio de Palermo. Aquella noche llovía con vehemencia; el doctor es un hombre serio y de carácter levemente frío pero no se había privado de costearse un aniversario con todos sus conocidos. Había, al menos, diez mesas circulares. Yo me senté en la de Irribarren, pero no significaba que mi padre perteneciera a sus amistades predilectas. Me sorprendí al ver, junto al doctor, a una joven muy bella, de cabellos largos y lacios, que tenía un vestido carmesí, y hablaba en voz baja. Un tal Rivoldi, un doctor calvo y de finos bigotes, que estaba junto a mí, dijo:

—No la mire tanto.

—¿Su marido está sentado en esta mesa? —dije ofendido, y con la obstinación que corresponde a las almas jóvenes.

—No, pero lo conozco a su padre. No perdonaría que nadie de aquí tocara a su hija. —Después se acercó a mi oído y me habló en voz baja—. Es el doctor Irribarren.

Esas palabras no me asustaron. No cambiaba nada en mi osadía lozana, y no podía perturbarme ningún apellidado. Con su padre presente, busqué conversar con la joven. Pensé que Rivoldi había sido el único hombre de la mesa que había descubierto mis pretensiones, pero más tarde vi al inescrupuloso doctor hablando con otro que estaba a su lado y volvía mirarme a cada instante: hablaban —lo sabía— de mí.

—Sea cauto, Rivoldi —le dije intentando sonar como una orden, llamándolo con el apellido que había escuchado.

El hombre se limitó a hacer ademanes de despreocupación.

Cuando el doctor Irribarren se levantó para hacer una recorrida por las otras mesas, saqué partido de la situación y me acerqué a la joven. Cometí la impertinente acción de sentarme en la silla de su padre.

—Permítame decirle que no sabía de su existencia. Mi nombre es Nicolás.

—Un gusto, Nicolás, mi nombre es Virginia —dijo con cierta indiferencia—. ¿Y usted es doctor o paciente? Aquí son todos doctores o pacientes.

Yo sonreí, pero no se había propuesto a hacer una broma. Mientras tanto vi que Rivoldi y sus camaradas murmuraban observándonos.

—En realidad no soy ni médico ni paciente, yo no podría pertenecer a ellos —dije indicando al grupo de hombres—. Sospecho que muchos médicos se han acercado a usted ¿verdad?

—No lo crea, Nicolás. No les agrado porque soy una cosa rara.

No sé por qué razón no me cautiva del todo las mujeres modestas. No obstante, Virginia no se desvalorizaba con esa expresión. Había declarado que era una cosa rara como si ese hecho no le importase mucho. Esa noche se convirtió en la primera de una serie de noches que vería a esta joven. Hablamos hasta bien entrada la madrugada, siempre con los ojos atentos del doctor sobre mí.

La primera advertencia llegó del hombre que no lo hubiera esperado: mi padre. Con una voz poco común me dijo que no debía entrometerme con esa joven. Me dijo que el doctor Irribarren no consentía la relación y que haría todo lo que tuviese a su alcance para suprimirla. Pero como usted puede sospechar, la prohibición es una estimulación para la perseverancia.

Después de encontrarnos secretamente un par de veces, me llegó la esperada cita con el doctor. Me convocó en su consultorio, y yo no dudé en presentarme. En aquel tiempo, me sobraba el temple, muy distinto a como me encuentra ahora. Es posible que haya razonado que un despacho, y sus títulos colgados en la pared serían suficientes para intimidarme, pero no sabía que estaba contribuyendo a la realización de un destino inexorable.

—Sé lo que ocurre entre mi hija y usted. Le pido, por ahora de buena manera, que deje esa relación. Ella es una mujer frágil.

—No es frágil, es una mujer fuerte.

—Es frágil —repitió Irribarren, decidido—. Pero no me interesa que lo entienda. Solo quiero que la deje tranquila.

—Lo decidirá ella.

«Después de encontrarnos secretamente un par de veces, me llegó la esperada cita con el doctor. Me convocó en su consultorio, y yo no dudé en presentarme.»

Sé que esa primera reunión en la que nos enfrentamos, Irribarren ya me había mirado con pena, pero no pude comprenderlo entonces. Yo estaba seguro que había salido airoso y triunfante de ese consultorio y nada más me importaba que volver a ver a Virginia. Quizás, al comienzo, hubo arrogancia y capricho, y más tarde llegó el amor. Pero poco importa cómo comienza un fervor como aquel.

Aquella noche viajamos con Virginia hasta la costanera. Era una noche fresca y primaveral. Íbamos de la mano cruzando los diques. Nos acercamos a la baranda y nos quedamos mirando un barquito que atravesaba nuestra vista. Yo resolví contarle, no sin cierto enojo, las estrictas ordenanzas de su padre. Ella me miró desconsolada, pero parecía conocer el recelo del doctor.

—Mi padre me cuida mucho, porque no quiere verme apenada.

—Y lo entiendo —dije con énfasis—. Yo tampoco quiero verte apenada.

—¿De verdad lo dices?

—Lo digo de verdad.

Yo hablaba por el anhelo de poseerla, pero ella me escuchaba con la atención de quien quiere escuchar una afirmación sincera.

Fue entonces que, en la habitación numerada de un sobrio hotel, Virginia se permitió mostrarme sus alas. Al principio la había juzgado como una mujer perturbada por algún disimulado inconveniente

psicológico —desde este hospital podemos preguntarnos: ¿quién, en este menesteroso siglo, no lo tiene?—, pero pronto supe la verdad. Abrió su vestido dejando ver la pálida piel de los hombros, y descubrió dos grandes alas de blancas plumas. En su rostro vi la vergüenza; sus ojos se inundaron y rodaron lágrimas lastimeras. La abracé, rápidamente, porque toda congoja merece acompañarla. Pero yo no salía de mi asombro. En el abrazo, aproveché para observar por sobre su hombro el lugar preciso donde su espalda se hacía ala, donde su suave piel se hacía pluma. Me estremeció ver cómo se estiraba la piel y paulatinamente se iban formando pequeñas escamas, y después imperceptibles plumas, hasta llegar a las más altas y finas, de varios tonos de grises y blancos. Unas cintas las oprimían en el cuerpo con el objeto de hacerlas pasar desapercibidas bajo el vestido.

Nos quedamos en silencio un largo rato y después volvió a hablar con dificultad.

—No quieres verme apenada, ¿no? —dijo y comprobé que ella se había quedado en la conversación que habíamos tenido frente a los diques. Retractarme ahora era una imposibilidad, pero nadie está preparado para excepciones de la naturaleza como la que me estaba revelando. Ni el día siguiente, ni el próximo pude dormir. En el alba resolví salir a caminar. Todos mis pensamientos se concentraban en las alas de Virginia. No verla más sería un alivio para mi espíritu, pero una culpa para mi conciencia. Al llegar a una esquina, en una mesa de la confitería *Los cocos*, lo vi a Rivoldi. Creo que mi primer reflejo fue mirarlo con desdén; él me observaba impaciente, y deduje que me había estado esperando.

Entré y me senté frente a él.

—Doctor Rivoldi, qué sorpresa encontrármelo aquí —el tono no fue conveniente a lo dicho.

—Conozco a su padre, y sé que viven unos metros de aquí, por la calle Córdoba —dijo con evidente timidez—. Discúlpeme, pero me vi obligado a hablar con usted, joven.

—¿De qué quiere hablar? —Inmediatamente supe que mi pregunta estaba de más. No había nada en todo el orbe que nos vinculara además del doctor Irribarren y su hija.

—De Virginia quiero hablarle, espero que no se moleste.

Le dije que no se preocupara, pero me molestó que de su boca haya salido el nombre de ella.

—La verdad que es difícil hablar de este tema... Sospecho que ya ha conocido la anomalía de la señorita Virginia.

«En el alba resolví salir a caminar. Todos mis pensamientos se concentraban en las alas de Virginia. No verla más sería un alivio para mi espíritu, pero una culpa para mi conciencia.»

Sonreí levemente; que haya empleado el término *anomalía*, me había causado gracia y a la vez rechazo. El me miraba extrañado, porque no estaba arrepentido de decirlo. Había premeditado cada palabra.

—¿Usted las vio? —pregunté.

—Sí, claro —respondió—. Pero no son muchos los que tuvieron la oportunidad, Manuel quiso guardarlo como un secreto, solo los más cercanos las vimos. Algo así puede cambiar todos los paradigmas de la comunidad científica.

—¿Y por qué lo quiso ocultar?

—Por amor, supongo —respondió con desinterés—. Mire, esas alas Virginia las heredó, como podemos heredar el color de los ojos, o la calvicie. Su madre tuvo alas, y su abuela también. Es por eso que Manuel no quería que se enamore de su hija, y yo lo aconsejaría lo mismo.

—No me molestan sus alas —dije con severidad.

—Ese es el problema, que no le moleste. Manuel amaba mucho a la madre de Virginia, cuando ésta era apenas una niña, su madre abrió la ventana, alzó sus alas y levantó vuelo. Lo hizo sin un piadoso aviso. Antes, su abuela hizo lo mismo. Hay una época que emigran a quién sabe dónde; si usted quiere estar con ella, debe saber que no será para siempre.

—Es decir que el doctor Irribarren quería protegerme a mí, y no a su hija.

—Él sabe que es inevitable y doloroso. Estos alejamientos, tan incomprensibles como extraños, no dejan nada bueno a quienes se quedan, ¿comprende?

—No —le dije con cierto capricho, que fingí, para no debilitarme frente a él—. No le comprendo, pero le diré qué es lo que creo: usted se ha enamorado de Virginia, y cree conveniente quitarme de competencia, ¿qué le parece esta explicación?

Rivoldi no demostró ni una pizca de turbación. Sospechaba, ciertamente, que yo respondería de ese modo. Parsimoniosamente, sacó un billete arrugado y maltratado de su bolsillo, y lo dejó junto a la taza de café. Se levantó, y solo volvió a hablar cuando se acercó a mí y, despidiéndose con una importuna palmada en mi espalda, dijo:

—No diga que no le avisé.

Un mes después, mi padre moría de un repentino infarto. No tuve mucha oportunidad de pensar la advertencia del doctor Rivoldi. Los meses que siguieron fueron ruidosos e irreales. Me quedé viviendo solo en el departamento de la calle Córdoba y mis amigos y familiares me visitaron con insistencia. Virginia me acompañó siempre en esas noches de pesadillas. Su afán de ser incondicional anulaba el porvenir adverso que el doctor Rivoldi se había tomado el trabajo de describirme. Hasta el doctor Irribarren me envió una carta de acompañamiento por la pérdida. Con mi padre, enterré para siempre lo que me quedaba de deseos para estudiar medicina. Me resigné a un trabajo corriente en una compañía de seguros. Cuando con Virginia decidimos pasar las primeras vacaciones juntos, el doctor no efectuó queja alguna. Se había resignado a nuestro noviazgo. Nunca dejó de observarme con cierta tristeza; esa mirada era peor que una de aborrecimiento.

«Hicimos una fiesta exuberante para mi juicio, pero Virginia se veía feliz. Ni en su propio casamiento se permitió soltar las alas, una acción que hubiera sido símbolo de libertad.»

Creo que después comencé a temer esas alas inverosímiles. Aquel encuentro con Rivoldi, la explicación inacabada de la suerte de la madre —Virginia había intentado explicarme la desaparición de su madre con una crisis mental que ella misma había imaginado para convencerse—, eran causas para que yo comenzara a tomar con seriedad la idea de su partida. Después de dos años agraciados, le propuse casarnos. Ella no dudó en aceptar. El doctor Irribarren respondió con indiferencia cuando le informamos el anuncio.

Hicimos una fiesta exuberante para mi juicio, pero Virginia se veía feliz. Ni en su propio casamiento se permitió soltar las alas, una

acción que hubiera sido símbolo de libertad. No faltaron todos los médicos que me miraban con indiscreta perplejidad y los ojos sombríos del padre.

Se mudó conmigo a la calle Córdoba y los primeros meses de la convivencia fueron satisfactorios. En lo cotidiano, las alas eran objetos obsoletos, superfluos. No parecían ser enemigos de mi felicidad. Virginia había aprendido a vivir con ellos, y no los consideraba ni para la conversación casual. No obstante, algo en mí había quedado de ese diálogo incómodo que había tenido con Rivoldi. Las alas no tenían sentido en nuestra vida, salvo que el doctor tuviera razón y Virginia era víctima de un destino involuntario que la esperaba en su porvenir. Mi padre desde el cielo sabe el esfuerzo que hice para olvidar esa idea. Cualquier hecho disperso, cualquier pelea era excusa para suponer que mi esposa estaba preparando el camino para salir volando sin culpa. Pero Virginia seguía siendo tan incondicional como el primer día.

Al año de vivir juntos, quedó embarazada. Recibí la noticia con asombro, pero no sin felicidad. Este suceso afianzaba más nuestra unión, y las alas perdían terreno en mi memoria. Tanto el doctor Irribarren como su séquito de médicos fueron cuidadosos con la ejecución del parto. Prepararon una sala de cirugía privada, y solo los de más confianza estuvieron presentes en el instante de traer a mi hija al mundo. Hicieron un trabajo notable. Virginia y mi hija recibieron el mejor trato y los cuidados que merecían.

La llamamos Juliana. Antes de tenerla en mis brazos, Manuel Irribarren creyó conveniente decirme que vería en su espalda dos pequeñas protuberancias. Pero ni Virginia ni yo volvimos a hablar de ello. La euforia es tan desbordante en esos instantes que el júbilo reviste todos los resquicios que podemos tener de temor, y aquel detalle lo suprimimos como quien suprime un sueño que se tuvo durante la noche. Y Juliana creció sus primeros años tan sana y hermosa como yo lo hubiera deseado. Dejamos el departamento de la calle Córdoba y nos mudamos a una casa más grande. ¡Oh, explicarle a esa niña lo que estaba creciendo en su cuerpo! Solo una mujer como Virginia tenía la medida justa para hacerlo. Me conmovía las estrategias que elaboraba para hablar con Juliana del asunto. Le decía que ellas eran distinguidas, porque un dios les había destinado un rasgo intrínseco de los ángeles. «Quién sabe qué otras cosas más tenemos de ellos» le decía a veces. Y eran ángeles, eso puedo asegurárselo. Era como vivir con verdaderos seres divinos.

La voz de Nicolás trastabilló por primera vez. Se había ahogado con el comienzo de un secreto llanto. Pero se contuvo. Me miró y sonrió, como quien acaba de esquivar una vergüenza.

—El abuelo la visitaba con insistencia —siguió diciendo—. Solía visitarlas durante la tarde, mientras yo trabajaba. Cuando volvía, muchas veces lo encontraba todavía acompañado de su hija y de su nieta... Se lo veía muy feliz. Nunca hablamos de esa charla que había tenido con Rivoldi, pero yo sentía que Manuel Irribarren, como yo, había tratado de olvidar ese final sospechado. Se había entregado a esos días llenos de felicidad. ¿Quién podría culparlo? Vivimos de las pequeñas cosas, pero las grandes, como el amor... esas nos manejan a nosotros.

En apenas unos meses, las protuberancias de Juliana crecieron hasta hacerse dos pequeñas puntas rellenas de cartílago, cubierta por una fina piel con espinillas. De las espinillas, cuando las puntas se alargaron, comenzaron a salir las primeras plumas. ¿Puede creerme si le digo que nada hablábamos de esas infames alitas? Solo entre Virginia y su hija había un diálogo abierto en el cual hacían referencia a ellas, con total naturalidad.

En su cuarto cumpleaños, llenamos la casa de amigos. No faltaron —ya lo estará sospechando— toda la tromba de médicos que siempre acompañaban al doctor Irribarren. Rivoldi, en la fiesta, se mantuvo alejado de mí, y evitó todo contacto visual conmigo.

Sentí otra vez un atroz escalofrío. Tuve la certeza que Rivoldi me seguía teniendo pena, y que de un modo silencioso trataba de acercarme, reiteradamente, aquel mensaje que alguna vez sintió que debía darme. Dos ángeles tenía yo en mi casa, pero no alcanzaba ser feliz. En esas semanas que prosiguieron al cumpleaños, no podía dormir. Virginia, como toda mujer sensible, percibió mi declinación. Pero yo no pude confesarle lo que temía. Si su destino era volar hacia otro lugar y alejarse para siempre, puedo asegurarle que esa mujer lo desconocía. En sus ojos solo había amor hacia mí y hacia su hija, y no cabía nada más. Juliana, en cambio, con sus cuatro años iba descubriendo con curiosidad lo que llevaba en la espalda. Y yo sufría, con ese sufrimiento miserable que suelen tener los hombres que no pueden compartir un secreto con nadie. Las dos creciendo frente a mí, como una agonía serena.

Puedo asegurarle, aunque no me creería juzgando el lugar en el que me encuentra, que yo me había acostumbrado a la angustia. Pensé que había aprendido a dominar mis pesares y los días comenzaron a ser más tolerables. Hasta que una noche de crudo invierno, sentí un dolor que no pude reconocer del todo. Esos dolores ambiguos, que no podemos confirmar si es físico o espiritual ¿le ha pasado? Lo sentí en todo el cuerpo, como si algo caminara por mis huesos. El pecho oprimido, y una congoja que se me escapaba por la piel. Así debe sentirse un ataque al corazón, pensé. Pronto dejaría de respirar, y mis miembros se entumecerían hasta perder toda movilidad. Pero no ocurrió aquello. Más bien quedé en ese estado de zozobra corrosiva, que me dejó postrado en el sillón por un par de horas. Cuando el dolor se fue, sentí que volvía en mí, como si volviera de un viaje. Al otro día cumplí con todos mis quehaceres y no falté al trabajo: usted conoce esa forma inútil que tenemos las personas para suprimir un presentimiento. Al volver, sentí desde el interior de la casa una exaltación, como una sacudida lúgubre, que me abrazaba con afán. Subí en silencio las escaleras, y me acerqué a la puerta de nuestra habitación. Vi la cortina bailando levemente por el viento, vi la luz del sol penetrando los cristales, y

«Puedo asegurarle, aunque no me creería juzgando el lugar en el que me encuentra, que yo me había acostumbrado a la angustia. Pensé que había aprendido a dominar mis pesares y los días comenzaron a ser más tolerables.»

vi al doctor Irribarren, impávido, sentado en la cama. No parecía ni triste, ni ofuscado. Sus ojos expresaban una perpetua y lejana mansedumbre.

—Doctor... —logré decir, pero mi voz se entrecortó.

Apenas levantó la mirada para verme, después volvió su vista hacia el balcón.

Desde algún confín de mi orgullo saqué fuerzas y pregunté:

—¿Se fue?

El doctor Irribarren asintió con la cabeza.

—¡No! —me apresuré a sentarme junto a él—. ¿No le ha preguntado a dónde iba?, quizás...

Irribarren pareció volver en sí, pero solo para mirarme con pena; su rostro parecía contestar *¿Para qué?* Nos quedamos sentados allí un rato largo, quizás una hora, sin hablarnos. En esos pesados minutos comprendí, con tristeza, cuánto la había amado. De pronto pensé en mi hija y corrí hacia su habitación. La encontré junto a su baúl de juguetes: ingenua, hermosa, ignorante, dichosa, jugando con unas muñecas. Me quedé apoyado en el marco de la puerta, llorando en silencio. Detrás de mí sentí la presencia de su abuelo.

—La niña ni se dio cuenta —dijo su voz taciturna.

Volví a nuestra habitación y la cama, el libro que estaba leyendo mi esposa apoyado en su mesa de luz, y unas medias en el piso, fueron lanzas cruzando mi cuerpo. El doctor Irribarren me siguió como una sombra inexpresiva.

—Y dígame —dijo amistosamente—. ¿Ayer sintió el presagio?

—Sí —contesté secamente.

«Volví a nuestra habitación y la cama, el libro que estaba leyendo mi esposa apoyado en su mesa de luz, y unas medias en el piso, fueron lanzas cruzando mi cuerpo. El doctor Irribarren me siguió como una sombra inexpresiva.»

No se asombró. Asintió con la cabeza, como si hubieran confirmado algo que ya sabía. Volvió su vista a la ventana y también la calma y la pesadumbre. Me quedé inmóvil, pensando en esa espada que el día anterior había entrado en mi pecho, y que no me había matado. Irribarren la conocía. Él había querido evitármela, pero yo no le hice caso. Es un hombre bueno.

De pronto Nicolás dejó de hablar, como si ya hubiera contado todo lo que era necesario contar, como si la historia se hubiera agotado en la última confirmación. Lo miré con impaciencia, y después pregunté:

—¿Y su hija?

—Mi hija —sonrió—. Mi hija está muy bien cuidada por su abuelo, el doctor Irribarren. Yo, mientras tanto, cumpliré aquí mi condena.

—¿Condena?

—Condena —repitió Nicolás—. Por mi cobardía. Ya no puedo salir al mundo después de lo que vi. Pero la verdadera razón de mi estancia en este lugar, es que no podría aceptar otra de esas espadas ¿comprende?

—No quiere ver a su hija partir —dije, aclarando para mí su metáfora.

—No puedo —respondió, pero ya no me lo decía a mí—. El doctor es un hombre bueno, y es más fuerte que yo. Ya recibió antes dos espadas, y está preparado para la próxima. Siempre viene a visitarme, y me cuenta discretamente cómo la niña va creciendo. Pronto, cuando termine el verano, comenzará otra vez el colegio. Es una niña muy amistosa y vivaz.

Junto a él, un libro antiguo de hojas amarillas estaba acostado en el banco. Cuando volví mi atención hacia él, Nicolás lo tomó con cariño.

—Otro libro sobre ángeles. Lo escribió un místico sueco que habló con ángeles en la ciudad de Londres. Estos libros me los regala el doctor Rivoldi —dijo y no pudo evitar largar una carcajada—. El hombre resultó ser un cristiano. No vendrá nunca a visitarme, pero me los envía por medio de Irribarren. También me deja anotaciones en las páginas que le parecen importantes —buscó vagamente en el libro algún ejemplo.

Hablamos de unas cuantas cosas más, que nada tenían que ver con su relato. Después lo dejé en el patio, como lo hago todos los días, ocupado en su libro y en su soledad. Volví pensativo junto a Fernanda. La enfermera me observaba con extrañeza.

—Estás pálido —me dijo ella, buscando en mi rostro alguna explicación—. ¿Pasó algo con Nicolás?

Le contesté que no, pero fue mucho lo que pensé en su historia. También recordé que Nicolás me había pedido que, una vez escuchado el relato, yo debía guardarlo para siempre. Me prometí hacerlo, y creo ahora comprender que no sólo el paciente Víctor lo conocía: el Jefe de Área, la enfermera Fernanda, y unos cuantos más también lo escucharon y están obrando del mismo modo.

© José Ignacio Alonso

José Ignacio Alonso. Nací en Buenos Aires, hace 31 años. Hice un breve y fugaz paso por las carreras de Letras y Redacción. Publiqué poemas y relatos en varias antologías. En el 2010 gané un premio en la editorial DNA de Argentina, y se publicó mi libro de poemas *El segundo Edén*. Colaboro también hace unos años en distintas revistas literarias como *Narrativas* y *Odradek*, y en la página *Panorámica del observador*.

LA COLINA

por Cristina Davó Rubí

Era una mañana de mediados de otoño cuando la clase de 6º A salió de excursión a visitar unos restos arqueológicos en un pueblo cercano. Los niños estaban excitados, como es normal a esa edad al abandonar por unas horas la rutina. Antes de las ocho ya esperaban todos a que la maestra los recogiera para llevarlos al autobús. María llegó con algo de retraso porque se había levantado con cierto malestar y además no conseguía hacer las cosas a derechas esa mañana. El chico en prácticas que la acompañaría ya estaba haciéndose cargo de los niños cuando ella entró en el patio. María notó la severa mirada de la directora, que estaba en la puerta de entrada al colegio, impasible y rígida como una estatua, con esos ojos duros que parecían controlarlo todo. Finalmente, subieron al autobús, María pasó lista mientras Blas contaba a los niños, diecisiete en total, se advirtió lo ya repetido una y otra vez en clase, no comer en el interior del vehículo, ir con el cinturón abrochado, no levantarse, seguir las instrucciones del guía en el yacimiento, no separarse del grupo, beber agua, protegerse del sol. El viaje fue corto, poco más de media hora. Así que los niños no tuvieron tiempo de alborotarse demasiado. El conductor aparcó al lado de otros autobuses que también tenían programada una visita para ese día, Blas le preguntó a María si se encontraba bien, te veo mala cara, no es nada, me he mareado un poco. Y todos se apearon para comenzar la verdadera excursión.

La guía que les asignaron era una mujer de edad indefinida —como si fuese joven y a la vez anciana—, de tez muy clara, pelo fino y casi blanco, de aspecto algo tosco, que sin embargo conectó enseguida con los niños. Se llamaba Liuba y les explicó que era de origen ruso por parte materna. Su padre emigró a Rusia y allí se casó. Ella había nacido en España, pero vivió en aquel país algunos años de adolescente, seguía en contacto con sus familiares y era digna representante de la idiosincrasia de su tierra. Además de contar su vida, cosa que a los niños les encantó, hacía comentarios misteriosos al hilo de lo que iban viendo y consiguió que la visita fuese muy amena, todos embelesados con la voz de la rusa. En el

«De pronto, Liuba sintió que alguien le estiraba de la manga y vio a su lado a una de las alumnas, Alma, que le decía que estaba algo mareada. Qué curioso, pensó la maestra, igual que yo.»

recorrido pudieron ver los restos de una aldea de la Edad de Bronce, situada alrededor de lo que fue una laguna. Liuba les ilustró sobre la importancia de esa población, pues se sabía que fue centro de la comarca tanto por su posición como por las actividades allí desarrolladas, desde agricultura hasta metalurgia y textil. De pronto, Liuba sintió que alguien le estiraba de la manga y vio a su lado a una de las alumnas, Alma, que le decía que estaba algo mareada. Qué curioso, pensó la maestra, igual que yo. Pero no reaccionó a las quejas de la niña. Blas debió de percibir la tirantez del momento, interrupción incluida de las explicaciones de la guía, y acudió a darle un poco de agua a Alma, le mojó la nuca y la cogió de la mano para seguir avanzando. Miró a María con preocupación. Liuba dijo que no tenía importancia. En el museo habilitado para mostrar las piezas halladas en las excavaciones del yacimiento, admiraron preciosas joyas de oro y plata, utensilios de metal, hueso y piedra, así como cerámicas de gran belleza. María se encontraba en un estado extrañísimo, confusa e incapaz de seguir la narración de la guía, ajena a lo que los niños hacían o preguntaban, como si su cuerpo estuviera allí pero ella no. Cuando llegaron a la zona de los enterramientos, Liuba desplegó todas sus dotes de contadora de historias y hasta consiguió meter un poco de miedo a los niños hablando de espíritus que vagaban por la colina o habitaban en las pequeñas cuevas excavadas en el cerro. La época de las canteras de yeso en la zona había deteriorado mucho el entorno y seguro que a sus moradores no les gustaba tampoco exhibir su intimidad a los curiosos turistas. Pero bueno, vosotros habéis venido a aprender y os perdonarán la intromisión, sentenció Liuba.

Una vez terminada la visita guiada, los niños fueron dirigidos al área preparada para la comida, con sombreros, bancos y una fuente para refrescarse. A pesar de ser ya finales de octubre, hacía aún bastante calor. Los chiquillos le pidieron a Liuba que se quedara a comer con ellos. Ella dijo que no

podía, que debía seguir trabajando. Alma se le acercó y llorando le suplicó que se quedara con ella, agarrándola con fuerza por la cintura. Los demás se pusieron a reír ante esa ridícula actitud de la niña. Blas pidió disculpas a la guía —Liuba volvió a decir que no tenía importancia—, agarró a Alma, tranquila, tranquila, mientras María seguía sumida en su inexplicable indiferencia. Desde que la directora se la había presentado como su tutora de prácticas, Blas se había fijado en su vitalidad, en su evidente amor al trabajo y dedicación a los niños. Hoy se mostraba desconocida. En cuanto a Alma, era una cría inteligente y educada pero algo extraña. No se relacionaba con los compañeros y solía quedarse muchas veces abstraída en clase, como si se evadiese de allí, aburrida de lo que le rodeaba. María le dedicaba siempre especial atención, por eso le resultaba tan raro a Blas la conducta de ese día. Alma se sosegó un poco aunque se negó a comer y se retiró a un rincón, sola y como aturdida. No pasó mucho tiempo antes de que los niños se aburriesen y quisieran hacer algo. La vuelta estaba prevista para las seis y no eran ni las cuatro todavía. Blas le preguntó a María si le parecía bien que él se fuese a dar una vuelta por el cerro con los demás y ocuparse ella de Alma. ¿Seguro que estás bien? Sí, descuida, nosotras nos quedamos aquí y después quizás vayamos hacia la cima de la colina, parece fácil la subida y tiene que haber una bonita vista. A las dos nos vendrá bien un poco de ejercicio y aire fresco. Nos vemos aquí mismo a las seis menos cuarto. Blas se tranquilizó al entrever de nuevo a la mujer que él conocía. Sonrió. De acuerdo, así quedamos.

«Blas miraba inquieto el reloj, eran ya más de las seis y las chicas no aparecían. Cogió el móvil otra vez y llamó a María, ni siquiera daba señal, apagado o fuera de cobertura.»

María se daba cuenta de que algo extraordinario le pasaba, aunque no llegaba a comprenderlo. Lo había sentido desde primera hora del día, pero sobre todo mientras estaba presente Liuba, la guía rusa. Como si ejerciera sobre ella un influjo aletargador, como si le absorbiera la energía para potenciar su magnetismo. Pese a la turbación, podía recordar claramente la mirada de Liuba cuando Alma lloraba agarrada a ella, puro desdén y superioridad, como si estuviese compitiendo por el cariño de la niña. En realidad todos habían notado su hechizo, pero ella, tan sensible a esa clase de percepción y consciente además de serlo, había dejado que le afectara. Se acercó a Alma, que estaba sentada en un banco, con la mirada perdida. ¿Quieres que caminemos un rato? Quiero subir a la colina, contestó la niña inmediatamente y sin dudar. La maestra pensó que la habría escuchado antes y le habría parecido bien la idea. No quería reconocer que, desde su llegada, la colina parecía estar seduciéndola para que subiese. Posiblemente Alma también lo habría sentido. Se sacudió de encima ese pensamiento. Venga, vamos. Cogieron sus mochilas y comenzaron a andar colina arriba. Hacía una temperatura agradable y la pendiente era muy suave, pues el cerro no era demasiado elevado. María se sentía mejor. No obstante, una vaga desazón le anidaba en el pecho. Alma, ¿por qué llorabas antes? Silencio de la niña. En llegar, debes comer algo, desde el desayuno no has tomado nada. Estoy bien, fue ahora la escueta respuesta. En poco tiempo alcanzaron la parte más alta de la colina y pararon a descansar y a contemplar el paisaje. Se sentaron en un llano, María cerró los ojos y respiró hondo. Inspirar, expirar, poco a poco, una y otra vez. De pronto, sintió algo, como una enérgica ráfaga de viento envolviéndola o un poder intenso sobre ella y antes de notar un fuerte golpe en la cabeza, María vislumbró a Alma muy al borde de la cima, con los brazos abiertos, como si fuese a echar a volar.

Blas miraba inquieto el reloj, eran ya más de las seis y las chicas no aparecían. Cogió el móvil otra vez y llamó a María, ni siquiera daba señal, apagado o fuera de cobertura. Él no podía dejar a los niños solos, así que pidió hablar con el director de las instalaciones para explicarle la situación. En seguida uno de los guías subió a la loma a buscarlas y desde arriba avisó de que había encontrado a María malherida, ni rastro de la niña. Cuando la joven maestra recobró el conocimiento en el hospital, vio en su habitación a dos mujeres policías ¿vigilándola? No tardaron en informarla de que estaba detenida como presunta culpable de la desaparición de Alma García Segura. Shock, conmoción. Sufrió amnesia, diagnosticaron después los médicos. Psicosis paranoide, afinaron más tarde, tras escuchar sus acusaciones sin sentido, sus descripciones absurdas e inconexas. El día que le dieron el alta fue sólo para trasladarla al Centro de Enfermos Mentales. Y durante la vista del caso María reconoció algunos rostros pero no pudo asociarlos a realidades concretas ni reconstruir los fragmentos de su mente para dar claridad a la declaración. Los testimonios del chico en prácticas, de la guía rusa e incluso de la directora del colegio —que, sin estar presente el día de los hechos, podía

aportar información relevante sobre la acusada—, fueron concluyentes para la sentencia. Algunos padres permitieron que sus hijos declarasen y los niños, sobreponiéndose al miedo y olvidando la cara más amable de su maestra, afirmaron el comportamiento extraño de la señorita ese día y su predilección por Alma, la rara. Las palabras incompetencia, irresponsabilidad, inmadurez, enajenación no alteraban a María, ella ya no era consciente de lo que en ese juicio se jugaba. No obstante, sí percibió, como una ráfaga más de su razón, la mirada última de Liuba, exultante y soberbia, bajando del estrado. Y en su delirio, creyó ver la sombra de la colina recortándose detrás de ella contra las paredes de la sala.

María nunca más ejercería de maestra. Pasó el resto de sus días con la vista fija en algún punto indefinido, gritando de vez en cuando nombres ininteligibles, denuncias incoherentes. En completo silencio la mayoría del tiempo. Soñando cada noche con una rusa enigmática, una dulce niña que acudía a agujonear su conciencia y una remota colina. Cuando despertaba, no se acordaba de nada.

© Cristina Davó Rubí

Cristina Davó Rubí. Nació en Villena, un pueblo de Alicante, el 27 de mayo de 1978. Es licenciada en Filología Hispánica y en la actualidad ejerce de profesora de Lengua y Literatura en Almería. Su pasión son las letras. Leer le fascina, pero también escribir. Colabora habitualmente en el suplemento cultural *Cuadernos del Sur* de "Diario Córdoba", así como en latormentaenunvaso.blogspot.com, en literaturas.com y en la revista *Cultura de Veracruz*, en México. En abril inició un blog personal en el que aparecen sus reflexiones, relatos y escritos varios. Un trozo de su mundo a disposición de todos en: geminisatipica.blogspot.com.

UNA HISTORIA INCREÍBLE

por Carlos Aymí

—Mamá, suena como una de esas historias increíbles que nos contabas, pero en lugar de aparecer hadas, dragones, y de ser divertida, resulta triste, y no entiendo lo que haces ni por qué.

Así es como mi hijo pequeño se ha despedido de mí con lágrimas en los ojos, tras intentar explicarle como buenamente he podido, mi comportamiento de los últimos meses. Un éxito a tenor del portazo que me ha dado mi hija adolescente, a punto de reventarme la cara, si no retrocedo un paso ante la puerta de su habitación. Ellos, en fin, no han comprendido nada, y tampoco mi marido, que harto de llorar y de desconcertarse, no ha querido verme en la despedida.

Me pregunto si alguno de ustedes me entenderá, y aunque inmediatamente me digo que me importa un comino el que lo hagan o no, lo cierto es que si escribo esta historia, increíble o por el contrario más sencilla de lo que pareciera, será por cierta urgencia, no sé si de piedad. Juzguen ustedes.

¿Han oído decir eso de que de todo se cansa uno? Yo no paraba de escuchárselo a mi bendita madre, que no ha vivido lo suficiente como para ver que su sentencia recayó como una maldición sobre su adorada hija. Porque cuando ella decía «todo», yo he comprobado que se refería efectivamente a «todo», incluyendo la felicidad.

Me llamo Sandra, tengo los cuarenta y muchos cumplidos, soy arquitecta y formé una familia maravillosa, con dos niños sanos, preciosos y alegres, y un marido atractivo, dulce e inteligente, del que aún sigo enamorada y al que nunca dejaré de querer... a pesar de mis actos.

«Así llegamos al hombre con el que engañé a mi esposo. Le conocí en el metro.»

¡Ay, los actos, qué difíciles son a veces de explicar! Fíjense, tras reflexionar mucho sobre todas las acciones que en los últimos dos meses me han conducido hasta aquí, aún no tengo explicación alguna para la primera, tal vez la más sencilla e inocente de todas ellas: dejé de ir al trabajo en mi deportivo y empecé a coger el metro. Lo repito, no me pregunten por qué, pues sólo podría decir que no fue por motivos económicos, ni por el medio ambiente, ni por ganar tiempo, ni para reducir estrés... sencillamente, no sé por qué diantres lo hice.

Tampoco encontraba que fuera un síntoma de aversión a nada en particular, pues lo volveré a repetir, era una persona feliz. Y aún iré más allá, mi vida resultaba perfecta.

No debía serlo tanto, pensarán ustedes, si me dediqué a destrozarla como verán en seguida. Y no sé qué decirles, o tan solo, que me resulta molesto esa tendencia de la gente a juzgar los actos ajenos de acuerdo a sus virtudes o sus vicios particulares, que lo mismo me da. Lo molesto es que me digan el porqué hice esto o dejé de hacerlo, cuando en el fondo solo pueden decirme por qué lo habrían hecho ellos.

Así llegamos al hombre con el que engañé a mi esposo. Le conocí en el metro. Sin darme cuenta empecé a hablar con él sobre el libro que conseguía leer entre el traqueteo del vagón, y no me preguntan cómo, acabé por invitarle a un café primero, y a un hotel esa misma tarde.

No era guapo, ni divertido, ni especialmente inteligente. No me daba morbo, ni quería experimentar nada, ni tenía ningún motivo de venganza hacia mi marido. No me emborraché, ni me sedujo, y ni siquiera me dio pena. Sencillamente, la cosa fluyó sin pararme a pensar. Y cuando lo hice, estaba mal follando con él en aquella cama impersonal, de un hotel impersonal, en una tarde de otoño triste y lluvioso.

A pesar de la lluvia, entre nosotros no hubo una sola gota de pasión, y al acabar, él, tal vez tan extrañado como yo de lo que acababa de ocurrir, me dijo que no le había gustado. Mientras nos vestíamos con calma le devolví que opinaba lo mismo, y desde luego, no nos dijimos eso de *ya nos llamaremos*.

Cualquier persona sensata imagino que habría parado su descarrilamiento inmediatamente, y que esa misma noche habría invitado a su pareja a una cena romántica en la que renovar promesas, para coger el coche a la mañana siguiente camino del trabajo. Pero ya dije que empecé a pensar cuando estaba acostándome con aquel hombre del metro, y está claro que al menos es evidente que yo ya había dejado de ser una persona sensata. Esa noche hubo cena, sí, pero para decirle a mi marido lo que había ocurrido.

Se lo dije con la certeza de que no volvería a ocurrir, pero al tiempo no hubo lágrimas ni arrepentimiento, y sí una cruel frialdad que le hizo todo el daño posible, con la que tal vez yo ya buscaba lo irremediable.

A veces cuesta derrumbar un castillo, aunque sea humano, y por tanto, de naipes. Durante varias semanas apenas nos hablamos, pero quedaba claro que él estaba dispuesto a perdonarme. Lo que yo no tenía tan claro es que quisiera su perdón, y supongo que no atreviéndome a reconocerlo, di con otra muesca de mi nueva insensatez, esta vez en el trabajo.

*«A veces cuesta
derrumbar un castillo,
aunque sea humano, y
por tanto, de naipes.
Durante varias se-
manas apenas nos
hablamos, pero
quedaba claro que él
estaba dispuesto a
perdonarme.»*

Como arquitecta jefa de mi estudio, me puse a negociar los contratos que teníamos pendientes para los próximos meses. El resultado fue que vine a regalar nuestro trabajo con unas condiciones ridículas. Mis empleados, sin poder creerlo aún, no levantaron la voz por miedo. Finalmente, y tras unas cuantas decisiones irracionales más, mi mano derecha hasta entonces, se reunió conmigo para decirme que todos habían decidido marcharse, que lo sentía, pero que me abandonaban. No pude sino sorprenderme por el tiempo que habían tardado en tomar una decisión tan coherente, y les convencí para que no se fueran, pues ya lo haría yo, quedando él como mi sustituto.

Había destrozado mi carrera, me empeñaba en destrozar mi matrimonio a pesar de la resistencia de mi marido, y decidí atacar mi salud. Intento de suicidio.

¿Hay alguien aún a estas alturas que no piense que me había vuelto loca, que no era sino presa de una profunda depresión o de otro trastorno psíquico importante? Aparte de mí misma, supongo que cuesta defender mi cordura. Sé que tengo todas las pruebas en contra, pero no estaba deprimida, ni confusa, ni drogada.

Cuando me rajé las venas a lo romano metiéndome en la bañera de agua caliente, lo vi claro, lo que tenía era un hartazgo de mi vida perfecta. Desde pequeña había deseado con fuerza todo lo que había conseguido por mi propio esfuerzo y sin que nadie me regalara nada. Y sin embargo, ahí me encontraba, desangrándome, despidiéndome de la vida con una absurda sonrisa de satisfacción. Entre el vapor y el agua enrojeciéndose tiñendo mi cuerpo desnudo de rojo, pude vislumbrar que lo que me había fallado era el feliz sentido de mi vida, que había logrado todo lo que me había propuesto y que me encontraba atada a ello.

Lo diré una vez más, no me había vuelto loca, y desde luego, no escribo esto para justificarme, o no solo. Lo que sí es cierto es que en estos últimos meses no he sido una buena madre ni esposa, y que si hubiera tenido al menos tacto, hoy yo estaría muerta.

Resultó que en lugar de buscar una bañera de hotel, me abrí las venas en mi casa. Con todo, debería haberme muerto igual, pues durante aquella tarde, no contaba ni con mi marido ni con mis hijos. Sin embargo, mi hija regresó destrozada antes de tiempo porque su novio acababa de dejarla. No teniendo bastante con eso, se encontró conmigo.

Acabé aceptando ingresar en la mejor clínica del país, donde concluyeron que no estaba, *al menos, clínicamente loca*, y salí de allí hace dos días. Mi marido ha seguido empeñado en perdonarme hasta

el final, ofreciéndome otra oportunidad por nuestro amor, por nuestros hijos. He tenido que contestarle *no, gracias*.

Saben, creo en la casualidad, y no me gusta desaprovechar la oportunidad que salir de la bañera con vida me ofrece. Hace unas horas que ocurrió la escena del principio, con mi pequeño y mi salvadora, y ahora, escribo sentada a la espera de un tren que no sé muy bien dónde me llevará. Estoy contenta. Hacía mucho que no sentía el cosquilleo que me recorre el cuerpo, y que se llama incertidumbre, la de un camino por hacer, la posibilidad de volverme a equivocar, la de un horizonte difuso ante mí, y para mí sola.

© Carlos Aymí

Carlos Aymí. Licenciado en Filosofía por la UCM 2001-2005. Máster de Comunicación escrita y creativa (IVCH), con el trabajo de máster: "Antropología literaria en la obra Arthur Miller". Formé parte del club madrileño de escritura "El Club de la Serpiente" (julio 2011/enero 2012). He publicado relatos en las revistas literarias "Narrativas" (números 24, 25, 26 y 27), "Almiar" (número 63, 66 y 67) y en "Entropía" (número 7). La mayor parte de mis escritos y reflexiones se pueden seguir en mi blog, "Pandemonium" <http://carlosaymi.blogspot.com>

QUITAR EL RASTRO

por Patricia Nasello

Un crimen es una tormenta, un puñetazo: un hombre —no digamos ya un niño, un animal— puede olerlo mucho antes de que ocurra.

Alejandro González Foerster

Ese olor nauseabundo, fue despertarse y percibirlo. Ese olor a papel maldito delataba la situación: hoy le tocaba a él, no podía ser otra cosa.

—Ni el primero de mayo descansan éstos —pensó.

Su mujer, extrañada al verlo cambiarse con tanto apuro en un día feriado, le alcanzó un mate. En circunstancias normales habría hecho la pregunta, pero éstas no lo eran. Decidió que lo mejor sería dejarlo solo un rato, pretextó salir a comprar cigarrillos.

—Quizá demore amor, tengo que encontrar kiosco abierto.

Le puso un abrigo a Naldo y lo llevó con ella.

El olor crecía, se dilataba, parecía tomar fuerzas de sí mismo y agigantarse.

Timbre.

Allí, sostenido por la punta de sus dedos como un bicho asqueroso, estaba el papel temido. El telegrama donde el Banco Provincial lo desafectaba de sus servicios poniéndolo a disposición del poder ejecutivo. Ahora le sucedía a él lo mismo que en los últimos meses le había sucedido a cientos de sus compañeros, el gobernador lo ocuparía en alguna pocilga a cambio de un cuarto de su sueldo. Y a cerrar la boca, que ofrecer batalla es peor.

*«Ella no debía verlo.
¿Dónde se escondía
el miserable? Tenía
que eliminar al menos
el rastro, el olor.»*

Con aquel bicho arrastrándose por la casa el olor era insoportable. Penetraba su nariz y, con la fuerza de un río que se abriera en varias corrientes, nublaba sus ojos, ensordecía sus oídos, depositaba un sedimento mugroso en su cerebro. Creyó estar aspirando, también, el espanto de otros.

—Narices Empleados Bancarios Desaparecidos y Otros Fantasmas —dijo con voz de anunciante publicitario. Como una película, según dicen sucede antes de la muerte, pasaron por su mente la prenda que pesaba sobre el auto, la cuota del colegio privado de Naldito, la cuenta corriente en la farmacia...—. Narices acreedores en pánico —agregó riendo a carcajadas. Luego, repentinamente serio al recordar una de las tantas consecuencias que sufrían la mayoría de los sometidos al traslado forzoso, murmuró—: Narices divorcios en puerta.

Ella no debía verlo. ¿Dónde se escondía el miserable? Tenía que eliminar al menos el rastro, el olor. Su nariz atraía aquel olor repugnante. Debía quitársela. Imposible. Imposible no. Querer es poder, porque así reza el dicho.

—Querer es poder, Arnaldo —le decía siempre la querida señorita Nené, su maestra de sexto grado. Ella fue quien lo alentó para que no se conformara con trabajar en la bicicletería del viejo, para que continuase estudiando—. Querer es poder, como decía San Martín —repetía en su memoria aquella voz remota, dulce, suave, maternal.

Don José de San Martín y el retrato escolar tan claro en su memoria. La mirada decidida, la boca de gesto enérgico, la nariz aguileña.

Nariz, por unos instantes la había olvidado.

Con un arma de fuego habría resultado más fácil, en su defecto, ahí estaba la tenaza.

© Patricia Nasello

Patricia Nasello nace en Córdoba (Argentina) en 1959. En la Universidad Nacional de Córdoba obtiene el título de Contadora Pública, profesión que no ejerce. Lectora empedernida, en 1999 comienza a narrar por escrito sus propias historias. Obtiene diferentes galardones, Segunda Mención en Cuento Certamen Franja de Honor S.A.D.E. 2000 (Sociedad Argentina de Escritores), Primera Mención Género Narrativa Concurso Manuel de Falla 2004, Primer Premio Género Ensayo Concurso Manuel de Falla 2004, Mención Concurso La Mañana de Córdoba 2005, entre otros. A partir del año 2010 edita un blog, **Esta que ves**, donde publica textos propios. Su trabajo en la red le ha reportado publicaciones en otras bitácoras, revistas culturales y periódicos. A partir del año 2005 colabora con la revista Otra Mirada S.A.D.O.P. (Sindicato Argentino de Docentes Particulares) a través de su columna Para leer y disfrutar. Coordina talleres de creación literaria.

RELATOS

por Miriam Márquez

LA REVOLUCIÓN

«La convocatoria ha sido un éxito», garabateaba un periodista en su libreta desde un balcón. No muy lejos, yo asomaba la cabeza sobre el tejado para ver discretamente el gentío. Descubrí a la bailarina del joyero, erguida orgullosa, sin girar, en la palma de la mano de un simpatizante. También al unicornio, que había abandonado su tiovivo por primera vez en treinta años. Me enterneció divisar, entonando consignas como locos, al muñeco del semáforo, a la chincheta del mapa y al globo de helio sin niño. A mi lado se posó el cuco fugitivo. A la hora en punto hizo ademán de cantar, pero se mordió la lengua y salió volando hacia Poniente. «Libertad», gritaban los manifestantes, y se les inflamaban el pecho y las mejillas.

Confieso que durante un instante deseé yo también librarme de mis espolones de forja, probar estas alas inútiles de gallo viejo. Afortunadamente fue sólo un segundo. Después cambió el viento y me obligó a mirar en dirección contraria.

SOFISTICACIÓN

Su abuelo se disparó en una sien. Su madre apuró tres tabletas de pastillas. Cuentan que su padre se rebanó las muñecas con una navaja suiza. Su hermana, misionera, adoraba besar labios enfermos de cólera. Su hermano, antes de lograrlo, resistió a la ruleta rusa diecisiete madrugadas. Ella, la única que queda de la familia, es la más perfeccionista. Por eso se enamoró de mí al vuelo en aquella taberna (el retrato robot pegado en la puerta me hacía bastante justicia). Estoy seguro de que llegado el momento, mi puntería no va a decepcionarla.

OVACIÓN

La diva no puede cantar con una sola butaca vacía. Por eso, el primer día que no se venden todas las localidades, su fiel mánager idea una artimaña. Compra algunos muñecos de corcho, les coloca unos cabellos de lana negra y un frac de seda natural. Un mes después, son tantos los farsantes que la seda artificial reluce en los palcos. En menos de un año, el teatro decide despedirlos por empacho de nostalgias. En su último concierto, la diva, consciente de que no habrá otro escenario, se vacía ante un público inerte. Cuando se detiene, exhausta, del patio de butacas se elevan unos aplausos tan violentos que llenan, en pocos minutos, el suelo de cabellos de lana.

RUTINA

Después de haber pasado algunos años juntos, los dos mejores amantes del mundo salieron huyendo en busca de mediocridades.

AMOR IMPOSIBLE

No deja mi psicólogo de preguntarme si me ha sucedido algo diferente en las últimas semanas. Dice que mi recaída se debe a algún elemento novedoso que todavía no he aprendido a neutralizar. Algo que de pronto ha reventado mis costuras, me ha arrancado el andador y ha soltado de nuevo la fiera que el mundo lleva dentro. Yo llevo ya un tiempo sospechando, pero callo. Prefiero aguantar los tics, obsesiones y temblores antes que delatarte. Vivo con la esperanza de que algún día renuncies a tu talento para los imprevistos y aprecies tú también la tranquilidad de saber lo que va a pasar hoy,

mañana y al otro. Estoy seguro de que pronto echarás el doble cerrojo a la puerta,ificarás las cartas y reservarás las vacaciones por anticipado.

No voy a rendirme aunque he de confesarte que ayer me desmoralizaste por completo. Aún siento escalofríos cuando recuerdo cómo al caerse tu tostada, untada de mantequilla por los dos lados, se quedó haciendo equilibrios de canto sobre el parquet.

DESVÍOS

Desde siempre quiso ser escritora.

Escribía cuentos ambiciosos, los podaba para adaptarlos a los concursos, los obligaba a viajar en sobres amarillos.

A veces la llamaban porque había ganado. Se perfilaba los labios y subía al estrado. Cuando miraba desde arriba, el público le parecía una nube ruidosa. Esa misma noche apuntaba en su libreta otra convocatoria. Se dormía pensando en folios DIN A4 mecanografiados a doble espacio por una sola cara.

Pasaron los años. Ya no cogía el teléfono al primer timbrado. Los cuentos se enrevesaron tanto que se tornaron novelas. Le compraron los derechos para una película de acción. Los periodistas se sabían su nombre. Tradujeron sus palabras al portugués, francés e italiano, entre muchas otras lenguas no romances. En su casa, en la vitrina, tenía uno en checo. Le fascinaba contemplar, bajo su foto, aquellas líneas incomprensibles.

Tenía agente. Los labios se le fueron secando. Ya no se subía a cualquier estrado.

Un día comenzó a sentir angustia. Los personajes de su novela se contagiaron. Las tramas empezaron a simplificarse. Las vueltas de tuerca se pasaron de rosca. La heroína se vio una arruga en el espejo, el galán empezó a hacerse preguntas. Los malos se pusieron a tener remordimientos. Los buenos se deprimieron.

Se pasó de caracteres. Le salieron dos volúmenes. La editorial se quedó perpleja. La actriz de moda que iba a protagonizar la secuela se entusiasmó. Empezó a ensayar ese gesto entre la soledad y el miedo. El productor negó con la cabeza. El público no quiso cargar con aquel libro tan triste en el metro.

Ya no tenía agente. Ya no había ruido. Desde siempre quiso ser escritora.

ANTES DE ABRIR LOS OJOS...

...un déjà vu estremeció al recién nacido.

REFLEJO

Mientras observa cómo le masajea los pies, la primera esposa del emperador sueña con ser la concubina que sueña con ser la primera esposa del emperador.

FRANKENSTEIN

Ahora que me has abandonado, estoy construyéndome a ratos una mujer mejor que tú. De partida me sirvió el torso y los brazos de mi profesora Laura. Tan firmes, tan bien tallados. Después tomé los ojos de Luisa. Había envejecido tanto que me los encontré más densos, más oscuros. Robé la nariz chata de Penélope (esa que tanta envidia te daba) y las piernas de Olga, la vecina (sí, confieso, siempre me gustaron más que las tuyas). He dibujado con los lunares de Vanesa la piel de Julia, y he extraído gota o gota el olor de Lola para volver más terrenal el delicioso vientre de Eva.

Hoy, ya sin vendas, he contemplado mi obra: hermosa, irascible, inquieta. Me ha pedido que la lleve frente a un espejo. Allí he visto como los ojos de Luisa se guiñaban en ese gesto de furor tan tuyo, mientras la piel de Julia palidecía hasta borrarse los lunares de Vanesa, y los brazos de Laura se crispaban a ambos lados del jadeante vientre de Eva. He querido explicar a tu terco cerebro el porqué de mis nuevas preferencias, pero te has girado airada, como sueles, con tu nuevo perfil de Penélope y de dos zancadas de Olga te has esfumado dejando sólo la dulce estela de Lola.

MALA CONCIENCIA

A la tercera proyección de la nueva película, el narrador omnisciente irrumpe corriendo por una esquina de la pantalla. En el último instante consigue salvar a la fatídica heroína de un tranvía desbocado que nadie, salvo él, esperaba. Los aplausos y vítores de la sala se mezclan con la musiquilla triste de una banda sonora sin talento para la improvisación.

© **Miriam Márquez**

Miriam Márquez (Madrid, 1978). Reportera televisiva, periodista de viajes, trotamundos, bloguera y escritora de micros y cuentos por puro afán fugitivo (www.elviento.es). Durante años mantuvo la bitácora www.miriam-marquez.blogspot.com. Ahora prepara una nueva.

COLECCIÓN

por Luis Topogenario

Amaneciendo. Sin especificarle a esta casa que estoy en su marsupia, a esta botella de licor que ya he bebido, a los papeles que me esperen, que vengo, que ya estoy removiéndome en esta cama, como un pequeño hexacanto en una pupa sin cuidar. Está bien, soy un ser político, lo menciono al pasar, está bien. ¿Requeríamos coraje, para anunciarnos, o era todo fácil, y estábamos de moda? Ya no lo recuerdo. Sé que yo no estoy de moda. Hace años se me recluyó, fue luego del conservatorio, al que asistí, con gran suceso, en los años de las insurrecciones políticas, yo me empadroné, con los insurrectos, si estaba de moda, o con los reaccionarios, si estaba de moda ganar. Además contaba, conté, con mi negocio químico La Codorniz, un lindo negocio, según los top tens, de las revistas de empresas, con las que me carteaba, cuando me carteaba, algo más que números de ruc. Recuerdo algunas personas, o sólo recordé, quizá personas, quizá sensaciones, apenas, reducidas a siluetas, casi homúnculos, mínimos dibujos, de una vida terminada. No soy asceta, aunque me forzaron, me arrancaron, me forzaron, ya estoy adentro, algo inmóvil, amaneciendo como al pasar, está bien. En las paredes húmedas de esta casa se respira, hondo, el olor del revoque. Quizá me están remodelando, por eso el revoque, y los cables de cobre, las muñequeras de cobre, las tobilleras de cobre, y la esponja avinagrada en la boca, y en el lambda, atada con una correa, de cuero, crudo. Quizá me están remodelando, y no me han informado. Parezco algo importante, ¿no venía bien, aunque sea, un memo, nota, esquila, pequeño script, con ruc, avisándome, Te estamos remodelando, al respecto? No. Escribir sale caro. Y escribir obviedades, carísimo. Beber mi trago, de vinagre, encender mi aparato, Titulares, Nacionales, Internacionales, Panorama económico, Deportes, Cultura, pa triastras, Elecciones, Plebiscito, estoy publicándolo, a las paredes: Hasta las paredes han estado vivas, gracias a mí. Bien, si es por los Titulares: remodelénme. Gracias. Muchas gracias. Mi aparato eléctrico ha funcionado. Hace algunos años, si me continuo midiendo en años, luego del conservatorio, se me recluyó. Otro, el hermano expulsado, el reverendo cerote que me traicionó, en toda insurrección te traicionan, se regresó a su convento, siguió su camino y su santidad. Hizo el siguiente cálculo: almas no tenemos, y huesos, baratos, entonces vendió sus huesos, a cambio de mis huesos, y me traicionó, a pesar de esto, no me encareció, ni una señal de amor me encarecería. Y yo terminé aquí, sin el hermano expulsado, que sustituí rápidamente con la hermana cama de cobre y el hermano cable eléctrico, soy un ser político, entre amaneceres, muchos. De dónde me expulsaron, es una buena pregunta, para quienes juegan al trivia. A dónde me expulsaron, bien, según estos textos, aquí. Aquí. Por qué me expulsaron, no, no es, siquiera, una pregunta. Y para qué me expulsaron, bueno, según mi tablero de trivia, que usé ocasionalmente para mis ouijas, con gran éxito, cuando podía moverme, fue todo por mi propio bien, en mi beneficio, a pesar de mí mismo. Mis palabras sufrieron, si es que aún se sufre acá, una especie de vulcanización, automotora, y recibí, según tengo entendido, el mejor de los cauchos. ¿O era todo una ficción, alegoría nacional absurda, otra más, donde todos son felices, los amores intensísimos y los odios productivos, y donde todos se toleran, Panorama arcoiris? Tuve un amigo negro, casi morado, y otro maricón, mariconazo, casi abeja, o libélula, no sé actualmente qué animal son los queer extremos, así que sé tolerar, si es que cuenta en algo, a mi favor. Sé tolerar. Si me toleran, sí, sé tolerar. Practiqué la esperanza, fui un difícil cultivo, desde la expulsión. Intento, si me cierran bien las cuentas, parecerme a lo que recuerdo que yo era, antes de la metamorfosis. Ésta es la lista de mi gimnasia, rutina, diaria: recibo, en mi catéter, anestesia local, experimento químico, inyectar, en mi shunt arteriovenoso, sustancia jabonosa, astringente, más un suero de la verdad, me quitaron un hijito, me lo arrancaron, ¿a quién se lo regalaron?, luego otro suero, muy parecido, menos astringente, más nauseoso, que sólo me

«Parezco algo importante, ¿no venía bien, aunque sea, un memo, nota, esquila, pequeño script, con ruc, avisándome, Te estamos remodelando, al respecto? No. Escribir sale caro.»

hace arder el antebrazo, brazo, subclavio, cavo, corazón, aquí. Aquí. En resumen, eso es lo que viví, en ese orden específico, desde que hago resúmenes. Todo lo demás se perdió, junto con el hombre con el maletín de cuero, un negro, casi morado, que, creo, es el negro que toleré, como amigo, anteriormente. El hijito de turno, que me había tocado, ¿a quién se lo regalaron? ¿O se lo dieron a los perros rabiosos?, como escuché, varias veces, Se lo dimos a Perro Rabioso, narco-hijo-de-puta, ése vendría a ser yo, Para que lo atendiese. ¿Esto debe amedrentarme? Recibí muy pocos comentarios. Cada vez menos. ¿Viví inmóvil? No, no viví inmóvil, aunque podría acusar a mi cuerpo de no haberse movido nunca. Algunos músculos, los más importantes, después de los intestinales, parecen estar hechos de teoría pura. ¿Viví inmóvil? No, es cierto que no. ¿Moví mi pene para enderezarlo, lo enderecé, me lo pude arremangar, varias veces, se arremangó, ocurrió algún resultado, cesé de arremangarlo, lo devolví al reposo, lo limpié, con un papel higiénico, de las secreciones? No, es cierto que no. Entonces, ¿qué movimientos puedo destacar? Pensamiento fijo, cuerpo fijo. Precios, fijos, si lo recuerdo. Hasta los papeles, cada cosa, cada detalle de cada cosa, quizá todo pertenece a lo mismo, han estudiado mis respiraciones, y vigilado mi alegría asmática, mis brazos, casi húme-ros, acomodados, para que no sobresalgan, en mi catre de cobre, entre los movimientos rectilíneos uniformes de la nada, mi shunt, turbulento, cada observador, tras los vidrios polarizados de observa-ción, preguntándose, frémitos, ¿Cuándo caerás?, y prometiéndome Te repartiremos en partes igua-les. Yo, que soy irrepartible. Le entregué a esta cama, que se cree catre, todas las respiraciones que recuerdo y, exceptuando los que guardo para mí, todos los pensamientos. Respiraciones, esputo, dolor, anatomía comparada, pensamientos, velocidad turbo, etcétera quién rompió el joystick que me gobernaba etcétera. Me torturan mis pulmones vacíos. Y hay más. Artritis. Unas pa labras, artri-tis, que saqué de aquí, no sé cómo, no sé a quién, no sé cuándo, para ocultarlas, del cobre, de mis

«Yo estoy aquí, desde aquí se percibe una respiración, violenta, chorro bucal espontáneo, de materiales, entonces por comparación, forzada, me pertenece. Si las leyes respirasen.»

respiraciones, violentas, secreciones, caducas, que no me pertene-cen, más que por comparación, forzada. Yo estoy aquí, desde aquí se percibe una respiración, violenta, chorro bucal espontáneo, de materiales, entonces por comparación, forzada, me pertenece. Si las leyes respirasen. Si las respiraciones respirasen. Si las masas fuesen espontáneas, bucales, materiales, chorros de instrumentos... Sólo arquetipos, amontonados. Cábalas, descriptivas. Así que hay más, no sé dónde. Hay más. Quizá todo pertenece a lo mismo. ¿Tosí? Bueno, si toser es algo muy violento para ustedes, entonces no tosí. Sólo me limité a convulsionarme, mientras me repetían la

duración de la condena, creo que me advirtieron, específicamente, era un jurado de uno, que si la historia me absolvía, cambiarían la historia, y si nadie me absolvía, no cambiarían nada, y si me absolvía dios, cambiarían el cargo por el que me condenaban inicialmente. En cualquier caso, que estaba perdido, narco-hijo-de-puta, disidente, eso me lo añadió mi defensor, si es que había varios bandos, uno de la defensa. Así que toser no sé. No creo ser menos político que un acto de convul-sión. Pero un acto, lo que se dice un verdadero acto, de tos, no. En las paredes, contra el revoque, revolotea la escritura de los extraños. Partes iguales, me repartirán, estoy enterado: sólo mis pulmo-nes y mis uñas irán a esa fosa común, que abrieron para mí, allí, a pocos metros de mí, picaron el embaldosado de cemento, en la habitación, luego de terminado, el negocio, lo reembaldosarán, la señalo, la fosa, la señalo con mi pensamiento. ¿Estoy moviéndome? No, es cierto que no existe. Las demás partes, de mi cuerpo, amaneciendo, Titulares, se esparcirán entre casa, cama, cables, catéter, botellas, papeles, hermanos habituales, la situación política de mi cuerpo frente a la situación polí-tica de la fosa común, extensión de la vida. Si hasta la vida y la muerte se toleran entre sí, ¿por qué yo no estoy incluido en el negocio? De varias formas me entregué a cada una de estas cosas. Hasta allí apunta el pensamiento de la vida, no, es cierto que no existe. Si amanecí es que salí de la noche, si salí de la noche, Agenda Cultural, es que tuve el valor, Democraticémonos, ¿cómo le llamamos a eso?, reportajes, ¿cómo le llamamos a eso?, de olvidar la vida de la noche, mi gimnasia, las respira-ciones, el tacto, la fiebre, de la oscuridad. Entonces, ¿tengo valor como olvido? ¿O me devaluó el encierro? ¿Tosí? ¿Salí yo, eyectado en esputo? ¿Viví inmóvil? ¿Me estudiaron, científicamente, o por arribita? ¿En serio, no? ¿Cuál es la situación política? ¿Me estudiaron o me archivaron para la noche siguiente? No. Es cierto que no. Hace varios años ya, estoy en el centro del experimento, hace

varios años, ey, ¡ey!, ¡Ey! Todavía tengo fe en el Panorama, Liga Deportiva Cranshaw. Aún creo en los Deportes, para la juventud, Texas poker. ¿Tosí varias veces? Ahora, hermano cobre, ahora, sólo ahora, lo comprendo: qué lindo es toser. Mis pies irán al sindicato, mis genitales a la Facultad de Medicina, de donde me expulsaron, suma cum laude, mi grasa abdominal irá al jabón, antes de venderse. El amanecer hizo restallar la oscuridad de la habitación, ha nacido mi cama sin colchas, el sol, que se cree gases, el sol ha dicho ¿Cuándo caerá este esclavo?, no se le respondió. El cielo estaba ocupado cavando, allí, a pocos metros de mí, lo señalo, ése será mi cielo, lo señalo con mi pensamiento. ¿Cuándo caerá este esclavo, objeto con mucosa, coleccionado entre aparatos eléctricos, camas con voltaje, cuándo, que tenemos sed? Sed, ustedes. Por favor, ustedes, sed. Mis palabras, que se creen puerta trasera de mi cuerpo, cabeza con mucosa, las fui entregando, las entregué todas, no guardé nada para mí, ninguna, ¿inmóvil?, ¿esto es lo inmóvil? Mi cuerpo, mucosa con cenizas, otras sombras húmedas, luz moholienta, otros ojos, observando, intensos como quemaduras graves, otras pupas. Paciencia. Sé mover la paciencia en mis dedos, subamos el voltaje, sé afilarla en mis aparatos. En las paredes, contra el revoque, rearmándose, la escritura de los extraños. Seguir, lo que se cree vida, seguir.

© Luis Topogenario

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com

DETALLES

por Rosa Lozano Durán

No sabías dónde te metías. Si es que eso puede constituir una defensa.

Creías a pies juntillas que la edad es un grado, te veías a ti mismo como un vividor experimentado de vuelta del mundo. Sólo disponías de los años. Pobre. A merced de una vorágine que ni habías visto venir ni eras capaz de controlar.

De refilón viste las pantorrillas, los tacones altos inquietos, la curva de la falda tubo, unos ojos traviosos que te sonreían desde detrás de unas sofisticadas gafas de diseño. Los labios se te entreabrieron un poco, y por cómo te miraba supiste que ella sabía. Recogiste los folios recién impresos y diste media vuelta. No había ninguna prisa. Nunca hay prisa cuando no se va a ninguna parte.

Te la cruzabas por los pasillos y ella no rehuía tu mirada: te sonreía, entornando los párpados. Diez años más joven, tirando por lo bajo. Ambiciosa, recién licenciada, 95C. Al principio, sólo era un divertimento. Iluminaba los pasillos con su contoneo, con el olor de su perfume. Un aliciente para el día a día. Luego, de repente, empezaste a ponerte tenso cuando oías sus pasos. Detenías lo que estuvieras haciendo, las manos congeladas sobre el teclado quizá, mirando de soslayo por si la veías pasar. Nadie más andaba como ella, el porcentaje de error era cero. A veces, si no cruzaba por delante de la puerta del despacho, tú mismo salías, sólo por demostrarte que habías vuelto a acertar. O eso te decías.

Una noche te despertaste con el sabor húmedo de sus besos en la boca. Te faltaba el aliento. Cerraste los ojos para volver a vivir la intensidad de sus labios, el movimiento sensual de su lengua en la tuya. Te giraste y tu mujer dormía de espaldas, sus ronquidos leves llenos de paz, inocentemente al margen de los sucios juegos de tu mente. Te volviste hacia el otro lado, y te sentiste viejo.

Pobre diablo. No te permitías mirarla demasiado abiertamente porque pensabas que podrías incomodarla. Cuando te la encontrabas de frente, tratabas de adoptar una sonrisa paternal, que en tu mente la haría sentir a salvo. Una mañana, se le cayó el bolígrafo cuando pasaba a tu lado. Te agachaste a recogerlo y, al ir a tenderse, la encontraste inclinada en un ángulo de noventa grados, la mano ligeramente extendida hacia el suelo, los ojos más felinos que nunca clavados en los tuyos. Notaste cómo se te dilataban las pupilas y, por primera vez, te preguntaste si estos pequeños regalos serían casuales.

Se te dilataron los fines de semana. Los viernes por la tarde eran una agonía. Sábados y domingos te hacían sentir derrotadamente inmortal, como si el tiempo no pasase por ti. Te reías de ti mismo porque parecías haber vuelto a la adolescencia, cuando te obsesionaban las chicas de tu clase tanto que no podías atender al profesor; te reías porque te veías abocado sin remedio a volverte un viejo verde, tus futuras tardes en el parque dedicadas a mirar con disimulo las piernas de las colegialas. Te reías porque sentías que estabas perdiendo el control pero no podías admitirlo.

Le pagaste una cerveza a un amigo y le hablaste de ella. Lo hiciste parecer casual, un comentario superficial de hombre a hombre. Hubo muchas cosas que te callaste. Detalles. Que podrían haber resultado inquietantes, sacados de contexto. Sueños y otras cosas. Meros detalles. Aún así, tu amigo frunció el ceño. Y no preguntó.

Quisiste parar. Pero. La inercia era grande, y tú estabas solo.

El lunar de su escote cantaba como una sirena.

Tú ya estabas en el ascensor cuando ella entró. Seguiste sus pasos con la mirada. Se llevó la mano al

«Te la cruzabas por los pasillos y ella no rehuía tu mirada: te sonreía, entornando los párpados. Diez años más joven, tirando por lo bajo. Ambiciosa, recién licenciada, 95C.»

lunar, distraída. O quizá no. Cuando las puertas se cerraron, se giró hacia ti. Esperaba. Esperaba. El cuello de la camisa se estrechó contra tu cuello. Tragaste saliva, y resonó en todo el edificio. Mierda.

No hiciste nada. Te dijiste a ti mismo que eras un caballero, y que eras un acojonado. Te dijiste que era lo correcto, que la lujuria te cegaba, que nadie se enteraría, que qué cojones había que perder, que ella te iba a denunciar. Te gritaste vamos y quieto y aguanta y agárrala, y no moviste un músculo. El ascensor llegó a la planta baja.

Era viernes por la tarde.

© Rosa Lozano Durán

Rosa Lozano Durán (Málaga, 1981) es científica de profesión; los escasos ratos que la ciencia le perdona los dedica, entre otras cosas, a dormir, leer, mimar gatos que se encuentra por la calle, y escribir desvaríos. Algunas de sus menos afortunadas divagaciones se recogen en el blog *Historias del más p'acá* (historiasdelmaspaca.blogspot.com).

DÍA DE MERCADO

por Paloma Hidalgo

Hidrógeno y oxígeno combinados magistralmente, permitieron que en su seno se originara la vida, esa magnífica situación cotidiana por la que hoy todos transitamos. Unos con lo puesto, otros con montones de maletas; algunos felices, otros apesadumbrados por saber que nunca se aproximarán a esa esquivada dama que es la felicidad, aquí y en cualquier rincón del planeta.

Ajena a cuanto a su alrededor sucedía, viviendo la vida que el destino le había otorgado, la encontré en un mercado acuático de Bangkok; pudo ser otra, pero la fortuna dispuso que mis ojos se fijaran en sus manos mientras sujetaba el remo con firmeza, una arriba y otra abajo, como intentando conciliar lo divino y lo humano. Sus dedos cercaban la madera ya acostumbrada a su piel de tantas veces y transmitían el suave pero seguro movimiento, suficiente para impulsar su cuerpo solidario a la pequeña barca que, entre vaivenes ambarinos la alejaba de una caterva de colores dispersos al azar, en dirección a un pequeño remanso, falso espejismo previo al bullicioso reencuentro con otros arcoíris. Es fácil volver a verla, a recordarla.

Sobre la cabeza un sombrero a modo de bardal que la aísla del entorno, pero más que nada del implacable sol que, enseñoreado, se instala en estos confines sobre todo. Mirada ausente, quizás no tan lejana como a mí se me antoja, quizás simplemente ociosa en el momento de tránsito, o puede que imaginando mi vida, como yo la suya. Se desliza con gracia, y deja escapar una tímida sonrisa cuando encuentra entre la multitud unos ojos conocidos, un semblante ajeno para mí, pero que descubro gracias a ese gesto leve de la mujer que hasta ahora atraía mi atención.

Ahora, entre madera mojada, mis sentidos se recrean con su color de piel, cobrizo por el reflejo del agua que la sustenta sobre su barca, se afana en atraer la atención de cuantos pasan a su lado: gesticula, invita. Las sombrillas, como hermanas mayores de los coquetos parasoles goyescos, cobijan a arboladas mejillas, que quieren vender y comprar. Paleta de colores luminosos con nombres llenos de poesía, rojo de alizarina, carmín granza, blanco titanio, azul cobalto... Tantos matices de luces y sombras que juegan al escondite entre los tallos y las hojas de las exóticas plantas que surgen entre ellos, rivalizando por captar el interés.

«Ajena a cuanto a su alrededor sucedía, viviendo la vida que el destino le había otorgado, la encontré en un mercado acuático de Bangkok.»

Cables, cobre y su envoltura retráctil sobre mi cabeza, metros y metros de metal destinado al tendido eléctrico, recorren el curso del canal, permitiendo que los edificios que quedan tras ellos se conecten a un progreso que parece no haber llegado al resto del entorno. Enormes tejados cobijan puestos, tiendas, establecimientos, comercios, negocios, locales, almacenes, dependencias, trastiendas, anexos en los que el tiempo parece detenido, en los que el tiempo se mide de forma diversa, mientras flotan en equilibrio constante sobre brillante mancha acuática que se extiende ante mí. Mis ojos se pierden por un segundo, es tanto lo que se ofrece ante ellos, que a veces, como si dos colibríes inquietos se tratase, apenas se permiten unos segundos parpadeando ante la misma imagen. Pero vuelven al hipnótico bamboleo del casco de una desgastada y vieja barcaza que arriba y abajo se deja acunar por el tranquilo fluido dónde la competencia se mece con su mismo ritmo.

Todo se vende, todo no se compra. Quizás entre los convincentes mercaderes que se agolpan siguiendo el curso del agua, pueda encontrar quien me ofrezca jugosas frutas, inusitados instrumentos, vaporosas sedas, conchas, relojes, flores, antigüedades, pedazos de la historia, su historia que se abren ante mí, con la secreta esperanza de salir de su mundo para entrar en el mío. Entre el indómito caos de un día de mercado, entre un aire cargado de humedad y de olores que me acercan a otras vidas, me voy abriendo camino, saturando mi paleta con cuantos matices puedo distinguir.

Jóvenes que desean con ímpetu que sus ofrecimientos sean del agrado de cualquiera, mayores que con

paciencia continúan haciendo por inercia lo que un día empezaron ilusionados. Juntos en amalgama, creando un ambiente que a mí me parece físico, pintorescamente vivo y lleno del encanto de las cosas que me son foráneas. Abanico de oportunidades para nutrir a mis sentidos, que alerta ante tan gran despliegue de ideas van tomando nota, de aquí y de allá, con la sana intención de que su impacto en mi retina perdure como lo hace un buen perfume, incluso cuando el tiempo transcurrido vaya borrando esos detalles lozanos y frescos que ahora tanto me atraen.

*«Jóvenes que desean
con ímpetu que sus
ofrecimientos sean del
agrado de cualquiera,
mayores que con
paciencia continúan
haciendo por inercia lo
que un día empezaron
ilusionados.»*

Las banderas no ondean al viento, el aire está quizás cargado de demasiados aromas como para levantar el vuelo con facilidad, discurre entre las barcas y de cada una toma una fragancia, un vaho que a veces dista de ser exquisito y otras parece regodearse en su bondad. Los hombres y mujeres que esperan las visitas de quienes como yo deambulamos sobrenadando, ya no perciben esa oleada aromática, de tanto respirarla ya ha pasado a formar parte de ellos, pero a mí me supone un paraíso dónde identificar a veces flores, otras comidas exóticas y apetecibles, esencias perturbadoras, frituras, y hasta humanidad a raudales.

Veo manos, brazos que con destreza dirigen los cascos de sus embarcaciones de forma precisa; veo botes que difícilmente se mantendrían a flote en otras circunstancias, que pequeños, medianos y grandes compiten por el mismo espacio, y la misma orilla para mostrar a esos ocupantes que poseen rasgos que los sitúan en otros continentes. Las mil y una posibilidades de sentirse especiales por adquirir ese pequeño objeto que volverá locos de contentos a los que no tuvieron la fortuna de vivirlo, de convivirlo. Porque desean hacerles partícipes de ese microcosmos que se extiende poderoso ante sus asombrados párpados, quieren que al tenerlo entre sus dedos sientan algo parecido al estallido de vida que se arremolina entre las barcas y que salpica de colores sus miradas, mientras se reflejan mecidas por el incesante movimiento del agua, sobre el espejo roto por las ondas.

Sí, el agua, que canalizada y dirigida para que el mercado flotante nos fascine con su singularidad, seguirá indómita mostrando el poder de su magistral combinación de hidrógeno y oxígeno.

© Paloma Hidalgo

Paloma Hidalgo Díez (Alcalá de Henares, Madrid). Dicen de los piscis que somos imaginativos y sensibles e intuitivos y que siempre preocupados por los demás. A mí, además, me encanta soñar despierta. Optimista. Nado a contracorriente y cuando me buscas me encuentras. Creo que hay que dar para recibir, y creo que la vida hay que bebérsela a sorbitos muy pequeños, para saborearla en toda su inmensidad. Blog: <http://unlibroesunjardnde bolsillo.blogspot.com>.

PENDEJA

por axel luchilin krustofski

*por las malas,
a vladimir nabokov.
por las buenas,
a las pendejas como laura.*

yo tenía once años. era un día de verano, brillante y polvoriento. estaba tirado de panza en el piso de tierra del patio de atrás. tenía calor y me empezaba a hundir en uno de esos sopores que miles de años antes inventaron la siesta. el hombre halcón golpeaba al capitán américa en su cara de goma. un rato antes era al revés. aquello ya me estaba aburriendo.

alguien llamó a la puerta. rodeé la casa y me asomé. era diego rivero. vivía a dos casas de la mía, cruzando la calle. diego era lo más parecido a un amigo que tenía en el barrio. los demás eran, o bien más grandes que nosotros, o bien adeptos a jugar al fútbol. y a nosotros no nos divertía ni jugar al fútbol ni que nos pegaran los más grandes.

—se está mudando una familia nueva al lado de lo de los pagola.

—¿y?

—tienen una hija —pensó un instante—. más o menos de tu edad.

él era dos años menor que yo.

—¿es linda?

—más linda que —y nombró a una mina de la televisión.

«¡mierda!», pensé.

—¡mierda! —dije.

salimos para allí. nos sentamos en la vereda de enfrente y nos pusimos a mirar a los recién llegados. disimulamos haciendo como que buscábamos tréboles de cuatro hojas junto a la cuneta. había dos adultos —un hombre y una mujer— entrando cajas que sacaban de la parte de atrás de una combi.

—no hay ninguna gurisa —recriminé.

—yo la vi —dijo diego—. iba con un vestido amarillo.

como para afirmar sus palabras, apareció por la puerta. y no era linda sino perfecta. tenía el pelo, entre rubio y rojo, recogido en una coleta descuidada, con varios mechones cayendo a los lados de la cara. los ojitos verdes, feéricamente grandes, con un brillo inquieto en el fondo. un muy leve hoyuelo le coronaba el mentón y varios lunares le salpicaban el cuello y el pecho. el vestido era liso, suelto, abotonado por delante.

le di un piñazo en el hombro a diego.

—¡no pegues! —se frotó el brazo—. ¿por qué fue eso?

—porque sos un mentiroso: ¡ese vestido no es amarillo, es ocre! —de verdad me fijaba en esos detalles.

se paró enojado, la nariz arrugada para no llorar.

—¡ándate a la mierda!

se fue.

*«como para afirmar sus
palabras, apareció por
la puerta. y no era
linda sino perfecta.
tenía el pelo, entre
rubio y rojo, recogido
en una coleta
descuidada, con varios
mechones cayendo a
los lados de la cara.»*

ella estaba inclinada con medio cuerpo dentro de la camioneta buscando algo. sacó una caja de cartón un poco más pequeña que las demás, decorada con lo que parecían coloridas flores de papel. entró, volvió a salir. yo la miraba hipnotizado. esperaba algo (tenía la sensación de quien espera), pero no sabía qué. hasta que sucedió.

—¡laura! —la llamaron.

eso, justo eso quería yo. un nombre. su nombre. mi fetiche más querido: la información. si se hubiese presentado desnuda en mi dormitorio, entregándome su alma, su cuerpo, para que le hiciese lo que quisiera, yo habría pedido antes que nada saber su nombre. tal ha sido siempre mi desequilibrada situación mental.

al rato volvió diego. seguramente se aburrió en su casa.

—¿qué ha pasado?

—nada. pero ya sé su nombre —y me hinché de un placentero orgullo.

—se llama laura —dijo él con una naturalidad asquerosa—. le dijeron el nombre cuando recién llegaron.

me levanté mascullando un par de maldiciones y esta vez fui yo el que se marchó.

—¿qué pasó? —preguntó—. ¿qué hice?

«al pasar por el porche todo se aclaró. había sido Ella. llegó sin previo aviso, se plantó delante de nosotros y nos saludó. y ahora hablaba alegremente con diego.»

a la tardecita siguiente diego y yo estábamos sentados en el murito bajo que había delante de su casa. movíamos en el aire, ya por inercia, un par de autitos de colección majorette. el calor era demasiado para hacer cualquier otra cosa, pero no podíamos desaprovechar, de ninguna manera, la posibilidad de pasar los días como si fuesen fines de semana. ¡eran vacaciones, por dios! era nuestra OBLIGACIÓN disfrutarlas.

—hola.

...

me desperté en la cocina de diego. su madre me estaba poniendo hielo en la cabeza.

—¿te duele mucho? —me preguntó.

—bastante. ¿qué pasó?

—te caíste del muro. pero no te preocupes que tienes sólo un chichón.

yo estaba un poco mareado. no recordaba lo que pasó.

—ven, te voy a acompañar a tu casa.

al pasar por el porche todo se aclaró. había sido Ella. llegó sin previo aviso, se plantó delante de nosotros y nos saludó. y ahora hablaba alegremente con diego. yo no quería ir para mi casa, quería quedarme allí, hablarle yo también, escuchar todas esas idioteces que las pendejas de mi edad decían. pero sabía que aquella mujer estúpida, sin importar lo que yo le dijera, persistiría en llevarme.

al día siguiente lo primero que hice fue presentarme en casa de diego. abrió su madre.

—hola. ¿estás bien? —su preocupación era tan sincera, tan verdaderamente real y generosa, que la odié muy muy mucho.

—sí, estoy muy muy muy bien —la aparté y entré.

—¿qué te dijo, pedazo de cebolla podrida?

él dormía. entreabrió los ojos y miró mi gordo y furioso ser.

—¿de qué hablaron? ¿de cómo se cayó el gordo estúpido y cómo tu estúpida madre lo llevó para su casa?

—¡o te betas on mi madre!

—está bien, pero ¿de qué hablaron? ¿cómo es? está divina, pero ¿ES divina? es decir, es decir...

—sí, no sé. es simpática —se lo pensó un poco—. sí, supongo que es buena además de ser linda.

—pero, ¿y yo? ¿qué piensa de mí?

—no sé. no hablamos de ti. no sé de qué hablamos. me dijo cómo se llama, me preguntó mi nombre. lo normal. pero quiso saber si estabas bien.

estuve a punto de caerme otra vez. y otra vez me hinché de un orgullo que me quedaba grande.

esa tarde diego y yo jugamos a los soldaditos y tuvimos el cuidado de evitar el muro y hacerlo en el césped del frente. yo en realidad esperaba que ella volviera. y volvió. iba con otro de esos vestiditos abotonados por delante, esta vez era verde. me perdí pensando en lo fácil que sería desabotonarlo. se sentó junto a nosotros.

tenía un año más que yo y según nos dijo no le gustaba jugar con las niñas.

—son bastante estúpidas —dijo—. me gusta más jugar con los varones, subir a los árboles, jugar con autitos o al fútbol —señaló hacia la esquina, al campito frente a mi casa—. ¿quieren ir a jugar ahora?

—la verdad que no —dijo diego—. nosotros no jugamos al fútbol, no nos gusta.

—lo que él quiere decir es que hace mucho calor —me acerqué a ella, el corazón me golpeaba el pecho, la cara se me congeló al sentir su aroma, no a perfume, sino el aroma suave de su cuerpo. paré cuando mis labios estuvieron junto a su oído—, es que con este calor el nenito suda como chanchito. y no vas a querer saber lo mal que huele su sudor.

y reí, más por el triunfo de no haberme desmayado (o meado) por estar tan cerca de ella, por haberla oído y haber podido evitar que se me parara la pija; fue una risa más de alivio que de creer graciosa mi broma tonta.

*«ella me miró, inclinó
levemente la cabeza
a un lado y me
sonrió (se le
arrugaba apenas la
nariz al sonreír,
hermosa).»*

ella me miró, inclinó levemente la cabeza a un lado y me sonrió (se le arrugaba apenas la nariz al sonreír, hermosa). luego dijo:

—hasta donde sé los chanchos no sudan —diego rió a carcajadas. rió de mí de una manera que me humilla hasta el día de hoy—. pero no se preocupen que ya sé a qué jugar.

nos invitó a ir a su casa. yo de inmediato dije que sí. diego fue a preguntar a su madre. a los pocos minutos estábamos sentados en el piso de su cuarto, el cuarto de una niña que no era una de mis horrosas primas o alguna compañera de clase con quien tenía que hacer un trabajo para la escuela. había cajas por todas partes, muchas todavía sin abrir. junto a la cama estaba la cajita de las flores de papel, pero ahora, al verla más de cerca, parecían más bien de tela. fuera como fuera, aquello se borró de mi mente al notar que el aire allí dentro olía un poco como ella.

entonces sí se me paró la pija. crucé las manos sobre el regazo.

—se llama verdad o consecuencia —dijo—. uno pregunta «¿verdad o consecuencia?» y otro elige una cosa o la otra. si elige verdad tiene que contestar una pregunta y si elige consecuencia tiene que cumplir con una prenda.

—¿y cómo se gana? —pregunté con mi más que sencilla mentalidad.

—no se gana ni se pierde. es para pasar el rato y reírse.

—pero... —empezó diego.

le di un codazo.

empezamos.

—¿verdad o consecuencia? —preguntó ella.

—verdad —contesté.

—¿te gusta alguien?

—no —mentí.

ella volvió a inclinar la cabeza como hizo cuando mi chiste estúpido.

—¿sí?

—así está mejor. ahora te toca preguntar a ti.

era aburrido. casi tan aburrido como las luchas entre el capitán américa y el hombre halcón, pero allá al menos sabía cómo actuar. yo manejaba los dos muñequitos de goma y hacía, entendiendo lo que hacía, que se pegaran mutuamente. acá, en cambio, nos preguntábamos tonterías sin llegar a ninguna parte. no es que molestara estar allí, pero no era como lo imaginaba. hasta que, al parecer, diego encontró la llave de aquella puerta.

—¿verdad o consecuencia? —dijo, y tendría que haber notado algo raro en su voz, pero no lo hice.

—consecuencia —contesté. hasta ahora habían sido cosas como «di súper califragilístico espialidoso tres veces» o «no respires por un minuto y medio».

—dale un beso a laura —pausa—. en la boca.

ella rió con una risita rara, entre burlona y vergonzosa, pero no puso objeción. yo no sabía qué hacer. me acerqué muy lento, pensando cómo se hacía aquello y si estaría bien que metiera mi lengua en su boca y tratara de llegar a su garganta como hacían los héroes de la películas cuando besaban a sus novias. concluí que lo intentaría. tragué saliva. cuando estuve a menos de un palmo del rostro de laura ella cerró los ojos. instintivamente me toqué la punta de la nariz para ver si no tenía un moco pegado. empecé a sentir su respiración caliente y agitada, los labios se me secaron, les pasé la lengua.

y la puerta se abrió.

vi entrar primero un pie, después el resto de una pierna y luego apareció el techo encima de mí. laura me empujó y volvió la cara hacia su madre que entraba cargando una bandeja con galletitas y tres vasos.

sí, todo muy rico. las galletitas eran de chocolate rellenas de vainilla y el contenido de los vasos era jugolín de durazno. sí, muy amable la vieja. sonrió y se fue enseguida, sin hacer las preguntas estúpidas que hacen siempre. sí, muy ubicada la vieja chota. ¡pero yo estaba a punto de chuponearle a la pendeja y ella rompió el ambiente!

cundo la gentil intrusa volvió adonde sea que vuelven las madres después de joder, diego empezó a reír de tal manera, de tan incontrolable modo, que arrancó a toser y a hacer esos ruidos asmáticos que los dos conocíamos tan bien. y como es obvio, ninguno de nosotros tenía allí su inhalador, y la nena era sanita además de estar divina. conclusión: tuvimos que marchar a su casa para que se diera los disparos. ella nos acompañó.

al rato ya estaba respirando perfectamente, así que propuse volver al cuarto de laura a jugar a verdad o condolencia.

—consecuencia —me corrigió diego.

—como sea. ¿volvemos?

—yo no quiero —dijo él.

«mejor», pensé. así, además de revolverle las amígdalas con la lengua podría meterle un poco de mano (aunque tampoco tenía idea de cómo se hacía eso).

—yo la verdad que me quedé con ganas de seguir jugando —dijo ella, y sentí temblarme hasta la sangre—, pero de a dos no tiene mucha gracia.

mientras nos íbamos, diego seguía alternando una risa desquiciada con toses de asma. al llegar a la calle me despedí y enfilé para mi casa.

—espera —me dijo ella—. tengo un regalo para ti.

—¿un regalo?

—sí; si lo quieres, claro.

—bueno —traté de no sonar demasiado ilusionado.

—pero te lo tengo que dar en casa. ¿me acompañas?

«sí sí sí sí», pensé casi con el sonido mental de un perro jadeando.

—bueno.

fuimos otra vez para su cuarto. las galletitas y el jugolín estaban sin tocar.

—eres gracioso —dijo ella mientras por mi mente desfilaban las caras de todas las pendejas divinas que me habían dicho alguna vez eso pero que no querían nada conmigo.

y entonces sucedió el milagro, el evento más enloquecedor de todos los tiempos. estábamos parados frente a frente, a menos de un metro el uno del otro.

—cuida que no venga mamá —me pidió. yo no entendí por qué.

se inclinó un poco hacia delante, metió las dos manos por debajo de la falda del vestidito verde, levantó la pierna izquierda, después la derecha y lo siguiente que sé es que sostenía una bombacha rosada a la altura de mi cara.

—es para ti —y sonrió como si me estuviera dando una de las putas galletitas rellenas de vainilla. entonces me apuntó con el índice de la mano que tenía vacía—. pero me la tienes que devolver en unos días, si no mamá se puede dar cuenta. cuando me la traigas te presto otra.

—¿y yo tengo que prestarte mis calzoncillos? —pregunté pensando en mis slips raídos.

sonrió.

—eres muy gracioso —me dijo—. ahora ándate, que mamá va a pensar cosas raras si estamos mucho rato acá adentro los dos solos.

miré su bombacha y me pregunté qué tan raras eran las cosas que podría pensar aquella mujer.

fuimos al living y me despedí de la madre y del padre. aquel pedazo de tela arrollado como podía en la mano me quemaba la piel. y la idea de laura, a mi lado, tan cerca, desnuda bajo el vestido, me quemaba en la mente.

salió conmigo a la calle, me acompañó hasta la esquina y me dio un casto beso en la mejilla. entonces giró, por el movimiento la falda adoptó un instante la forma de una campana para después volver a su sitio, y se fue para su casa.

© axel luchilin krustofski

axel luchilin krustofski. insisto en la impertinencia de escribir. ahora trato de meter todos mis textos en un intento de género literario inventado (el realismo virtual), pero me parece que no estoy llegando a ninguna parte. mi web es **krustofski.com.uy**.

DESPERTAR

por Alfonso María Dapena Cores

En el trabajo nos estaban exprimiendo a base de bien. La empresa había obtenido malos resultados económicos en los dos últimos trimestres y su viabilidad pendía ahora de un hilo. O eso era lo que nos querían hacer creer desde las más altas instancias. La realidad era más sencilla. Nuestro amado director general se había vuelto a enamorar. De una lujosa mansión con vistas al mar y un exclusivo deportivo capaz de alcanzar los cien kilómetros por hora en seis coma tres segundos, lo que suponía una mejora de uno coma cuatro segundos respecto a los registros de su antiguo vehículo. Su anterior capricho, una becaria de contabilidad a la que había conseguido abrir de piernas a golpe de talonario, y el posterior divorcio, se habían llevado por delante la mitad de su patrimonio y a un tercio de la plantilla. Entonces había conseguido librarme por los pelos. Pero esta vez no iba a tener tanta suerte, y la mañana de un jueves recibía un correo electrónico del responsable del área de recursos humanos citándome inmediatamente en su despacho para tratar un asunto muy delicado.

Me tomé mi tiempo en digerir la noticia y con casi veinte minutos de retraso acudí a la cita.

Llamé con determinación a la puerta del despacho y, sin que nadie me diera permiso al otro lado, entré.

El tipo estaba pegado al teléfono, tratando de hacerle entender a uno de sus hijos que tenía que hacerle caso a su madre y tomarse la medicina para la tos. Con un movimiento de cabeza me invitó a tomar asiento. Me entretuve contemplando el impresionante muestrario de diplomas y demás chorradas perfectamente enmarcadas que colgaban de las paredes de su despacho. No sé cuanto tiempo me tendría allí sentado, esperando. Me daba perfecta cuenta de que estaba alargando innecesariamente la llamada, pidiendo continuamente a su hijo que le pasase a la madre y viceversa, repitiendo las mismas cosas una y otra vez. Suponía que era el castigo por mi retraso. Una actitud muy infantil por su parte, pues si lo que pretendía era irritarme estaba consiguiendo el efecto contrario.

*«Me dirigí a mi
cubículo y comencé a
recoger mis escasas
pertenencias de
encima de la mesa.
Pero después me lo
pensé mejor y las tiré
todas a la papelera.»*

Cuando dio por finalizada la llamada, se inclinó hacia un lado y, evitando mirarme a la cara, deslizó hacia mí un sobre cerrado.

Alargué la mano y cogí el sobre que me tendía; lo doblé y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No lo va a leer?

—Ya sé lo que pone.

El tipo asintió.

—Recibirá la liquidación y el finiquito a principios de la semana que viene.

—¿Puedo irme ya?

El tipo asintió nuevamente.

Me levanté del asiento y, tras estrechar su sudorosa mano, abandoné su despacho. Las cabezas que hasta hace unos instantes estaban fijas en la puerta del despacho del responsable del área de recursos humanos, se agacharon y regresaron diligentes a las labores que habían dejado a medias. Aún así, para quien me quisiera oír, anuncié:

—Me han subido el sueldo.

Me dirigí a mi cubículo y comencé a recoger mis escasas pertenencias de encima de la mesa. Pero después me lo pensé mejor y las tiré todas a la papelera. A continuación, eché una última mirada a

lo que había sido mi vida estos últimos diez años, y me encaminé a la salida.

Era una preciosa mañana de principios de primavera, tenía todo el día por delante, y decidí disfrutar del espléndido tiempo dando un paseo hasta el centro. Por extraño que pudiera parecer, me sentía de lo más animado. De un tiempo a esta parte la oficina había perdido toda su alegría, y el privilegiado entorno laboral del que disfrutábamos hasta la fecha comenzaba a asemejarse cada vez más a una aséptica cadena de montaje, operada por fríos robots. Desde la gerencia se nos había dado la orden de retirar de nuestras mesas todos aquellos objetos que no guardaran relación única y exclusivamente con el trabajo. De ese modo, las fotografías de familiares y amigos, las tazas de café con simpáticos mensajes gravados, los calendarios con paisajes tropicales, las postales de las últimas vacaciones, habían desaparecido de nuestra vista y, de un día para otro, habían sido sustituidas por material de oficina con el horrible logo de la empresa, una especie de aspas difuminadas sobre un fondo gris que pretendían simbolizar una unión de sinergias u otra chorrada por el estilo, y a cuya imagen yo recurría constantemente para durar más tiempo en la cama con las mujeres. Por si esto no fuera suficiente, y para ahondar aún más en nuestras penas, la semana anterior nos habían anunciado que nuestro salario sufriría una merma de un diez por ciento y a cambio tendríamos que trabajar una hora más todos los días. Tenías que estar muy desesperado para aceptar seguir trabajando en aquellas condiciones. Así que en el fondo debía de estarles muy agradecido. Me habían hecho un gran favor despidiéndome. Yo solo no me hubiera atrevido a dejar el trabajo sin más. Decidí que mi

«Decidí que mi nueva situación se merecía un brindis y localicé una coctelería a la que solía ir en las ocasiones especiales, cuando había algo importante que celebrar.»

nueva situación se merecía un brindis y localicé una coctelería a la que solía ir en las ocasiones especiales, cuando había algo importante que celebrar. Pedí un par de combinados y después pasé a la zona del comedor y encargué un jugoso trozo de carne a la parrilla, que regué con una buena botella de vino tinto recomendada por el sumiller del establecimiento. Alargué la sobremesa con un par de copas y después continué la juerga en una cervecería cercana. En todo ese tiempo no había dejado de darle vueltas al asunto. Y cuanto más lo pensaba mejor me sentía. Llegué a la conclusión de que, sin duda, haber perdido el empleo era lo mejor que me había

pasado en mucho tiempo. Me había acomodado en aquel trabajo y ya apenas tenía ambiciones. Pero ahora el futuro se presentaba lleno de posibilidades. Aquel era el empujón definitivo que yo necesitaba. Por fin había llegado la hora de establecerme por mi propia cuenta. Había adquirido experiencia suficiente a lo largo de todos estos años, y con los contactos adecuados podría conseguir la ayuda financiera necesaria para poner en marcha el proyecto. Sabía que sería duro al principio, pero con un poco de esfuerzo y sacrificio lo conseguiría. Invité a unos tragos en la barra a todo aquel que quiso escuchar mi historia, e incluso prometí a uno de ellos, un chofer en paro, un empleo en cuanto el negocio comenzase a prosperar y dispusiera de mi propia flota de camiones. En muestra de agradecimiento, el tipo accedió a presentarme a su novia y a una amiga suya, aunque, en confianza, si lo que prefería era montármelo con su chica no había ningún problema, él me daba vía libre. Para celebrar nuestra recién adquirida amistad, los invité a cervezas hasta la hora de cierre y luego nos subimos a un taxi que nos dejó a las puertas de una discoteca muy de moda a las afueras de la ciudad. Tan pronto como traspasamos las puertas del local, perdí de vista a mis acompañantes. Traté de localizarlos en medio de la multitud, pero cinco minutos más tarde ni tan siquiera recordaba sus caras. Pensé que ya iba siendo hora de regresar a casa. Pero entonces recordé que había perdido mi trabajo y que por lo tanto ya no tenía que madrugar al día siguiente, y pedí una copa en la barra. Luego, en un momento dado, los ojos se me cerraron y, cuando volví a abrirlos, estaba tirado en la calle, al lado de un contenedor de basura. No recordaba cómo había ido a parar a aquel lugar. El efecto del alcohol se había evaporado y notaba cierto malestar, un lento pero constante martilleo en el cráneo, en las sienes, en la nuca. Tragué saliva y escupí una flema sanguinolenta; una pequeña piedra impactó en la acera y rodó hasta colarse por una alcantarilla. Repasé las encías con la lengua y advertí un hueco en la mandíbula inferior. Pero no fue lo único que eché en falta. Mi cartera había desaparecido, y el lugar que habitualmente debía ocupar el reloj en la muñeca, mostraba ahora las marcas de sendos arañosos transversales.

Dejé escapar una maldición y alcé la vista hacia el cielo.

Amanecía un día gris. Densos nubarrones, como una oscura amenaza, se cernían sobre la ciudad. La sensación de euforia del día anterior había desaparecido por completo y la promesa de un futuro próspero y brillante ya no me parecía ahora tan real ni cercana.

Me incorporé lentamente y comencé a caminar calle abajo.

Tenía que darme prisa sino quería que la lluvia me alcanzase antes de llegar a casa.

© **Alfonso María Dapena Cores**

Alfonso María Dapena Cores. Diplomado en relaciones laborales y en la actualidad trabaja como consultor, actividad que compagina con la escritura de relatos cortos.

¿LOS TERRORISTAS SE CONFIESAN? *

por Blanca del Cerro

Permaneció quieto, lívido, estático, sumido en un nubarrón de interrogaciones diversas y temblores, y dudas, muchas dudas que surgieron repentinas arrojadas en briznas de cábalas, misterios y preguntas, preguntas enmarañadas, persiguiéndose, fustigándose, amontonándose, especialmente una que estalló sin quererlo en el fondo de su cerebro obnubilado repentinamente transformado en una amalgama de oscuridades. Y así hubiera permanecido durante nadie sabía cuánto tiempo de no ser por la chispa que prendió en su piel y le llevó a levantarse para solventar la duda sobrecogedora de saber quién era aquel hombre que acababa de descargar su alma.

Mientras sus piernas iniciaban el movimiento, la pregunta borboteaba incesante en el puchero de las incógnitas.

Álvaro abrió la puerta del confesionario, uno de los dos existentes en la pequeña iglesia de aquel pueblo verde de pinos y azul de olas, echó una mirada al crucifijo situado sobre el altar como pidiendo ayuda, y salió del recinto. Una metralla de frío le abofeteó el cuerpo.

Tengo que saber quién es, se dijo mientras iniciaba la persecución de una silueta ya lejana, tengo que saber quién es.

Y la pregunta se abrió paso por sus venas, y rascó y rascó en su alma hasta casi hacer daño, y reventó formando flecos desparamados:

¿Los terroristas se confiesan?

Y tras ésta surgieron otras, cúmulos, manadas de preguntas, un aluvión avasallador, como miríadas de pedruscos taladrando su cerebro. Pero no tenía respuestas por el momento porque lo que debía hacer en ese instante era olvidar todo aquello que no fuera la persecución de aquel hombre que se difuminaba para descubrir su identidad.

El pueblo, abrazado entre montañas de picos infinitos por el norte y abierto al mar en escarpados acantilados por el sur, contaba con unos mil o mil quinientos habitantes. A lo largo de los cinco o seis años que llevaba allí a cargo de su iglesia, Álvaro había llegado a conocer más o menos a gran parte de ellos, a unos más que a otros, y no podía imaginar quién sería el hombre que en ese instante se escurría entre las esquinas. El hombre que había aparecido aquella tarde por su iglesia con el rostro semioculto. El hombre que hacía unos minutos se había confesado acusándose de ser uno de los terroristas más sanguinarios y más buscados de la historia.

¿Los terroristas se confiesan?

La silueta no corría porque no tenía ninguna necesidad de hacerlo. No podría ni siquiera imaginar que iba a ser perseguido en un lugar tan tranquilo y seguro como aquel, y mucho menos que su perseguidor sería el cura del pueblo. Tal vez se dirigiera a su hogar, o a una fonda, o a un hotel, o a un automóvil, algo en lo que Álvaro ni siquiera pensó, limitándose a no perder de vista la figura borrosa que caminaba y caminaba serpenteando a través de unas callejuelas tintadas de malva por el atardecer.

La tarde había rebozado sus pinceles de brisa en un arsenal de tubos pastosos y, con una delicadeza especial, casi sin percatarse, empezaba a maquillar la noche de oscuridades profundas.

¿Los terroristas se confiesan?

*«El pueblo, abrazado
entre montañas de
picos infinitos por el
norte y abierto al mar
en escarpados
acantilados por el
sur, contaba con unos
mil o mil quinientos
habitantes.»*

* Primer Premio en el II Certamen de Relatos Punto de Libro

Álvaro Uriante, ya cerca de la cincuentena, alto, un poco grueso, el rostro agitanado, los ojos del color de la tierra que le rodeaba, como si la hubiera ido succionando a lo largo del tiempo, el cabello salpicado de canas, se sentía feliz en su entorno. Vivía en un mundo inundado de paz. Sus feligreses, al igual que el resto de los vecinos, eran personas tranquilas. La iglesia presentaba algunos problemas y le daba algún que otro quebradero de cabeza, pero nada que no pudiese solucionar con relativa facilidad. Habitaba en una pequeña casita de piedra, siendo atendido por la vieja Teófila, cascarrabias y gruñona, quien le preparaba la comida y lavaba y planchaba su ropa. Álvaro se encontraba inmerso en un semiparaiso de costumbres y candores al que se había habituado y no deseaba abandonar. Celebraba misa todos los días a las siete de la tarde y, a partir de esa hora hasta el anochecer, permanecía en la sacristía o en el confesionario para recibir a cualquier alma descarriada o solucionar cualquier asunto que requiriera su atención. Y aquella tarde de hielo y carámbanos colgados de la bruma había aparecido ese hombre, la cabeza gacha, el rostro hundido en el cuello levantado de un grueso chaquetón, entreverado de sombras, y se había arrodillado en el lateral del confesionario, en el lugar donde lo hacen las mujeres, y había empezado a hablar en susurros, y había continuado hablando a chorros, como arrancándose la miseria y la mugre del alma a pedazos inmensos. Yo soy Niho Galiano, el terrorista, el jefe supremo del Frente Salvador de la Patria. Al oír esas primeras palabras, Álvaro percibió un temblor terrorífico caracoleando por su cuerpo. Yo soy Niho Galiano, el responsable directo de todos los crímenes del FRESP. Álvaro se vio sumergido en una laguna de terrores. Yo soy Niho Galiano. Y no sé por qué estoy aquí, pero estoy, y no sé si me arrepiento, supongo que no, o sí, qué más da, pero sé que debo hacerlo, que debo volcar mi alma y sacar todo

«Álvaro se cruzó con algunas personas conocidas a las que saludó, sin perder de vista al hombre oscuro que decía ser Niho Galiano, el terrorista más sanguinario y perseguido de la historia.»

eso que llevo dentro porque me quema, me come, me abrasa. Álvaro sintió el vello de la nuca erizado, y relámpagos de terror trastabillando por sus venas, y un grito estrangulado que debía morder suavemente. Yo soy Niho Galiano, el terrorista más buscado del mundo, y vengo... qué quiere que le diga, no sé por qué vengo, tal vez un exceso de soledad que acaba comiendo por dentro hasta dejarte reducido a migajas, o ansias de volcarme, qué sé yo, y no puedo hablar con nadie, ¿sabe lo que eso significa?, no, no lo podría saber jamás, eso hay que vivirlo, sólo con usted, con usted sí, porque usted no puede decir nada, ni una palabra, está obligado a ello, y yo necesito gritarlo porque son demasiados años, y demasiados agobios, y demasiado silencio guardado... Aquel hom-

bre continuó hablando y hablando —parecía impregnado de ahogo—, y la cabeza de Álvaro se transformó en un barro pastoso que engullía sílabas, y temblaba como si fuera una estrella, una tiritera descomunal, la cabeza en forma de tiovivo, de un lado a otro, sin poder pensar, sólo escuchar palabras manchadas de sangre, mucha sangre, y miseria, toneladas de miseria resbalando por las laderas de la nada sombría a su alrededor. Finalmente, arropado en aquel rumor inconcebible que trazaba un pentagrama de furia retorcida en el viento, le fue imposible decir nada, ni siquiera una frase de consuelo, o de reproche, o una pregunta, y se limitó a trazar la señal de la cruz mientras musitaba: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, sin siquiera haberle impuesto una penitencia, o saber si el hombre oscuro mostraba verdadero arrepentimiento, o si pensaba repetir sus espeluznantes hazañas, o...

¿Los terroristas se confiesan?

Decidió seguirle. No pensó por qué pero decidió hacerlo. Necesitaba imperiosamente saber quién era el dueño de aquella sombra.

La silueta continuó su marcha por las calles empedradas de suspiros y noche. Álvaro se cruzó con algunas personas conocidas a las que saludó, sin perder de vista al hombre oscuro que decía ser Niho Galiano, el terrorista más sanguinario y perseguido de la historia. No habían transcurrido más de cinco minutos cuando la figura se detuvo ante una casita de piedra con un simulacro de jardín en la parte delantera, sacó unas llaves del bolsillo de su chaquetón y empezó a abrir la verja de color verde. Álvaro observó sus movimientos desde la esquina. Muy quieto, hecho estatua de hielo y silencio, pensó en la persona que habitaba en aquel lugar. Y supo quién era. La oscuridad engulló su sorpresa y su furia con tragos diminutos.

No pudo dormir en toda la noche. Los susurros del confesionario retumbaban en su cabeza como chirridos incesantes, como lobos aullando a la luna. Niho Galiano, el mayor terrorista de la historia, el responsable de miles de muertes, el hombre cuyo rostro nadie conocía y del que todo el mundo hablaba, el cerebro del terror, el paradigma del espanto, allí, en su pueblo, en su propio pueblo, un lugar olvidado, le parecía imposible, le parecía una broma de mal gusto, no podía ser cierto, pero él lo había confesado. ¿Los terroristas se confiesan? A su modo de entender, los terroristas eran seres sin alma insensibles al dolor humano, y no creía que se confesasen. Y Niho Galiano, cuya identidad nadie conocía, tenía fama de implacable por el rastro de sangre que, a lo largo de muchos años, había dejado y seguía dejando tras de sí. La conciencia, tal vez la conciencia había gritado y aullado, pero los terroristas no tienen conciencia. Por su mente divagaba la imagen de una sombra entrando en casa de Lucas, el escultor, y el farol de la calle iluminando su rostro. Álvaro no daba crédito a lo que había contemplado. Lucas, con su calva incipiente, sus ojos penetrantes, su media sonrisa en forma de línea torcida y dedicado a sus pequeñas esculturas, vecino del pueblo desde hacía algunos años, taciturno, serio, callado, compañero ocasional de dominó, el que se mantenía un poco apartado de todos, el que desaparecía de cuando en cuando supuestamente para asistir a exposiciones, el que conversaba suavemente con él en la taberna, el que parecía un hombre tranquilo y afable, el que jamás pisaba la iglesia, no era realmente Lucas, el escultor. Era Niho Galiano, el terrorista.

La noche se transformó en un nido de eternidad.

Álvaro se levantó varias veces de la cama. ¿Por qué? ¿Por qué allí, en su pueblo, cuando existían miles y millones de lugares donde podía ocultarse? ¿Por qué tenía que confesarse si los terroristas supuestamente no se confiesan ya que supuestamente no se arrepienten de sus actos? ¿Qué había devanado la mente de aquel hombre hasta llegar al confesionario? ¿Por qué precisamente a él que era un sencillo cura rural? ¿Por qué le había cargado con tanto dolor? Porque era dolor lo que sentía brincando a manadas por dentro. Y no podía hablar. Y no podía decir nada. Y no podía denunciarlo. Y no podía acusarlo. Estaba obligado a callar por el secreto de confesión. ¿Por qué a él habiendo tantos sacerdotes en el mundo? ¿Por qué a él que llevaba una vida sencilla y sin problemas mayores? ¿Por qué a él? ¿Por qué? Las preguntas rebotaban contra las paredes de su mente formando un monte de amargura inquieta.

«Esa misma noche, mientras la televisión le arrullaba con su sonido de cantos moribundos, una voz más temblorosa que el resto informó a los televidentes sobre el riesgo inminente de un brutal atentado por parte del FRESP, probablemente en la capital.»

La mañana llamó a su puerta como un candil recién encendido. El sacerdote permaneció largo rato bajo la ducha caliente, se afeitó y vistió, entró en la cocina y preparó café. No había dormido en toda la noche.

Álvaro se mantuvo el día entero en un extraño estado entre la divagación y la ausencia, con miles de pensamientos arañando su cerebro, pensando y dando vueltas, y volviendo a pensar, y pensando de nuevo, para nada, simplemente para nada, pues nada era lo que podía decir, el silencio era y sería su eterno acompañante, pero el dolor de saberlo, el dolor de conocer al asesino más sanguinario del universo y tener que callar, callar, callar, tragarse la furia, la rabia, el odio, tener que ahuyentar, desterrar y olvidar la acusación, era algo que le reconcomía el alma una y otra vez. El susurro se repetía en su mente. Y la persecución. Y el descubrimiento de la identidad del terrorista. Las ideas se transformaban en mariposas negras revoloteando a su alrededor.

Esa misma noche, mientras la televisión le arrullaba con su sonido de cantos moribundos, una voz más temblorosa que el resto informó a los televidentes sobre el riesgo inminente de un brutal atentado por parte del FRESP, probablemente en la capital. Las entrañas de Álvaro quedaron reducidas a escombros de angustia, como gusanos royendo su furia con dientes muy chiquitos. La figura de Niho Galiano reventó en su cabeza, además de cuerpos destrozados, ayes de dolor, arroyos de sangre, bombas, gritos, explosiones, un inmenso aguacero de pesares. Él sabía quién era el responsable de tantas y tantas muertes, él conocía la identidad del cerebro de multitud de masacres, él había descubierto sin desearlo uno de los secretos mejor guardados del mundo. Tal vez en sus manos estu-

viera la posibilidad de detener aquel horror. Pero debía callar. En sus manos, en sus manos, la frase se repetía incesante, en sus manos, imposible, no podía, en sus manos atadas por una cuerda de silencio, tal vez debiera consultar con alguna autoridad eclesiástica superior, o enfrentarse directamente al terrorista, o tomar ignoraba qué tipo de medidas, o actuar de alguna manera, pero ¿qué podía hacer? Se pasó los dedos por el rostro como queriendo amasar y aplastar mil pensamientos.

Tras un tiempo indefinido que no supo calcular, decidió salir a dar una vuelta porque necesitaba que el frío de la noche se perfilase en su piel. Se acercaría a los acantilados, el lugar donde tantas veces se refugiaba para rezar o para meditar. Posiblemente no encontraría a nadie porque el frío había hecho que las casas engulleran a sus habitantes, pero en ese momento no importaban las presencias o las ausencias, lo que le resultaba imprescindible era salir de su hogar, no quedarse allí acumulando pensamientos porque le avasallaban, le arrasaban, le inundaban, le acribillaban de tal manera que se le hacía imposible mantenerse quieto.

Álvaro salió al resplandor de los faroles, atravesó el pueblo, solitario a esas horas, y se dirigió directamente hacia el sonido de unas olas que bramaban y bramaban sin cesar. Sus pasos sonaban tibios. Los acantilados se abrían a un mar que se confundía con la noche y repartía un soliloquio de espumas entre el aire y la oscuridad.

Una horda de variopintos pensamientos martilleaba el cerebro del sacerdote.

*«Las piedras del camino
arrullaban nanas
nocturnas en voz baja. Al
fondo, sobre el horizonte
iluminado por las estrellas
y una luna perezosa en
cuarto menguante, se
delineaba una silueta.»*

Las piedras del camino arrullaban nanas nocturnas en voz baja. Al fondo, sobre el horizonte iluminado por las estrellas y una luna perezosa en cuarto menguante, se delineaba una silueta. Álvaro se detuvo unos instantes con la duda apretada de desandar el camino, pero continuó adelante. Pese a necesitar de la soledad, tal vez en ese momento le viniera bien un poco de conversación. La silueta, enfundada en un grueso abrigo, con el cuello levantado y las manos en los bolsillos, permaneció impertérrita al borde mismo de uno de los acantilados.

El mar rugía desmadejado y ausente repitiendo incansable su continuo lamento de soledades.

Álvaro se aproximó despacio. Al llegar al mismo lugar donde se encontraba la silueta, el rostro del hombre allí presente se giró, y al sacerdote le pareció que dos brasas atravesaban sus pupilas agotadas.

—Buenas noches, padre Álvaro —musitó la sombra que tenía delante.

—Buenas noches, Lucas —respondió el sacerdote con el alma columpiándose en un hilo de terror.

Álvaro quedó atrapado entre el rugido infinito de las olas y el bramido incesante de sus pensamientos. Lucas, el escultor, o Niho Galiano, el terrorista, a su lado, junto a él, tricotando ideas dispersas en el inacabable tapiz de las miserias, y el mundo del silencio absorbiendo poco a poco tanto dolor desplegado que harían falta varios universos para abarcarlo. Niho Galiano se encuentra a unos centímetros de mi cuerpo, y no puedo decir nada, y no puedo hacer nada. No hablaron. No cruzaron ni una sola palabra. Niho Galiano, nadie sabe quién eres salvo yo. Y tú no sabes que yo lo sé. Se limitaron a contemplar la oscuridad herida casi de muerte por las estrellas y una luna triste en cuarto menguante. Niho Galiano, eres el responsable de demasiadas desgracias, eres lo peor del ser humano, lo más bajo, lo más abyecto, eres un asesino, asesino, asesino, asesino... Y a mí no me queda más remedio que perdonarte en nombre de Dios. Las ideas de Álvaro retumbaban en las piedras y quedaban suspendidas entre los dedos inmensos y pálidos de la noche.

Después de no supo cuántos minutos u horas de silencios compartidos, Álvaro dio media vuelta, se despidió de la sombra que lo había acompañado hasta el fin de un día casi eterno, y tomó el camino de su casa. Llevaba en el alma un racimo mustio de tristeza y soledad.

Días de lluvia y niebla empezaron a galopar junto a los habitantes del pueblo que permanecieron resguardados al calor de sus hogares, pero Álvaro, sumido en un nubarrón ofuscado de dudas y con el eterno deseo de liberar sus pensamientos, se acercaba diariamente a los acantilados a reposar cuerpo y alma. Unas veces se encontraba con Lucas y otras no. Hola y adiós, nada más entre ellos.

Siempre se limitaban a compartir silencios. Por sus venas corría y saltaba el potro indomable de la furia contenida.

Fue una noche de principios de diciembre en la que pedacitos de niebla empezaron a adherirse lentamente a las calles y las piedras del pueblo, cuando el sacerdote encendió la televisión y se dispuso a cenar. El rostro de una joven rubia y bella apareció en la pantalla. La noticia reventó en el cerebro de Álvaro y lo pobló de asco y miseria: a las ocho y diez de la tarde, un vehículo cargado con varios kilos de explosivos había estallado en una importante plaza de la capital, muy concurrida a esas horas, dejando un saldo de cinco muertos y cuarenta y seis heridos, además de numerosas pérdidas materiales. El FRESP se había atribuido el atentado mediante una llamada telefónica.

El tenedor quedó suspendido entre el plato y la boca del sacerdote mientras una inmensa náusea le cercenaba el estómago y ascendía en espiral hasta su garganta. Las escenas de la plaza, ambulancias, policía, médicos, enfermeros, heridos, testigos, ataques de pánico, llantos, público, lamentos, gritos, una gran mancha de sangre repartida por el asfalto y las aceras, se repetían incesantemente. Niho Galiano, tú eres culpable, fue su primer pensamiento, eres culpable de todo, no sé por qué te confesaste si te da igual, absolutamente igual, llevas la muerte en las venas y la maldad, no en el alma que no posees, sino en la piel y en los huesos, porque tu piel y tus huesos están contruidos de maldad, no sé por qué te confesaste, los terroristas no se confiesan, por supuesto que no se confiesan, los terroristas únicamente vomitan su podredumbre, podías haberte ahorrado el esfuerzo, y a mí el dolor de saberlo, y así seguiremos eternamente mientras haya seres como tú, y como tú habrá siempre alguien pero...

Una furia y una rabia de color amarillo limón le hicieron levantarse de la silla. Necesitaba aire, necesitaba pasear su odio, necesitaba gritar al viento todo lo que llevaba soportando a lo largo de días y días. No puedes hacer nada, Álvaro, nada en absoluto, decía una voz en su interior más profundo. Sí puedo, sí puedo, sí puedo, claro que puedo, respondía un susurro similar al silbido de la brisa, iré a buscarlo, hablaré con él, le diré, le convenceré, le haré ver, tal vez, quién sabe...

Descolgó el chaquetón del perchero situado junto a la puerta, se calzó unos gruesos guantes, abrió la puerta de su pequeña vivienda y salió.

Unos cachitos de niebla lo recibieron sonrientes y le golpearon en las mejillas.

En su cerebro se repetían las imágenes del atentado como una persecución sin principio ni fin. Tanta muerte inútil, tanta pena inútil, tanta orfandad inútil, tanta viudedad inútil, tantas tumbas inútiles, tanta y tanta pena inútil. Un latido descomunal rebosaba en su pecho plagado de rabia, o furia, o desesperación, o dolor, un gran dolor arrasando por dentro, como jamás había experimentado.

El camino hasta los acantilados transportaba más oscuridad que de costumbre mientras la noche se columpiaba en el hilo de las incoherencias. Los pasos de Álvaro parecían barrenadoras aplastando la niebla.

Una silueta se perfiló contra el cielo. Allí estaba. Allí estaba Lucas, el escultor, o Niho Galiano, el terrorista, quieto, impasible, al borde del acantilado como siempre, de cara a unas olas furiosas que reventaban, respirando la misma brisa que el mundo que se dedicaba a destrozar. Tendría que escucharle, tendría que atenderle, tendría que razonar, era imprescindible, tendría que hacerle renegar de sus creencias, o al menos intentarlo, tendría que atender a razones, no podía seguir en esa línea, porque Álvaro emplearía todo su poder de convicción y le haría comprender la inutilidad del camino que había emprendido hacía años, y Lucas, el escultor, o Niho Galiano, el terrorista, le escucharía, y hablarían y hablarían durante horas mecidos en el rumor del agua, el sacerdote quizás conseguiría lo que nadie había logrado porque el terrorista se había confesado, y los terroristas no se confiesan.

Lucas escuchó pasos en el camino, pero ni siquiera giró la cabeza. Sabía quién era porque allí se encontraban casi todas las noches y se dedicaban a compartir sonidos, fragores, estrellas y el mundo a sus pies sin palabras.

«El tenedor quedó suspendido entre el plato y la boca del sacerdote mientras una inmensa náusea le cercenaba el estómago y ascendía en espiral hasta su garganta.»

Álvaro se aproximó despacio. Un rayo de tinieblas atravesó su alma desolada en tanto que los cuerpos destrozados de las víctimas reventaban en su cabeza. Ésas y otras víctimas. Tantas a lo largo del tiempo. Llegó al borde del acantilado, se situó detrás de Lucas, el escultor, o de Niho Galiano, el terrorista. Hablaría con él. Procuraría, debía intentarlo, y él le escucharía, estaba seguro, porque se había confesado... Gritos, pena, impotencia, fuego, llamas, interrogantes, odio. El sacerdote quiso decir algo, pero le fue imposible, no pudo pronunciar ni una palabra de saludo porque sería una incongruencia, porque debería ser un adiós, porque ahora sabía lo que tenía que hacer en nombre de tantas víctimas inocentes. Sangre, aullidos, dolor, demasiado dolor desperdigado.

En una fracción de segundo menor a lo que dura el aleteo de una sombra, Álvaro dejó la mente en blanco, miles de excusas quisieron pasar por su cerebro pero las ahuyentó, cerró los ojos, tembló un instante, estiró los brazos y empujó a Lucas, el escultor, o a Niho Galiano, el terrorista. Miles de lamentos retumbaban sobre las olas. Gritos, ayes, pena, miseria dolor... Las manos del sacerdote quedaron crispadas en el aire mientras el cuerpo del terrorista, tras recibir el inesperado impacto, caía, caía y caía al vacío absoluto envuelto en un grito que permaneció colgando gélido entre la bruma.

Una noche disfrazada de terror abrazó al mundo.

Álvaro ni siquiera oyó el sonido del cuerpo contra las rocas del fondo. Permaneció quieto, muy quieto, sin un mínimo movimiento, sin un solo pensamiento, con la mente totalmente obstruida a cualquier sensación que no fuera un grandioso alivio y una terrorífica pena.

«La oscuridad tragó el cuerpo agotado del sacerdote mientras caminaba hacia el pueblo. Le pareció escuchar el crujido de los remordimientos tras de sí.»

Jamás llegó a saber cuánto tiempo transcurrió, tal vez horas o segundos. Los gritos de las víctimas no dejaban de apuñalar su mente. En un momento específico de la noche, el sacerdote despertó de un letargo agrio y pertinaz, abrió los ojos y se miró las manos como si jamás las hubiera contemplado. El cielo se acurrucaba en un abanico de incógnitas. Y empezó a comprender. Eran las manos de un verdugo, de un asesino, como aquel hombre, Lucas, el escultor, o Niho Galiano, el terrorista, igual, era lo mismo, y ahora se parecían más que nunca. En su cerebro desquiciado empezaron a encajar las piezas una a una. ¿Qué había hecho? Él había librado al mundo de una ali-

maña inmundada, lo que le hacía ingresar en el club de los indeseables. Él era un sacerdote, no un asesino, pero había quitado la vida a un ser humano, aunque aquello no era un ser humano sino un monstruo, pero él era un sacerdote atado por el silencio, nadie podría haber impartido justicia, sólo él, sólo él, sólo él... Dios mío, perdón, ¿qué he hecho?, perdón, perdón, una vida, era una vida, igual que aquellas que Niho Galiano cercenaba con su particular guadaña.

La oscuridad tragó el cuerpo agotado del sacerdote mientras caminaba hacia el pueblo. Le pareció escuchar el crujido de los remordimientos tras de sí. Con el alma apretada entre fardos de dolor, se dirigió hacia la iglesia, abrió la puerta y cayó de rodillas ante el altar. ¿Qué he hecho? Perdón, perdón, perdón, Dios mío, perdón. El cuenco callado de la noche lo acogió entre sus brazos y le infundió serenidad. La mañana le sobresaltó entre lágrimas.

Cuando la luz atravesó las vidrieras impregnando el suelo de distintos arcos iris, Álvaro se puso en pie, permaneció unos instantes quieto, como queriendo grabar en sus pupilas cada rincón del recinto, miró a la figura del Cristo crucificado y se despidió de Él para siempre.

Las calles del pueblo estaban vacías a esas horas de la mañana. Sólo se oían los pasos del sacerdote mezclados con los latidos de su corazón.

Llegó a la Plaza Mayor, acarició la piel del mundo, respiró la vida, agradeció todos y cada uno de los minutos de los que había disfrutado a lo largo de su existencia y entró en el cuartel de la Guardia Civil.

—Buenos días, padre Álvaro —saludó Fulgencio, el guardia del puesto, simpático y bonachón—. ¡Qué madrugador está usted hoy!

Álvaro no respondió. Ni siquiera pudo sonreír.

—Dígame qué desea.

Su corazón fue un bombardeo de pesares que caían formando surcos agrietados. Le embargó tanta amargura que a punto estuvo de desfallecer. Repentinamente sintió y supo con absoluta certeza que el mundo iba a derrumbarse a su alrededor y nada podía hacer para evitarlo.

Un soplo de brisa entró por la ventana y le besó en la frente.

—Vengo a entregarme. Acabo de matar a Lucas, el escultor.

El rostro de Fulgencio, boca y ojos muy abiertos, se transformó en una máscara de duda, estupor e incredulidad.

Nadie supo jamás las razones que llevaron al sacerdote a cometer tan deleznable acto. El silencio fue su eterno compañero de condena.

© Blanca del Cerro

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado los libros *Luna Blanca* (Nuevos Escritores, 2006), *Soy la Tierra* (Alicia Rosell Ediciones, 2010) y *Y le regaló un jazmín* (Ediciones Hades, 2012). Con el presente relato obtuvo el primer premio en el II Certamen de Relatos Punto de Libro.

EL VEREDICTO

por Eva María Medina Moreno

—¡Póngase en pie el acusado!

Scrooge se levanta con torpeza.

—Ebenezer Scrooge, la ciudad de Londres le acusa de los siguientes delitos: avaricia en primer grado y falta de caridad, también en primer grado. Se declara usted culpable o inocente.

—Inocente, señoría.

—Se inicia la vista. Proceda, señor fiscal.

—Con la venia, señoría, que suba al estrado el espíritu de la Navidad Presente.

El testigo alza una antorcha brillante derramando luz sobre la sala. Lleva un manto verde y sobre la cabeza una corona de acebo.

El alguacil sostiene la Biblia.

—Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Sí, lo juro.

El fiscal empieza las preguntas.

—Espíritu de la Navidad Presente, ¿qué relación tuvo con el acusado?

—Le mostré cómo celebraban el día de Navidad distintas familias.

—Ahora me gustaría que prestase atención a los datos que tengo sobre la Navidad en la casa de Mr. Cratchit.

El espíritu asiente.

—Empezaré con la señora Cratchit. Su vestido, una bata con remiendos, con cintas de colores que no valdrían más de seis peniques. El traje del señor Cratchit muy zurcido, aunque limpio. Martha llegó tarde porque era aprendiz de modista y tenía que trabajar muchas horas seguidas. Tiny Tim llevaba una muleta pequeña y los miembros sostenidos por un aparato metálico. Los hermanos pequeños le ayudaron a sentarse. Todos colaboraron en algo. Peter preparó las patatas hervidas, Belinda puso la mesa, y los dos pequeños, con ayuda de Peter, fueron a por el pavo. Se lo comieron hasta dejar los huesos. El pavo les abrió el apetito; era demasiado pequeño para tantas personas con hambre atrasada. La madre fue a la cocina, a por el *pudding*. La familia estaba expectante. Aunque no era muy grande, lo ensalzaron. Después se reunieron alrededor de la lumbre. Brindaron con el ponche que el padre había hecho, deseándose Felices Pascuas. Estuvieron hablando. El padre comentó a Peter que tenía en perspectiva un trabajo para él, cinco chelines y seis peniques semanales. Espíritu de la Navidad Presente, ¿vio el acusado lo que he descrito?

—Sí.

—¿Se mencionó en algún momento al acusado?

—Mr. Cratchit alzó su vaso para brindar por él porque les había procurado la cena. La señora Cratchit no quiso beber a la salud de un hombre, según ella dijo, tan odioso, tan avaro, duro e insensible, como Mr. Scrooge, pero su esposo la convenció y todos brindaron por él.

El espectro va envejeciendo, sus cabellos son grises. El fiscal advierte el cambio pero no dice nada y sigue con sus preguntas.

«El testigo alza una antorcha brillante derramando luz sobre la sala. Lleva un manto verde y sobre la cabeza una corona de acebo.»

—¿Por qué la señora Cratchit no quiso en un principio beber a la salud del jefe de su marido?

—Le hacía culpable de su pobreza, el sueldo de Mr. Cratchit era muy bajo.

Murmullos acallados por el golpe seco del mazo y por las palabras «silencio en la sala» del señor juez.

—No tengo más preguntas, señoría.

Toma la palabra el abogado defensor.

—Espíritu de la Navidad Presente, en ese viaje también visitaron la casa del sobrino del señor Scrooge. ¿Es verdad que el sobrino dijo que su tío era un individuo cómico, desagradable, y que ellos se beneficiarían de su riqueza?

—Sí.

—Sin embargo, el señor Scrooge no se enfadó al oír aquello, ¿no es así?

—Así es.

—¿Puede relatarnos cómo continuó la fiesta?

—Empezaron otro juego, el sobrino de Mr. Scrooge pensaba una cosa y los demás tenían que adivinarlo, haciendo preguntas que solo se pudieran contestar con un «sí» o un «no». El sobrino pensó en un animal desagradable, salvaje, que unas veces rugía y gruñía, y otras veces hablaba.

—¿Qué animal?

—El señor Scrooge.

—No tengo más preguntas, señoría.

—Se suspende la sesión durante dos horas —dice el juez—, se reanudará a las cinco.

Cinco de la tarde. El fiscal llama a su segundo testigo, el señor Cratchit.

—Señor Cratchit, ¿qué relación tenía con Mr. Scrooge?

—Era su empleado.

—¿Puede decirnos lo que hizo el señor Scrooge el mismo día del entierro de su socio el señor Marley?

—Unos señores fueron a verle y pasaron la tarde discutiendo.

—Señores del jurado —indica el fiscal—, ¿qué clase de persona está en condiciones de hacer negocios el día del entierro de un amigo?

—Protesto, señoría —dice el abogado defensor—, al hacer ese comentario el fiscal presupone que el acusado estuvo negociando, cuando no está demostrado que fuera así.

—Se acepta —dice el juez—, que el comentario no conste en acta.

—¿Es verdad que el pasado 24 de diciembre entraron dos hombres recaudando fondos para los pobres y el acusado no contribuyó a la causa?

—Sí.

—Cuando uno de los recaudadores comentó a Mr. Scrooge que los pobres dijeron que preferían morirse a entrar en los centros de acogida estatales, al acusado le pareció que morirse era lo mejor que podían hacer porque de esa manera disminuiría el exceso de población. ¿No es cierto, señor Cratchit?

—Sí.

El fiscal se acerca a su mesa y coge un papel que muestra al juez. El juez lo aprueba.

—Mr. Cratchit, escuche con atención lo siguiente: «A todos los idiotas que van con el “¡Felices Pascuas!” en los labios los cocerá en su propia sustancia y los enterrará con una vara de acebo atravesándoles el corazón. ¡Eso es!». ¿Me puede decir, señor Cratchit, quién dijo esas palabras?

—Mr. Srooge.

—No tengo más preguntas, señoría.

Una figura oscura se aproxima al estrado con paso lento, grave. Un manto negro le oculta cabeza, cara y cuerpo, dejando visible una de sus manos extendidas. Es el espíritu de la Navidad Futura, testigo de la defensa.

—Espíritu de la Navidad Futura —dice el abogado defensor—, ¿le pidió Mr. Scrooge que le guiara porque quería ser un hombre diferente y cambiar de vida?

Movimiento de la túnica negra. El espectro inclina la cabeza asintiendo.

—¿Reconoció Mr. Scrooge que su avaricia y dureza de corazón no le hicieron ningún bien, que honraría la Navidad durante todo el año, y que nunca iba a olvidar las lecciones de los tres espíritus?

Contracción del manto negro. El espectro asiente.

—No tengo más preguntas, señoría.

*«Señores del jurado,
hoy es un día
importante porque al
juzgar al señor Scrooge
no sólo se juzga a una
persona inmisericorde
y avara, sino que al
mismo tiempo se está
juzgando a personas
como él.»*

Último día del juicio. El fiscal se dirige al jurado. Comienza su alegato.

—Señores del jurado, hoy es un día importante porque al juzgar al señor Scrooge no sólo se juzga a una persona inmisericorde y avara, sino que al mismo tiempo se está juzgando a personas como él. El acusado ha demostrado ser culpable de todos los cargos que se le imputan. Desde las primeras hojas del cuento empieza a delinquir. El mismo día del entierro de su único amigo, el señor Marley, sí, el mismo día del entierro, en vez de estar apenado por su muerte, hace un buen negocio. Mr. Scrooge, un hombre avaro, cruel; un ser miserable, codicioso, sin sentimientos. Un hombre

que no se conmovió por nada ni por nadie; ni por su empleado el señor Cratchit, ni por su sobrino, ni por los niños pobres que pedían en la calle. Tanta pobreza a su alrededor y él, preocupado por tener más y más. En sus manos está, señores del jurado, encerrarle para siempre o dejar libre a un hombre tan dañino y peligroso en una sociedad como la nuestra. Sé que tomarán la decisión adecuada.

El abogado defensor se acerca al jurado.

—Señores del jurado, qué bien hablamos de piedad, comprensión, tolerancia, pero qué poco piadosos, comprensivos y tolerantes somos con los demás. Al juzgar al señor Scrooge debemos ser indulgentes, ahondar en su pasado, en las causas que le llevaron a ser lo que fue. Si no era generoso con él mismo, cómo lo iba a ser con los demás. Él era el que más sufría; no fue capaz de querer a nadie porque no se tenía el mínimo aprecio. No podemos sentir odio hacia él sino pena. Su sobrino pensó que los defectos de su tío llevaban su propio castigo. Sin embargo, ¿fue Mr. Scrooge el único culpable de su coraza? ¿Intentó alguien acercarse a él, atisbar ese abismo que se agrandaba y le consumía, impidiéndole ser libre? Porque si alguno de ustedes piensa que lo era, se equivoca; sus pensamientos, sus ideas, estaban encadenados con grilletes a una enseñanza austera, rígida, cruel. ¿Tuvo el señor Scrooge la culpa de que no le hubieran mostrado cariño ni amor en su entorno familiar? No, creo que no, y ahora es el momento en que se puede hacer justicia. Él ya nos demostró que había cambiado al final del cuento. Sé que aquí se le juzga por su vida anterior, pero agradecería que considerasen su arrepentimiento y rectificación de conducta. Sé que ustedes serán justos.

Han pasado cinco horas. Entran en la sala el señor Scrooge, su abogado y el fiscal. Luego, los miembros del jurado.

—En pie —dice el alguacil.

Todos se ponen de pie. Entra el juez.

—¡Siéntense! ¿Tienen ya el veredicto?

—Sí, señoría.

—¡Póngase en pie el acusado!

Scrooge se levanta despacio. Sus piernas tiemblan. Se agarra con fuerza a la mesa retorciendo unas manos ya viejas.

—Señores del jurado, consideran a Ebenezer Scrooge:

¿Inocente o Culpable?

© Eva María Medina Moreno

Eva María Medina Moreno (Madrid, 1971). Escritora. Licenciada en Filología inglesa y diplomada en Profesorado de Educación General Básica, por la Universidad Complutense de Madrid. Con el título del Ciclo Superior en Inglés de la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, y The Certificate of Proficiency in English, por la Universidad de Cambridge. Tras el Período de Docencia del Doctorado en Filología Inglesa de la UNED, investiga en el campo de la Literatura Inglesa del siglo XX y Contemporánea, trabajo que compagina con la escritura de su primera novela. Premiada en el I Certamen Literario Ciudad Galdós por su relato «Tan frágil como una hormiga seca» (Editorial Iniciativa Bilenio S.L. 2010). Finalista en el Premio Orola 2011, en cuya antología se incluyó su cuento «Mi bodega» (Ediciones Orola S.L.). También han publicado sus relatos en revistas literarias digitales e impresas de España, Hispanoamérica, Estados Unidos y Canadá, como Letralia, Cinosargo, Otro Lunes, Revista Ombligo, Almiar, Groenlandia, Narrativas, Solaluna o Proyecto Sherezade. Su relato «La náusea» fue publicado en la web oficial del escritor Antonio Muñoz Molina. La revista de creación literaria La Ira de Morfeo ha editado un número especial con algunos de sus relatos. Coautora del libro de la Editorial Letralia: Letras Adolescentes. 16 años de Letralia (Colección Especiales, mayo de 2012).

NADA FUNCIONA

por David Lorenzo Cardiel

Son las tres y suena un twist en la radio. Alguien mueve el pie en alguna parte de la ciudad. Sincronizamos canal. Lavamos los platos juntos. Nos vemos en el reflejo de las cucharas recién aclaradas mientras la fina pátina de agua deforma nuestros rostros. Has hecho té verde, del que a mí me gusta, y lo saborearás mientras tecleas en el ordenador. Yo aún no he comido, pero te acompaño en el futuro de tus actos. Compongo sonetos vacíos y frases inanimadas, alego en Twitter y respondo los mensajes que me llegan al correo. Pero aún no he comido. Seguimos enlatados en un mundo de vidrio. Observamos las estrellas a través de pósteres del cielo boreal. Imagino el austral contigo de la mano. Una estrella fugaz acaba de precipitarse en algún lugar del planeta. Se enciende una llama en mis ojos viendo pasar las nubes por el horizonte. ¿Habrá nevado en mi pueblo? Los cementerios yacen vestidos de blanco pero aquí, en Zaragoza, hace sol, y se ha levantado el cierzo. Cómo detesto el cierzo, salvo los días de primavera, cuando me acaricia con su suavidad mientras paseo. Dices que te vas, pero poco te importa si me voy yo. Y nieva en la sierra, nieva fuerte junto al Huerva. Aquí, hace cierzo, pero nunca lo verán los osarios de la guerra. ¿Trincheras en el fuerte o tan sólo en mi corazón? Termino de fregar los platos y se calienta la comida. El cielo austral me observa por la ventana. La Vía Láctea, otra vez, y ese asteroide que nunca veremos caer sobre alguna parte. Silba el té, y te marchas. Me quedo, y enmudezco. Hoy hay judías. Nada funciona.

© David Lorenzo Cardiel

David Lorenzo Cardiel (Zaragoza, 1993) es filósofo y ensayista, aunque también en ocasiones poeta y narrador. Interesado y vinculado tanto al cine como a la música, es colaborador de revistas como Andalán e Hypérbole Magazine, donde destacan tanto sus relatos como sus artículos filosóficos. Pueden encontrarlo, además, en su blog (<http://cardielstories.wordpress.com>). Actualmente está desarrollando varios proyectos de diversa índole. Estudia física en la Universidad de Zaragoza.

SOÑAR *

por Ramón Zarragoitia

Soñar un amanecer en Berrueto. Cierras con cuidado la puerta de la bodega. La Tía te observa desde un ventanuco del piso alto, pero tus ojos solo distinguen la paleta dorada, añil y rosácea en el cielo de agosto. Bendito bochorno. Bendito el más puro silencio que ahora te rodea.

Soñarte sobre la bicicleta de montaña. Desciendes callejas y estradas. Te incorporas a la carretera general y a pocos metros, sobre una heredad que fue de los tuyos, lo distingues: apenas un breve altozano donde el panorama de la Laguna es privilegio. «Es el sitio.», piensas, «Unas pocas habitaciones, todas las comodidades para el huésped, un trato exquisito...». Concluyes, «Bah, pura Quimera».

Soñar que circundas este amago de albufera, que transitas por pistas y caminos, que dejas atrás pueblitos y caserías donde (tú crees) casi nadie te conoce. Te sale al paso la furgoneta blanca del panadero: trazas de aroma a horno de leña y consejos gratuitos. También el todoterreno del SEPRONA; a cuyos ocupantes acostumbras a saludar levantando una mano. Cerca ya de Bello te sobrecoge la fealdad de una nueva urbanización. Allí estará el «Cacique». Fuma un gran habano mientras se acaricia la oronda barriga repleta de confort y despotismo. Ahora que se ha convertido en alcalde, dicen, manipula a los hombres e incluso la Ley en su eterno provecho.

Soñar de pronto unos cúmulos sometiéndolo al horizonte. No queda tiempo para desviarse hasta una de las Torralbas, la de los Sisones, para escalar el risco del castillo mudéjar; para beber un trago de agua fría; para tomar un bocado contemplando el edén desde lo alto. Así pues, algo defraudada, esquivarás el inmenso lagarto que acaba de cruzar sobre el asfalto espejo, consciente de que todo esto es suyo... y de fochas, zarapitos, carriceros, porrones, grullas, garcetas... aunque también de espadañas, mamelladas, tarquines, quejigos, tomillejos... y pedalearás con saña para evitar la tormenta. De nuevo, un eco vacío resuena en el fondo de tu cabeza: «Pura Quimera, Quimera, Quimera...».

Soñar que el maldito aguacero no llega hasta la tarde, cuando te halles en el apartamento de la buhardilla y disfrutes una novela pendiente. Escucharás los primeros truenos. Sentirás la electricidad del aire. El viejo desván de tus recuerdos apestará a ozono, a tierra húmeda y melancolía.

Soñarte luego de madrugada. El Tío ronca en el piso de abajo. Tú descansas entre sábanas de lino y olor a madera de cerezo, sobre colchón merino y un armazón forjado por los años. Tus padres ya no están. Los echas tanto de menos. Y muy lejos, tras la calima de la cobardía, junto a otra laguna que es de vidrio y acero: un trabajo de secretaria gris en Zaragoza. Comienzas a preguntarte: «¿Regresaré?».

De nuevo el alba. Enciendes la radio. El ansia de los proyectos te abrasa por dentro y el noticiario no acalla ese eco vacío que aún resuena en tu cabeza: «Pura Quimera, Quimera, Quimera...». Lo comprendes. Sudas. Por fin has dejado de Soñar.

© Ramón Zarragoitia

Ramón Zarragoitia (Gorliz, Vizcaya, 1970). Fue abogado. A día de hoy, mientras promociona su última novela *Me miro al espejo... y me gusta lo que veo* con la editorial Groenlandia, sigue colaborando con diversas revistas literarias como: La bolsa de pipas (Sloper); Entropía; Agitadoras.com; Acantilados de papel o Narrativas, entre otras. Su proyecto narrativo puede seguirse en el Blog *SCRIPTUM, Despacho de letras*, incluyendo un currículum actualizado en la pestaña "Deméritos".

* En enero de 2013, esta obra obtuvo el Accésit en la categoría de adultos del IX Concurso de Relatos "Cuentos Junto a la Laguna" de Berrueto

UNA LÁGRIMA DE COCODRILO

por Mari Carmen Moreno Mozo

Crueldad subyugada es el deseo.

Ana Rosseti

No sé cómo decírtelo, Marga, pero esto no me huele bien. No me gusta Miguel, no me gusta su prepotencia y desde luego no me gusta que te haya invitado al apartamento de la playa. *No me gusta su cazadora de cuero, ni sus botas de siete leguas, ni siquiera me gusta ese lagrimeo facilón, el que le provocan las partículas de polvo cuando ronda el viento su flamante Yamaha.*

Verlo me da grima y más grima me da el tono monocorde de su voz al chocar contra tu desparpajo, una ola chispeante, pero débil. No me escuchas. Te diriges a una carrera peligrosa, pero no sabes lo que yo sí sé. No entiendes que él te ha colocado ya un bonito lazo y que espera deshacerlo sin babear siquiera, sin el mínimo esfuerzo. Tú te pones tan guapa, pero sé que esa coraza será aplastada, que la cola de caballo salvaje no podrá correr contra el viento si te pones esos tacones de aguja.

Sé lo que tú harás, porque te conozco: te abrirás, con esa incandescencia del deseo, agitarás las alas, doblarás el espinazo, mitigarás el miedo, desarmarás todos los indicios que han predestinado tu voluntad.

Es imposible que te lance mi réplica, porque mi locuacidad permanece aún en cueros, mientras sus palabras forman terrones de azúcar. No puedo entregarte esa brújula mía, capaz de paliar tu desorientación. No puedo entregártela, en su lugar mis dedos experimentan el frío glaciario que sentirá tu cuerpo, incluso antes de ser atravesado por la metralla de la realidad.

Debes saberlo ahora, antes de que cometas una locura: él ni se inmutará cuando escuche el crac de tu corazón jaspeado. Abrirá el tragaluz de par en par y después se limpiará con un clínex su brillante lágrima de cocodrilo, antes de quemarte las piernas con su tubo de escape.

© Mari Carmen Moreno Mozo

Mari Carmen Moreno Mozo. Nacida en Torrente, siempre supo que su pasión era la literatura. Esta vocación temprana le llevaría a estudiar Filología Hispánica en la Universidad de Valencia y fue allí donde comenzó a escribir. Ha publicado el poemario "Esa muñeca a la que diste cuerda", y diversos cuentos, poemas y reseñas de su autoría han aparecido en medios digitales como la revista Luke, Narrativas, Palabras Diversas, Culturamas o Eclipse, algunos de los cuales aparecen firmados bajo el seudónimo de Aghata. Ha publicado los poemarios *Esa muñeca a la que diste cuerda* (Editorial Poesía eres tú, 2010) y *Micropigmentaciones* (eBooks Literaturame, 2012) y el libro de relatos *El hombre de hojalata* (eBooks Literaturame, 2012).

LA COARTADA PERFECTA

por Enrique García Díaz

Abandonó la cama cuando las primeras luces de la mañana comenzaban a filtrarse por la ventana. Pese a la poca claridad que había en la habitación sabía como moverse por ésta. No le era desconocida del todo, aunque había transcurrido algún tiempo desde la última vez que durmió en ella. Caminaba sobre la alfombra, que cubría parte del suelo de parquet, tratando siempre de no hacer ruido. Lanzó una mirada hacia la cama y permaneció sin apartar su mirada de ésta. Pensó en lo sucedido la noche anterior al tiempo que sonreía burlón y se pasaba la mano por el rostro tratando de aclararse. Pero cuanto más lo intentaba, más confundido estaba. Se llevaba haciendo la misma pregunta desde el mismo instante en que sonó su teléfono. ¿Por qué lo había llamado después de tanto tiempo sin verse? Desapareció como el humo, sin dejar ningún rastro. Durante dos años no había vuelto a saber de ella. Al principio le pareció extraño, e incluso se sintió molesto porque no se hubiera despedido de él. Pero dicen que el tiempo lo cura todo, y a fe que la herida que le había dejado ya había cicatrizado. Aunque eso estaba olvidado, no dejaba de sorprenderle su llamada, su cita, y sus deseos de verlo. Algo que él había agrado. Pero, ¿qué la había impulsado a tomar esa decisión? Con esa pregunta revoloteando en su mente, la siguió contemplando mientras sus cabellos rojizos se esparcían sobre la almohada como filamentos de cobre. La sábana se había deslizado más de lo normal revelando toda su espalda, por la que ahora su mirada descendía hasta esa parte de la anatomía donde perdía su nombre. Cerró los ojos mientras los recuerdos de la pasión inundaban su mente como si de un río desbordado se tratara llevándose consigo cualquier resquicio de cordura por su parte.

Pero no había podido retenerse. No había podido resistirse a ella, y había acabado sucumbiendo a sus encantos. No en vano se conocían perfectamente desde hacía algún tiempo. Bastante, aseguraría él si se lo preguntaran. Pero aquella noche había sido diferente a otras veces que él recordaba. Su manera de flirtear con él desde el mismo instante en que quedaron. Sus continuas alusiones al pasado que compartieron... como si el hecho de evocarlos con tanta insistencia quisiera decirle algo.

Su pasión desmedida cuando llegaron al dormitorio... En cualquier caso, él no le había puesto objeciones ya que sus deseos por verla una vez más eran superiores a su juicio. Caminó hasta rodear la cama para poder contemplar su rostro mientras dormía. Sus pestañas largas, su nariz fina y delicada, sus labios sin ningún toque de color en éstos provocándole. Siempre le había parecido una mujer muy atractiva incluso sin ningún toque de maquillaje sobre la piel de su rostro. Sintió deseos de inclinarse sobre su espalda y volverla a recorrer con sus labios como la noche pasada. Perderse en la suavidad y la calidez de su piel, en su embriagador aroma. Recorrer sus piernas mientras ella permanecía sentada sobre él en mitad de un vertiginoso movimiento sensual. Y sus manos enmarcaban su rostro como si temiera que fuera a desaparecer para después devorar sus labios con una exquisita mezcla de pasión y ternura jamás antes experimentada junto a ella. Verla tumbada sobre la cama despertó sus deseos más inquietantes, y hubo de hacer verdaderos esfuerzos para no amarla una vez más allí en ese preciso instante.

Se incorporó y comenzó a buscar su chaqueta de piel. La ropa aparecía esparcida por el suelo fruto del desenfreno de la noche anterior. Pareciera que hubieran estado aguardando aquel instante con paciencia, y una vez llegado éste devorarse de manera insaciable el uno al otro. Comprobó que no se dejaba nada y procedió a abandonar la habitación. Se marcharía de allí porque entendía que prolongar su estancia no sería bueno al fin y al cabo. Además, quería comprobar hasta qué punto ella volvía a estar interesada por él si ese fuera el caso de su reencuentro. Por su parte él se hacía la misma pregunta: ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar por ella en esta ocasión? No pudo evitar inclinarse y dejar un beso de despedida en su frente. Pareció que ella se movía en sueños a juzgar por la dirección que había llevado la sábana. Salió del dormitorio antes de que fuera demasiado tarde.

«Cerró los ojos mientras los recuerdos de la pasión inundaban su mente como si de un río desbordado se tratara llevándose consigo cualquier resquicio de cordura por su parte. Pero no había podido retenerse.»

Sabía que acabaría por marcharse sin decirle nada. Que no la despertaría en caso de que ella estuviera durmiendo. Pero ella no lo hacía, sino que fingía. Por este motivo había sentido todos sus movimientos por el dormitorio. Durante esos momentos pensaba en él, aunque sus pensamientos no eran nada acertados en ese momento. No con él allí. Le había gustado volverlo a ver, sentir su mirada sobre ella, sus caricias, sus besos, su cuerpo debajo del suyo... Pero, ahora que lo pensaba fríamente, sabía que no debería haberlo hecho. Que no debería haberlo siquiera pensado. Ni mucho menos habérselo insinuado después del tiempo compartido. En cierto modo se trataba de un sentimiento egoísta por su parte. Pero no tenía a quien acudir, y sabía que él no la rechazaría en cuanto la mirara a los ojos. No podría.

Escuchó cómo se cerraba la puerta del apartamento y entonces la almohada se empapó con sus lágrimas. El sentimiento de culpa se apoderó de su pecho. Y la traición se instaló en su corazón.

Lo encontró como de costumbre en su café favorito a media mañana mientras disfrutaba de la lectura. Sabía dónde paraba cada día a esa hora. Él era un animal de costumbres y en raras ocasiones solía cambiarlas. Sólo cuando trabajaba, y ahora no era el caso pues llevaba meses fuera del servicio. Por ese motivo lo buscaba. De manera que abrió la puerta del café y se dirigió hacia la mesita del fondo con paso firme al tiempo que pedía un café al camarero, y le indicaba que se lo llevara a la mesa. Allí estaba sentado como de costumbre, con sus cabellos desaliñados, su barba de varios días, sus gafas con montura al aire. Ese aire de intelectual despreocupado por todo lo que sucedía a su alrededor salvo por sus lecturas. No esperó a que le concediera permiso para sentarse, con él no hacía falta esas formalidades. Cuando lo hizo ni siquiera se dignó en levantar su mirada de las páginas de su novela, como si en verdad su presencia careciera de importancia. Seguía actuando como si él no estuviera allí, sentado frente a él mirándolo como si fuera una pieza de colección. En ese instante el camarero llegó con su café.

«Lo encontró como de costumbre en su café favorito a media mañana mientras disfrutaba de la lectura. Sabía donde paraba cada día a esa hora. Él era un animal de costumbres y en raras ocasiones solía cambiarlas.»

—Necesito que vuelvas —fueron las primeras palabras que pronunció mientras extraía del interior de su abrigo un sobre de color manila que arrojaba sobre la mesa. Luego vertió el contenido del azucarillo en su café y lo removió aguardando pacientemente a que él actuara.

Por un leve instante se dignó en levantar la mirada de su lectura y a pasearla desde el sobre hasta el rostro de su visita., pero sin mediar palabra. Ni mover un solo músculo de su rostro, ni de su cuerpo. Daba la impresión que no le importara lo que tuviera que decirle. En vista de su comportamiento el misterioso visitante insistió pronunciando una sola palabra.

—Zarina.

Como si de una especie de encantamiento se tratara el hombre cerró el libro produciendo un sonido sordo para dejarlo sobre la mesa mientras miraba el sobre con detenimiento.

—Parece que ese nombre ha captado por completo tu atención —le dijo con ironía el hombre esbozando una sonrisa irónica.

—¿Qué quieres, Stuart? ¿Y a qué ha venido ese nombre después de tanto tiempo? —le preguntó con desgana mientras removía su café.

—¿No te has enterado de su último golpe? —le preguntó el tal Stuart mirándolo con extrañeza. Aunque por otra parte tampoco parecía incomodarle, ya que estaba fuera de juego.

—No me interesa lo más mínimo todo lo que tenga que ver con ella. Ya lo sabes —le respondió de manera resuelta antes de beber un poco de café—. Ah, y por cierto, en respuesta a tu sugerencia, no pienso volver —le aclaró mostrando una sonrisa en la que dejaba entrever sus dientes blancos.

El tal Stuart chasqueó la lengua como si estuviera decepcionado, aunque era consciente que al final él acabaría aceptando su propuesta. Tenía algo con lo que él no contaba.

—¿Estás seguro? —le preguntó Stuart empleando un tono que se acercaba a una especie de amenaza.

—Cuando lo dejé lo hice para no volver. Quedamos en eso, ¿no? —le recordó como si Stuart lo hubiera olvidado.

—Te daré otro nombre.

—¿Qué es esto? ¿Alguna clase de juego? Puedes darme todos los nombres que quieras. No cambiaré de opinión. Así de simple. No hay nada que me haga volver. Ni siquiera la propia Zarina.

Stuart sonrió de manera zorruna mientras preparaba su segunda bala.

—Jelena —pronunció con cuidado, paladeando cada una de las sílabas de aquel nombre que sabía que produciría cierta reacción en él.

El simple hecho de escucharlo hizo que se quedara quieto, mientras la sonrisa, que momentos antes se había dibujado en su rostro, desaparecía al instante dejando paso a un rictus más serio. Apretó las mandíbulas debido a la tensión que se había apoderado de él en el preciso instante que le dijo ese nombre. Su mirada se tornó fría y amenazante mientras la dejaba fija en Stuart. Éste parecía complacido por su reacción. Sabía que no sería indiferente en cuanto pronunciara ese nombre. Y a fe que así había sido. Había logrado captar su atención por completo.

—¿Qué sucede con ella? —le preguntó con cautela mientras entornaba su mirada y estudiaba con detenimiento el rictus de su rostro. No le gustaba que el nombre de ella apareciera en esa conversación. Y Stuart tenía que saberlo.

—Vaya, parece que el mero hecho de pronunciar su nombre ha surtido un efecto inesperado en ti, Travis. Presiento que a partir de este momento me vas a prestar una mayor atención —le dijo con un toque irónico mientras sus cejas formaba un arco reflejando claramente su expectación.

—¿Qué pasa con Jelena? —le preguntó mostrando un tono de urgencia por querer saber qué era lo que sucedía.

—Por tu tono denoto que te importa.

—Ella y lo que pueda sucederle —le dijo con un claro tono de advertencia.

—Creía que ya lo habías superado —le comentó sonriendo cínicamente mientras observaba como Travis parecía dispuesto a saltar sobre él si seguía por ese camino.

Travis se quedó pensativo. ¿Superado? ¿Cómo se puede superar el dolor que alguien te deja cuando se marcha? ¿Cómo llenar ese vacío? El mismo que sentía desde que la dejó durmiendo en su apartamento.

—Dime, ¿qué tiene que ver ella en todo esto? ¿Y para qué me buscas? —le preguntó con franqueza recelando en todo momento de Stuart.

—Deberías leer más los periódicos —le dijo cogiendo el del propio café para que Travis le echara un vistazo, aunque sólo fuera por encima.

Travis lo cogió y nada más tuvo que leer el titular de éste para comprender el motivo de la visita de Stuart. Lo dejó sobre la mesa mientras miraba a éste y se encogía de hombros haciéndose el desentendido.

—La zarina ha vuelto a golpear.

—Sé leer —le dijo irónico Travis mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho y recostaba su espalda contra la silla.

—Un cuadro por valor de un millón de libras ha sido substraído de la galería Windsor —le resumió sin entrar en más detalles de los necesarios.

«Travis se quedó pensativo. ¿Superado? ¿Cómo se puede superar el dolor que alguien te deja cuando se marcha? ¿Cómo llenar ese vacío? El mismo que sentía desde que la dejó durmiendo en su apartamento.»

—Una chica lista, sí señor —dijo levantando el café en alto antes de beber de nuevo, como si hiciera una especie de brindis en su honor.

—Una ladrona —le corrigió Stuart, molesto por el comentario de Travis, pero éste no pareció inmutarse—. Necesitamos tu ayuda, Travis —le dijo mirándolo fijamente con determinación.

—¿Insistes en ello? —le preguntó contrariado porque no pareciera haberle prestado atención—. No quiero volver. Lo dejé.

—Sí, cuando te diste cuenta que no eras capaz de atrapar a la Zarina. Por no mencionar que ni siquiera descubriste su identidad —le recordó con un toque irónico que a Travis no le gustó

—Te recuerdo que era un trabajo en equipo. De manera que si alguien la cagó aquí fuimos todos. Y en especial tú, como jefe de operaciones de Scotland Yard —le rebatió mofándose de él en esos momentos.

Stuart mudó el semblante de su rostro al escucharle decir aquello, pero no se arredró sino que siguió insistiendo.

—¿Y si te dijera que tenemos una sospechosa? —le preguntó despacio, midiendo las reacciones de Travis porque intuía que en seguida relacionaría las piezas del rompecabezas. Éste se quedó con el rictus serio, sin pestañear, sin mover si quiera un músculo pensando. Stuart sabía lo que pasaba en esos momentos por su cabeza, pero no sería él quien se lo dijera. Tan sólo se había limitado a insinuárselo. Le había suministrado las piezas una a una para que él las encajara: la Zarina, la galería Windsor, el robo de un cuadro de un millón de libras, y Jelena.

«Travis entrecerró los ojos dirigiendo su mirada primero a Stuart y luego al sobre. Lo contempló con recelo porque no sabía qué contendría, y viniendo de él podría ser cualquier cosa. Stuart insistió con su mirada para que lo cogiera y viera su contenido.»

Travis inspiró hondo antes de pronunciarse ante aquella pregunta. En su mente había ido guardando los datos que Stuart le había ido facilitando. Muy ingenioso, pensó, pero sabía como funcionaba él. Y ahora encajando las piezas el resultado que Stuart insinuaba no era del agrado de Travis. Ni lo más mínimo. Y así se lo hizo saber.

—No juegues conmigo. Te lo advierto —le dijo con un tono frío mientras esgrimía un dedo señalándolo—. Ni se te ocurra insinuar lo que estás pensando.

—Yo no insinué ni pienso nada, Travis. Me remito a las pruebas que tenemos. Nada más —dijo en un tono franco mientras le-

vantaba las palmas de sus manos en señal de inocencia y luego señalaba con éstas el sobre que había dejado sobre la mesa al llegar.

Travis entrecerró los ojos dirigiendo su mirada primero a Stuart y luego al sobre. Lo contempló con recelo porque no sabía qué contendría, y viniendo de él podría ser cualquier cosa. Stuart insistió con su mirada para que lo cogiera y viera su contenido.

—Tranquilo. No muerde.

Lo cogió sin apartar la mirada de Stuart en ningún momento. Como si desconfiara de él. Como si estuviera esperando alguna jugada de la suyas. Abrió la solapa e introdujo la mano para extraer su contenido. Desvió la mirada del rostro de Stuart por unos segundos hasta el contenido del sobre, ahora en su mano. Se sobresaltó, frunció el ceño mientras el rictus de su rostro se contraía porque no entendía nada. Fotografías, documentos, y recortes de prensa. Miró a Stuart sintiendo que la ira crecía en su interior apartando la incomprensión experimentada en un primer momento al ver el rostro de Jelena.

—¿Qué coño significa esto? —le preguntó con un tono frío y cortante en su voz mientras devolvía el contenido al sobre y lo arrojaba furioso sobre la mesa.

—¿Tú qué crees?

—Si es lo que yo creo ya puedes tener una explicación convincente.

—Escucha, entiendo que te sientas sorprendido y cabreado al mismo tiempo por estas pruebas. Pero...

—¿Insinúas que Jelena...? —no pudo terminar de formular su pregunta ya que no concebía esa posibilidad. Era imposible lo que Stuart planteaba.

—Me remito a las pruebas.

—¿A cuáles? ¿A éstas? Estas no son nada. Papel mojado —le rebatió cogiéndolas en su mano y arrojándolas sobre la mesa—. ¿Crees que un par de fotografías y varios documentos de registros de sus cuentas bancarias sirven para algo? —le preguntó furioso con todo lo que estaba sucediendo. Sentía la necesidad de descargar la ira que se estaba apoderando de él por momentos.

—Sé como te sientes, pero trata de ser objetivo, Travis. Entiendo que tú y Jelena tuvisteis una relación en el pasado. Y que ella acabó marchándose de la ciudad y justo entonces la Zarina dejó de operar —trató de hacerle ver la coincidencia pero Travis la rechazaba sacudiendo su cabeza sin poder dar crédito a lo que Stuart le planteaba.

—¿Qué cojones tiene que ver que Jelena y yo tuviéramos una relación con que desapareciera al mismo tiempo que cesaron los robos de la Zarina? —le preguntó con una mezcla de incredulidad y enojo a partes iguales.

—Sólo me limito a exponer los hechos, Travis.

—Si Jelena fuera la Zarina, ¿no crees que me habría enterado durante los años que compartimos? Vivíamos juntos durante años, Stuart. No esperarás que me lo crea ¿no? —le dijo sin salir de su asombro.

—¿Y cómo explicas que haya vuelto a la ciudad?

La pregunta lo cogió desprevenido. No la esperaba. ¿La había seguido? Si era sospechosa entonces no le cabía la menor duda de que habría seguido su pista en todo momento. Eso significaba...

—Mira la fotografía en la que se la ve merodeando por el museo Windsor...

—¿Qué pasa, no puede pasear por los alrededores del museo? ¿Es algún tipo nuevo de delito? Venga, Stuart —le dijo con voz cansada.

«Travis sacudía la cabeza tratando de que aquella conversación desapareciera de su mente. Que fuera un sueño, o más bien una pesadilla de la que quería despertarse.»

—Sabemos que entró en éste ayer por la mañana.

—Es marchantes de arte y comisaria de exposiciones. ¿Lo olvidaste también?

Travis sacudía la cabeza tratando de que aquella conversación desapareciera de su mente. Que fuera un sueño, o más bien una pesadilla de la que quería despertarse. Era de locos pensar que Jelena fuera la ladrona de guante blanco más buscada de toda Europa.

—Sé que colecciona piezas de arte, por eso mismo. Es la tapadera perfecta para...

—¿Para nada! —le espetó Travis harto de las acusaciones contra ella mientras golpeaba la mesa y los clientes se quedaban mirándolo.

—¿La has visto? ¿Puedes asegurarme que ayer noche ella no estaba en el Windsor robando un cuadro de un millón de libras? —le preguntó bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro para no llamar la atención de los clientes.

Travis sonrió irónico antes tal cuestión. Si la habían seguido como él pensaba que habían hecho, aquella pregunta era absurda en toda regla. ¿Qué pretendía Stuart? ¿Qué le confesara que había pasado la noche en su cama?

—Te estás equivocando de persona, Stuart. Y lo sabes tan bien como yo.

—Entonces, demuéstremelo.

Travis permaneció en silencio durante unos segundos en los que los recuerdos del día anterior agolpaban su mente. Si él hablaba desmontaría la farsa de Stuart en un momento.

—Ella no ha robado el cuadro del museo Windsor ayer noche puedes estar seguro de lo que digo —le

aseguró con franqueza mientras se quitaba las gafas y miraba a su compañero con determinación.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó entornando la mirada hacia él.

—Porque la pasó conmigo —le respondió sabiendo que Stuart le pediría más detalles al respecto. No le valdría sólo con su palabra.

Stuart se quedó mirándolo fijamente mientras intentaba asimilar aquella información. Si era cierto lo que acababa de contarle entonces sus investigaciones habían vuelto a errar. Lo que Travis no sabía era que la habían estado siguiendo hasta que se percató de ello, y consiguió darles esquinazo. ¿Por qué? ¿Para gozar de una mayor intimidad junto a Travis?, se preguntó ahora que conocía como había pasado la tarde y la noche. Y en compañía de quien.

—¿Por qué pones esa cara? Pareciera que no te lo esperaras —le comentó mirando a Stuart también sorprendido por su gesto—. ¿No la seguáis?

Stuart resopló antes de responderle.

—Nos dio esquinazo.

Travis mudó el gesto en su rostro. Ahora mostraba perplejidad por aquella noticia. ¿Por qué les iba a dar esquinizado Jelena? ¿Acaso se había dado cuenta que la seguían? Pero, de ser cierto, ¿qué tiene que ocultar? La narración de Stuart lo estaba dejando más confundido y a la vez más intrigado por saber qué sucedería.

—Tal vez tus hombres la perdieron. ¿Por qué os habría de dar esquinazo?

—Porque sabía que la seguíamos.

«Travis mudó el gesto en su rostro. Ahora mostraba perplejidad por aquella noticia. ¿Por qué les iba a dar esquinizado Jelena? ¿Acaso se había dado cuenta que la seguían?»

Un silencio incómodo se instaló en la mesa que compartían los dos hombres mientras cada uno escrutaba el rostro del otro tratando de averiguar, qué era lo que se le pasaba en ese preciso instante por la cabeza.

—Esto es absurdo —dijo finalmente Travis recostándose contra el respaldo de la silla al tiempo que sacudía su cabeza.

—No del todo. Jelena oculta algo. ¿Qué te dijo? Si puedes y quieres contármelo.

La mirada de Travis se quedó fija en un punto del vacío mientras en su mente se daban las más disparatadas y surrealistas situaciones. Pero debía admitir que la información de Stuart tenía algo de veraz. Algo extraño había en todo aquello. Tal vez no quisiera reconocerlo, ser objetivo porque en el fondo la seguía amando.

—Me llamó para decirme que estaba de vuelta en la ciudad por unos días. Pasamos juntos la tarde y la noche. Puedo darte detalles de los sitios en los que estuvimos... ya que sé que los comprobarás.

Stuart resopló sin poder dar crédito a aquellas palabras, pero ahora que miraba a Travis sabía que estaba siendo sincero con él. Si ellos habían seguido a Jelenapor la ciudad, lo más lógico era que él también la hubiera visto.

—¿Sabes por cuántos días estará en la ciudad?

—No —le respondió con firmeza mientras Stuart arqueaba su ceja derecha como si recelara de su respuesta—. Ella no ha sido. Es imposible. Estuvo conmigo toda la noche —le reiteró en un claro intento por hacerle ver la verdad.

Stuart permaneció en silencio unos instantes mientras meditaba la situación.

—Está claro que ella tiene una coartada. Una coartada perfecta —recalcó sonriendo a Travis—. Pero si es cierto lo que cuentas...

—Lo es —le dijo sin esperar más explicaciones.

—Entonces, ¿quién ha robado el cuadro?

—Tal vez gente profesional, del Este de Europa —le dijo de pasada Travis mientras se encogía de hombros—. Pero te digo que a estas horas el cuadro ya está fuera de la ciudad, y me atrevería a decir que del país.

—No estés tan seguro. Hay controles en todas las salidas y entradas a la ciudad. Estaciones de trenes, de autobuses, aeropuertos, carreteras... No, el cuadro sigue aquí —le aseguró mientras lo miraba fijamente y señalaba la mesa con su dedo de forma reiterada.

—Es un encargo, y tú lo sabes. El comprador ya debe tener el cuadro. Esa gente no pierde el tiempo.

—Quiero que te pegues a Jelena y trates...

—¿Sigues pensando en ella? Joder, no me lo puedo creer, Stuart —le dijo enfurecido con él—. Acabo de decirte que pasó la noche conmigo. Eso te desmonta tu acusación, tu cruzada por detenerla. Ella está limpia.

—Aun así, quiero que trates de averiguar que hace en la ciudad. Cuando se marcha, a quien va a ver...

—¿Pretendes que sea tu chivo expiatorio? —le preguntó abriendo los ojos al máximo mientras los deseos de golpearlo y derribarlo de la silla crecían en su interior como una tormenta.

—Sólo te pido que me ayudes. Y creo recordarte que sigues en activo, aunque tú dijeras que lo dejabas. No tengo tu renuncia por escrito, ni entregaste la placa —le recordó furioso por el comportamiento de Travis—. Deja que te diga que entiendo que sigas enamorado de Jelena, pero ahora piensa, ¿y si ella fuera la Zarina? ¿Y si nunca la pillamos porque en el fondo conocía cada uno de nuestros movimientos precisamente porque era tu pareja? —le preguntó sembrando una duda razonable en la mente de Travis.

«Caminó sin rumbo fijo mientras en su mente flotaba un solo comentario, una sola preocupación. ¿Era Jelena la Zarina?»

Se miraron con la tensión flotando en el ambiente. Ninguno de los dos parecía dispuesto a dar su brazo a torcer en aquel asunto.

—Sólo quiero que te acerques a ella e intentes averiguar si es ella o no. Nada más. Si estoy equivocado podrás regodearte por ello delante de todos. Pero si tengo razón...

—No la tienes, Stuart —le interrumpió alzando un dedo para que se callara—. No la tienes. Nunca la has tenido y te lo voy a demostrar —le dijo mientras la furia se había adueñado de su mirada.

—Ojalé me equivoque.

Travis se levantó de la silla de golpe. Furioso con Stuart y con la mierda que le había contado.

—Estás invitado —le dijo mientras dejaba un billete sobre la mesa y lanzaba una última mirada furiosa a Stuart.

—Estaré en el Museo a las tres. Por si decides ir a echar un vistazo —le dijo mientras Travis caminaba hacia la puerta del café.

Caminó sin rumbo fijo mientras en su mente flotaba un solo comentario, una sola preocupación. ¿Era Jelena la Zarina? Se detuvo de repente como si aquella idea le impidiera avanzar. Sonrió de manera cínica y sacudió su cabeza al tiempo que su mirada permanecía perdida en un punto. La gente que se lo cruzaba lo miraba con gesto de sorpresa, o se chocaba con él y lo maldecía. Travis seguía imbuido en su mundo, en la preocupación que Stuart acababa de provocarle. Extrajo su cartera del interior de su chaqueta con un solo pensamiento. ¿Aún la guardaba? Cuando sus dedos la rozaron sintió la emoción de la situación. Sí, aún la conservaba. Una vieja foto de Jelena y él durante una fiesta. Sonrió al recordar lo borrachos que acabaron aquella noche, pero también lo bien que se habían divertido. Aquella noche celebraban su segundo aniversario de convivencia, y en ese momento jamás pudo pensar que ella se marcharía. Ahora, pasaba el pulgar de su mano por el rostro achispado de Jelena y se preguntaba si ella era en verdad quien decía ser.

—¿Quedamos para comer? —La invitación lo cogió por sorpresa cuando escuchó su voz.

—Sí, por supuesto —fue su respuesta sin poder apartar de su mente lo sucedido. La leve sospecha de su verdadera identidad lo había sumido en una espiral de confusión, y miedo. Tenía miedo por descubrir que Stuart tenía razón. Miedo a la verdad, y a perder a Jelena una vez más. Porque si de algo estaba seguro es que si ella se marchaba de nuevo, nunca más volvería a verla.

—Vaya, parece que no te hace mucha ilusión —le comentó con un tono suspicaz, como si sospechara que había sucedido algo.

—No, claro. Es una buena idea. A la una te viene bien. He de hacer algunas cosas después.

—Perfecto. Yo también tengo una agenda apretada esta tarde, pero me apetece comer contigo —le confesó empleando un tono que se acercaba a la seducción.

—¿Donde otras veces?

—Por supuesto.

Travis cortó la comunicación y se quedó pensativo mientras miraba el reloj. Tal vez no pudiera ir al museo a las tres, de manera que pasaría por este antes de comer con Jelena. No estaba seguro de si debería creer a Stuart, pero la curiosidad y sus años de investigador le pudieron en esta ocasión, más que lo que sentía por Jelena.

«Debería volverlo a abandonar después de todo lo que él había representado para ella. Después de años de convivencia y de declararse mutuamente su amor. Pero algo en ella no encajaba, su espíritu libre e indómito la arrastraba por medio mundo sin ninguna atadura.»

Se arregló despacio, tomando su tiempo. Frente al espejo contemplaba su imagen reflejada en éste tratando de sonreír tras la conversación que había mantenido con Travis. Los recuerdos de la noche pasada se arremolinaron en su mente de igual forma que el viento hacía con las hojas en otoño. Intento despejarse, aclarar sus ideas, pero siempre volvía al mismo lugar. Le había gustado verlo, sentirlo, desearlo, y amarlo por tan breve espacio de tiempo. Pero ahora... Sabía que su tiempo era limitado. Al día siguiente con toda probabilidad abandonaría la ciudad. Y eso era algo que le encogía el estómago provocándole náuseas. Debería volverlo a abandonar después de todo lo que él había representado para

ella. Después de años de convivencia y de declararse mutuamente su amor. Pero algo en ella no encajaba, su espíritu libre e indómito la arrastraba por medio mundo sin ninguna atadura. Ahora, contemplando su imagen en el espejo de aquella habitación de apartamento se daba cuenta de lo difícil que era romper con el pasado. Y el daño que esto provocaría.

Saludó a los agentes en la puerta mientras se identificaba. Para su sorpresa Stuart estaba allí. Al verlo aparecer sonrió.

—No has podido resistirte. Como en lo viejos tiempos ¿eh?

Travis se limitó a encogerse de hombros mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde estaba el cuadro? —le preguntó con inusitado interés.

—Ven conmigo.

Travis cruzó el vestíbulo de la galería siguiendo a Stuart hasta el lugar que ahora aparecía acordonado y fuertemente vigilado.

—¿Cuándo fue el robo? ¿Anoche?

—Exacto.

—¿No sonaron las alarmas?

—Al parecer contaban con perturbadores GSM para neutralizarlas.

—¿Ningún guardia? —le preguntó mirándolo de pasada mientras inspeccionaba el lugar donde había estado el cuadro.

—No se enteró de nada. Al parecer no hubo ningún movimiento reflejado en los monitores.

—Imagino que emplearían una grabación fija. ¿Huellas? ¿Algo?

—Poca cosa.

Travis abrió los ojos al máximo en un claro gesto de no creer lo que le contaba.

—¿Y que relación hay con Jelena?

—Lo que te conté. Además, si pasó la noche contigo... —le comentó como dando por hecho que ella no pudo haber sido.

—Ya, claro —asintió sin mirarlo, pensando aún en esa mínima posibilidad que él le había planteado, y que por alguna causa desconocida todavía pululaba en su mente.

—Tendremos que dirigir nuestras investigaciones hacia otro objetivo —le informó como sin no tuviera interés en este asunto—. No obstante me gustaría que me llamaras si te enteras de algo.

Travis le daba vueltas en su cabeza al cambio de actitud de Stuart. Había acusado a Jelena de ser ella la Zarina: pero cuando él le dijo que habían pasado la noche juntos, bueno, pues parece ser que desapareció de su lista de sospechosos. Stuart no era de los que soltaban la presa tan fácilmente. Apostaba a que no dejaría de indagar en la vida de Jelena buscando una conexión con la Zarina.

Se encontraba sentado a la mesa cuando ella abrió la puerta y entró en el restaurante. Caminó hacia él tratando de sonreír, aunque en su interior sabía que la situación no le permitiría muchas alegrías. El gesto de su rostro parecía reflejar cierta preocupación, recelo. No era el mismo que la noche pasada la había acompañado hasta su apartamento, el mismo que la había contemplado a la tenue luz de las velas con un gesto risueño. No. Esa chispa mágica se había consumido dejando paso a una mirada cargada de escepticismo.

—Lamento el retraso —le dijo apartando la silla para sentarse mientras él movía la cabeza en silencio, dándole a entender que todo estaba bien. Sintió su mirada fija en ella, escrutándola con minuciosidad. ¿Qué pasaba en su mente? ¿Qué había sucedido esa mañana para que su actitud fuera diferente?—. ¿Sucede algo? ¿Por qué me miras tan fijamente?

—Porque estás preciosa —le respondió provocando un leve sobresalto en ella. Sonrió tímidamente mientras entornaba su mirada evitando la de Travis. No quería que le hiciera sentir, no quería ser deseada como la pasada noche en la que había vuelto a encontrar la pasión entre sus brazos. Su melena rizada del color del vino estaba recogida dejando libre su rostro, donde sus ojos y sus labios eran el perfecto reclamo.

Jelena inspiró hondo y sonrió halagada por el comentario.

—Da gusto que a una la saluden de esa manera.

—Celebro que te guste —le comentó mientras en su mente seguía dándole vueltas a la conversación con Stuart. A su visita al museo, a todo lo relacionado con la Zarina. Cuanto más la miraba más imposible le parecía la idea de que fuera ella en realidad—. ¿Qué tal marcha la exposición? —le preguntó sin pararse a pensar si sería conveniente adentrarse en ese tema, puesto que era consciente que al final acabaría llegando a lo sucedido anoche en la galería Windsor.

—Todo está perfecto. Inauguran esta noche.

—Entonces te veré allí —le dijo convencido de sus palabras y de que ella estaría. Pero entonces perci-

«Se encontraba sentado a la mesa cuando ella abrió la puerta y entró en el restaurante. Caminó hacia él tratando de sonreír, aunque en su interior sabía que la situación no le permitiría muchas alegrías.»

bió que el rostro de ella se transformaba—. ¿Suced algo? ¿A qué ha venido esa cara?

—No es nada —le dijo restando importancia a su comentario—. No creo que pueda asistir —le dijo desviando la atención hacia la carta.

—¿No? Pero si eres la comisaria...

—Lo sé... pero debo partir temprano mañana. Marcho a Bruselas a una conferencia —le informó mientras sus palabras salían de manera atropellada por su boca dejándolo sin capacidad de reacción. Jelena sintió su decepción en su mirada. Sonrió tímidamente pero siguió como si en el fondo no pareciera afectarle.

—Vaya, así que vuelves a marcharte —susurró mientras trataba de ordenar sus ideas, sus pensamientos mirando hacia otro lugar del restaurante.

—Ya sabes como es mi trabajo. Cada día en una ciudad distinta.

—¿Piensas regresar?

Jelena sintió la opresión en su pecho, la angustia rodearla, atraparla sin poderla dejar escapar de la red que ella misma había tejido. Sacudió la cabeza en sentido negativo, ya que parecía que hubiera perdido el valor para responderle.

«El silencio se instaló en la mesa que compartían como si de un tercer comensal se tratara. Durante algunos minutos ninguno abrió la boca salvo para degustar un bocado. Travis no podía creer que fuera a suceder otra vez.»

Travis no pareció afectado del todo ya que esperaba algo así de ella. Huía una vez más sin pensar en regresar. Jelena levantó su mirada de la carta y lo miró con determinación tratando de hacerle ver que era su vida, su trabajo el que primaba por encima de cualquier relación.

—No hace falta que me digas más —le pidió levantando su mano para detener cualquier inútil explicación por su parte.

El silencio se instaló en la mesa que compartían como si de un tercer comensal se tratara. Durante algunos minutos ninguno abrió la boca salvo para degustar un bocado. Travis no podía creer que fuera a suceder otra vez. Siempre que venía él estaba allí. La recibía pensando que aquella vez sería la definitiva. La que por fin se quedaría de nuevo en la ciudad. Y siempre sucedía lo mismo. Ella acababa por desaparecer

como la niebla de la mañana dejando paso a un precioso día. Sin embargo, en su vida, cuando ella se marchaba, sólo le quedaba oscuridad, tristeza y soledad.

—Siento que sea así.

—No importa, no tienes que disculparte. En su momento elegiste la clase de vida que te gustaba llevar y en la que yo por desgracia no tengo cabida.

Jelena cerró los ojos unos segundos tratando de recomponerse. Le dolía que le dijera eso, que la hiciera sentirse culpable de su situación.

—No es eso es que...

—Dime, ¿te has enterado del robo de anoche? —le preguntó jugándose la última baza. No se le había ido de la cabeza la Zarina, las coincidencias planteadas por Stuart, y si ella volvía a irse...

—No, ¿qué ha sucedido?

—Un nuevo golpe de la Zarina —le comentó mirándola fijamente, esperando cualquier gesto que denotara su nerviosismo, que le rebelara que era ella. Pero Jelena no se inmutó.

—No tenía conocimiento. ¿Qué ha sido esta vez?

Travis se quedó callado, pensando en si debería rebelarle cierta información. ¿Y si ella fuera...?

—Oh, nada un cuadro. ¿Qué más podría llevarse? —le preguntó encogiéndose de hombros.

—Claro. Bueno, espero que no atente contra nuestra exposición —le confesó esbozando una sonrisa.

—Depende de si tienes cuadros valiosos...

—No te preocupes. Son normales. De un coleccionista privado. Nada serio —le dijo restando importancia.

—¿Por qué esa marcha tan precipitada? ¿Quédate un día más? Bruselas está cerca desde aquí —le pidió con un cierto toque de súplica que pareció conmoverla por unos segundos. Y cuando Travis cogió su mano para intensificar aún más su petición, Jelena hubo de ponerse la coraza, mantenerse fría y segura de su decisión.

—No puedo, Travis. Tengo billetes para irme temprano. Me esperan a comer en Bruselas.

No insistió. Sabía que no merecía la pena hacerlo. No era la clase de mujer que le gustaba que le insistieran para al final acabar cediendo. No, Jelena no era así.

—¿En qué andas metido ahora? Lo último que supe es que dejaste la investigación.

«Travis tenía la sensación que aquella comida estaba resultando algo forzada, poco natural. Nada que ver con la cena de la noche pasada. Algo había cambiado en el carácter de Jelena.»

Travis parecía ausente, pensando en todo lo que sucedía alrededor de ella. La sombra de la duda volvía a cubrir su mente. No quería ponerla a prueba porque tal vez no le gustara lo que descubría.

—Estoy retirado. Me dedico a la docencia.

—Vaya, olvidaba que lograste terminar tu doctorado, y dar clase de literatura inglesa. ¿Qué tal tus alumnos?

—Bastante aplicados. No tengo quejas.

—Entonces, ¿has dejado el cuerpo definitivamente? —le preguntó insistiendo en el tema, algo que captó la atención de Travis.

—Sí. Del todo.

Jelena se quedó callada sin decir nada.

—¿Y a Stuart qué tal le van las cosas?

—Supongo que bien.

—¿No has vuelto a hablar con él?

Travis la miró divertido, sonriendo. ¿Qué pretendía? ¿Conocer su vida tras su marcha, o que le contara qué hacía Stuart? ¿Tal vez quería saber en qué andaba metido? ¿El robo del cuadro?

—No he vuelto a hablar con él —le respondió empleando un tono que le dejaba claro que era mejor que no siguiera por ahí.

Jelena se percató de ello y decidió no insistir. El resto de la comida lo pasaron hablando de temas banales, sin importancia alguna para los dos. Travis tenía la sensación que aquella comida estaba resultando algo forzada, poco natural. Nada que ver con la cena de la noche pasada. Algo había cambiado en el carácter de Jelena. Tal vez el tener que marcharse tan pronto. Quizás fuera eso lo que la había trastocado, y ofrecía una imagen distante, fría, y forzada. Había algo que la inquietaba, pero que no se lo diría por mucho que le insistiera. De manera que lo dejó pasar aunque en su cabeza no dejaba de darle vueltas e intentaba encajar su comportamiento con el puzle facilitado por Stuart.

—Si no vas a estar esta noche en la inauguración... —comenzó diciendo Travis tratando de hacerla cambiar de idea.

—Bueno tal vez asista al principio y después me marche. Podemos vernos allí, si quieres... —le dijo con un toque de culpabilidad en su voz por no quererlo volver a ver.

—Allí estaré —le dijo convencido.

Jelena se inclinó sobre él para depositar un beso en sus labios. Travis la rodeó por la cintura y la atrajo con determinación hacia él, quería sentir su cuerpo junto al suyo una última vez, sus labios suaves embriagándolo con el sabor dulzón del vino, la suavidad de su piel... Tanteó sus labios hasta que Je-

Jelena lo besó de manera posesiva, hambrienta, llena de pasión dejándose arrastrar por sus sentimientos de mujer. El golpe del deseo latía desbocado y aunque parecía querer dejarlo libre para arrastrarla hacia el final, se armó de valor y se distanció de Travis. No era conveniente ahondar más en los res-coldos del pasado, ya que era consciente que se avivaban con la sola presencia de él.

Travis la vio alejarse mientras el sabor de sus labios aún permanecía en los suyos. Pero ello no le hizo olvidarse de la conversación mantenida momentos antes, ni de todo lo sucedido entre ambos. De nuevo la duda lo asaltó sin ninguna tregua, y en esta ocasión Travis se dejó envolver por ella. Sacudió la cabeza apartando las absurdas ideas que Stuart le había metido. Jelena se marchaba de nuevo porque tenía una vida lejos de la de él. Simple y llanamente. Eso era todo. Una vida en la que él no tenía ca-bida, salvo para cuando ella regresaba a la ciudad y quería verlo.

Jelena se marchó de prisa dejando a Travis solo, pero el estado de nervios en el que la había dejado no era compatible con su situación. Debía mantener la cabeza fría en todo momento, y centrarse en su trabajo. Sólo así las cosas saldrían adelante. Y pensar en Travis, por mucho que le gustara, y por mu-cho que le hiciera sentirse querida, no podía ser.

Travis no perdió el tiempo una vez que Jelena se alejó de él. Debía ocuparlo en algo hasta la noche. Y sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—Imagino que te marchas mañana, ¿verdad? —le comentó el supervisor de la exposición mientras terminaba de revisar que todo estuviera en su sitio.

—Temprano —fue su escueta respuesta.

—¿No vendrás a la exposición? —inquirió arqueando su ceja.

Jelena sacudió la cabeza. Acudir significaba encontrarse con Tra-vis y que todo volviera a removerse. No. No era buena idea. No quería correr riesgos innecesarios.

—¿Dónde te encontraremos?

—Marcho a Bruselas. Pasaré un día antes de coger el avión hasta Praga. Allí descansaré un tiempo.

El hombre asintió como si estuviera complacido por su decisión. Praga le pareciera el lugar idóneo para ello.

—Estaremos en contacto —le dijo antes de volver al trabajo—. Ah, y cuídate —le recordó volvién-dose hacia ella.

—Escucha si preguntan por mí esta noche...

—Sí, no te preocupes. Te surgió un compromiso de última hora. Descuida —le dijo guiñándole un ojo en señal de complicidad.

Durante toda la tarde, Travis permaneció en la biblioteca echando un vistazo a los periódicos de meses atrás, e incluso de años. Buscaba toda la información referida a la Zarina, y a sus últimos golpes. Llamo a Stuart para preguntarle un par de cuestiones, lo cual no dejó de sorprenderle, porque creía que le había dejado claro que no tenía interés. Pero al parecer su conversación había surtido efecto. Travis no le prometió nada pero siguió su investigación particular. Hasta que llegó la hora de acudir a la pre-sentación que Jelena había organizado.

Cientos de curiosos se agolpaban a la entrada en un intento por acceder al interior de la galería. Travis se dio cuenta que no había pasado si quiera por casa a cambiarse de ropa. Claro que si ello represen-taba un problema podrían decírselo. Hablaría con Jelena para solucionarlo.

Precisamente el problema surgió de inmediato.

«Travis la vio alejarse mientras el sabor de sus labios aún permanecía en los suyos. Pero ello no le hizo olvidarse de la conversación mantenida momentos antes, ni de todo lo sucedido entre ambos.»

—Oh, vamos. No es para tanto. Mi atuendo en el adecuado.

—Lo siento pero son las normas —reiteró el hombre de seguridad impidiéndole el paso.

—Podría avisar a la comisaria. Ella me conoce y estoy seguro que no podrá reparos en dejarme entrar.

El rostro del guardia se contrajo en una mueca de desagrado, como si le fastidiara tener que molestarla. Además, tenía órdenes expresas de no dejar que nadie pidiera verla.

—Nos ha pedido que no la molestemos. Lo siento, señor.

—¿Qué ha dicho, qué? —le preguntó Travis con un tono de incredulidad.

—No podemos molestarla. Si es tan amable —le dijo apartándolo a un lado para dejar que los demás entraran.

Travis le hizo caso dejando el camino libre a la gente. Pero no pudo evitar parar a pensar en las palabras del guardia. ¿Qué no la molestaran? Sacó el teléfono de su chaqueta y la llamó. El teléfono de Jelena estaba apagado, o fuera de cobertura. No perdió más tiempo y salió de allí. Sabía hacia donde debía dirigirse.

«Travis le hizo caso dejando el camino libre a la gente. Pero no pudo evitar parar a pensar en las palabras del guardia. ¿Qué no la molestaran? Sacó el teléfono de su chaqueta y la llamó.»

El sonido del timbre de la puerta la sobresaltó. No esperaba a nadie a esas horas. Respiró hondo contando hasta diez mientras caminaba sus pasos hacia la puerta. Echó un vistazo por la mirilla y apoyó la cabeza contra la puerta mientras cerraba los ojos. Parecía abatida por un instante, pero sabía que debía recuperar el aplomo. No pasaría nada. Abrió la puerta para encontrar el rostro de Travis y su mueca de sorpresa.

—¿Travis? ¿Qué haces aquí? —le preguntó fingiendo sorpresa mientras su escultural cuerpo enfundado con tan solo una camiseta

franqueaba el paso hacia el interior de su apartamento. Su melena rizada caía sobre sus hombros ocultando parte de su rostro. Estabasexy. No endiabladamente sexy, pensó Travis mientras se olvidaba de por qué diablos estaba allí. Sintió que su boca se secaba, que su lengua se volvía pastosa, y las palabras no eran capaces de salir. Si sus sospechas eran ciertas, aquella mujer era el mismísimo diablo.

—Vengo de la exposición.

—Ya, no he ido finalmente

—Me he dado cuenta.

—¿Qué querías? —le preguntó con un deje nervioso en su voz por primera vez en mucho tiempo. Se humedeció los labios, mientras su mano se apartaba el pelo del rostro.

Travis sonrió burlón mientras apoyaba sus manos sobre sus caderas y miraba a Jelena como si no pudiera creer lo que pasaba por su mente ahora mismo.

—¿Puedo pasar?

Jelena se apartó dejándolo pasar al interior del apartamento. Lo primero que divisó fue la maleta sobre el sofá del comedor llena de ropa para marcharse. Jelena lo invitó a sentarse sabiendo que él se marcharía pronto. Debía tratar de alejarlo de allí cuanto antes.

—No me dejaron entrar. Al parecer no iba vestido apropiadamente —le dijo mientras él mismo se miraba—. Te llamé pero tu móvil está apagado.

Su comentario la pilló por sorpresa. No había caído en ello. Un descuido absurdo.

—Me he quedado sin batería. Iba a cargarlo —le respondió con lo primero que le vino a la mente—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Vine y vi la luz encendida. De manera que decidí subir.

—Bien, pues aquí me tienes, ¿qué más quieres? —le preguntó sentándose frente a él con las piernas cruzadas sin importarle el hecho de que Travis la pudiera ver en ropa interior—. Ah, pero te aviso que si intentas convencerme de que me quede, mañana...

—Sí, lo sé. Sales para Bruselas temprano —le recordó como un autómata mientras asentía, y la miraba sin poder creerlo todavía.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un café? ¿Una cerveza?...

—Un café. Necesito despejarme.

Jelena se levantó y caminó hacia la cocina acompañada en todo momento por la mirada de Travis. Escuchó el sonido de la cafetera mientras pensaba si debería mostrar sus cartas para ver su reacción. Sin embargo, el sonido de un móvil lo sacó de sus pensamientos. Era un sonido de sms, que Jelena no pareció escuchar a juzgar porque no hizo intento de buscarlo. Travis se incorporó buscando el móvil. Sacó el suyo y volvió a marcar el número de Jelena, pero éste seguía apagado. Luego había otro en la habitación. Paseó por el salón mirando por encima hasta dar con él. Jelena seguía en la cocina preparando el café cuando Travis lo divisó entre la ropa. Lanzó una mirada a éste y se acercó para leer el SMS. Lo dejó en cuanto sintió que la cafetera había terminado y que Jelena vertía el café. Cerró los ojos mientras volvía a su sitio. Su acto había sido rápido y preciso. No había perdido el olfato pese a llevar apartado más de un año de la policía. Ahora todo encajaba, sus sospechas eran ciertas. Pero, ¿qué haría? Se sentó y observó como ella venía hacia él con la taza en la mano tratando que no se vertiera sobre el parquet.

«Era un sonido de sms, que Jelena no pareció escuchar a juzgar porque no hizo intento de buscarlo. Travis se incorporó buscando el móvil. Sacó el suyo y volvió a marcar el número de Jelena, pero éste seguía apagado.»

Estaba desconcertado. Sin capacidad de reacción por unos segundos. No esperaba eso de ella. No había querido creerlo hasta que sus investigaciones aquella misma tarde lo corroboraron.

—¿Qué te sucede? ¿A qué viene esa cara? —le preguntó mientras se sentaba frente a él—. Bueno, si no te importa voy a terminar de hacer la maleta —le dijo volviendo hacia ella y cogiendo un pantalón para ponérselo. Fue entonces cuando vio el móvil. Y cuando se dio cuenta que algo no encajaba. Pasó el dedo por la pantalla y vio que tenía un mensaje. El corazón le palpitó acelerado cuando se dio cuenta que alguien lo había leído. Cerró los ojos e inspiró profundamente antes de erguirse y volverse hacia Travis. Éste

tenía la cabeza inclinada sin mirarla. Miraba el vacío.

—¿Por qué? —le preguntó sin tener el valor de enfrentarse a su mirada.

Jelena lo contempló si capacidad de reacción. Cerró sus ojos mientras se mordía el labio presa de los nervios. Ahora lo sabía todo. No hacía falta disimular con él.

—Dime que no es lo que yo pienso en estos momentos. Dímelo y te creeré.

Aguardó pacientemente que ella lo desmintiera, que le dijera que estaba equivocado. Pero Travis no escuchó ni una sola palabra saliendo por su boca. Se levantó como si de un tornado fuera y arrojó la taza de café contra el suelo, sin importarle que se hiciera añicos, que el contenido se vertiera y manchara el parquet y salpicara las paredes. En ese instante todo le daba igual.

La miró a la cara intentando encontrar la respuesta a su pregunta. Pero lo más que halló fue sus ojos brillando como nunca antes. Travis sintió que los nervios lo atenazaban, y que una sonrisa nerviosa lo invadía provocándole las carcajadas.

—Por eso viniste. Ahora lo entiendo todo. Qué necio he sido —murmuró sintiendo lástima por él mismo. Cerró los ojos intentando pensar que todo aquello no era más que un sueño del que se despertaría en cualquier momento. Lo haría junto a ella, y se reiría de todo lo soñado. Pero por más que lo intentó no lo consiguió—. La llamada, la cena, la noche, la pasión, todo... ¡Todo era una puta mentira! —exclamó mirándola con la ira llameando en su ojos, mientras Jelena era incapaz de decir nada. Estaba absorta en sus pensamientos, era incapaz de moverse.

—No todo, Travis —le dijo tratando de recomponerse, de rehacerse, y no hacerle más daño.

—¿Ahora vas a decirme que en verdad sentías lo que me decías cuando estábamos en la cama? ¿Vas a decirme que no me has utilizado? —le preguntó encarándose con ella, sumergiéndose en su mirada, ahogándose en sus lágrimas...

—Sentí en todo momento lo que te dije, lo que hice...

—Mientras tu gente robaba el cuadro. Nadie puede relacionarte con el robo. Ahora mismo no sé qué me duele más, Jelena —le dijo cogiendo su rostro entre sus manos mientras la sentía temblar—. Si enterarme de que eres la Zarina, o enterarme de que me hayas utilizado.

La soltó lentamente mientras sacudía la cabeza sin querer pensar en nada más.

—Has visto el mensaje... Siento que te hayas enterado de esa manera. No pensaba que...

—Pensabas desaparecer de mi vida una vez más. Como hace años. Pero no, no ha sido sólo el mensaje de tu gente. Imagino que a estas horas el cuadro ya está fuera de la ciudad. Stuart me dijo que te seguía la pista —aquella revelación sacudió a Jelena, quien abrió los ojos al máximo de manera expectante—. Sí, yo te defendí delante de él negando y rechazando esa hipótesis. Y mira por dónde ahora descubro que tenía razón. No hay ninguna conferencia en Bruselas —le dijo con total seguridad mientras extraía un papel doblado de su pantalón y se lo tendía—. Es tu vía de escape.

*«Sintió el desgarró
en su interior,
como si le
hubieran
arrancado el alma
con esas
palabras.»*

Jelena ni siquiera rozó el papel y Travis lo dejó caer al suelo mientras seguía mirándolo.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. No voy a hacer nada. Es más, sabes de sobra que no serviría de nada. Yo soy tu coartada. La coartada perfecta. Aunque dijera que lo sé de ti, no tendría sentido. Accediste a pagar la cuenta anoche con tarjeta para que quedara constancia de tu presencia en el restaurante junto a otra persona.

—Podría destruirlos. Decir que alguien me la robó...

—Eso ya no importa. De todas formas nunca te entregaría, ni declararía contra ti y lo sabes —le dijo mirándola fijamente.

Jelena sentía que en el fondo había sido injusta con él por utilizarlo. No debió hacerlo sabiendo lo que había habido entre los dos. Pero por encima de todo porque lo seguía amando a pesar del paso del tiempo.

—Sólo te pido una cosa, Jelena —le dijo acercándose por última vez a ella, dejando que su aroma femenino lo envolviera, que la dedicara una última mirada—. Nunca vuelvas a llamarme.

Sintió el desgarró en su interior, como si le hubieran arrancado el alma con esas palabras. Cerró los ojos para intentar contener las lágrimas una vez más, pero cuando Travis se giró para marcharse las dejó correr por sus mejillas. Nunca quiso que él lo supiera, pero conocía el riesgo de emplearlo para que fuera su coartada, y nadie pudiera relacionarla con el robo del cuadro. Sabía que iban tras ella por estar metida en el mundo del arte. Quiso preparar bien este golpe rodeándose de los mejores, y lo consiguieron. Teniendo a Travis de coartada todas las sospechas se alejarían de ella. Le permitirían descansar una larga temporada hasta que los rumores se acallaran. Y entonces volvería a por él para seguir donde lo dejaron. Pero ahora todo eso ya no importaba. Era algo utópico.

© Enrique García Díaz

Enrique García Díaz, Autor de *La Guardiania del manuscrito* (Mundos Épicos 2012); *El Rudio* (Lulú, 2012) y varias novelas románticas bajo seudónimo en la editorial Vestales.

Víctor Montoya

La Paz (Bolivia), 1958

<http://victormontoyaescritor.blogspot.com.es>

* * *

Nació en La Paz, Bolivia, el 21 de junio de 1958. Escritor, periodista cultural y pedagogo. Su nacimiento, según la cosmovisión andina, se produjo el mismo día en que se celebra el Inti Wilkati (retorno del dios Sol e inicio del Nuevo Año aymara). Vivió desde 1960 en las poblaciones mineras de Siglo XX y Llallagua, al norte del departamento de Potosí, donde conoció el sufrimiento humano y compartió la lucha de los trabajadores del subsuelo, cuyas grandezas y tragedias, profundamente ligadas al realismo mágico y mítico de las culturas ancestrales, se reflejan vehementemente en una de las facetas más vitales de su obra literaria.

Estudió la primaria en la escuela Jaime Mendoza, el ciclo intermedio en el Colegio Junín y la secundaria en el Colegio Primero de Mayo. Fue testigo de la masacre de San Juan en 1967 y dirigente estudiantil hasta mediados de 1976, año en que la dictadura militar de Hugo Banzer Suárez, que asaltó el poder en agosto de 1971, lo persiguió por sus actividades políticas. Permaneció clandestino en el interior de la mina y en una casa de seguridad en la ciudad de Oruro, donde cayó a merced de las fuerzas represivas junto a un grupo de dirigentes mineros.

Estuvo preso en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Viacha-Chonchocoro. Durante su cautiverio, burlando la vigilancia de los guardias, escribió su libro de testimonio *Huelga y represión*, cuyas páginas se filtraron por los sistemas de control gracias a la valiente y decidida cooperación de su madre, quien lo visitaba en la cárcel cada vez que las autoridades de gobierno lo permitían.

En 1977, luego de una campaña de Amnistía Internacional, que reclamó por su libertad y lo adoptó como a uno de sus presos de conciencia, fue sacado de la prisión por un piquete de agentes y conducido directamente al aeropuerto de El Alto, desde donde llegó exiliado a Suecia, como la mayoría de los refugiados latinoamericanos que fueron expulsados de sus países tras el advenimiento de las dictaduras militares.

En Estocolmo, donde fijó su residencia, trabajó en una biblioteca municipal coordinando proyectos culturales, impartió lecciones de idioma quechua y dirigió Talleres de Literatura. Cursó estudios de pedagogía en el Instituto Superior de Profesores y ejerció la docencia durante varios años.

En su extensa obra, que abarca el género de la novela, el cuento, el ensayo y la crónica periodística, destacan: *Huelga y represión* (1979), *Días y noches de angustia* (1982), *Cuentos violentos* (1991), *El laberinto del pecado* (1993), *El eco de la conciencia* (1994), *Antología del cuento latinoamericano en Suecia* (1995), *Palabra encendida* (1996), *El niño en el cuento boliviano* (1999), *Cuentos de la mina* (2000), *Entre tumbas y pesadillas* (2002), *Fugas y socavones* (2002), *Literatura infantil: Lenguaje y fantasía* (2003), *Poesía boliviana en Suecia* (2005), *Retratos* (2006) y *Cuentos en el exilio* (2008).

Fundó y dirigió las revistas literarias *PuertAbierta* y *Contraluz*. Es miembro de la Sociedad de Escritores Suecos y del PEN-Club Internacional. Dictó conferencias en China, España, Alemania, Suecia, Francia, México, Perú, Venezuela, Estados Unidos y otros países. Su obra, que mereció premios y becas literarias, está traducida a varios idiomas y tiene cuentos en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos.

* * *

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

VÍCTOR MONTROYA: Empecé escribiendo sin la mínima intención de convertirme en escritor y dedicar todos los días de mi vida a este oficio. En realidad, escribí mi primer libro de testimonio estando en la prisión, acusado de "subversor del orden" establecido por la dictadura militar que asoló mi país durante los años 70. Cuando salí al exilio, en 1977, seguí escribiendo como una forma de denuncia y de protesta contra los crímenes de lesa humanidad cometidos por los gobiernos de facto en el Cono Sur de América Latina, hasta que, de pronto, me di cuenta de que pasé de la crónica política, panfletaria, al ámbito de la creación literaria, porque empecé a escribir cuentos y concebí el proyecto de mi primera novela. A partir de entonces, y luego de haber arreglado cuentas con mi pasado, todas mis actividades empezaron a girar en torno a la literatura.

N.: *Has publicado novelas, relato, ensayo y crónica periodística. ¿Qué diferencias encuentras entre las diversas formas de contar? ¿Hay alguna en la que te sientas más cómodo?*

VM.: Es cierto, he cultivado varios géneros literarios, pero me siento más cómodo con el relato y la crónica, probablemente, porque se ajustan mejor a los tiempos en que vivimos. La gente ya no dispone del mismo tiempo que antes para leer una novela de largo aliento y las modernas técnicas de comunicación requieren cada vez más de textos breves, brevísimos. Ahora bien, es indudable que existen diferencias de forma entre un género literario y otro, no sólo en cuanto al manejo del lenguaje, sino también en cuanto al manejo de las técnicas narrativas. En el caso del ensayo, por ejemplo, el lenguaje debe ser más claro y conciso, aparte de que debe estar sustentado por una bibliografía; en cambio en el relato, indistintamente de su extensión, se recrea mucho más el lenguaje y tanto las situaciones narradas como los personajes creados, ya sea a partir de la realidad o la ficción, están sujetos enteramente a la fantasía del autor.

N.: *¿Qué importancia dirías que ha tenido tu obligado exilio en Suecia en tu visión no solo de la realidad política y social de Bolivia, sino también de la literatura que se hace en Latinoamérica?*

VM.: Lo cierto es que el exilio me ha permitido globalizar todo aquello que antes veía sólo de manera fragmentaria. En este sentido, cambiaron algunas de mis percepciones respecto a la lucha armada como el único camino para resolver las injusticias sociales. Me di cuenta que la democracia participativa era también un camino válido para alcanzar el respeto a los Derechos Humanos, la dignidad y la soberanía que se merecen todos los pueblos del mundo.

En el exilio he leído a los autores del boom de la literatura latinoamericana, pero también a varios autores españoles que surgieron antes, durante y después del proceso de transición de la dictadura a la democracia. Aprendí, entre otras cosas, que la realidad latinoamericana era compleja y contradictoria, aunque todos los países comparten la misma historia, y que sus escritores, como es natural, reflejan en sus obras esa diversidad cultural, étnica, multifacética, que en América Latina salta como la liebre contra la decantada globalización. Sólo en Bolivia, que es un país pluricultural y multilingüe, existen autores que se aferran a sus costumbres ancestrales para forjar una literatura que exprese la voz de los vencidos, de esos hombres y mujeres que, desde la época de la colonización, se mantuvieron en la cola de la historia. Por lo tanto, Latinoamérica es un mosaico de culturas diversas como lo es su literatura.

N.: *¿Qué importancia le das a la forma, al estilo en suma, a la hora de construir el texto narrativo?*

VM.: Pienso que la forma y el contenido están ensamblados durante el proceso creativo. El texto narrativo, que refleja la impronta o el estilo literario, es la síntesis de la capacidad creativa y la destreza narrativa del autor. En mi caso, tanto la forma como el contenido tienen la misma importancia. Estoy plenamente consciente de que una obra literaria no sólo es importante por la temática tratada, sino también por la forma de cómo se aborda esa temática. Me imagino que todos los autores, a la hora de escribir, se plantean el dilema sobre qué tema escribir y, sobre todo, cómo escribir; un dilema que es saludable en la literatura desde todo punto de vista.

N.: *En casi todas tus novelas siempre hay un trasfondo social y político y una preocupación por las desigualdades e injusticias sociales. ¿Para Víctor Montoya, literatura y compromiso van siempre unidas?*

VM.: Efectivamente, en varias de mis obras está presente la realidad social y política de mi país. Sin embargo, siempre tuve el cuidado de no caer en el “panfleto literario”, porque entiendo que una cosa es la propaganda política y otra muy distinta la creación literaria. Cada vez que hablo de literatura y compromiso, me refiero al compromiso social del escritor con la realidad y la época que le toca vivir. García Márquez, Vargas Llosa y Cortázar, por citar algunos de los miles de casos, son autores que asumen un compromiso político; es más, tienen simpatías ideológicas con las tendencias de izquierda o de derecha, pero que en su función de creadores literarios, nos presentan obras que van más allá de su compromiso social con una causa determinada. Esto quiere decir que el autor es libre de asumir una conducta política, pero tiene también el deber de asumir un compromiso con el lector, quien le exige verdaderas obras de arte, una literatura que sea capaz de arrancarlo de su mundo cotidiano y transportarlo en las alas de la imaginación hacia otros mundos, hacia otras realidades, donde el lector tenga la oportunidad de compartir las aventuras de la fantasía del autor.

N.: *En tu novela El laberinto del pecado, narras la iniciación sexual de un joven en una época social convulsa de revueltas sociales y represión policial. ¿Qué papel dirías que juega el sexo, el descubrimiento del cuerpo y el deseo en el conjunto de tu obra?*

VM.: *El laberinto del pecado*, a pesar de ser una novela breve, es una obra ambiciosa en la cual intento abordar varios temas. De hecho, está ambientada en una ciudad minera, donde las luchas sociales forman parte de la vida cotidiana de sus habitantes. Sin embargo, los protagonistas no están descritos como en las novelas clásicas de ambiente minero, en las que se exalta sólo las tragedias o el valor de lucha de los trabajadores, ya sea como ejemplares líderes sindicales o paladines de las reivindicaciones socioeconómicas. Los personajes de mi novela, por el contrario, están contemplados desde una visión humanista, con sus defectos y virtudes. Es aquí donde explico los sueños, las pesadillas, las ilusiones y los fracasos de cada uno de ellos, intentando que sean individuos de carne y hueso, y se parezcan, en el mejor de los casos, a cualquiera de nosotros.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Víctor Montoya antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

VM.: Las historias, casi siempre, se las concibe antes de ponerse frente al papel o, en mi caso, frente al ordenador. Hay temas que uno las va madurando en la mente por un buen tiempo y que, en el momento de plasmarlas, van tomando forma como cuando un cineasta se dispone a rodar una película. Eso sí, estando ya sumergido en el proceso creativo, varias situaciones o personajes se van modificando dependiendo de cómo se va estructurando la novela o el relato. Pienso que en el proceso creativo, que nada tiene que ver con las musas de la inspiración sino con un trabajo disciplinado y tesonero, actúan varios elementos subconscientes del autor, que no estaban contemplados desde un principio; de modo que a la hora de escribir una novela o un relato, se añaden o suprimen muchos imprevistos que aparecen en el camino, como cuando un albañil construye un edificio a partir del plano diseñado por el arquitecto.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

VM.: Tengo varias preferencias, pero prefiero no revelarlas, lo mismo ocurre con los autores. Tengo en mi biblioteca a varios escritores cuyas obras leo y releo siempre que puedo y dispongo de tiempo. Aquí no menciono títulos ni nombres por no aprobar a unos y desaprobando a otros.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Víctor Montoya?*

VM.: Sigo escribiendo como antes, con el mismo entusiasmo y la manía de crear cada vez más y mejor. Tengo en proceso de trabajo algunas obras en el género de la novela, el cuento y el ensayo. Ahora que estoy en Bolivia, después de treinta y cuatro años de ausencia, estoy promocionando también mi obra que, por esas raras cosas de la vida, se conoce más fuera que dentro de Bolivia.

* * *

CÁNDIDA, EL NEGRO Y EL PERRO *

por Víctor Montoya

Cándida, la artista porno, ha escandalizado a la apacible y conservadora ciudad minera, donde instaló un local a media luz, para ofrecer un espectáculo erótico, en el que un hombre negro y un perro hacían el papel de partenaires masculinos.

La función comenzaba con una danza hindú, que en los antiguos templos babilónicos y egipcios simbolizaba la concepción y el nacimiento, la reconciliación de la mujer con todo su cuerpo, empezando en el vientre y terminando en los tobillos. Aunque la danza no era de seducción y menos de contemplación, adquirió un carácter erótico en el cuerpo de Cándida, quien, además de masturbarse con vibradores importados desde París, terminaba el espectáculo con la intervención de su esclavo sexual, quien pasaba el día atado a la cama como un animal doméstico y por las noches se alternaba con un perro en un acto zoofílico, distinto y original, que provocaba varios minutos de suspendido aliento, no sin antes arrancar de sus casillas a los espectadores acostumbrados a los atavismos y las tradiciones austeras de la vida matrimonial.

Se decía que Cándida provenía de tierras extrañas, donde las mujeres eran diosas que encarnaban la armonía de lo sensual y lo sagrado, que dominaban los secretos del amor y eran capaces de conducir a un hombre hasta el umbral de la muerte y devolverlo nuevamente convertido en un sabio en las artes de amar. Por eso mismo, la presencia de Cándida, en medio de una población proclive a las supersticiones, constituyó uno de los hechos más insólitos después de la aparición misteriosa de la Virgen del Socavón.

Las mujeres casadas, remontadas en cólera y celos, la maldecían persignándose tres veces y la acusaban de ser un castigo divino o una víbora llegada del infierno para envenenar a las familias más conservadoras de la ciudad. Cuando la veían pasar por las calles, con un abrigo de pieles como único atuendo, la escupían con un desprecio que se hacía cada vez más intenso entre las mujeres, cuyos maridos empezaron a perder la noción de las buenas costumbres conyugales.

Así transcurrieron varios meses, hasta que una noche, reunidas en la plaza principal, decidieron dismantlar el local de Cándida, quien, en poco tiempo y a fuerza de ofrecer sus encantos, se convirtió en la manzana de la discordia y en la imagen emblemática del libertinaje sexual. La muche dumbre marchó rumbo al antro de perdición, ubicado en un barrio periférico de la ciudad, donde Cándida, envuelta en siete velos, se mostraba en el escenario vestida de Salomé, la princesa judía que sedujo al tirano Herodes con su danza, y que, a cambio de su virginidad, le pidió la cabeza de gollada de San Juan Bautista.

Los espectadores le seguían los pasos con los ánimos caldeados, mientras ella se despojaba los velos al ritmo de la música, transformándose en una bailarina de harén, las joyas pendientes del cuerpo, un diamante incrustado en el diente y una perla reluciente en el ombligo. Su vientre era liso, casi adolescente, y sus senos hinchaban el sostén con la misma armonía que sus nalgas hinchaban la bomba-cha. Las posibilidades expresivas de su pelvis, el meneo de sus caderas y el temblor de sus senos, hacían de ella una hembra irresistible a las tentaciones masculinas.

Afuera no había luna ni estrellas y el viento embestía desde los cerros, rugiendo como bestia herida. Las nubes, negras y cargadas, se desplazaban en el cielo, y las mujeres, atravesando las calles donde

«La función comenzaba con una danza hindú, que en los antiguos templos babilónicos y egipcios simbolizaba la concepción y el nacimiento, la reconciliación de la mujer con todo su cuerpo, empezando en el vientre y terminando en los tobillos.»

* Este relato pertenece al libro *Cuentos en el exilio* (eBooks Literatúrame, 2012)
<https://literaturame.net/libro/cuentos-en-el-exilio>

se perdían las luces y las voces, se aproximaban al local de esa mujer que todas las noches hechizaba a los hombres con la danza del vientre.

Cuando el Negro irrumpió en el escenario, conduciendo a un perro que vivía enjaulado como pájaro, su sombra se proyectó en el telón del fondo, recortado como la silueta del Minotauro. Al mostrarse bajo el ruedo de luz descolgado desde las pantallas, el público se quedó mirándolo con el mayor asombro que imaginarse pueda, pues el Negro, el cuerpo de gladiador y la piel lustrosa como el cuero, lucía un dragón blanco tatuado en el pecho, un barco pirata en la espalda y varias mujeres desnudas a lo largo de los brazos.

Cándida, levantándose sobre la punta de los pies, bailó dando giros vertiginosos y, deleitando a los espectadores con una gracia que le brotaba hasta por los poros, se dejó caer en los brazos de ese hombre cuyos tatuajes, dignos de una atracción circense, eran un espectáculo aparte.

El Negro, aunque sentía celos de sus propios ojos, no sabía cómo dejar de exhibir a Cándida en ese ámbito saturado de tabaco y sudor, donde noche tras noche la poseía entre miradas encendidas y voces que se oían como el susurro de una serpiente entre las hojas.

Afuera, las mujeres seguían avanzando en tropel, las mantas y polleras desplegadas al viento. El rumor de sus voces chocaba contra las puertas y se alzaba hacia el cielo encapotado, donde los truenos parecían los rugidos de un animal extraño.

«El Negro, cimbreado el cuerpo al ritmo del timbal, no le miraba a los ojos sino a los senos, que se bamboleaban con fruición dentro del sostén anudado a la altura del esternón.»

El Negro, cimbreado el cuerpo al ritmo del timbal, no le miraba a los ojos sino a los senos, que se bamboleaban con fruición dentro del sostén anudado a la altura del esternón. Cándida, consciente de que tenía delante de ella al esclavo sexual de su vida, se entregó en cuerpo y alma a un erotismo poco habitual, devolviéndoles a los espectadores más viejos el don de la fantasía y la potencia viril. El Negro enganchó una cadena en la collera de cuero y se puso en cuatro patas, imitando al perro que los miraba desde una de las esquinas del escenario. Cándida, dispuesta a ser ama y señora en el acto, lo sujetó por la cadena y lo paseó desnudo, hasta que él asumió sus instintos de animal salvaje y agitó la verga como un rabo entre

las piernas. Fue entonces cuando Cándida, tras un golpe de palmas, lo incitó a lamerle los pies y a poseerla sobre los cueros esparcidos en el escenario. El Negro le husmeó el sexo y le desató las amarras del sostén con los dientes, poco antes de que ella se sintiera encendida por las llamas del amor y se quitara la bombacha de un tirón, dejando al descubierto la blancura de su cuerpo enteramente depilado. Luego se tendió de espalda y ofreció el centro de su cuerpo, abierto como una jugosa fruta tropical. El Negro la abordó con una aterradora sumisión de esclavo y, levantándole las piernas a la altura de los hombros, la penetró con todo el peso de su cuerpo. En ese instante, entre los espectadores, cundió una excitación desenfadada, que les aceleró la respiración y los latidos del corazón. En tanto Cándida, mordiéndose el labio inferior y quejándose en un idioma desconocido, atrapó entre sus piernas la cintura del Negro, quien, a tiempo de eyacular, emitió un sonido gutural, como un toro embravecido, y se tumbó contra el suelo dando gritos de placer.

Cándida le lanzó una mirada veloz y, arreglándose la cabellera arracimada sobre la cara por el sudor de la piel, se puso en postura de cuatro y retrocedió hacia donde estaba el perro, el hocico babeante y la verga roja como un clavo recién sacado del fuego.

En ese trance, las mujeres forzaron la puerta y ocuparon el local con la firme decisión de reducirlo a escombros. Los espectadores, sacudidos por los insultos y el sentimiento de culpa moral, huyeron en desbandada, cubriéndose el rostro y sin decir una palabra. El Negro y el perro se escondieron detrás del telón, mientras Cándida permaneció en medio del escenario, donde varias mujeres, iluminadas por el furor y la venganza, la rodearon dispuestas a destrozarla con las manos. Una de ellas, con una enorme verruga en la mejilla, le dio una bofetada increpándola:

—¡Putá! —luego añadió—: ¡Contigo llegó el infierno a nuestras casas!...

Las demás, blandiendo los brazos como armas, la arañaron y arrancaron los cabellos de cuajo. Cándida, sin quejarse ni moverse, dejó que le cayeran los golpes y los insultos, hasta que el Negro,

quien volvió a su condición humana y recobró los sentidos de la razón, salió en defensa de su amor. Entonces, las mujeres, al verlo desnudo y en su estado más natural, se echaron para atrás y salieron por donde entraron.

Pasado el incidente, que sacudió los cimientos de la ciudad minera, no se volvió a saber más de Cándida, del Negro ni del perro, salvo la historia de que este espectáculo se inició en Antofagasta, tierra de burdeles y pescados fritos, donde el Negro conoció a Cándida en un club clandestino del puerto, donde la escuchó cantar en un dialecto saharauí, con inflexiones del árabe clásico, y la vio mover el vientre al ritmo del timbal, con la magia y elegancia de las mujeres orientales. Terminada la función, el Negro la abordó instintivamente y, atraído por el olor a jazmín que le recordaba el pecho de su madre, la invitó a cenar alcuzcuz y a compartir la cama. Esa noche, apenas el cielo se vistió de estrellas y la luna asomó su pálida cara por la ventana, el Negro se sometió a los bajos instintos de Cándida, quien, al fundirlo con el fuego de su cuerpo, lo convirtió en su esclavo sexual y en sombra que la seguía por donde iba.

© Víctor Montoya

50 AÑOS DE *RAYUELA*

por Pedro M. Domene

Cortázar es la prueba que necesitábamos, señala Luis Harss¹, de que existe una poderosa fuerza mutante en nuestra literatura que lleva hacia el misticismo y la periferia. «Allá donde terminan las fronteras» —dice Octavio Paz— «los caminos se borran». Y aun añade, Harss, en ese límite exterior de la experiencia nos encontramos con un Cortázar, brillante, minucioso, exacto, adelantándose, a todos sus contemporáneos latinoamericanos en el riesgo y la innovación. Desde sus comienzos, el escritor ha sabido crear una armoniosa relación entre ingeniosos juegos técnicos y la grave revelación de esa misteriosa y circunspecta existencia de los seres humanos; sus páginas suelen agradar o desconcertar, aunque en uno u otro caso, incitan al repudio de actitudes rutinarias, o incluso a que el lector prosiga en su búsqueda de auténticas formas de vivir; y, tal vez, por eso su obra está salpicada de un irrenunciable sentido del humor, de una ironía metafísica, de una poderosa fantasía y, sobre todo, de una profundización psicológica volcada en una auténtica preocupación hacia lo eminentemente social.

Julio Cortázar conviviría a lo largo de su existencia con un viejo dilema, porque nació en 1914 en Bruselas, de padres argentinos, aunque sus antepasados fueron vascos, franceses y alemanes, y desde el punto de vista espiritual fue de casi todo en su vida, criado incluso en el suburbio bonaerense de Banfield, y cuyos instintos y actitudes hacia ese ambiente, ocuparan siempre el trasfondo de su obra. En 1951 se instalaría en París, aunque jamás rompería los vínculos con su país que por su situación política le había llevado al exilio. Durante los primeros años de gestación literaria, la década de los 40, Cortázar publica un librito de sonetos con seudónimo, textos muy mallarmeanos, en realidad, una serie de diálogos sobre el tema del Minotauro que titularía *Los reyes*, aunque unos años más tarde, se revelaba como el deslumbrante escritor que ofrecía *Bestiario*, el tratado más curioso del ejercicio de la literatura fantástica tras una profunda inmersión en autores como Poe, Bierce, Saki, Wells, su manifiesto descubrimiento de Lugones, Quiroga y, sobre todo, el maestro Borges, contiene abundante material anecdótico y una firme «autoconciencia» respecto del lenguaje que, en el argentino, se convierte en una preocupación predominante². Después iniciará lo mejor de su producción, los cuentos que la crítica siempre ha calificado de hábiles, *Final de juego* (1956) y *Las armas secretas* (1959). Su primera novela, *Los premios* (1960) y el ingenioso surtido de notas, bocetos, retazos, suma en definitiva de una improvisación en que se traduce, *Historias de cronopios y de famas* (1962), que adelantarán lo que Harss califica como un «huracán», es decir, su proyecto *Rayuela* (1963), una antinovela explosiva de carambola metafísica. Ambiciosa, intrépida, convertida en rebelión y manifiesto filosófico, crónica de una estimulante ejercicio literario, extraordinaria aventura espiritual que según, una vez más Harss, «es una obra terapéutica que nos ofrece un tratamiento completo contra la dialéctica vacía de la civilización occidental y la tradición racionalista».

Darío Villanueva³ habla de un proceso constructivo al que asiste el lector y señala antecedentes del tipo, *Cómo se hace una novela*, de Unamuno o el *Ulises*, de Joyce, en tanto que una parte de esta obra ofrece una inevitable reflexión acerca del problema de escribirla, porque el propio antinovelistas Morelli, sin duda, alter ego, del propio Cortázar ejemplifica esa rebelión contra una lógica del discurso narrativo y contar ese concepto que se aplica a literaturizar el lenguaje para superar ese concepto coherente que se le supone al realismo más tradicional y, sin duda, por este y no otro motivo, el experimento concluye en una activa participación intelectual e imaginativa de un lector que se convertirá en cómplice del novelista, en igual proporción de los narradores y por supuesto del resto de personajes en ese común y laberíntico cruce de una vida con sus entradas y salidas. En *Rayuela*

¹ En *Los nuestros*; Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966; pág., 254.

² Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana*; Barcelona, Ariel, 1979; pág., 411.

³ *Trayectoria de la novela hispanoamericana actual. Del Realismo Mágico a los años ochenta*; Madrid, Espasa-Calpe, 1991; pág., 210.

—señala Donald L. Shaw⁴— Cortázar se enfrenta con el problema de expresar «en términos de novela lo que otros, los filósofos, se plantean en términos metafísicos. Es decir, las grandes interrogantes...». El propio Morelli hablará de «echar abajo las formas usuales» del concepto de novela y así crear una antinovela, sin trama convencional, sin suspense, sin propensión psicológica, casi sin descripciones y sin una cronología precisa. Otros rasgos característicos son la ironía, la autocrítica, la incongruencia o la imaginación, y así Cortázar consigue crear una auténtica confusión al lector que convierte a su novela en una auténtica exploración metafísica.

El protagonista, Horacio Oliveira, inicia su particular peregrinación espiritual en París, donde vive con su amante Maga y el hijo de esta, Rocamadour, en una pequeña habitación que sirve de centro donde se reúnen un círculo de amigos, artistas e intelectuales, cuyos encuentros se traducen en largas conversaciones y preguntas acerca de la existencia humana. Fiel a sus principios, Cortázar introducirá muy pocos episodios, y termina con la vuelta de Oliveira a Buenos Aires donde trabajará, inicialmente en un circo y después en un manicomio. Así *Rayuela* finaliza de una forma ambigua porque posiblemente el protagonista se matará, y ofrece ese último anticlímax tan característico del argentino porque muestra esa visión del «otro lado» aun más hipotético que real y verdadero. Siguiendo la estela narrativa de Borges, la diferencia entre este y Cortázar quedaría reducida a que el primero pretende hacernos desconfiar de nuestras comunes y habituales ideas acerca de la realidad y, en ocasiones, explora esa realidad como si funcionase de otra manera, Cortázar rechaza de plano esa dicotomía entre una «realidad» posiblemente falsa y una «fantasía» posiblemente verdadera. En su lugar postula y escribe sobre la existencia de varias realidades parciales de las que nosotros, lectores, siempre escogemos una para instalarnos cómodamente. Tal vez, como señala Shaw⁵, para comprender plenamente *Rayuela* habría que seguir conscientemente dos procesos simultáneos e inseparables que desarrolla el autor en su relato. El primero, sin duda, se refiere a los constantes esfuerzos que hace Oliveira para superar ese especie de «estado» de mero y exclusivo testigo intelectual de la vida y sobre todo su capacidad con que destruir los mecanismos que dentro de él lo aíslan de la autenticidad para mirar las cosas desde una perspectiva metafísica porque todo su afán responde a mirar o ver el mundo de otro modo; el otro proceso, se refiere al esfuerzo de Cortázar por describir la novela convencional, luchando contra esa corriente estética, huyendo de lo ornamental, los trucos o clichés aceptados narrativamente hablando, al igual que el propio Oliveira lucha contra sus hábitos mentales para superar ese falso dualismo entre razón e intuición, materia y espíritu, acción y contemplación, como señala Ana María Barrenechea⁶, es decir, la doble superposición de dos diseños, el superficial que corresponde más o menos a una interpretación o a una experiencia superficial del vivir, y ese diseño profundo que denuncia las secretas conexiones en el texto.

Darío Villanueva y José María Viña Liste⁷ sostienen que, aunque se rechaza la concepción de una trama argumental con personajes incluidos, incluso la coherencia y la casualidad lógica o las situaciones y un desenlace como podría entenderse en una novela tradicional, Cortázar procede con una técnica sintética que crea sugestivas e imprevisibles figuras humanas cuya actividad hará girar en torno a dos ejes geográficos muy bien localizados, concretamente París y Buenos Aires, ciudades que el mismo autor conocía muy bien. Y en el conjunto de la obra, añaden Villanueva y Viña Liste, quedan definidas tres partes: una primera que englobaría los capítulos 1 a 36, que se desarrolla en «el lado de allá», donde el protagonista, Horacio Oliveira, argentino, que vive en París con La Maga, uruguaya y madre, además, de Rocamadour, pasa su tiempo reflexionando acerca de cuestiones literarias, política, pintura, jazz y todo cuanto tenga que ver sobre los conflictos humanos, hasta que finalmente es deportado a su país; una segunda, capítulos 37 a 56 que transcurre en «el lado de acá», en Buenos Aires donde el protagonista se reencuentra con su antigua novia Gekrepten y otros viejos amigos, Traveler y Talita que se dedican a actividades circenses y más tarde administran un manicomio del que Oliveira será paciente hasta que se precipita por una ventana; y una tercera parte, quizá esos capítulos prescindibles, los que van del 57 al 155 que comentan y complementan «desde

⁴ *Nueva narrativa hispanoamericana*; Madrid, Cátedra, 1981; pág., 93.

⁵ *Ibidem*, ob. cit., pág. 94

⁶ «La estructura de *Rayuela*», en *La nueva novela latinoamericana II*, ed., de J. Lafforgue; Buenos Aires, Paidós, 2 vols. 1969 y 1972.

⁷ *Ibidem*, ob. cit., págs. 211-212.

otros lados» lo anterior, al tiempo que Morelli reflexiona acerca de la lengua, la literatura, la creación artística, las existencias y las angustiosas inquietudes que atormentan al autor, y sobresale la alternancia de voces, la de Horacio narrador, como testigo observador que reflexiona en voz alta; otras veces aparece un narrador omnisciente, tan satírico como erudito, y finalmente interfiere Morelli con sus teorías sobre el lenguaje y el arte de novelar sobre lo que Cortázar fundamenta su narración entera. La novela provoca así, y se convierte en un texto autocrítico porque el desconcierto impulsa a la reflexión sobre novela y literatura y por añadidura sobre la existencia humana, la autenticidad en el arte y en la vida, postulando un permanente renovación o modificación de la realidad, humanizándola, sin que se pretenda ordenar literariamente el desorden, sino más bien aceptando el caos mundanal tal y como lo vivimos.

Rayuela, manifestó el propio Cortázar, a Evelyn Picón Garfield⁸, es un libro escrito antes de la toma de conciencia política e ideológica del propio autor, así que el libro es la comprobación de un fracaso y la esperanza de un triunfo, aunque con el paso de los años se ha convertido en un compromiso metafísico que interesa mucho más a los jóvenes que a la generación del propio narrador, tal vez porque en *Rayuela* no hay ninguna lección, y esto es esencial puesto que a la juventud no les gusta que ese tipo de actitudes, buscan sus propias preguntas y respuestas, manifiestan sus angustias de todos los días, sobre todo porque, en definitiva, no se encuentran cómodos en el mundo el que viven, se hable de cualquiera generación de la que se hable. Independientemente de las opiniones del propio autor, Andrés Amorós⁹ razonaba acerca de los recursos formales de la novela, de la utilización de ese desorden temporal, de los personajes misteriosos, o de los diálogos mezclados, e incluso de algunos rasgos técnicos peculiares como fragmentos de una gran ambición ensayística, recortes de periódico; en ocasiones, se trata de un auténtico divertimento basado en la aplicación de una lógica implacable hasta llegar a situaciones insólitas.

Para terminar con una visión amplia de esta singular propuesta narrativa, Harss¹⁰ apunta que «el Cortázar de hoy, que apunta más lejos que nunca, no se reniega ni se permite una falsa reconciliación consigo mismo ni con el mundo. “El mundo está lleno de falsos felices”, afirma. Lo que le interesa es devolverle la vida al verbo, hacer que la palabra exprese lo que la palabra misma ha querido callar. Aprender a hablar ha sido su forma de entablar el diálogo con los demás». Y aun podemos añadir un pensamiento válido que Oliveira, personaje clave, acuña porque ha llegado a esa fase en que todo se pone en tela de juicio, a la verbalización misma o al juicio de las palabras, «Toda tentativa de explicación fracasa por una razón que cualquiera comprende, y es que para definir y entender habría que estar fuera de lo definido y lo entendible».

© Pedro M. Domene

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil Los Pedroches, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic*.

⁸ Cortázar por Cortázar, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1978.

⁹ Introducción a la novela hispanoamericana actual; Madrid, Anaya, 1973; págs., 118-119.

¹⁰ Íbidem., ob. cit., pág., 299.

DOS NOVELAS RESUCITADAS: *EL SILENCIO* Y *LA PÉRDIDA DEL CENTRO*

por Miguel Baquero

A veces se dan estas coincidencias, que no pueden por menos que ser significativas. Coincidiendo casi con la reedición en formato *e-book* de *El silencio*¹, de José María Latorre, debida principalmente a un lector enamorado de la obra, se produce asimismo la reedición, esta vez en formato *e-book* y papel bajo demanda, de *La pérdida del centro*², del sevillano Manuel García Viñó, promovida igualmente por un pequeño editor fascinado por la novela.

Ambas obras tienen muchos aspectos concordantes, y no sólo este hecho de salir casi al tiempo en formato electrónico, lo que no creo, repito, que obedezca simplemente a eso: a una simple casualidad. Antes bien, soy de la opinión de que la reedición de estas obras, en unos tiempos en que, creo que por fortuna, no existe una dependencia tan abusiva del formato papel y de las directrices marcadas por las grandes editoriales que dominan las rotativas y los escaparates librerías, obedece a un hecho. Creo que, bajo la corriente dominante de literatura fácil, novelas de anécdotas, superficialmente históricas, o de fantasía, o de detectives que suelen acabar recreándose en lo sorpresivo, por no hablar de otros subgéneros consagrados al ocio, existen unos lectores que buscan en las novelas un componente digamos «vital» que, poco a poco, ha ido desapareciendo, arrumbado por la vorágine del mercado. La reedición de estas dos novelas, *El silencio* y *La pérdida del centro*, indica, o eso quiero creer, lo confieso, que aún puede haber un público que busque en la novela algo más que un mero rato de diversión o un ir pasando páginas con facilidad: que sea una confrontación con la vida a través de las páginas, un espacio en el que se diluciden (o al menos se acometan) aspectos capitales no sólo de nuestro tiempo, sino de siempre; que sea la manera de enfrentarse con los eternos temas humanos: el dolor, el amor, la muerte... Todavía quedan, espero y confío, lectores que entran en las novelas «a jugársela», a intentar descifrar a través de ellas algo de la vida, o de su interior, lectores valientes que no temen a las letras por su capacidad para trastocarles los esquemas o sacarlos de su bien ganada tranquilidad.

En ambas obras (siguen las coincidencias) el hecho de la muerte toma un papel crucial. Tanto en *El silencio* como en *La pérdida del centro*, el protagonista es un héroe (¿por qué no llamarlo así?) que pierde a su amada de una manera cruel y repentina (es curiosa esta coincidencia en el arranque). A partir de este momento, la tarea del personaje principal se convierte no solo en recomponer el recuerdo de su amada, luchar por mantenerlo vivo, sino que en ambos casos (y especialmente en *El silencio*) la pugna es por hallar un vestigio, una respuesta, algo que demuestre, aunque sea vagamente, que existe una esperanza última, un milagro que salve a nuestra vida del absurdo...

«Llamé al cielo y no me oyó...». Aunque ripioso y fácil, el verso de Zorrilla aún traslada la naturaleza de la pregunta que ambos personajes se hacen. En la crítica anexa a *El silencio*, me atrevía yo a comparar al protagonista de Latorre con el viejo héroe romántico tantas veces escarnecido en los tiempos actuales, aquel que no tenía miedo a andar entre las tumbas e interrogar a las lápidas. En gran manera, en la novela de García Viñó su personaje principal vaga también ajeno al mundo y herido por la presencia de la muerte, extraño a los demás que habitan en la ignorancia y la confianza de quienes no han sufrido todavía el dolor, y que no dudan en mirarle incluso con recelo. El hombre, en ambas novelas, está solo, solo consigo mismo y contra los demás, que no tienen manera de comprenderle. Es un hombre que ha sido injustamente apartado de la vida y que da vueltas en torno a ella sabiendo que ya nunca podrá volver a entrar, porque lleva ominosamente impresa la que desde tiempos ancestrales se ha llamado «la marca de Caín». «Ah de la vida; nadie me responde», es ine-

¹ *El silencio*, de José María Latorre, en Editorial Sabara. <https://literaturame.net/libro/el-silencio>

² *La pérdida del centro*, de Manuel García Viñó, en ACVF-La Vieja Factoría Ediciones. <http://www.acvf.es/?p=508>

vitale acordarse aquí del verso de Quevedo, un autor que también le pidió tantas veces razones a la muerte y a la decadencia, y que tampoco obtuvo respuesta.

Un último rasgo en que coinciden ambas novelas (o penúltimo, porque se encontraran sin duda muchos si el lector confronta ambas obras) es en el hecho de que sus autores son plenamente conscientes de que ellos mismos, en el servicio de su arte y su autenticidad, se han puesto en el lado contrario al acostumbrado. Nunca ha estado de moda ni ha sido agradable lo profundo, cuanto más cuando, como en estos casos, adquiere proporciones de abisal. Lo más cómodo, sin duda, agradecer e incluso pagado, es acogerse a lo amable del realismo y a lo jugoso de lo accidental. Si califico la novela de Latorre de romántica, y me atrevo a extender este adjetivo a la de García Viñó, es porque ambas se enfrentan, conscientemente, al realismo dominante, a la insensibilidad hacia la que tiende el mercado, y no dudan en plantear su novela en los territorios de la muerte, del dolor, de la desolación... de todo aquello que repugna al individuo entregado al olvido de sí mismo.

Pido disculpas porque seguramente el calificativo de «romántico», que ya he dicho que empleé, con toda su carga peyorativa, no sea el más adecuado (aunque Latorre parece adoptarlo en sus páginas sin recelo), pero de algún modo quisiera resaltar esta plena concordancia entre obra y vida, este enfrentarse a la costumbre literaria dominante aferrados a unos valores estéticos que, aunque injustamente se denigren como obsoletos, tanto García Viñó como Latorre consideran que aún tienen un gran valor y pueden ser el vehículo idóneo para plantearse preguntas. Pero es que estamos en un tiempo en que la gente lo que busca en los libros son respuestas, aunque sea a enigmas de Perogrullo.

Esta discordancia entre la realidad del mercado y la autenticidad de la propuesta, valientemente sostenida a lo largo de toda su carrera por García Viñó (quien publicó su novela bastantes años antes que *El silencio*), incidió al fin negativamente en su carrera, como no dudo que ha sido la causa de la poca repercusión que tuvo en su momento un libro tan magnífico como el de Latorre. Por fortuna, quiero creer que aún quedan lectores, y editores, que no temen a estos libros y a quienes la edición digital en *e-book* ofrece una extraordinaria oportunidad de conocer que otro tipo de literatura no sólo es posible sino deseable.

© Miguel Baquero

Miguel Baquero (Madrid, 1966). Es autor de novelas y cuentos. Como novelista, ha publicado las obras *Vida de Martín Pijo* (año 1999; 2ª edición en 2007), *Matilde Borge, aviador* (año 2003), *Vidas elevadas* (año 2010) y *La rebelión de los insectos* (año 2011). Para el próximo año, 2013, está prevista la publicación de su novela *Old Blues blues*. Como autor de cuentos, ha publicado los volúmenes de relatos *Figuras de alambre* y *Diez cuentos mal contados* (año 2008), dentro este último del género de «ficción futura» que en breve tendrá su continuación con la novela *La conquista de la Tierra*, cuya publicación está prevista asimismo para 2013. Sus cuentos han sido premiados en numerosos certámenes literarios, como el Gabriel Aresti, el Miguel Cabrera o el Jara Carrillo. Reseñista y colaborador habitual en numerosas publicaciones digitales, es autor asimismo de la miscelánea *A esto llevan los excesos* (publicada en el año 2009).

LAS MEMORIAS DE MEDARDO FRAILE

por José López Rueda

Como todo se acaba en este mundo, la vida humana no es el cuento de nunca acabar, sino todo lo contrario. Tras mucha vida vivida y 35 libros publicados, Medardo Fraile no había pensado nunca en escribir sus Memorias, pero un día le llamó José María Merino, compañero suyo en cursos de narrativa en Santander, Pontevedra y El Escorial y le dijo: «Medardo, vas a escribir tus Memorias». Le citó en el Café Gijón, se fraguó un contrato y así surgió EL CUENTO DE SIEMPRE ACABAR (Valencia, 2009), un libro de 610 páginas cuidadosamente editado por Pre-textos.

Conocía Medardo en el otoño de 1946 en la Facultad de Filosofía y Letras y, desde entonces, hemos seguido siempre en contacto. Al principio nos veíamos casi a diario en las aulas de la Complutense y en el Ateneo y, en años posteriores, nos escribíamos desde los países en que desarrollábamos nuestras labores universitarias: Medardo en Inglaterra y Escocia y yo en América o en China. Esta proximidad afectiva me ha llevado a leer casi todo lo que él ha escrito en sus muchos años de creador literario. Soy por tanto un lector cómplice de estas MEMORIAS donde ha plasmado tanta vida en prosa admirable. En buena parte del libro, he sido un relector más que un lector, porque conocía muchas de las anécdotas que narra, como también a casi todos los que las motivaron.

Narrador más o menos realista, Medardo ha transformado su circunstancia existencial en textos literarios. Esto puede documentarse en sus cuentos y ensayos, pero sobre todo en su novela accidentalmente titulada AUTOBIOGRAFÍA, en la que aparecen personajes inventados y refleja también, con otros nombres, la personalidad de personajes reales que gravitaron durante dos o tres años en los cinco primeros años de la vida de un niño. En las MEMORIAS se narra directamente y sus páginas abarcan más de media vida.

Y son entrañables en éstas las páginas dedicadas a su infancia en Madrid y en Úbeda, ciudad en que nació su madre. Sobre todo, los recuerdos de la bella ciudad andaluza le sugieren textos empapados de cariño y poesía. El lector se queda enamorado de la aristocrática señora que fue su madrina y amorosa reemplazante de su madre, a quien perdió muy niño. Continúan las páginas dedicadas a la guerra en Madrid, que el futuro escritor pasó en un piso, símbolo de aquella España, donde convivían personas de derechas y de izquierdas, todas ellas víctimas de la terrible conflagración fratricida.

Vienen luego los textos dedicados a su primera adolescencia, donde Medardo asume valientemente sus años en el Frente de Juventudes. Otros muchos escritores los hubieran pasado por alto, pero él cuenta su entusiasmo patriótico por los campamentos de la sierra e incluso nos comunica el mando que tuvo en la famosa institución, que fue una especie de *Boy Scout*. Los muchachos de la posguerra, muchos de ellos hijos de republicanos represaliados por el franquismo, se apuntaban a la Falange por lo que ésta tenía de club juvenil con deportes, marchas y música. Cierta número de los políticos socialistas de hoy pertenecieron al Frente de Juventudes, o sus padres militaron en la famosa organización, donde ilusionaban a los muchachos con el cuento de la *España, una, grande y libre* que, desgraciadamente, estaba lejos de ser cualquiera de las tres cosas.

Un ejemplo de lo que vamos diciendo es el caso del dramaturgo Alfonso Sastre, compañero mío en la Facultad y amigo íntimo de Medardo durante muchos años, pero, sobre todo, en la época de Arte Nuevo, grupo teatral, que fundaron juntos, del que hablaremos después. El que sería dirigente comunista y activo luchador contra el franquismo, le escribe a Medardo desde Alicante el 21 de agosto de 1944 una carta que no tiene desperdicio. De ella entresacamos los párrafos más significativos:

Ayer estuve junto a la tapia que vio desplomarse, acribillada, la camisa azul de José Antonio ... Después visité el cementerio... Junto a otras tumbas, una vacía. Cubierta por una plancha de hierro. En el centro, una cruz abierta, tapada por una cruz de cristal. Si acercas los ojos y miras en el fondo, ves... una huella... La huella que dejó en la huesa el cuerpo del Fundador.

Sastre tenía a la sazón 18 años y Medardo 19. La carta comprueba conmovedoramente la eficacia de la propaganda falangista.

Una de las secciones más importantes del libro es, sin duda, la que trata de Arte Nuevo, una asociación de jóvenes aspirantes entonces a escritores y actores teatrales que durante ese período escribieron y estrenaron en teatros de Madrid obras que intentaban renovar la escena española. Se trataba de piezas en un acto de un solo autor o escritas en colaboración. Los autores principales fueron Alfonso Sastre, Alfonso Paso, José María Palacio y el propio Medardo. El estreno del grupo se llevó a cabo en el Teatro Infanta Beatriz el 31 de enero de 1946 con asistencia de Carmen Franco, que tendría 18 años, en el palco de autoridades. El teatro, como dice Medardo, estaba hasta la bandera y prestigiosos críticos teatrales de entonces, como Alfredo Marqueríe, Sánchez Camargo y Antonio Rodríguez de León «Sergio Nerva», tuvieron palabras elogiosas sobre el estreno.

Arte Nuevo, como suele acontecer a casi todos esos grupos juveniles, terminó pronto, a los dos años, pero dejó a buenas actrices, como Encarna Paso y María Luisa Romero y actores, como Enrique Cerro, a un director de escena, José María de Quinto y a tres escritores de primera fila que volaron después por cuenta propia y siguieron caminos diversos. Medardo Fraile es hoy día el mejor cuentista de nuestra generación (la de los niños de la guerra), Alfonso Paso se dedicó a ganar dinero con un teatro de astrakán digno y de enorme éxito, y Alfonso Sastre, escritor comprometido, como su casi homólogo francés Jean Paul Sartre, ha sido un autor controvertido e interesante de nuestro siglo XX.

Son entrañables para mí las páginas que Medardo dedica a los años universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la hoy Universidad Complutense, adonde tanto él como otros escritores en ciernes, acudían porque pensaban que en ella se impartían conocimientos conectados con su vocación de escritores. Pero cuando se encontraban con el Latín, con el Griego y las filologías, advertían que eso tenía poco que ver con su actividad creadora, de modo que andaban por los pasillos y el bar y entraban muy poco a clase. Eran los casos de Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa y Jesús Fernández Santos; ninguno de ellos acabó la carrera. Medardo traza en su libro excelentes semblanzas de los tres.

En estas páginas el escritor va dando cuenta de personajes importantes con los que tuvo poco o mucho contacto personal. Para quien vivió el ambiente literario de los años 40 y 50, son interesantes, entre otros, los recuerdos sobre Luis Rosales, que vivía en la calle de Altamirano, enfrente de la casa familiar de Fraile. En el libro se narra una velada en la que yo, con veinte años, estuve presente. El piso de Luis (*La Casa Encendida*) albergó aquella noche a varios autores ya famosos entonces: Guillermo Díaz-Plaja, Rafael Morales, José María Valverde y Luis Felipe Vivanco. Los invitados éramos cuatro jóvenes, Medardo, Aldecoa, que leyó poemas de su libro *Todavía la vida*, el dominicano Antonio Fernández Spencer, que acababa de obtener el Premio Adonáis y el que estas líneas escribe.

Otro momento estelar del libro lo constituyen los años de la revista *Ágora*, que editaba la poeta cordobesa Concha Lagos a sus expensas y que logró sacar más de 60 números, loable hazaña que pocas revistas de poesía no subvencionadas consiguen igualar. Medardo Fraile fue el alma de tan prestigiosa publicación, en la que colaboraron *gratis et amore* las mejores firmas de la época. Aunque Medardo se había decantado ya por el cuento y los artículos literarios, su amor por el teatro persistía, como lo demuestra su exitosa sección Telón de Ágora, que salía en todos los números.

También la vida familiar y la amorosa ocupa espacios interesantes en las *Memorias*. La figura del padre, a quien yo siempre llamaba don Medardo, está evocada por su hijo el escritor con el entrañable cariño que tan digno ser humano merecía. Natural de un pueblo de Toledo, llegó a Madrid a buscarse la vida. Durante muchos años fue conserje principal del Hotel Regina y, más tarde, dueño durante algunos años del Restaurante Capitol y fundador de las cafeterías Manila. Pero como muchas personas generosas y ayudadoras, fue traicionado por quienes él había ayudado más. A este feo asunto, Medardo dedica unas páginas justicieras.

En la última parte del libro, Medardo hace un sucinto resumen de sus actividades públicas como conferenciante o lector de sus cuentos en España y en diversos países europeos y americanos (en Estados Unidos y América Latina). Debo destacar entre estos periplos literarios los homenajes que

se le rindieron en Caracas, organizado por el narrador José Balza y los poetas Joaquín Marta Sosa, Enrique Viloria Vera y José Pulido, y en La Zubia (Granada), en la Semana Internacional del Cuento, con motivo de sus 50 años de escritor de relatos.

De sus muchos años en el Reino Unido, Medardo hubiera podido escribir mucho más, pero tal vez el libro hubiera sido demasiado extenso. No obstante, si alguien siente curiosidad por esa época tan dilatada del escritor, le recomendamos la lectura de *La familia irreal inglesa*, donde encontrará sabrosos y divertidos comentarios sobre el mundo anglosajón.

El libro es tan rico en noticias interesantes que, al glosarlo, casi se podría escribir otro paralelo. Leyéndolo para este artículo, me doy cuenta de que tendré que releerlo. Y así lo haré sin duda alguna.

© José López Rueda

José López Rueda (Madrid, 1928). Dr. en Filosofía y Letras, Sección de Filología Clásica (UCM). Catedrático Emérito de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Ha publicado varias novelas, entre las cuales se distingue *Aldea 1936*, sobre la Guerra Civil española, y 10 poemarios, entre los cuales destacaremos *Cantos equinocciales* (1977), el más clásico, y *Fervor Secreto* (2002), el más experimentalista.

... Y LA CATALONIA CERRÓ LOS OJOS

por José Vaccaro Ruiz

La Librería Catalonia, uno de los referentes culturales de Barcelona, ha cerrado sus puertas de la Ronda de Sant Pere el pasado día siete de enero, según parece para dejar su lugar a un Macdonald's.

Este es el escueto comunicado de prensa.

El primer pálpito de la noticia que siente alguien como yo, que tuvo el placer de presentar varios de sus libros en el Saló dels Arcs del primer piso —*Ángeles negros*, *La Vía Láctea* o *Catalonia Paradís*—, es de tristeza, acompañada de nostalgia. Aquello que se siente hacia las cosas queridas e irrecuperables de nuestra vida, lo que pasó inadvertido y rutinario en su momento y que de repente toma un gran valor. La vida está llena de pequeñas cosas que, en la distancia, se vuelven trascendentes y cargadas de simbolismo. La primera caricia, un amigo, un atardecer, un viaje. También aquél vino rancio servido en pequeños vasos de cristal, y las pastas secas que en un acto de generosidad la Librería Catalonia ponía como contrapunto a los discursos de las presentaciones entre saludos y besos. Un tentempié frugal y medido que nada tiene que ver con las fritas, el ketchup o los big de oferta del Madonald's que pronto se servirán en la planta baja, seguramente sobre un mostrador que substituirá a la mesa de novedades de siempre. Ya jamás se escucharán las voces de mi editor —al que en más de una ocasión, llevado de un entusiasmo que le agradezco, le faltó muy poco para vocear el final de mis novelas—, de mis prologuistas —el discurso denso y humanista de José Cabrera—, o de mí mismo, dirigidas a un auditorio de juramentados lectores atento y silencioso. Nada que ver con el bullicio que presiento pronto se producirá entre sus cuatro paredes, acompañado del sonido de los móviles o de la rapera música de fondo que acompaña como el vino peleón al sueño a la multinacional de la hamburguesa.

La arquitectura de las librerías que uno frecuenta es lo más parecido a una casa sentida como propia que tiene lugares y rincones en forma de anaqueles, estantes, mesas, cada lugar con un recuerdo y un significado especiales. Allí encontré una vez aquella novela de Javier Marías, en ese otro están las obras de Stefan Zweig, ahí debajo la guía de Lisboa que compré para mi viaje a Portugal.

Había un atillo al que se subía por una estrecha escalera en donde, y por orden alfabético podías encontrar, lejos de los best-sellers de nueva generación —con frecuencia quemados en una semana o un mes y de los que ya nadie se acuerda—, los clásicos de la novela negra, de aventuras, de ciencia ficción. Los peldaños de esa escalera tenían el mismo misterio que rodea el acceso al trastero o las golfas en donde está el pasado familiar, los baúles cargados de cosas inservibles de las que no podemos desprendernos porque nos vieron nacer y crecer —las figuras de terracota de un belén hoy sustituido por un árbol de Navidad de plástico, una muñeca a la que le falta un brazo o el juego de la oca—; que en la Librería Catalonia representaban Julio Verne —*Un capitán de quince años*, *El hombre invisible*, *Matías Sandorf*—, Alejandro Dumas —*Los Tres Mosqueteros*, *Pedro el cruel*—, Emilio Salgari —*Sandokan*, *Los misterios de la jungla negra*—. Debo confesarlo, de vez en cuando me entretenía abriendo las ediciones de bolsillo en donde estaban mis viejos amigos, verbalizando sus nombres que, además de gozar con sus aventuras, me enseñaron países y sentimientos —amor, envidia, odio, amistad—: D'Artagnan, Miguel Strogoff, el Capitán Nemo, Achab...

En el primer piso, contiguos al Saló dels Arcs estaban los libros de autoayuda, de viajes, las biografías, la filosofía. Todo perfectamente ordenado y catalogado. Y frente a cada estantería gentes hojeando el interior de los libros, las solapas con la somera biografía de los autores, buscando un enamoramiento de quien les cortejaba con su palabra impresa, guiñándoles un ojo o con un gesto de complicidad puestos en un lugar, una fecha o una historia que buscaba hermanar lector y autor hacia una emoción común.

¿Qué hay detrás de la desaparición de la Librería Catalonia?, ¿de ella y de tantas y tantas que una tras otra cierran sus puertas? ¿Es sólo una anécdota o nos indica la muerte anunciada del libro tal y como lo hemos conocido —materia de celulosa y tinta—, y su reemplazo por el formato digital, esa tableta que cabe en un bolsillo, capaz de almacenar enciclopedias y miles de títulos? Si el libro clásico quiere sobrevivir a la era digital, ¿tiene que transmutarse en objeto, en un fin en sí mismo, en una cosa, y dejar de ser medio, instrumento? Yo sinceramente no lo sé.

Lo que sí recuerdo es lo que un día oí decir a un compañero escritor al referirse al libro físico, material. Aunque suene a violencia de género —en los tiempos que corren lo políticamente correcto condiciona nuestras vidas—, la reflexión me gustó: Un libro en sus páginas, en su lomo, en las marcas de interrupción de su lectura, guarda uno tras otro el paso de todos aquellos que lo tuvieron en sus manos, de los ojos de cuantos posaron su mirada en sus manchas de tinta sobre papel blanco emocionándose, riendo, llorando o aburriéndose con él. Es como una mujer que conserva en su alma, y también en su cuerpo, la huella indeleble de cada uno de sus amantes, la impresión de sus caricias, la hiel de sus engaños.

Con la Librería Catalonia desaparece algo más que un establecimiento comercial. Volviendo al símil del libro, es como si le arrancáramos una página a nuestra vida, mutilado un referente físico de la trama que nuestro paso por este mundo va conformando.

Cuando la Catalonia ha cerrado sus ojos algunos, muchos o pocos, nos hemos acercado un poco más a la muerte. Nos queda decir, tomando las palabras de Gustavo Adolfo Bécquer, ese poeta que marcó con sus versos la adolescencia de nuestra generación en los años cincuenta y sesenta, una adolescencia mutilada por una censura implacable contra la que luchó y porfío la Librería Catalonia: «Dios mío, qué solos se quedan los muertos».

© José Vaccaro Ruiz

José Vaccaro Ruiz. Arquitecto y abogado. Es autor de las novelas *Ángeles negros* (Atlantis, 2009), *La vía láctea* (Neverland, 2010) y *La granja* (Ediciones Atlantis, 2011).

LAS RAYAS DE MEDARDO FRAILE

por José López Rueda

El pasado 9 de marzo ha fallecido en Glasgow Medardo Fraile.

Llevaba más de setenta años consagrado a la Literatura. Nada pudo acabar con la diaria dedicación a su Diosa: ni las dificultades económicas de su juventud, ni las enfermedades, ni su trastierro en Escocia. Y hasta la tarde anterior a la noche de su muerte, con 88 años, seguía erre que erre en su despacho de Glasgow escribiendo artículos y cuentos. Es uno de los grandes escritores que ha tenido nuestro país. Aunque muchos ya lo saben, no está de más que lo recordemos.

Acabamos de leer detenidamente su libro, *A media página*, editado en 2012 por ese carismático matrimonio formado por Antonio Huerga y Charo Fierro, a quienes tanto debe la nueva literatura española. Este libro nos permite completar la visión medardiana del mundo a la que ya sus *Memorias* (Pretextos, 2009) nos habían introducido ampliamente.

ESPAÑA

España como alabanza pero también como problema, asoma en muchas páginas del libro. Medardo, como Neruda, lleva a España en el corazón y aunque ha vivido media vida en Inglaterra, su cuerpo es una especie de zombie que anda por los aires de Escocia, pero su espíritu nunca se ha marchado de su patria. Como siempre ha sido un taurófilo, no falta el tema de las corridas en sus *rayas* y en una de ellas, aporta valiosa bibliografía inglesa última sobre el asunto. Nuestro autor es un atento lector de lo que han opinado sobre España los grandes escritores ingleses y norteamericanos. Cuando se encuentra con textos que le parecen injustos, formula su enfado con energía. Es el caso de Kamen sobre la Inquisición y el de Preston sobre la España de Franco.

La religión y la iglesia constituyen otro tema que no se puede olvidar cuando se trata de España. Medardo es católico y tiene una hija monja consagrada a los pobres de Glasgow. Por cierto que si bien se llama Andrea debería llamarse Sor Angélica. En varias páginas hay frases que manifiestan la simpatía de Medardo por la tradición cristiana. Una de las *rayas* es un elogio de los Jesuitas y de San Ignacio de Loyola, a quien considera una de las grandes figuras de nuestra historia. La verdad es que hasta los intelectuales agnósticos como yo simpatizamos con la Compañía por su aportación al humanismo clásico y por su valoración y cultivo de la ciencia.

FEMINISMO

Las ideas sobre la mujer ocupan algunas páginas del libro. El autor reconoce y aprueba las conquistas del feminismo, pero reprueba sus exageraciones que califica de hembrismo. Para él los medios y, sobre todo, la televisión, someten a la mujer moderna a otro tipo de servidumbre: la de las modas, el sobrepeso, los cosméticos. Medardo tiene el valor de sacar a relucir los errores del feminismo, como, según él, la traición de algunas mujeres a las funciones biológicas de su sexo y la imitación mal entendida del hombre. Para algunos programas de televisión —nos dice el autor de las *rayas*— la mujer no piensa más que en vestidos, matrimonios, abortos, vida sentimental de los famosos y un largo etcétera de frivolidades. En vista de lo cual, le ofrecen lo que le gusta y así cultivan una insulsa mentalidad femenina. Pero no todas las mujeres son así y esas deberían protestar contra ese tratamiento humillante. A veces el escritor se pone más duro y cuenta varios casos de mujeres que dicen tonterías presumiendo de cultas. A algunas de estas, Medardo «las enviaría a sobar retales y a mirar escaparates que es lo suyo». Tampoco el matrimonio sale bien parado en las *rayas*. Nos habla de una mujer que le estuvo escribiendo cartas durante tres años. Cuando se dio cuenta de que la carta era siempre la misma, rompió con ella «porque iban camino de ese infierno que es el aburrimiento matrimonial».

LENGUAJE

Como a todo escritor, a Medardo le preocupa el lenguaje y escribe algunas *rayas* sobre palabras y giros. Citaré algunos ejemplos, como el uso moderno de la palabra «tío» o el multiuso del vocablo «puñeta». El empleo de «tío» con la acepción de ‘compadre’ o ‘camarada’ le sugiere un comentario irónico. Ahora todos somos tíos en España y por consiguiente todos tenemos un montón de sobrinos. A Medardo no le parece mal porque ya que nunca hemos podido ser hermanos, al menos podemos ser tíos y sobrinos. En cuanto a la palabra «puñeta», su microdisertación es especialmente divertida e ingeniosa. La puñeta, que era «un adorno de puntilla o encaje en las bocamangas», acabó siendo un término de comparación para las más diversas expresiones. Medardo pone varios ejemplos como «eres más tonto (o más listo) que la puñeta» o «esa sabe ya más de tíos que la puñeta». Especial interés tiene el siguiente ejemplo: «¿Y qué quieres que haga yo? Pues hacerme la puñeta». El significado implícito de esta expresión se ha perdido en España, pero en Hispanoamérica todo el mundo sabe que «hacerse la puñeta» es ‘masturbarse’.

ESCRITORES

La parte del libro titulada *La obra y su gente* es la más entrañable para mí porque en ella Medardo habla generalmente con cariño de escritores que también yo he conocido y apreciado. Entre ellos destaca Rafael Sánchez Ferlosio, «el único de sus amigos famosos del medio siglo por quien ha sentido admiración y al que más ha querido». Traté y admiré también a Rafael en aquella Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense donde uno se podía encontrar por los pasillos a jóvenes desconocidos que luego iban a ser escritores importantes como Emilio Lledó, Alfonso Sastre, Alfonso Paso, Ignacio de Aldecoa, Jesús Fernández Santos, José M^a Valverde y un largo etcétera. A varios de ellos el autor les dedica concentradas *rayas* que los retratan. Me encanta especialmente la dedicada al cuentista Meliano Peraile, que se dio a conocer después que Medardo y a quien, según éste cuenta en la *raya*, le dijo cuando se conocieron, que por la semejanza de los nombres, se había encontrado con la mitad de la carrera hecha. Casi siempre coincido con Medardo en sus juicios de los que fueron nuestros amigos, por cierto muchos ya fallecidos, pero en algunos casos, mi acuerdo es total, como cuando afirma que el mejor poemario de José M^a Valverde fue el primero, es decir, *Hombre de Dios*.

Medardo dedica también algunas *rayas* a escritores de las generaciones posteriores a la nuestra (la de Los Niños de la Guerra). Entre ellos destaca su amigo, el gran narrador coruñés José María Merino (1941), a quien dedica tres *rayas*, y la meritoria figura del zamorano Ezequias Blanco (1952), «autor de libros de poesía verdadera y novelas llenas de humor y amor», quien además dirige hace ya muchos años esa estupenda revista literaria que, paradójicamente, se titula *Cuadernos del Matemático*, en la que tantos hemos colaborado.

Entre las mujeres escritoras que le interesan a Medardo, se encuentran dos especiales: una española y otra inglesa. La española es Angelina Lamelas y la inglesa Catherine Mansfield. Angelina es para Medardo y para otros críticos, la española que escribe mejores cuentos. En cuanto a Catherine Mansfield, me consta, por habérselo oído hace más de sesenta años, que fue para Medardo la escritora en cuyos cuentos descubrió el estilo de los que él deseaba escribir.

Y para terminar este aspecto de escritores en las *rayas*, hay que mencionar que Medardo incluye en su libro muy acertados y sinceros juicios sobre escritores extranjeros como Hemingway, Miller, Albee y, cómo no, su siempre admirado Chesterton.

© José López Rueda

José López Rueda (Madrid, 1928). Dr. en Filosofía y Letras, Sección de Filología Clásica (UCM). Catedrático Emérito de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Ha publicado varias novelas, entre las cuales se distingue *Aldea 1936*, sobre la Guerra Civil española, y 10 poemarios, entre los cuales destacaremos *Cantos equinocciales* (1977), el más clásico, y *Fervor Secreto* (2002), el más experimentalista.

ESCRITORES MANIÁTICOS

por Víctor Montoya

Los escritores tienen manías que arrastran a lo largo de la vida, desde el instante en que son una suerte de náufragos que viven reclusos en una isla a lo Robinson Crusoe. El mismo acto de la escritura es, por antonomasia, una manía de solitarios, en cuyo trance nadie puede echarles una mano ni soplarles al oído lo que deben o tienen que escribir.

Las manías de los escritores son tan diversas como las de todos los mortales. He aquí algunos ejemplos: los escritores como Vargas Llosa se parecen a los peones que, una vez aseados y encerrados en el escritorio, se entregan a merced de su imaginación desde las primeras horas de la mañana, sin permitir que nada ni nadie los interrumpa en el instante de la inspiración; ese misterioso soplo que a uno lo toca en el proceso de la creación.

Otros no soportan cambiar de bolígrafo o color de tinta, como José Miguel Ullán y Tom Sharpe, quienes, además de usar estilográficas baratas, escriben primero a pulso y luego a máquina. Cortázar casi siempre leía los libros sorbiendo mate del poro y con un bolígrafo en la mano, para anotar comentarios al margen de las páginas, subrayando algunos párrafos hasta la extenuación o, simplemente, corrigiendo las erratas que en algunas ediciones se esconden como alimañas entre renglón y renglón. Faulkner escribía siempre sobre papel azul, Goethe lo hacía sentado en un caballito de madera, Dostoievski caminando por la habitación, Günter Grass con una estilográfica Montblanc y en un rincón de su estudio de pintura.

Si Ernest Hemingway escribía de pie, Graham Greene escribía con lápiz, en tanto Anthony Burgess escribía aproximadamente 300 palabras diarias y, como la mayoría de los escritores contemporáneos, usaba un mini-ordenador para producir y reproducir sus textos, aunque estaba convencido de que el ordenador sólo servía para escribir cartas a los amigos y no para crear textos literarios.

Algunos tienen la misma manía que García Márquez, quien, antes de que en su oficio irrumpiera el ordenador, utilizaba una máquina eléctrica de la misma marca y con el mismo tipo de letra; un papel blanco, de 36 gramos y tamaño carta. Alguna vez confesó también que no escribía mientras no tenía en el cuarto una temperatura de 30 grados y un ramillete de rosas amarillas en el florero, por esa vieja superstición de que las flores amarillas le traían suerte en el instante de describir a personajes encerrados en sí mismos, conversando con su propia soledad y creciendo como las raíces del chin-chayote, a la manera de Rulfo, Pessoa y Onetti.

No se deben olvidar las manías de los autores que escriben en medio de un desorden organizado, a cualquier hora del día y en cualquier lugar; en el bar, la calle, el comedor y hasta en el baño, y no necesariamente en un cuadernillo sino sobre una tira de papel higiénico, la factura del restaurante, una cajetilla de cigarrillos o, simple y llanamente, en el borde de un periódico o revista.

Así, pues, las manías de los escritores, como todo lo demás en la vida, son tan variadas como las obras literarias y las manías de los mismos lectores.

Entre la variada gama de escritores que ostentan diversas manías, yo me identifico con quienes tienen la manía de escribir en la cama, pues es el único espacio, de dos metros por dos, que el individuo habita por completo y donde saca a traslucir su estado más natural, aparte de que es un mueble indispensable donde comienza y termina el ciclo de la vida. No en vano Vicente Aleixandre, Marcel Proust y Juan Carlos Onetti cerraron el ciclo de su creación literaria en la cama. Tampoco se puede negar que Don Quijote —como su creador— pergeñó sus aventuras en la cama, que Miguel de Unamuno y Valle-Inclán recibían a sus amigos en la cama, o que Oscar Wilde escribió sus mejores obras en posición horizontal, al igual que Marcel Proust, quien reposaba hasta pasado el mediodía, escribiendo y corrigiendo sus manuscritos. Por eso la cama de Proust, en la cual pasó las tres cuartas partes de su vida, estaba siempre destendida, salpicada de folios y hojas sueltas que delataban su

caligrafía menuda. Pasaba más tiempo en la cama que en el escritorio, ordenando sus asuntos y peleando con la máquina para terminar una crónica sin firma, en medio de un silencio que le era necesario para escribir lejos del ruido mundano y a espaldas del tiempo.

Las camas y recámaras, en todas las épocas, han tenido su debida importancia. En 1620, la marquesa de Rambouillet convirtió su recámara en un salón literario, donde reunía a sus amigos en célebres tertulias. En México, Frida Kahlo pintó algunos de sus autorretratos más célebres postrada en la cama, mirándose en el espejo empotrado en el techo de su recámara. Por cuanto la cama no sólo sirve para retozar y dormir, sino también para nacer, crear, amar y morir, tal cual reza el proverbio: «En la cama duerme el Rey y duerme el Papa, porque de dormir nadie se escapa».

Por lo que a mí respecta, y sin el menor rubor en la cara, debo confesar que durante mucho tiempo tuve la manía de escribir en la cama. A veces, entre el sueño y la creación literaria, me asaltaba la extraña sensación de parecerme a un sultán, aunque no estaba rodeado de mujeres adornadas con joyas ni velos, sino apenas de almohadas que relajaban la tensión de mi cuerpo. Por las mañanas, al incorporarme en la cama, pegaba un salto hacia la silla del escritorio, y lo primero que hacía era coger mi pipa, llenarla con tabaco, llevármela a la boca y encenderla para que la fragancia del humo revoloteara entre las paredes del escritorio, que a la vez hacía de dormitorio. A un lado de la cama estaba el estante rojo empotrado en la pared, con los libros al alcance de la mano; y, al otro, el escritorio negro sobre el cual tenía el Pequeño Larousse y el Diccionario de la Real Academia Española, un papel a medio escribir metido en el rodillo de la máquina y un ordenador en cuya pantalla se reflejaban los movimientos más ridículos que ejecutaba en la cama.

De modo que escribir en la cama es también una manía que forma parte de la conducta personal de algunos escritores, quizás un vicio secreto sobre el cual todos prefieren callar, por temor a perder el pudor y la amistad, o quedarse definitivamente anclados en el aislamiento y la soledad que, al fin y al cabo, es la única y mejor compañera de quienes tienen la manía de escribir.

© Víctor Montoya

Víctor Montoya. Nació en La Paz, Bolivia, en 1958. Escritor, periodista cultural y pedagogo. Vivió desde su infancia en la población minera de Llallagua, al norte de Potosí. Durante la dictadura militar, acusado de organizar actividades subversivas, fue perseguido, torturado y encarcelado. Estando en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Viacha-Chonchocoro, escribió su libro de testimonio *Huelga y represión*. Llegó exiliado a Suecia en 1977, tras haber sido liberado por una campaña de Amnistía Internacional. Es autor de más de una decena de libros entre novelas, cuentos, ensayos y crónicas. Dirigió las revistas literarias "PuertAbierta" y "Contraluz". Su obra está traducida a varios idiomas y tiene cuentos en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos. Es redactor responsable de la antología digital de los Narradores Latinoamericanos en Suecia: www.narradores.se. Actualmente radica en El Alto de La Paz.

EL ARTE DE MOSTRAR

por Marina Burana

«El arte es confesión; es un secreto revelado»

Thornton Wilder

«Pero el arte no es sólo el deseo de revelar el secreto de uno mismo; es el deseo de revelarlo y esconderlo al mismo tiempo», continúa Wilder.

¿Qué es el arte? Morirte de frío, alguien dijo por ahí. Tal vez es un par de cosas más que no necesitan etiquetas. Una de las necesidades humanas más grandes es la de rotular todo lo que somos y todo lo que hacemos, sin tener en cuenta que la mejor manera de realmente expandirnos con los otros es olvidando las definiciones.

Lo primero que hacemos cuando conocemos a alguien es preguntarle a qué se «dedica». *Dedicar* viene del latín «dicare»: consagrar, destinar algo en justicia. Tanto el verbo «dicare» como el verbo «dicere» tienen origen en la raíz indoeuropea «deik» que significa *indicar, mostrar*. Y desde siempre, lo que nos gusta hacer es indicar, levantar el dedo y tomar fragmentos de la realidad cata logándolos, haciéndolos pequeños mundos con reglas propias. Pero, como bien dijo un autor irlandés, todo lo que define termina limitando.

Definir, entonces, lo que es y lo que no es «arte» sería tarea compleja y por lo demás inútil. Tal vez podríamos hablar de múltiples puntos de vista, de múltiples acercamientos a lo que el arte representa para cada individuo. Para Wilder la cuestión iba por el lado del secreto y de la revelación; para Nietzsche tenemos al arte «para no morir de la verdad»; para Sabato es «lo que mágicamente nos permite evadir de la dura realidad cotidiana».

Los secretos que todos los seres humanos escondemos, que la realidad esconde, mejor dicho, que la realidad comparte y esconde al mismo tiempo, se hacen arte constantemente. Hay una sensación de plena profundidad en todo lo que hacemos, por más nimio que nos parezca, por más acosado del cariz de lo doméstico (eso doméstico que nos han enseñado, lamentablemente, a desdeñar como insignificante), y quizá en esa domesticidad se esconde (y se revela) la magia que todos, absolutamente todos los seres humanos llevamos adentro. Creo que le roba sentido a esa magia rotularnos todo el tiempo, encajarnos en etiquetas que nos definan. No estoy a favor de la famosa frase «eres lo que haces». ¿Qué hay de la gente marginada del cruel sistema de cosas de este mundo? ¿Cómo hace esa gente para expandirse plenamente si no tiene los medios para hacerlo? ¿Significa eso que sólo son lo que hacen, es decir, lo que son empujados a hacer por un sistema desequilibrado?

Creo que en definitiva somos muchas cosas todo el tiempo; quizá seamos lo que imaginamos que somos, o hemos sido o seremos. Parece no haber límites en la mente humana, ¿por qué cometeríamos el despiste de crearlos de la nada? Hasta el entramado de la realidad física se ha suspendido en un gran interrogante en estos últimos tiempos.

Por eso abogo por un aullido amplio de voces que se levanten desde el arte: el arte de todos los días; el que se esconde y revela en todos los rincones, el doméstico, el más simple, el más complejo, y al que debemos reaprender a rescatar de la miseria catalogante. Todos tenemos un «talento» (palabra peligrosa). Cada individuo que está en este planeta tiene algo especial y la inmensa capacidad de ser creativo. Pensar en jerarquías es una cuestión un poco triste y, también, fútil. *Mostrarnos* al otro, *indicarnos* al otro, debería ser una tarea que nace a partir de la constante búsqueda de los instantes, de los pequeños momentos, bien domésticos, de todos los días; de tratar de vivir en la comprensión constante de la existencia.

Invito a los lectores a que busquen cualquier mínimo indicio de magia en cada porción de realidad. Nadie nos puede decir qué somos o qué hacemos para ser aquello que somos. Por suerte todos naci-

mos creativos y con la infinita y hermosa capacidad de esconder secretos y revelarlos. Y si el arte, como dice Wilder, es confesión, encontrémosla en todas partes y confesemos.

© **Marina Burana**

Marina Burana. Nació en el barrio de Los Hornos, en la ciudad de La Plata, Argentina, el 20 de marzo de 1986. Desde muy chica escribe tanto en español como en inglés. Ha publicado dos libros de cuentos en español y ha colaborado en numerosas revistas de su país y del extranjero con ensayos, artículos y ficción. Toca el violín, habla chino, francés y lee griego antiguo. Actualmente escribe piezas de teatro en inglés y vive en Asia. Su correo es marinaburana@yahoo.com.ar y su sitio personal es **Ficción Burana**

MEMORIAS Y PENSAMIENTOS DE UN EDITOR: JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE LA TORRE

por José López Rueda

El día 1 de junio de 2012 estuve en la Feria del Libro firmando ejemplares de mi novela *Aldea 1936* en la caseta de Ediciones de la Torre que terminó de imprimirla —primorosamente— en noviembre del pasado año. A mi lado firmaba Leonor Machado, una inteligente y fina señora, sobrina de los grandes poetas Antonio y Manuel. Fuera de la caseta, coordinaba la actividad de firmantes y empleados el dueño de la editorial, que hablaba con los clientes, daba claveles a los niños o aconsejaba a una joven aspirante a escritora que le escuchaba con atención. Este dinámico y comunicativo personaje era José María Gutiérrez de la Torre, un trabajador infatigable. Su empresa editorial ha cumplido ya 36 años y con este motivo, él, que se ha pasado tanto tiempo publicando los libros de los demás, ha decidido editar uno más de los suyos. Este libro se titula *35 notas del editor y otros escritos* y está dedicado *A las innumerables personas que han hecho posible el nacimiento y supervivencia de Ediciones de la Torre*.

José María es un entusiasta de los libros. A lo largo de sus textos siempre nos encontramos con su pasión de bibliófilo. El oficio de editor es para él, además de un negocio, una tarea de artista. Como suele decir, el alma del libro pertenece al autor, pero el cuerpo, al editor. Preparar ese cuerpo, que es la casa de la obra, es una tarea creadora que hay que ejercer con amor e idealismo. «Los libros —nos dice— nos ayudan a conocer y comprender, a combinar la información y el saber, la eficacia y los valores... Los libros (los buenos libros) nos hacen libres, nos permiten ser personas, no estadísticas de mercado; ciudadanos, no súbditos». Por eso, piensa nuestro editor, es tan hermoso trabajar por ellos y para ellos, que es trabajar por la cultura.

José M^a elogia en sus reflexiones a todos los gremios que contribuyen al apasionante mundo del libro, es decir, creadores, editores, libreros, bibliotecarios, etc. Pero no se olvida del lector, que, en fin de cuentas, es quien justifica toda esa encomiable actividad. El libro sólo existe porque los lectores lo descodifican y reconstruyen los contenidos. Los teóricos de la literatura se han ocupado abundantemente de este asunto y nos hacen ver que una novela, por ejemplo, sólo existe en la conciencia de sus lectores. Tiene razón José M^a cuando nos dice que «lectores críticos y exigentes... pueden garantizar, por encima de las leyes mercantiles o políticas, una actividad editorial que una el talento y la probidad».

Como buen editor, José M^a se ocupa también en su obra sobre la tradición editorial española y comenta una interesante Pragmática de los Reyes Católicos nada menos que de 1502 donde ellos dicen cómo deben ser presentados los libros por los «libreros e imprimidores» y aunque dicho texto está incluido en un documento que se considera el primero de la censura en España, «no cabe duda de que, a pesar de ese carácter represivo..., los Reyes estaban atentos al desarrollo en nuestro país de una industria librera y editorial importante, industria que ha devenido, con los siglos, en una de las primeras del mundo». Y de que esta preocupación daba sus buenos frutos, es un admirable ejemplo la *Biblia Políglota Complutense* editada en Alcalá de Henares bajo los auspicios de Cisneros en sus textos originales. Es admirable que en una pequeña ciudad recién salida de la Edad Media se compusiera semejante monumento. Una prueba de que nada podía disuadir al Cardenal de su empresa, la tenemos en que para la edición del texto griego, se trajo a Demetrio Ducas, un impresor cretense que se vino a la ciudad del Henares con su caja de tipos griegos.

La poesía ha sido una de las principales preocupaciones de la editorial, sobre todo la poesía de los grandes poetas adaptados a la niñez. Al poco tiempo de fundada la empresa, José M^a publicó un *Miguel Hernández para niños* (1979). La elección del poeta de Orihuela para el inicio de esta empresa, se debe, por supuesto, a la admiración que José M^a siente por Miguel a quien considera el primer poeta de España. Y en esto no ha cambiado nuestro editor, como lo demuestra que muchos años después, en este 2012 que discurre por territorios minados, acaba de publicar un bello y lujoso

libro colectivo sobre el poeta con excelentes ilustraciones y textos de las primeras firmas de la literatura española actual.

En su nota de marzo 2008, José M^a comenta una frase de Juan Cano Ballesta en la que este distinguido crítico nos dice que «la poesía reciente es rica, hace experimentos y aportaciones sorprendentes y logra un alto nivel de calidad e innovación». Nuestro editor nos dice que, en efecto, la poesía cambia y busca fórmulas nuevas pero, en el fondo, es siempre la misma, es decir, que es como el río de Heráclito, que fluye continuamente pero su cauce siempre es el mismo. José M^a finaliza esta nota con una hermosa exaltación de la poesía que «nunca morirá y cualquier humano... podrá aferrarse a ella, zambullirse en ella, gozar de ella, vivir en ella». Así lo hace el mismo José M^a, que no solo la lee sino que también la escribe, como lo demuestra el poema titulado *España, nuestra España* y otros pasajes del libro que estamos comentando, en los que asoma su vena lírica.

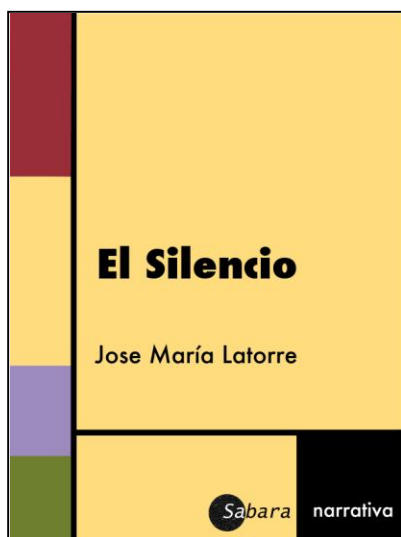
La segunda parte de la obra se titula *Otros escritos*. Es la que contiene más informaciones autobiográficas. Comienza con un texto humorístico que se titula *24 horas (y 24 gorros) en la vida de un editor*. José M^a trata en él de las múltiples faenas que lleva a cabo a lo largo del día y las representa con los diversos gorros simbólicos que se va poniendo sucesivamente para realizarlas: El gorro de ginecólogo que ayuda a parir los libros, el de corrector de pruebas, el de director de producción, el de jefe de almacén, el de representante gremial y un largo etcétera.

Las más conmovedoras noticias de esta sección del libro son las que dedica a sus progenitores: el padre que se libró de los fusilamientos de los vencedores en la posguerra y perdió su profesión de cartero; pero que a pesar de su vida difícil, legó a sus hijos su sonrisa y su incapacidad de odiar. Y la madre, «María la revolucionaria», que sacó adelante a su prole con indomable coraje.

El lector de este libro va recibiendo información a lo largo de sus páginas sobre el mundo ideológico de su autor, que ante todo defiende la comprensión por los que sufren, el amor por la libertad, la fraternidad universal y el odio a la tiranía. El tono general del pensamiento de José M^a a estas alturas de su vida es la moderación, la tolerancia, la probidad. Y esto tiene más mérito en un hombre que luchó contra el franquismo en los años 60 y padeció sus prisiones durante cuatro años. Nuestro editor recuerda esta época de su vida en un último relato titulado significativamente *El año de Carabanchel*, un testimonio sereno que constituye uno de los mejores textos de la obra.

© José López Rueda

José López Rueda. (Madrid, 1928). Dr. en Filosofía y Letras, Sección de Filología Clásica (UCM). Catedrático Emérito de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Ha publicado varias novelas, entre las cuales se distingue *Aldea 1936*, sobre la Guerra Civil española, y 10 poemarios, entre los cuales destacaremos *Cantos equinocciales* (1977), el más clásico, y *Fervor Secreto* (2002), el más experimentalista.



EL SILENCIO, de José María Latorre

Sabara Editorial
Colección: Narrativa
Libro digital
Fecha de publicación: 2012
ISBN 978-84-940304-0-6

* * *

Uno cree en los ciclos literarios, o vaivenes si se quiere; cree en el hecho de que no hemos llegado, ni por suerte va a llegarse nunca, a una estética definitiva, irrefutable, sino que en cualquier momento cabe la posibilidad de rescatar y darle nueva vida a aquello que ha quedado atrás en el camino, arrumbado por obsoleto. Porque, ¿quién ha decidido que algo está «obsoleto»?

Igual que uno cree en la estética literaria, piensa que es obligación de los escritores cuestionarse los patrones que imperan y no dar por supuesto que el camino se halla cegado en otra dirección que la habitual. En resumidas cuentas: es obligación ineludible de todo escritor que comienza intentar desbancar (con buenas armas, eso sí) a quienes se hallan por encima de él, no limitarse a seguir las instrucciones, tomar un número en la cola y esperar estoicamente a que se llegue su turno.

El silencio, del escritor zaragozano José María Latorre, fue publicada por primera vez, en papel, en el año 2000. La novela, en su día, no pasó lo suficientemente advertida entre el gran público, sin duda por la modestia de su impresión, pero también porque se trata de una obra enfrentada, de manera radical, al realismo que impera actualmente en lo literario. Un enfrentamiento que, en algunos fragmentos de la obra, emerge a la superficie con nitidez, cuando denuncia a:

«...Quienes se otorgan a sí mismos el título de guardianes de la cultura y desprecian todo cuanto no figure dentro de su mísera noción del realismo».

La razón de esta ácida consideración viene determinada porque *El silencio* no es una novela al uso contemporáneo. No se articula en torno al eje planteamiento-nudo-desenlace, entendido todo, y en especial el planteamiento, como algo sorpresivo y pirotécnico, según sostienen hoy teorías y talleres literarios; no avanza por medio de peripecias una tras otra, sin descanso para el lector, como parece es lo preceptivo en estos nuestros tiempos de ocio a cualquier costa. Nada de eso. *El silencio* es la historia de un hombre que pierde a su amada y para volver a estar con ella busca en cielo e infierno, busca «durante fragmentos de eternidad», busca en aquellos lugares donde no llegan las palabras, ni la técnica, ni el arte...

Ambientada en Barcelona, *El silencio* es, sencillamente, la historia de un hombre que busca el rastro de su amada. ¿Sencillamente? Nada más lejos de ello, porque en esta búsqueda el protagonista busca bajo todos los tabús, detrás de todas las reglas, y su objetivo último es, ni más ni menos, que encontrar algún rastro de la inmortalidad, porque «*si el amor no puede ser inmortal..., si su fragilidad es tal que cualquier agresión puede hacerlo desaparecer, no me importaba la teórica inmortalidad de las otras cosas del mundo, incluida la literaria*». El protagonista se ha planteado, nada menos, que la pregunta esencial por excelencia. Sin remilgos, sin tapujos, sin complejos, arrasando con cualquier freno de moderación estética. Adentrándose en cementerios, interrogando a las potencias del mundo... con la mayor desesperación que es posible expresar. Y precisamente ese expresar con crudeza las emociones es lo que la estética actual y realista desdeña, lo que nos ha enseñado a despreciar. Sólo un escritor, un verdadero escritor, armado no de una bonita historia, que las historias no son más que artificio, sino de un sentimiento verdadero, de un desgarrar auténtico, es capaz de embestir contra esa puerta del recato y derribarla.

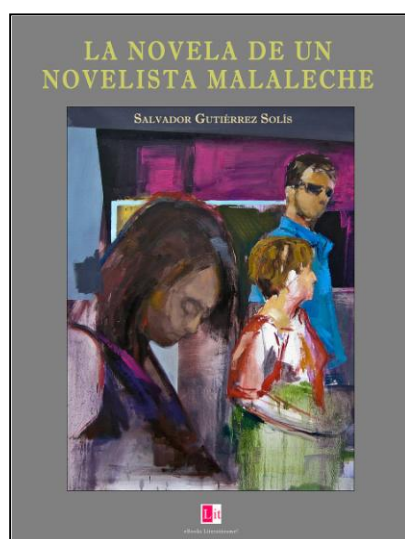
El silencio, en suma, con su ambiente fúnebre, visitas a los cementerios incluidas, con su agonía expresa, con sus preguntas eternas, no hace sino tomar del polvo a ese viejo héroe romántico tan despreciado, ridiculizado y pisoteado y darle un nuevo hálito de vida. No, no creo estar exagerando,

ni haberme desenfocado; el mismo Latorre se declara heredero de este carácter romántico: «*Hoy ya no existen mujeres como Marta ni amores como el que has idealizado, estamos en el siglo veintiuno... otro mundo, otra sociedad...*». Algo más adelante, plantea la disyuntiva casi insalvable entre lo romántico y lo racional, a propósito de la interpretación de una pieza musical: «*Aquella es romántica y habla al sentimiento con voz turbulenta; la otra quiere ser didáctica y busca respuestas en la razón, el pianista sólo interpreta una partitura, no la vive*».

Recuperada ahora en versión eBook por la editorial Sabara, salvada de un olvido que no sólo no merece sino que sería catastrófico para la literatura que se cegara esta pequeña vía abierta en el aluvión del realismo, *El silencio* supone un reencuentro con aquel eterno ser humano que hace siglos nos estremeció y al que hoy queremos ignorar. En gran medida, la novela de Latorre recuerda a otra gran obra, *La pérdida del centro*, del escritor sevillano Manuel García-Viñó (curiosamente ambas son reeditadas en eBook en estos días, la de García Viñó por la editorial ACVF), que en su día, en los años cincuenta, con parecidas armas e incluso el mismo tema de la búsqueda desesperada de la amada muerta y de la razón de la existencia, se lanzó contra la muralla del realismo. En ambos casos, estamos ante magníficas ocasiones de descubrir esos textos y pararnos a pensar si este panorama de anécdotas, juegos y despreocupación que nos rodea es el único posible.

© Miguel Baquero

<http://www.mundo-es-oblongo.blogspot.com.es>



LA NOVELA DE UN NOVELISTA MALALECHE, de Salvador Gutiérrez Solís

eBooks Literatúrame

Fecha de publicación: 2013

Libro digital

ISBN 978-84-15666-78-3

* * *

La novela de un novelista malaleche trae en sus páginas iniciales unas instrucciones de lectura. En este prólogo, el supuesto escritor nos advierte que él solo transcribe la obra, el verdadero autor le pidió que la difundiera, y así lo hace, incluyendo unas apostillas que ayudan a seguir el argumento y darle sentido.

Germán Buenaventura es un escribidor mediocre y perseverante que trabaja en la sección de cultura de un diario de provincias. Asiduo a tertulias y presentaciones literarias, eterno aspirante al *Planeta*, al *Cervantes*, al *Nadal* o a cualquier otro premio menor que reconozca su valía y le ayude a ganar fama y dinero. Tiene un coche viejo, una novia de toda la vida con la que no desea casarse, una vida monótona y la frustración clavada en el alma. Un día recibe una llamada telefónica de don Arturo Ballesteros, el mafioso local, quiere que escriba su biografía a cambio de tres millones de pesetas, cinco, si todo va bien. Por esa cantidad, Germán Buenaventura es capaz de todo, así que acepta el encargo sin vacilar y sin calibrar las consecuencias que puede acarrearle conocer los más íntimos secretos del biografiado.

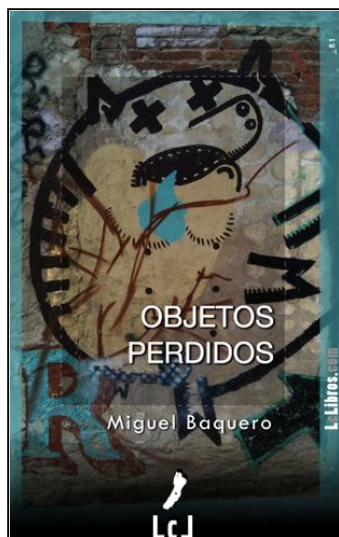
Cada tarde, un coche kilométrico acude a recoger a Germán Buenaventura a la puerta de su casa y le lleva a la mansión enorme y hortería de don Arturo Ballesteros. Allí el hombre se confiesa: ganó su primer millón sobornando a un cabo de la Guardia Civil, traficó con oro, frecuentaba los prostíbulos, le rompía las piernas al primero que torciera su voluntad... Aunque lo más sorprendente para Germán sea la colección de vírgenes que atesora: ciento cuarenta y ocho imágenes de la santa Virgen, a quien don Arturo identifica con su propia madre terrenal.

Un buen polvo con la amante del capo, o el peor, según se mire, complica de mala manera la intrascendente vida de Germán Buenaventura. Desde ese momento se inicia la huida, la venganza, la locura ante el temor a ser asesinado.

Salvador Gutiérrez Solís, el auténtico y único responsable de este embrollo, nos lleva por escenarios que nos recuerdan a películas como *El Padrino* o cualquier filme de Tarantino. Con desparpajo y humor fino nos involucra en una trama acelerada, violenta, a veces delirante, que provoca sonrisas, divierte y consigue que el lector pase un rato entretenido ansiando llegar al final de tamaño dislate. Pero el final no es el fin, aunque no voy a desvelar esta sorpresa.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



OBJETOS PERDIDOS, de Miguel Baquero

Editorial LcL

Colección: Contemporánea

Fecha de publicación: 2012

Libro digital

ISBN 978-84-15414-61-2

No hay ninguna vida, en principio, que no merezca ser narrada, esto lo sabemos desde Flaubert y su *Corazón sencillo*, en el que narraba las «vicisitudes» de una criada en la Normandía de la época. De hecho, la novela moderna parece haberse constituido sobre la base de los caracteres cotidianos, del pensamiento corriente convertido en monólogo interior, de los héroes y malvados que puede haber en cada uno de nosotros... Casi podría decirse que hay una línea que parte por medio la literatura, y de un lado están esas novelas protagonizadas por hombrones históricos, mujeronas célebres, ambientadas entre mármoles y salones resplandecientes, o en castillos enigmáticos rodeados por la bruma, y por otro lado están los libros que tratan sobre gente moliente en un universo palpable. No hace falta decir cuáles son mis preferencias en este asunto y dónde considero yo que está la literatura de mérito.

El protagonista de *Objetos perdidos*, la última novela de Miguel Baquero, es, de hecho, tan cotidiano que resulta grotesco. Puede el lector de esta reseña ir añadiendo «como tantos» antes de cada coma: ejemplo: estudiante mediocre «como tantos», concluyó una carrera más que nada por inercia..., no encontró trabajo en lo suyo..., se vio obligado a buscar un trabajo fijo al precio de renunciar a todas sus ilusiones..., acabó al fin sumergido en un sótano acumulando aburrimiento... Todo es, como se ha dicho, tan común que resulta grotesco, pero muy lejos está Baquero de ridiculizar esta vida inane desde una posición presuntamente superior o infatuándose, qué sé yo, de aventurero o de «tipo que escribe». Muy al contrario, aunque todo está bañado por el humor, un humor fresco que en ocasiones llega al extremo de la carcajada, hay en el conjunto del texto una ternura hacia los personajes, una simpatía —bien lejos de la compasión—, un reconocimiento de la afinidad que es, seguramente, una de las principales bazas de este libro.

Todo cambia en la vida de este anodino —y entrañable, al final— personaje el día que, por turbios derroteros literarios, se encuentra en posesión de una *mountain-bike* y decide hacerse ciclista en sus horas libres. El cambio, para el lector/espectador acostumbrado a los dramones históricos o a las aventuras interdimensionales, es tan minúsculo que entra en la categoría de lo desdeñable, pero en *Objetos perdidos* ese brusco cambio de postura —de pie, o agarrado a la barra del autobús, a encorvado sobre un manillar— supone para el protagonista toda una revolución en su mentalidad, en su sistema de valores, en su manera de enfrentarse a la vida...

Escrito de una manera ágil, salteada de giros sorprendentes, y de una deliciosa amenidad —que no excluye, como se ha dicho, ni lo tierno ni la invitación continua a detenernos y reflexionar sobre nosotros mismos—, *Objetos perdidos* es un magnífico texto que confirma, si acaso hiciera falta, que la verdadera literatura suele residir en las pequeñas cosas.

© Marcos Frey



LA MARCA DEL MERIDIANO, de Lorenzo Silva

Editorial Planeta

Colección: Autores Españoles e Iberoamericanos

Fecha de publicación: 2012

400 páginas

ISBN 978-84-08-03123-9

* * *

Silva se mueve con comodidad con los personajes de la saga Bevilacqua. La novela, en primera persona, está dotada de un plus de proximidad e identificación del lector con el brigada de la Guardia Civil. A ello contribuye, tanto las reflexiones y diálogos que Bevilacqua va manteniendo consigo mismo —impensables si no fuera el narrador— como la visión unipersonal de toda la trama a través de sus ojos y sus oídos. En ese itinerario hacia y hasta llegar al desenlace, el

autor obra con absoluta transparencia, alejado de las trampas u ocultaciones que con frecuencia llenan las novelas de intriga. Es algo que, no por obvio, debe ser remarcado porque muestra un diálogo limpio —honrado, sería la palabra adecuada— autor/lector, algo que por desgracia no abunda. Y ello sin que el ansia por devorar —literal y literariamente— la novela se resienta, muy al contrario.

Salvando las distancias, y sin que sea una crítica negativa para el escritor norteamericano (cada uno tiene su estilo, y hay gustos para todos), vale la pena contrastar *La marca del meridiano* con *La caja negra* de Michael Connelly, el último premio RBA. Lo que me interesa señalar como diferencia entre Bevilacqua y Bosch —los dos policías protagonistas—, extrapolado a la novela negra o policíaca española y a la americana es lo que sigue. En la nuestra, la propia de la Piel de Toro, y Lorenzo Silva es un ejemplo, destaca la humanidad sobre la técnica, la carne sobre la osamenta, la metafísica sobre la física. El acento de Silva está puesto, aparte de en la intriga, en los sentimientos personales de su protagonista principal en forma de digresiones—: *Lo que le añade a un edificio el revoco de la fachada puede hacerlo más aparente a la vista, pero en modo alguno más sólido*—. Incluso las referencias al psicoanálisis lacaniano—: *Nunca nos atrae de alguien lo que ese alguien es, sino el reflejo que en la persona en cuestión atisbamos de una figura preexistente en nuestra psique*—. Son guindas que a mi modo de ver enriquecen la novela y la subliman elevando las crestas de su encefalograma literario y ahondando sus simas, dando relieve a lo que de otra forma sería un plano duro y puro. Una planimetría bidimensional que nos conduce, cuando hablamos del libro de Connelly —su parte positiva, si se la quiere considerar así—, por una autopista plácida sin cambios de rasante y sin más accidentes ni mudanza en las marchas que la obligada por las casetas de peaje o las estaciones de servicio, al contrario de una carretera comarcal —La Marca del meridiano—, que nos obliga a tomar contacto con los pueblos que atravesamos y a poner segunda o primera, incluso a pararnos, en determinados sitios.

El título de la novela de Silva contiene una acotación política, no sé si correcta o incorrecta en estos tiempos en que todo se mide con pie de rey, una reflexión contenida en el texto y manifestada por él al recibir el Premio Planeta, que yo comparto plenamente. Por encima de los idiomas —catalán o castellano—, de cuerpos de policía —los Mossos o la Guardia Civil—, o de líneas imaginarias creadas artificialmente por el hombre —el propio meridiano de Greenwich que divide al mundo en dos hemisferios, o las fronteras entre países que lo parcelan como si fuera una urbanización de fin de semana—, el planeta Tierra es uno y continuo, como lo es el delito, la bondad o la maldad del hombre. Es un mensaje de solidaridad y universalidad que el autor nos lanza desde su novela con la palabra «marca» como hito y a la vez como advertencia, y que la RAE define como: *señal hecha en una persona, animal o cosa para distinguirla de otra, o denotar calidad o pertenencia*. Fijémonos en lo de *calidad o pertenencia*.

Quizás, quizás, quizás, como canta Nat King Cole —y aprovecho para señalar y levantar acta de las canciones y sus letras que Lorenzo incluye en su novela, otro elemento que la enriquece por lo que contiene de evocación—, hecho en falta en Chamorro, Lucía y el resto de féminas coprotagonistas, un punto de sexualidad debajo de ese uniforme de guardias civiles, un *aggiornamento* de la mujer que, en la novela permanece y está anclada —creo— en la lucha por la competencia profesional con el hombre, en demostrar una capacitación que la atenaza, la *encarcara* —por emplear un término del hemisferio oriental— y la vuelve asexual. Es ahí donde agradecería, apreciado Lorenzo Silva, un

poco más de esa carnalidad con la que invistes a Bevilacqua, Amau y compañía.

© José Vaccaro Ruiz



POLVO EN LOS LABIOS, de Montero Glez

Editorial Lengua de Trapo
Colección: Nueva Biblioteca
Fecha de publicación: 2012
162 páginas
ISBN 9788483811276

Polvo en los labios me llama. Desde que lo recibí, hace una semana, me llama. Está situado a la izquierda del escritorio, coronando una torre de libros por leer, y no deja de atraerme. Lo he cogido un par de veces y he mirado su portada. Es una fotografía de Alberto García-Alix, un autorretrato en el que aparece su brazo escayolado (con una leyenda escrita sobre él, que no logro descifrar), sujetando de una pata, con los dedos formando una pinza, un cuervo muerto. En los otros tres dedos, brillantes, desafiantes, muestra sus anillos macarras

de acero: tibias cruzadas, anclas y calaveras: signos de pirata. El dibujo de fondo de ese retrato es un camino de tierra, un camino polvoriento y vacío. Como no podía ser de otra manera, la fotografía se titula «Los malheridos».

Tampoco resisto la tentación de hojear el nuevo libro de cuentos de Montero Glez. Miro los títulos de los relatos, su extensión, y leo algún párrafo suelto, a ver qué tal suena. Y suena preciso, desafiante. Contundente, como el disparo de una Magnum 44.

Dejo las obligaciones, las correcciones del próximo libro que me tienen hastiado, y comienzo a leer el relato que da título al libro, «Polvo en los labios». No tengo intención de leerlo entero, pero me engancha desde sus primeras palabras. Y es que estoy dentro de la historia, viajando en el taxi con Chet Baker y su amigo español camino del poblado de los Pies Negros (es un suponer) a la búsqueda de algo que calme la sed, la santa sed de las venas. Y recuerdo la anécdota del toro muerto a estocadas en la Gran Vía, porque vi la fotografía hace poco tiempo, en la exposición que realizaron cuando la diagonal madrileña cumplió 100 años. Y, lo que es definitivo, porque conocí a Chet Baker en ese último viaje a Madrid, unos meses antes de su muerte. Así que se me corta el aliento y no vuelvo a respirar con hondura hasta que acabo de leer el relato. Y, al terminar de leerlo, pienso que no solo es la historia, que no se trata solo de eso, que es Montero Glez, con su prosa exacta y acerada, con el veneno dulce y rastrero de sus palabras, quien me ha metido dentro del taxi, quién me ha hecho viajar hasta aquel día de 1988, para disfrutar de la belleza de la vida y recalcar, de nuevo, lo absurdo y estúpido de la muerte.

Y ahí acaba mi contención.

Tras el K.O. que sigue a la lectura (esos momentos de recomponer el puzzle en la cabeza, el visionado de retratos imaginados o rescatados del recuerdo, en el Jhonny, aquella noche, sábado 11 de marzo, 1988, ¿llovía?; el repaso de párrafos, palabras que llegan con las que etiquetar los sentimientos que alteraran el alma) me acabo entregando al libro de relatos a la búsqueda de más chutes, a la búsqueda de más satisfacción. Y entonces me encuentro trasladado en cada narración a un momento preciso de la Historia, a un año y un día determinado, en el que ocurrieron hechos reales de los que Montero Glez ha sabido extraer una maravillosa narración. Y, como gusta el autor, paseo por el lumpen del Madrid alfonsino del siglo XIX, con sus folleteos e intrigas, lo que algunos llaman bajos fondos, gente de bajos instintos, porque no saben dónde tienen el corazón; o por los arrabales de Conil el día del cumplimiento de una sentencia de muerte que escapa a la razón del condenado («*El último sacramento*» es un relato digno de enseñarse en las escuelas de creación literarias de este país); o me encuentro con tierra entre las uñas después de haber sepultado, sin saberlo, a «*Lulú*»; o me descubre algo que no sabía y que al parecer es de dominio público en «*El secreto de la Garbo*», pero lo desvela de modo perfecto, fascinando, con ese estilo de «ahí queda eso» de los mejores toreos.

Y es que Montero Glez escribe templando las palabras, afinándolas con elegancia a pesar de los tonos y temas, porque somos sobre todo carne, y la carne nos domina, y nos pide lo suyo y nosotros, pobres mortales, no podemos negárselo.

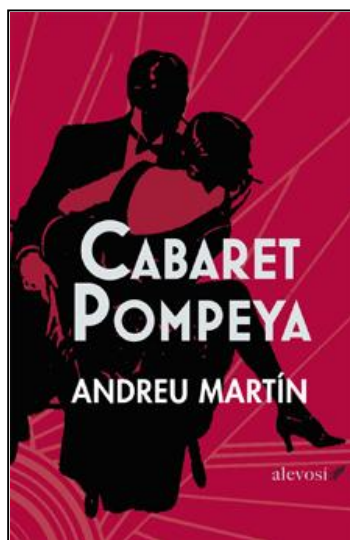
Y eso mismo es lo que me ha ocurrido a mí, que le he estado dando al cuerpo lo que me pedía. Dos horas más tarde termino de leer *Polvo en los labios*, y me quedo pensando en las casualidades, que no creo que existan, y en el rumor nimbado que destila ese primer relato.

Cierro los ojos y miro de lado el rostro de Chet Baker, sudoroso y lleno de arrugas, inquieto mientras cruzamos Madrid en un taxi que huele a humo, a la búsqueda de la «bola rápida» (mitad jaco, mitad dama blanca) que él necesita. Y yo, callado, un poco ido, lo observo y me arrasco las costras del hambre como él hace con sus tobillos, mientras espero las micras, las migajas que corresponden al perro de caza que señala la presa con el hocico. Y me descubro acariciando el brazo, justo en el sitio de la punción venosa, marcando la cruceta, como si, en verdad, lo estuviese viviendo.

Cojo el libro y vuelvo a contemplar la portada. Me hechiza esa fotografía, al igual que ese primer relato de *Polvo en los labios*. Me hacen recordar aquellos tiempos de ruido y furia, de vida al límite. La ciudad es un laberinto en el tiempo y nosotros éramos los señores del mundo. Siempre supimos que lo nuestro iba a ser escribir la Historia, que no nos íbamos a limitar a verla pasar. Los tres comeríamos vida. Aún a costa de acabar siendo ese brazo herido y enyesado, esos nudillos pelados adornados de acero, ese solitario y polvoriento camino, ese pájaro muerto.

For those about to rock, y desde el precipicio de aquella juventud, Bacø os saluda.

© Esteban Gutiérrez Gómez
<http://bacovicious.blogspot.com.es>



***CABARET POMPEYA*, de Andreu Martín**

Editorial Alevosía
Fecha de publicación: 2012
632 páginas
ISBN 978-84-15608-09-7

* * *

Hablar de Andreu Martín es referirse a uno de los grandes novelistas actuales de la literatura española y uno de los maestros del género negro internacional. A lo largo de una carrera novelística —aunque también ha sido creador de historietas, guionista y realizador de cine— siempre ascendente y larga, que se inicia con *El caballo y el mono* publicada en Anagrama en 1984, Martín, sin apearse nunca de los fundamentos de un género en el que se siente cómodo ni abjurar

de su raigambre popular —el entretener para instruir; el crimen como herramienta para explicar la sociedad, explicarnos y explicarse— ha construido una carrera de una solidez literaria indiscutible que ha deslumbrado al lector con algunas de sus novelas que no se olvidan y son referentes magistrales del *negropolicial*: *Prótesis*, *Bellísimas personas*...

Cabaret Pompeya, una de sus últimas novelas —el estajanovista Martín, mientras escribo esto, ya ha publicado otra— tiene tanto de novela negra como de novela histórica. A través de tres personajes entrañables, tres amigos de toda la vida, Fernando Gavanza, *el Fueyito*, Víctor Luys y Miguel Jinete, *los tres del Pompeya*, un cabaret emblemático que se convierte en su centro de reunión, Andreu Martín construye un fresco de la ciudad de Barcelona que va de la época del pistolero, en la que los sicarios de la patronal se enfrentaban a los anarquistas en las calles de la Ciudad Condal, a la interminable noche del franquismo pasando por la sublevación fascista, los hechos del 19 de julio, durante los que los anarquistas catalanes disfrutaron de un efímero poder, la contrarrevolución, la derrota de la República, el exilio y la Segunda Guerra Mundial de la que la guerra civil fue su aperitivo.

El Paralelo era un campo de batalla, una catástrofe natural. Allí, a los fusiles y las pistolas, se sumaban un par de ametralladoras pesadas y hasta obuses. El silbido escalofriante, las explosiones demoledoras, el tableteo pesado, el tintineo de miles de casquillos rebotando en el pavimento, todo contribuía a dar una terrorífica sensación de terremoto. Había muertos tirados y olvidados en un rincón, heridos gimoteantes y heridos blasfemantes, odio só-lido, órdenes ladradas, el olor tóxico de la pólvora, la borrachera de la adrenalina.

Con una arquitectura impecable, dominio del escenario y del tiempo (la novela, en un largo flash back, se inicia con la agonía del dictador, ladrón de tantas vidas y almas, las de los protagonistas entre ellas), manejo de un sinfín de personajes dibujados a conciencia —Martín mima a los secundarios, como las entrañables putas Dulce y Bombón, por ejemplo—, atento a cada detalle ambiental, por nimio que parezca, y con unos diálogos naturalistas construye el autor de *A navajazos* esta historia épica de sangre, sudor y lágrimas, con efímeras victorias y largas derrotas, que tiene como epicentro la Ciudad Condal, el personaje central de la trama, la Barcelona roja y revolucionaria, la del caos con los enfrentamientos entre anarquistas y comunistas, la finalmente derrotada y que debe de hacer de tripas corazón cuando la guerra se pierde y llega el nuevo orden fascista.

Vio una Barcelona triste, destrozada, vencida, violada, con edificios en ruinas por todas partes, con militares armados imponiendo su ley, y boinas rojas de falangistas, y la cara de Franco y el yugo y las flechas ensuciando las paredes.

Y en medio de esa turbulencia que sacude la ciudad, que Martín describe de forma muy visual, perfectamente cinematográfica (*Cabaret Pompeya* sería una excelente película) esos tres amigos tan dispares en su ideología y humanos en sus flaquezas, que corresponden a tres arquetipos, y a los que la guerra separa, hasta enfrenta. Fernando Gavanza, el Fueyito, el bandeonista, es la viva imagen de la derrota, el superviviente de acontecimientos que le sobrepasan —cruza la frontera, malvive en la playa francesa de Argelers, regresa a España y actúa para los nazis cuando Berlín está a punto de ser tomada por el ejército soviético—, paradigma de esa España golpeada por los acontecimientos, en los que no se acaba de implicar, y que resume sus silencios, ante su hijo, de forma sobrecogedora.

Porque a nadie le gusta contar cómo le dieron por el culo. Porque siempre quise que tuvieras de mí una imagen íntegra y digna, y en aquel campo me quitaron la dignidad y me rompieron por dentro. Allí, el miedo me volvió lameculos de quienes me aporreaban, acepté que quien tiene la fuerza tiene la razón, les entregué toda mi honestidad y mis principios.

Víctor Luys, por el contrario, es el revolucionario convencido, el anarquista puro, el luchador obrero que no acepta la derrota, se reconvierte en resistente y purga veinte años de cárcel tras salvar su vida in extremis. Y por último está Miguel Jinete, el más turbio de todos ellos, auténtico personaje de novela negra, el quintacolumnista que se convierte en martillo de anarquistas cazándolos a sangre y fuego tras infiltrarse en sus filas, el tipo sin principios que pronto ficha por el bando de los vencedores con sus credenciales de torturador y asesino, y llega a cargo policial con el franquismo, pero no olvida a sus amigos a pesar de las insalvables diferencias ideológicas y éticas y del tiempo pasado.

El convento de San Elías resultaba un decorado perfecto para la tortura y las ejecuciones. Los sótanos eran auténticas mazmorras medievales, que combinaban con los grilletes, los látigos, las tenazas, los machetes, la sangre, los gritos del reo y las risotadas de los verdugos.

Cabaret Pompeya es la novela más ambiciosa que he leído de Andreu Martín hasta el momento. Y se nota, porque es evidente, que el autor se implica en ella emocionalmente, que no es ajeno a nada de lo que narra porque se lo contaron familiares y amigos que vivieron los acontecimientos que ilustra. Con todos esos recuerdos, con todas esas historias de sobremesa y que un Andreu Martín niño escuchaba a los suyos, sumado a una ingente labor de documentación para reconstruir esa Barcelona que ya no existe, compone este mosaico vivo que late con vida propia que es *Cabaret Pompeya*.

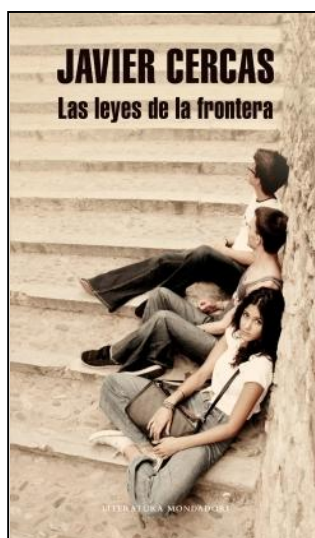
Dice el autor, que un amigo, en una feria de Frankfurt le pidió que escribiera la gran novela negra sobre Barcelona, pero Martín ha ido mucho más lejos y ha escrito, sin duda, la gran novela sobre Barcelona.

Vivimos por inercia, porque no pensamos, porque nos da mucha pereza morir y nos acostumbramos a vivir entre maldad y mezquindad y miseria y egoísmo y estupidez a base de convencernos de que, de vez en cuando, lo pasamos bien.

Pues eso, y muchas cosas más, es *Cabaret Pompeya*: una forma de pasárselo bien paseando por más de cincuenta años de historia de una ciudad viva que dio mucho que hablar y fue el epicentro de sucesos extraordinarios que Martín recoge y graba en nuestra memoria a golpes de buena literatura.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



LAS LEYES DE LA FRONTERA, de Javier Cercas

Editorial Mondadori

Colección: Literatura Mondadori

Fecha de publicación: 2012

384 páginas

ISBN 9788439726883

Javier Cercas se inviste de la bata blanca de forense, coge el bisturí de cuatro filos y la sierra y nos disecciona una parte de nuestra historia, la que va desde finales de los años setenta del siglo pasado hasta prácticamente nuestros días. Un periodo convulso que enmarca lo que se ha venido en llamar Transición, una entelequia que hoy es fruto de adoración por gentes que no la vivieron y pontifican sobre ella con total impunidad y desvergüenza. La visión de esa época, urdida con mimbres nostálgicos por el autor —los porros, los recreativos Vilaró, las putas, el primer

polvo, los albergues— en la ciudad de Gerona, está tocada con una pátina a la vez que rancia, comprensiva y preñada de una caridad muy cercana al cariño. Una pátina, si se me permite, entre romántica e inocente. Una aclaración debo hacer, y es que en este caso romanticismo e inocencia son valores positivos que no deben confundirse con lo ilusorio o lo falseado.

Es inevitable que el lector que vivió aquella época la enfrente a la realidad de hoy, tan distinta la una de la otra. La delincuencia propia de aquel periodo antediluviano y neolítico, artesanal y manual, contrasta con la actual de guante blanco propia de la Guerra de las Galaxias, en la que el lado oscuro de la fuerza tiene como herramientas la distancia que la informática y su anonimato pone entre delincuente y víctima, allí donde antes había contigüidad y cercanía. La sirla y el puñetazo substituidos por el Samsung Galaxy y Google, por no hablar de la picaresca que hoy enseñoorea a eso que llamamos democracia, contaminada por una corrupción galopante. Robin Hood y Luis Candelas contra la trama Gurtel, o Pretoria, o el Palau de la Música, o Mercurio, o...

El Zarco, su nacimiento como delincuente, su auge y su caída es el eje de la novela. A su lado el resto de protagonistas —el Gafitas, Tere, el Guille— son como las lunas de Saturno girando a su alrededor, esforzándose para que su fuerza centrípeta —al igual que pasa con el planeta— no los engulla y fagocite. La sicología de aquel tipo de delincuencia tan hija de su tiempo, con referentes reales como el Vaquilla o el Lute, está reflejada con grano fino en cuanto a sus motivaciones, forma de actuar, origen y evolución, hasta llegar a su acta de defunción por pura obsolescencia. Como todo en esta vida tenía fecha de caducidad, y uno de los aciertos de Cercas es señalarmos en negrita los cambios sociales, políticos y económicos —también la suma de años de sus protagonistas— creadores de un nuevo marco en donde un enquistado y petrificado Zarco ya ni tiene, ni puede, encontrar su lugar bajo el sol.

Cercas construye la historia de manera dialogada, un estilo duro y cortante que tiene como antecedente más reciente *La llamada de un extraño*, de Rafael Alcalde, y en un pasado no muy lejano *El Abuelo*, de Benito Pérez Galdós. Es un estilo difícil por cuanto comporta muchas limitaciones al renunciar al narrador, que siempre es un contrapunto y un recurso para que el novelista pueda llenar «vacíos». Un estilo perfectamente adecuado y ajustado a la historia del Zarco porque al oírla relatar de viva voz por sus protagonistas adquiere un verismo, una implicación y una proximidad que de otra forma se hubiera perdido o hubiera sido muy difícil de lograr. Además dota a la novela de una visión poliédrica en base al personaje que en cada momento y capítulo monologa de manera estanca. La secuencia histórica de las diversas entrevistas, que en la ficción responden a la preparación de un libro, perfectamente pautada y medida, permite establecer una cronología de los hechos que avanza

y se asienta en cada etapa de la narración con rotundidad y plenitud creando, en quien tiene *Las leyes de la frontera* en sus manos eso tan difícil —y que en la solapa de los libros los publicistas anuncian a bombo y platillo, aunque la mayor parte de las veces sea falso—, la avidez para seguir leyendo. Que en este caso es verdadera.

En *Las leyes de la frontera* la forma literaria potencia el contenido material de la novela, su trama —su argumento—, entrelazándose y potenciándose ambos componentes hasta no llegar a saber en dónde está y/o acaba el uno y comienza el otro. Una simbiosis, un ecosistema de vasos comunicantes casi biológico que se retroalimenta, y que con otras pautas del cuaderno de escritura más «convencionales» perdería fuerza, sinceridad y eso que apreciamos tanto los novelistas que es la credibilidad y la honradez para con el lector. Las novelas de Cercas están trabadas con una osadía formal y estilística que no se ajusta a ningún molde «académico» preestablecido. Incluso en *Las leyes de la frontera* el carácter dialogado no es puro. Como ejemplo claro de su escritura, puesta al servicio de la historia que cuenta, en tanto su único referente, no es ocioso citar *Soldados de Salamina*, en donde la construcción, destrucción y reconstrucción de la trama es permanente y lo único que importa es la literatura en su concepto más puro.

© José Vaccaro Ruiz



***LAS FRUTAS DE LA LUNA*, de Ángel Olgoso**

Editorial Menoscuarto
Colección: Reloj de arena
Fecha de publicación: 2013
216 páginas
ISBN 978-84-96675-98-8

* * *

Si alguien me preguntara alguna vez en qué consiste escribir bien, creo que la única respuesta sensata que se me ocurriría sería esta: Escribir bien es escribir como lo hace Ángel Olgoso. Y si alguno no conoce todavía la escritura de Ángel Olgoso, puede que ya haya llegado el momento de enmendar esa falta. Nada más fácil para ello que hacerse con un ejemplar de su último libro, *Las frutas de la luna*, donde una vez más el autor andaluz vierte todo su talento de armador concienzudo y elegante, de auténtico prestidigitador de las letras, para llevarnos por un universo sensorial y lúcido donde no tienen cabida ni las certezas ni las categorías incuestionables.

Por resumirlo de alguna manera, se podría decir que la prosa de Olgoso recuerda a las exquisitas filigranas de los templos sagrados de Jaisalmer o a los más refinados arabescos de La Alhambra. Olgoso construye sus historias con la delicadeza del artesano más refinado, hasta construir una pieza no solo magníficamente elaborada, sino ante todo sugestiva, exuberante, subyugadora.

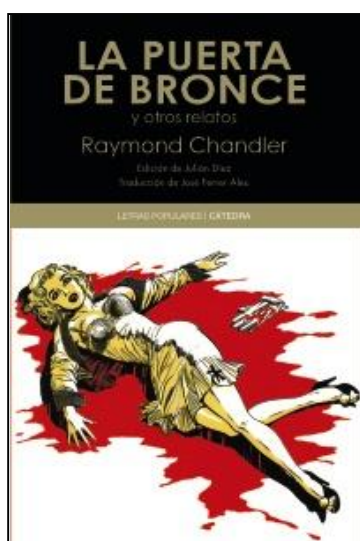
Pero no es solo el estilo lo que hace de cada relato de Ángel Olgoso una auténtica pieza de museo. El talento para la fabulación del escritor granadino alcanza niveles difícilmente igualables. No resulta sencillo, en ese sentido, describir de qué habla *Las frutas de la luna*. En total, son veinte los relatos que dan forma a este libro, y cada relato esconde dentro de sí mismo multitud de miradas convergentes o dispares, de heridas intangibles y de sospechas apenas vislumbradas. Por resumirlo de alguna manera, me voy a permitir reproducir unas cuantas líneas del primero de ellos, «Contravía», donde se narra con una belleza nada gratuita uno de los muchos posibles finales al universo tal como lo conocemos. Así pues, diremos que dentro de *Las frutas de la luna* podemos encontrar...

«... desde lo más ínfimo a lo más exorbitante, las cosas más peregrinas y los actos más distraídos, las somnolencias y las esperas, la fiebre de los horarios y de los litigios, las fotografías sin revelar, las tareas escolares detestadas, los ripios de enamorados, una bombilla que parpadea bajo la tulipa de un portal, la sombra de una piedra porosa sobre la rala hierba de un camino, los fogonazos y las germinaciones, las arrugas y las mariposas, las gemas y las miasmas, la triste y sucia osamenta de los barrios industriales, el crujido de una rama de fresno durante la tormenta, un cuchillo que desciende contra una verdura remojada o un ani-

mal muerto, las pavesas de un incendio, una rueda que derrapa apenas sobre la grava de una curva...»

Tampoco resulta sencillo escoger unos relatos del libro en detrimento de otros, y menos aún tratar de resumir su argumento (que va más allá de la lógica de la trama imperante en las novelas de consumo). En cualquier caso, y para no extenderme demasiado, me atrevería a señalar —solo a modo de ejemplo— el cuento titulado «Suero», donde en apenas unas páginas se sintetiza el sustrato más íntimo de la relación entre una madre y una hija a lo largo de toda una existencia, todo ello aderezado con el exquisito estilo de Olgoso; o «Dibujé un pez en el polvo», donde se nos cuenta el ocaso de abandono e indiferencia en que la divinidad creadora va pasando sus últimos días, lejos ya de las preocupaciones de los humanos y ausente casi por completo de sus vidas; o «El confeti de nuestras cenizas», donde un largo *travelling* a través del tiempo va enlazando diferentes épocas bajo el nexo de un viejo bastón cuya propiedad se traspasa de mano en mano. Son, en cualquier caso, los diferentes matices y el tono con que cada uno de los relatos está construido lo que otorga al libro esa dimensión a medio camino entre el lirismo y la belleza absoluta que no puede dejar de subyugar al lector. Como todos los libros de Ángel Olgoso, *Las frutas de la luna* debe disfrutarse a sorbos breves, espaciados, ligeros; no es un libro que pida ser devorado con ansiedad, sino degustado con lentitud y calma. Y también —por qué no decirlo— una magnífica ocasión para dar respuesta a todos los que alguna vez se han preguntado en qué consiste la verdadera literatura.

© Carlos Manzano
<http://carlosmanzano.net>



**LA PUERTA DE BRONCE Y OTROS RELATOS, de
Raymond Chandler**

Ediciones Cátedra
Colección: Letras Populares
Fecha de publicación: 2012
280 páginas
ISBN 978-84-376-3063-2

A Raymond Chandler, uno de los epígonos de la novela negra norteamericana, pareja de hecho de Dashiell Hammett, se le conoce, sobre todo, por sus novelas policíacas *Adiós, muñeca* y *El largo adiós* con las que catapultó a su personaje Philippe Marlowe, un investigador cínico, cáustico y mujeriego, pero Chandler, que quería ser escritor serio y aprendió el oficio de forma tardía, a los 45 años, en revistas

pulp como *Black Mask*, tiene una obra narrativa corta, nada despreciable y poco conocida en España, que llega gracias a una cuidada edición que hace Cátedra.

Tres narraciones extensas, alguna casi una novela corta, integran el volumen que toma nombre de una de ellas, *La puerta de bronce*, que precisamente no es la mejor de las tres. En ésta, como en las dos que le siguen, *El rapé del profesor Bingo*, claramente paródico hasta en su título, y *Un verano inglés*, coquetea el escritor nacido en Chicago con el género fantástico (en las dos primeras los personajes desaparecen, uno por esa puerta de bronce que parece la entrada a una nueva dimensión, otros gracias a ese extraño rapé que hace que el que lo tome se vuelva invisible) y hace alarde de un estilo narrativo distante y frío, con gotas de humor e ironía (*Las tardes de verano inglesas, como los propios ingleses, se eternizan*), que resulta exquisitamente *british*.

El ejercicio narrativo-descriptivo del que alardea Chandler resulta impecable. Su prosa, a veces artificiosa, elegante.

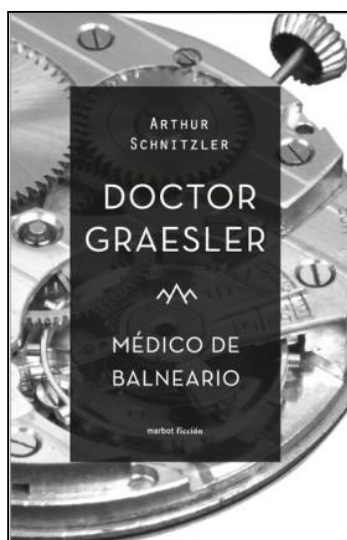
La casa era un magnífico edificio de ladrillos rojos oscurecidos por el tiempo, de tradicional estilo isabelino, con balcones saledizos sumamente emplomados. Gordas armas dormían detrás de ellos como obispos, veteando con sus telas los cristales y mirando soñolientas desde los mismos sitios donde, antaño, petimetres con cara de halcón y jubón acuchillado contemplaban Inglaterra sin que el encanto claustral del lugar apaciguase su turbulencia.

Las frases que emplea Chandler en algunos de sus tres relatos, concretamente en *Un verano inglés*, una narración tan negra como romántica, con asesina femenina, precursora de sus *femme fatal* que pueblan sus novelas, parecen perfectamente destiladas: *Era una tarde lúgubre, gris como un patio de cárcel. Un día para un verdugo.*

Completa el volumen un riguroso estudio que hace del autor Julián Díez, que repasa la vida y la obra del creador de Marlowe, destapa sus difíciles relaciones con el cine (encontranzas con Billy Wilder, por ejemplo, a quien, sin embargo, le agradece todo lo que le enseñó acerca del séptimo arte), la fobia que profesaba a James Cain, una de cuyas novelas tuvo que convertir en guion, y su contradictorio desprecio por la literatura de género de la que formó parte con cierto complejo de culpa por que Chandler aspiraba a ser un escritor con mayúsculas, y lo fue. Una introducción muy ilustrativa acerca del nacimiento del género en EE.UU y las tensas relaciones entre sus pioneros que sin duda agradecerán todos los aficionados al género.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



DOCTOR GRAESLER, de Arthur Schnitzler

Marbot Ediciones
Colección: Ficción
Fecha de publicación: 2012
156 páginas
ISBN 978-84-92728-36-7

No es muy conocido entre nosotros este excelente autor austriaco, contemporáneo de Sigmund Freud y con el que guarda una serie de afinidades. Schnitzler, médico metido a dramaturgo, cuentista y novelista, cuyo grueso de su obra espera un traductor (quince libros vertidos al español de la cincuentena larga de su producción), compartió con el padre del psicoanálisis, aparte de nacionalidad (ambos eran judíos vieneses), una obsesión por la muerte, el sexo y la psicología.

Doctor Graesler es una obra tan corta como intensa en la que Schnitzler, en muy pocas páginas, desgana las dudas sentimentales del médico protagonista que se debate entre dos mujeres jóvenes, Katharine y Sabine, de clases sociales antagónicas, y el complejo de culpa que le causa su desgracia por no haberles profesado el amor que reclamaban.

Pulsiones del deseo reprimido, un cierto pesimismo existencial, frialdad expositiva, utilización del monólogo interior y la preeminencia del intelecto sobre las pasiones servidos por una prosa fluida y desnuda caracterizan la novela breve de este escritor austriaco que Marbot Ediciones tiene la gentileza de ofrecer al público español en primicia.

Leyendo a Arthur Schnitzler, como sucede leyendo a Thomas Bernhard a pesar de su distancia generacional, el lector interioriza todo ese complejo mundo que surgió de la decadencia y desmembramiento del imperio austrohúngaro y que tanto ha marcado sus creaciones artísticas (y uno no puede evitar, leyéndolo, pensar en el pintor Egon Schiele, por ejemplo) y el propio carácter de los austriacos. Su médico de balneario protagonista de esta novela corta bien podría ser el alter ego del propio Schnitzler cuya vida sentimental fue azarosa y tuvo en su juventud dos amantes que fallecieron a edad temprana. Como en *Relato soñado*, que llevó al cine Stanley Kubrick en su película póstuma *Eyes Wide Shut* de forma textual cambiando Viena por un Nueva York que parecía la capital austríaca, el sexo, con su aura de pecado y devastación física tan de la época (el padre de Schnitzler intentó, en vano, que evitara las mujeres mostrándole fotografías de los efectos terribles que tenía la sífilis), y su represión forma parte de la compleja personalidad del médico escritor que queda patente en su obra literaria.

Un texto parco en páginas pero intenso en lo que dice.

© José Luis Muñoz

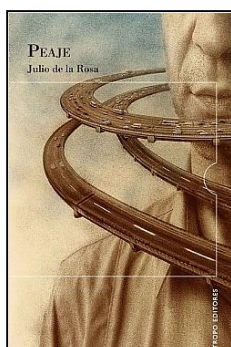
<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>

Las frutas de la luna

Ángel Olgoso

Editorial Menoscuarto, 2013

Cada nuevo libro de Ángel Olgoso supone un festín no solo para los degustadores del relato sino también para los amantes de la literatura fantástica. Las veinte nuevas historias recogidas en *Las frutas de la luna* nos muestran visiones oscuras y atmósferas inquietantes, desde perspectivas siempre vertiginosas. El autor, cuentista de culto y referencia ineludible en la narrativa breve actual en español, vuelve a entretejer con lirismo la lógica y el asombro, la maravilla y el horror. La imaginación desbordante de este libro brinda al lector páginas llenas de mundos posibles e imposibles, tan extraños como poblados de belleza.



Peaje

Julio de la Rosa

Tropo Editores, 2013

A Julio de la Rosa no le bastaba con escribir algunas de las mejores letras contemporáneas de la música española. En su primera novela, *Peaje*, demuestra una extraña madurez literaria, una mirada muy personal y un manejo del monólogo interior que recuerda a la crudeza y la profundidad del mejor Salinger: el protagonista trabaja como cobrador en la cabina del peaje de una autopista. Desde allí mata el tiempo inventando las vidas de las personas que pasan en sus coches de los conductores, pero también, y en otro plano, seduciendo y acostándose con Sonia, su supervisora. Poco a poco, la distancia entre la ficción y la realidad irá acortándose hasta tal punto

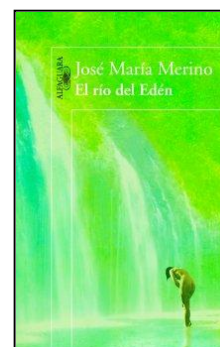
que será difícil separarlas.

El río del Edén

José María Merino

Editorial Alfaguara, 2013

En compañía de su hijo Silvio, Daniel recorre los parajes del Alto Tajo, lugar legendario en el que piensa esparcir las cenizas de su esposa. Son los mismos lugares en que el hombre y la mujer, en su primera juventud, compartieron una fuerte pasión amorosa. Al hilo de la caminata, el hombre recuerda su emocionante historia de amor, traición y arrepentimiento. Narrada desde una «segunda persona» que compone a la vez un flujo de conciencia y una narración objetiva, esta nueva novela de José María Merino vuelve a confrontar los ámbitos ajenos e indiferentes de la naturaleza —los espacios naturales— con ese desasosiego sentimental y moral que está en la sustancia misma del ser humano. *El río del Edén* conforma un drama amoroso y familiar muy propio de los tiempos que vivimos, y que sin embargo mantiene vigentes aspectos de la realidad que han sido permanentes estímulos para la ficción literaria



El huevo izquierdo del talento

Carlos Salem

Ediciones Escalera, 2013

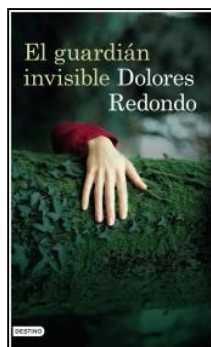
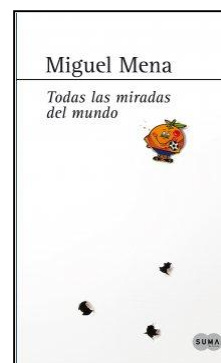
Una ciudad sin mar de la que desaparece gente por la noche, de la noche. Un medio poeta tan cansado de equivocarse por su cuenta, que confía las decisiones a un puñado de cerillas. Una mujer fuerte con el corazón frágil. Un bar en el que se dan cita todos los locos de la ciudad. Una puta virgen que recibe vestida de novia. Un boxeador reconvertido en peluquero de señoras. Un camello enamorado. Un Apostador de sueños. Un pasado que siempre vuelve a cobrarse las deudas. Un policía pequeño y malo. Otro enorme y ya veremos. Un virtuoso de la flauta que sólo puede tocar sentado en el inodoro. Un deseo que puede resultar mortal. Una noche cualquiera en una ciudad sin mar. ¿Si?

Todas las miradas del mundo

Miguel Mena

Editorial Suma de Letras, 2012

Málaga, 1982. Campeonato Mundial de Fútbol. Un miembro de la delegación neozelandesa desaparece el mismo día en que el equipo austral aterriza en la Costa del Sol. El inspector Luis Mainar, un policía solitario y sentimental, a veces atormentado por su divorcio y la enfermedad de su hija, viajará hasta el sur con intención de buscarlo, el mismo viaje que emprende un comando de ETA para ejecutar un gran atentado. Con pinceladas de novela negra, de crónica de la Transición y de relato emocional, *Todas las miradas del mundo* es una historia vibrante y conmovedora en la que confluyen el fútbol y la política internacional con terroristas iluminados, aficionados entusiastas, delincuentes de poca monta, jóvenes fascistas o enfermos de colza. Un caleidoscopio de una época y un país que compaginaba la sonrisa de Naranjito con la rutina de los funerales.



El guardián invisible

Dolores Redondo

Editorial Destino, 2013

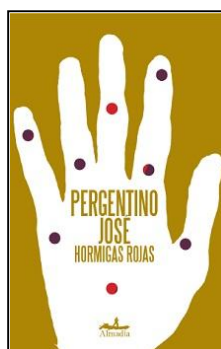
En los márgenes del río Baztán, en el valle de Navarra, aparece el cuerpo desnudo de una adolescente en unas circunstancias que lo ponen en relación con un asesinato ocurrido en los alrededores un mes atrás. La inspectora de la sección de homicidios de la Policía Foral, Amaia Salazar, será la encargada de dirigir una investigación que la llevará de vuelta a Elizondo, una pequeña población de donde es originaria y de la que ha tratado de huir toda su vida. Enfrentada con las cada vez más complicadas derivaciones del caso y con sus propios fantasmas familiares, la investigación de Amaia es una carrera contrarreloj para dar con un asesino que puede mostrar el rostro más aterrador de una realidad brutal al tiempo que convocar a los seres más inquietantes de las leyendas del Norte.

NecróParis

Fernando Cámara

LcLibros.com, 2013

Una pareja decide hacer una escapada romántica a París y pasar tres días sin sus hijos para disfrutar de la Ciudad Luz. Pero las noches traen cambios: las calles parecen estar trazadas de manera distinta a como dicen los mapas; en el hotel, y sin razón alguna, se equivocan continuamente de habitación; en sus paseos se encuentran, una y otra vez, con extraños personajes... Poco a poco, el viaje se va transformando en una auténtica y alucinante odisea. Narrada con un pulso excepcional, *NecróParis* va introduciendo al lector en un universo muy distinto al que parecen anunciar sus primeras páginas. Antes de que pueda darse cuenta, se verá inmerso en una aventura donde la realidad, la ficción y la paranoia van progresivamente acercándose hasta converger en un punto crítico y demencial. En un terror salvaje y sin clemencia. París ya nunca será igual. *NecróParis* fue finalista a los premios Ignotus y Noche.



Hormigas rojas

Pergentino José

Editorial Almadia, 2012

Un hombre intenta atravesar un bosque pero una fuerza desconocida se lo impide. Mientras contempla extraños pájaros, un joven recibe la encomienda de ser el protector de un pueblo que no es suyo. Una noche, mientras espera encontrarse con la mujer que ama, un sujeto tiene la sensación de que su historia tendrá un final violento. Estos cuentos suceden en casas carcomidas por los años, calles desiertas a medianoche, bosques a punto de desaparecer. Escenarios en los que se vive al filo. Los personajes se debaten entre los símbolos que encierran los sueños y los peligros que se ocultan tras las esquinas de cada pesadilla. En su debut como narrador, Pergentino

José se perfila como un autor inusual ya que su imaginario se alimenta de la sensibilidad y la mitología del pueblo zapoteco al reinventar las antiguas leyendas, revivir historias fraguadas con el paso de los siglos y transmitidas en el rumor de la oralidad. Sus cuentos provocan la angustia de una persecución y la venganza se vislumbra siempre inevitable.

El laberinto del pecado

Víctor Montoya

eBooks Literatúrame, 2013

La novela de Víctor Montoya, escrita con la pasión del alma y los recursos propios de la narrativa contemporánea, es un regio ejemplo de que el erotismo, incluso el más descarnado, es inherente a la literatura que aborda los temas más profundos e inquietantes de la condición humana, con valor estético y alejado de todo atavismo moralizante. *El laberinto del pecado* discurre en un ambiente minero, pero desde una perspectiva diferente a las precedentes de este subgénero, en la que sobresalen las luchas políticas en busca de reivindicaciones sociales y económicas, sin tomar en cuenta los problemas íntimos, afectivos y emocionales, como la homosexualidad masculina y femenina, que perviven entre los habitantes de esos rincones de vientos, páramos grises y sombras soterradas en las profundidades de las montañas. Los personajes de *El laberinto del pecado* actúan en diferentes planos, mediante el uso de técnicas literarias que no contempla la novelística minera boliviana.



Asco

José Ángel Barrueco

LcLibros.com, 2012

Un crucero por el Adriático parece, en principio, el escenario idóneo para relajarse y disfrutar, para olvidarse de las preocupaciones por unos días y disfrutar de la singlatura. Así opina, en un primer momento, el protagonista/narrador de *Asco*. Muy pronto, sin embargo, la realidad se instala a bordo, la mezquindad, el egoísmo y la grosería de las personas se extiende por el barco y no solo eso, sino que el hecho de tratarse, supuestamente, de un crucero «de lujo» Todo Incluido (especial importancia a las mayúsculas) potencia aún más si cabe el consumismo feroz, desenfrenado y suicida de los pasajeros. Visión crítica y descarnada de un «viaje de placer», que es, en el fondo,

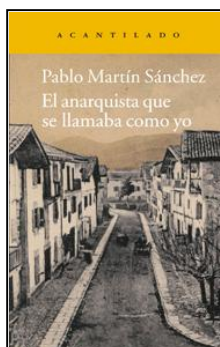
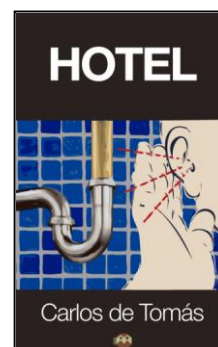
una metáfora de la sociedad occidental, pomposa, aparatosa, pero vacía, *Asco* se inscribe en la corriente de aquellos autores modernos (Bernhard, Foster Wallace, Ballard...) que con el pulso más firme han pintado la sucia realidad que se esconde tras nuestro oropel y han venido avisando del desastre.

Hotel

Carlos de Tomás

Ediciones Amarante, 2012

Hotel, el último libro de Carlos de Tomás (*El cuaderno veintiuno* o *Café Bramante*), es una obra de difícil clasificación. ¿Cuatro relatos? Tal vez se trata de una sola historia, troceada en el espacio y el tiempo. *Hotel* puede ser el terreno de juego o el damero donde se desarrolla un juego maldito, cuyo final es siempre el mismo. Incluso, cuando el final es feliz se trata de una felicidad compleja, dudosa felicidad que nos obliga a reflexionar sobre las cuestiones más profundas de nuestra existencia. El protagonista es Frank, o Ramón, o... Aunque, todos los protagonistas son en realidad Frank en distintos momentos y lugares del Cosmos. Parecen humanos, otras veces aparentan ser de un material cercano al látex o al silicio, nunca lo sabremos con certeza en esa duda tan bien tramada e inquietante con la que Carlos de Tomás nos despacha.



El anarquista que se llamaba como yo

Pablo Martín Sánchez

Editorial Acantilado, 2012

En 1924 era condenado a garrote vil el anarquista Pablo Martín Sánchez, acusado de atentar contra la dictadura de Primo de Rivera. Su homónimo, el escritor Pablo Martín Sánchez, busca, en esta inquietante novela, reconstruir su historia. A través de la vida del personaje y de su mundo, asistimos a momentos capitales del devenir de la Europa contemporánea, como el nacimiento del cine, el movimiento anarquista en París y en la Argentina, la vida de relevantes intelectuales exiliados en Francia, la Semana Trágica de Barcelona o la crispación social del viejo continente en la época de entreguerras. El lector, con el ánimo en suspenso, asistirá atónito al destino que aguarda al

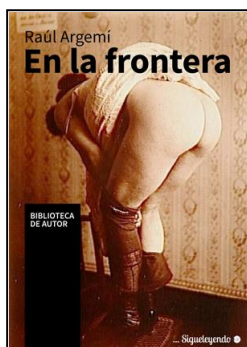
protagonista. Sus aventuras y desventuras lo mantendrán atrapado en una trama tan apasionante como difícil de olvidar.

El general y la musa

Román Piña Valls

Editorial Sloper, 2013

Es fácil quedarse perplejo ante la revelación del manuscrito firmado por el general Francisco Franco en 1933, un diario redactado entre marzo y octubre en el que descubrimos a un personaje muy distinto del que nos ha dejado la Historia. Franco, con 41 años, instalado en Mallorca, lleva una vida loca y trepidante, y se desentiende de sus responsabilidades de gobernador militar de Baleares. Intima con el escritor británico Robert Graves, se inicia en el jazz y llega a ser un instrumentista de prestigio mundial. Atormentado por pesadillas extrañas, se enamora inexplicablemente de Patricia Conde varias décadas antes de que la conocida y sexy periodista viniera al mundo. Despreciando la tensa realidad política de España y Europa, Franco se enrola en un viaje obsesivo: se implicará en una aventura detectivesca por aclarar el misterio del piano de Frederic Chopin, y conocerá en sus pesquisas a Juan March o al conde Rossi.



En la frontera

Raúl Argemí

Editorial Sigueleyendo, 2012

Este libro te ofrece nueve relatos en los que la idea de las fronteras, mentales, geográficas, de barrio, las que crea el exilio, la fantasía y, sobre todo, la mente, cuando se difuman los límites entre la demencia y lo que, se supone, no es demencia. Tal vez sea cierto que las fronteras más duras, las más infranqueables, son las que nos habitan y nos hacen como somos, aunque no nos guste. La mayor parte de estos trabajos fueron publicados en ediciones de reducida tirada, que no llegaron a las librerías porque se regalaban. Al pie de cada uno de ellos encontrarás su origen; cuándo y cómo vieron la luz por primera vez. Reunir estos relatos que frecuentan —diría

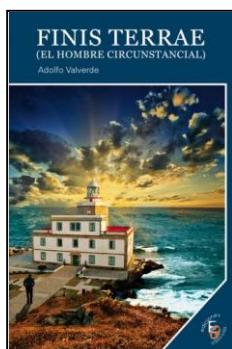
Borges— tanto la tragedia como el humor y la ironía, es darles una nueva oportunidad de vida.

Decisiones

Jorge Urreta

Editorial Amarante, 2012

Novela de intriga con elementos de ciencia ficción. Carolina, la mujer de Eduardo Montero, famoso empresario farmacéutico español, acaba de morir de un cáncer. Su viudo se culpa de su muerte, convencido de que su excesiva dedicación al trabajo ha tenido algo que ver en la tardía detección de una enfermedad que podía haber sido evitada. El sentimiento de culpa le impide salir adelante. Poco tiempo después, decide que tiene que hacer algo, para evitar perder totalmente a su mujer. Alquila una carísima cámara criogénica en Estados Unidos, en la que el cadáver reposará congelado hasta que la ciencia sea capaz de revivirlo y curar su cáncer. Y convencido de que la criogenización no es la solución definitiva, decide sopesar otras posibilidades. No tarda en entrar en contacto con diversos científicos, alejados de las investigaciones oficiales y las corrientes de pensamiento normales, que llevan tiempo experimentando con conceptos que parecen sacados de la ciencia ficción. Gracias a su dinero y su afán por probar cualquier cosa para recuperar a su esposa, termina aliándose con un científico ruso que afirma tener la solución definitiva.



Finis Terrae (el hombre circunstancial)

Adolfo Valverde

Ediciones Oblicuas, 2012

A Iago, un hombre sencillo y apasionado, nacido en Finisterre, las circunstancias de la vida le empujan por un camino inesperado. Estas circunstancias originan que deba establecer su residencia habitual en Madrid, lejos de su tierra. A causa de su pasado como marinero, y por su estrecha y profunda relación con el mar, le resultará difícil adaptarse a la vida en la capital, donde las experiencias vitales son tan distintas a las que estaba acostumbrado. Sin embargo, un nuevo acontecimiento en su vida hará que se replantee su escala de valores y el verdadero sentido de la vida. *Finis Terrae* es una novela breve pero intensa y dinámica; escrita con buen humor y repleta de descripciones que nos transportan a los maravillosos e inigualables paisajes de la costa gallega.

Soñar con ballenas

Pilar Salamanca

Editorial Menoscuarto, 2013

Soñar con ballenas es una historia de amor y muerte que transcurre en los duros años de la Segunda República y la Guerra Civil en un pueblo pesquero del Cantábrico, narración en la que Pilar Salamanca da un especial protagonismo a los personajes femeninos y que se inspira en lugares y personajes del pasado de Santoña. Un tenaz enamoramiento modula la voz narrativa de Mélida, una de las dos protagonistas de esta novela de pasiones secretas y locura, que sobrelleva en silencio su amor por Lila Vechio, una mujer fuerte, nacida para ser una dama, que se ve obligada a dirigir una fábrica de conservas al heredarla de su padre, un siciliano rico y violento, tan mujeriego como pendenciero.



Tú eres mi asesina

Eugenia Tusquets

Editorial Suma de Letras, 2012

Después de una ruptura sentimental, la pintora Regina Juncosa, «China», se desplaza a México para asistir a la boda de su hermano. El viaje la dejará marcada por la impresión que le produce el país y por el descubrimiento de la pintora Remedios Varo, cuya obra le influirá profundamente. Diez años después China volverá a México y se verá envuelta en una serie de acontecimientos que acabarán convirtiéndola en víctima de un secuestro. Durante su cautiverio, Lucio, su secuestrador, y la propia China irán estableciendo paulatinamente una relación tan insólita como intensa que llegará hasta límites hasta ese momento impensables para ninguno de los dos. La nueva novela de

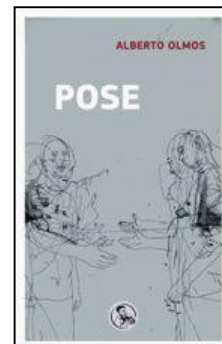
Eugenia Tusquets es un viaje a través de un territorio inusitado en el que se mezclan el arte, la memoria y las emociones. Mediante una profunda introspección en la psique de los personajes, la autora consigue desnudarlos para mostrarnos su verdadera historia.

Pose

Alberto Olmos

Editorial La uña rota, 2012

De gestos tan literarios como el de aproximarse al vientre la punta de un cuchillo, o el de pasear por la Feria del Libro de Guadalajara junto a una bella joven, se compone *Pose*, díptico modal en el que Alberto Olmos trata con ironía el universo gestual de la literatura. Dos voces colisionan: Una, venida de 2005, desde Japón, nos muestra al escritor previo, encantadoramente torturado, que hace de su vida un campo de pruebas de la palabra mientras imparte clases de castellano y de literatura en Tokio; La otra nos llega de México, del año 2010, cuando el escritor acude invitado a una importante feria literaria en Guadalajara, la mayor del mundo editorial en español. En la que con ironía y distanciamiento, inmersa ya en la impostura de los nombres propios y la fama fugitiva del negocio editorial.



Intento de escapada

Miguel Ángel Hernández

Editorial Anagrama, 2013

La rutina de Marcos, aplicado y retraído estudiante de Bellas Artes, se ve interrumpida por la llegada a su pequeña ciudad de provincias del célebre Jacobo Montes, el gran artista social del presente, cuya transgresora obra pretende ser una denuncia del capitalismo contemporáneo. Casi por azar, Marcos acaba convertido en su asistente y con él aprenderá a mirar con nuevos ojos la realidad, en especial el problema de la inmigración, tema sobre el que Montes pretende trabajar en la ciudad. Toda una experiencia de iniciación que, sin embargo, no acabará como Marcos había imaginado. Los métodos de Montes están en el límite de lo admisible. Y cuando la teoría se lleva a la

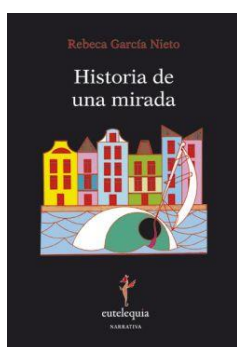
práctica, las cosas corren el riesgo de irse de las manos. En ese momento, el arte se transforma en un juego grotesco y peligroso. Una crítica profunda y envenenada del arte contemporáneo más radical y de la actitud cínica que se oculta detrás de ciertas prácticas artísticas «comprometidas».

La hora violeta

Sergio del Molino

Editorial Mondadori, 2013

La hora violeta de Sergio del Molino: Una de las frases que más escucha un padre tras la muerte de su hijo es «no tengo palabras». El mundo entero se queda sin palabras de consuelo allí donde los lugares comunes suenan a insulto. Pero Sergio del Molino sí que tenía palabras. De hecho, solo tenía palabras, las que forman esta historia de amor titulada *La hora violeta*. Este libro narra un año de la vida de su hijo Pablo, desde que fue diagnosticado de un raro y grave tipo de leucemia hasta su muerte. *La hora violeta* no es solo una apasionada carta de amor de un padre a su hijo, sino la historia de una búsqueda: la de un término que nombre a los «padres huérfanos». Hay tan pocas palabras de consuelo disponibles que el idioma se ha olvidado incluso de reservar un sustantivo para quienes ven morir a sus hijos. Del Molino expresa sin medias tintas la frustración y la angustia de un padre sin incidir en descripciones sensacionalistas del sufrimiento de su hijo. El resultado son unas emocionantes memorias que trascienden la muerte del niño al que están dedicadas.



Historia de una mirada

Rebeca García Nieto

Editorial Eutelequia, 2012

Historia de una mirada es la crónica que la abuela Nieves habría escrito de no haber sido analfabeta. La mirada a la que alude el título abarca casi todo el siglo XX y contiene los acontecimientos que marcaron la vida de los Montaraz, una familia castellana acomodada. Años después de la primera comunión de su nieta, Sara, iba a ser ésta quien retomara el testigo de la vida que le fue negada a la abuela. Movida por su deseo de ver mundo y hacerse un hueco en el mundillo del arte, Sara huye de su opresiva familia para acabar cumpliendo el deseo de su abuela, ser bailarina. Aunque lo hará de una forma muy diferente a como ésta había soñado... Tras un largo peri-

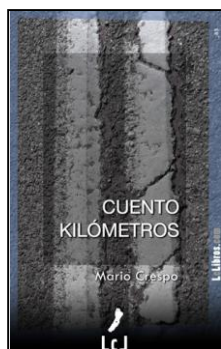
plo por Europa en busca de un sitio que no termina de encontrar, Sara acaba en el Barrio Rojo de Ámsterdam trabajando como *stripper*.

El niño que robó el caballo de Atila

Iván Repila

Editorial Libros del Silencio, 2013

Dos hermanos, el Grande y el Pequeño, confinados en el fondo de un pozo, se alimentan de todo aquello que logran encontrar y se esfuerzan por salir adelante y mantener a raya sus mentes abocadas a la locura. Mientras luchan por no perder la esperanza, el Grande concibe un plan para conseguir liberar a su hermano. Tras el éxito de su debut, *Una comedia canalla*, Iván Repila vuelve y da un giro de ciento ochenta grados a su trayectoria: en unas coordenadas de singular despojamiento (dos personajes, un único escenario), Repila articula, con un estilo rítmico y enérgico, que avanza encadenando metáforas inesperadas y construyendo calculadísimas resonancias internas, un relato alegórico de lucha, supervivencia y solidaridad.



Cuento kilómetros

Mario Crespo

LcLibros.com, 2013

Cuento kilómetros nos retrata, como pocas novelas, esa fiebre que nos invade en la adolescencia y que nos empuja imperiosamente hacia delante, nos lleva a recorrer caminos, a tener vivencias, a disfrutar o a sufrir. En realidad, da lo mismo una cosa que la otra, porque todo es engullido por esa punzante pasión de vivir, tanto mayor, como nos cuenta el autor, cuando uno proviene de una ciudad cerrada y parece sufrir de claustrofobia. Centrada en la figura de Claudio Rivero, un «errante» a la vieja usanza, la novela se construye mediante el testimonio de aquellos que alguna vez se cruzaron con él en sus vagabundeos por Europa. Un periplo en apariencia sin sentido y

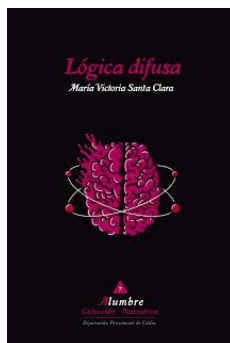
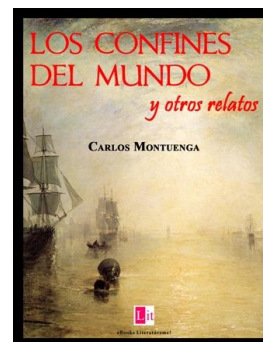
sin salida pero que, sin embargo, conduce a una respuesta, la que al final encontrará el protagonista. Por el camino, una maravillosa ocasión de reencontrarnos con ese estremecimiento de impaciencia que un día nos sobrecogió y también a nosotros nos impulsó a caminar hacia algún lugar.

Los confines del mundo y otros relatos

Carlos Montuenga

eBooks Literatúrame, 2013

El extraño comportamiento de los viajeros en un tren del que no es posible bajarse, el estupor de un joven físico que cree haber desvelado la verdadera naturaleza del cambio climático, la belleza turbadora de una princesa omeya en la Córdoba del siglo XII o las peripecias de un ser enigmático que deambula por nuestro mundo sin terminar de entender a los humanos.... En los relatos de Carlos Montuenga se entrecruzan un sinfín de historias insólitas, que invitan al lector a dejar atrás lo conocido y aventurarse en un territorio incierto, donde las ideas trilladas no le ayudarán a orientarse.



Lógica difusa

María Victoria Santa Clara

Editorial Alumbra, 2012

El mundo a menudo se nos revela bajo apariencias engañosas. Tras el orden se esconde siempre el caos. En el lenguaje, que es como decir en la realidad, las leyes más aparentemente incuestionables presentan límites borrosos y lógicas difusas. Y la física cuántica, para colmo, ha venido a demostrar que quizás ni siquiera existamos. Estas turbadoras certezas (o incertidumbres) que la ciencia y la filosofía moderna (o posmodernas) han puesto sobre la mesa conforman la premisa desde la que una jovencísima autora articula este inquietante conjunto de micro-relatos, género emergente por excelencia que se presta como ningún otro a retratar los tiempos inciertos

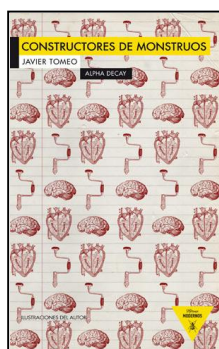
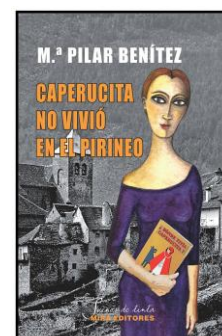
que vivimos, la muerte de los grandes relatos, la crisis de las significaciones y la deriva de la racionalidad.

Caperucita no vivió en el Pirineo

M^a Pilar Benítez

Mira Editores, 2013

Dieciséis relatos en los que el Pirineo, su imaginario colectivo y el protagonismo de la mujer en ese espacio se convierten en materia literaria y en elementos capaces de dialogar en igualdad de condiciones con otros universos más conocidos. Este proceso de literaturización del Pirineo como lugar (des)vivido no sigue patrones costumbristas y realistas, sino que busca cauces de expresión poco convencionales que invitan al lector a la reflexión y a la participación en el propio acto creativo, sobre todo a través de frecuentes desenlaces abiertos, truncados y enigmáticos, que permiten la reinterpretación constante de la realidad contada y la (de)construcción de sus protagonistas. En esta invitación permanente a la reflexión y a la reinterpretación de lo narrado, no faltan, sin embargo, elementos para entender el contexto histórico, social y cultural en el que se desarrolla cada una de las historias contadas. Menos aún, para averiguar, desde una lectura global, compartida y creativa por qué *Caperucita no vivió en el Pirineo*.



Constructores de monstruos

Javier Tomeo

Editorial Alpha Decay, 2013

En su nueva novela, Javier Tomeo, a medio camino entre Buñuel y Mary Shelley, vuelve a su territorio más querido y personal: los monstruos. Monstruos por exceso, monstruos por defecto, monstruos como camino de perfección, aprendizaje del otro y de las diferencias biológicas que nos hacen más humanos. Amor al otro, amor a las asimetrías, amor al prójimo por mucho que no cumpla las normas del orden establecido, normas que a su vez Tomeo cuestiona. *Constructores de monstruos* puede interpretarse como una metáfora del sutil proceso creativo de la propia ficción que Tomeo construye y revisa, hasta obtener el monstruo-novela en su quintaesencia. Ésta es la

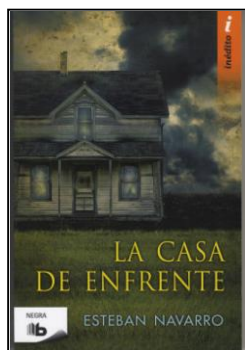
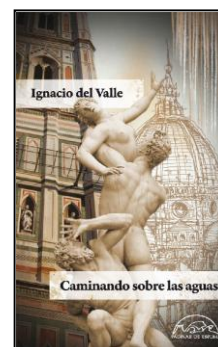
historia de dos constructores de monstruos, en una realidad paralela y siniestra a la que Tomeo se acerca desde su especial sentido del humor, negrísimo y goyesco. Alpha Decay publicó la colección de cuentos *Los nuevos inquisidores* y la reedición de *Los enemigos*, y ahora, fiel a Tomeo, presenta esta novela inédita que está destinada a convertirse en una pieza canónica de su imaginario.

Caminando sobre las aguas

Ignacio del Valle

Editorial Salto de Página, 2013

¿Qué tienen en común un doble de Lorenzo di Medicis, un francotirador o un astronauta perdido en el espacio? ¿Qué comparten la Florencia renacentista, el frente ruso o un bosque fantástico? ¿Dónde convergen tu historia y la Historia? Los personajes y los cuentos de Ignacio del Valle se sitúan en la encrucijada en la que todos nos vemos envueltos, en la que caminamos sobre las aguas del tiempo y de nuestra época. En ese punto de encuentro comprendemos «que aquel era uno de esos días vírgenes, hasta que llega un hijo de puta y lo convierte en Historia». Libro directo, desnudo, audaz, en ocasiones visceral, Del Valle no rehúsa descender a los infiernos, mostrarnos lo que no queremos ver de nuestra Historia. De tu historia.



La casa de enfrente

Esteban Navarro

Ediciones B, 2012

El pequeño pueblo costero de Roquesas de Mar se ve conmocionado por la desaparición de una de sus vecinas: la joven Sandra López, de dieciséis años de edad. Cuando hallan el cadáver de la muchacha, horriblemente mutilado, todos sospechan de Álvaro Alsina como el autor del crimen. La biempensante sociedad local comienza una caza de brujas culpando del crimen a Álvaro, al mismo tiempo que se va tejendo una tupida red de engaños en torno a su persona, con el único fin de incriminarlo. Esteban Navarro (Moratalla, Murcia, 1965) ha recibido el I Premio de novela corta Katharsis por la novela *El Reactor de Bering* y el I Premio del Certamen de

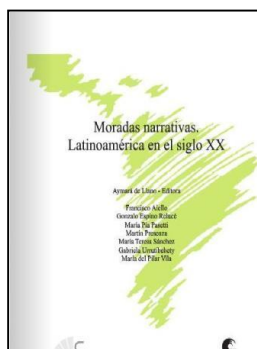
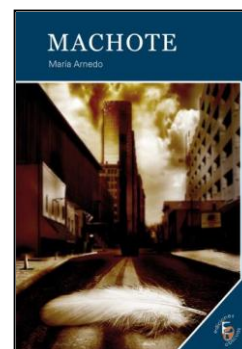
Novela San Bartolomé-José Saramago, con la obra *El buen padre*. Su novela *La casa de enfrente* se situó en los primeros puestos de las listas de más vendidos de Amazon desde su publicación.

Machote

María Arnedo

Ediciones Oblicuas, 2012

Manolo es un tipo de lo más vulgar. Rechoncho, bajito, con una incipiente calvicie, un canario que hace tiempo dejó de cantar y un trabajo insustancial a las órdenes del cafre de su jefe. Amante de los dichos y refranes, intenta seguir su vida con resignación y, ante todo, orden y sistema. El equilibrio del pequeño universo de Manolo se rompe cuando, tras el hallazgo de una enigmática moneda, se convierte en portador de un gran secreto. María Arnedo nos relata en esta desternillante historia las tribulaciones de un hombre que no encuentra lugar en el mundo industrializado. En clave de humor y con un estilo audaz, nos invita a reflexionar sobre las sempiternas cuestiones de la identidad, los límites de la libertad y la necesidad de los sueños.



Moradas narrativas: Latinoamérica en el siglo XX

VV.AA.

Universidad Nacional de Mar del Plata - Editorial Martín, 2012

Moradas narrativas: Latinoamérica en el siglo XX es el título del libro que coordinó Aymará de Llano y acaban de editar la Universidad Nacional de Mar del Plata y la editorial Martín. El volumen, que se presenta en formato digital, se constituye a partir de artículos de ocho investigadores argentinos y latinoamericanos que recorren la obra narrativa de autores del subcontinente. Los trabajos que se presentan están centrados en la producción literaria de la segunda mitad del siglo XX, aunque también encuentra allí su lugar Felisberto Hernández «puesto que, si bien su producción es anterior, presenta rupturas comunes a la obra de los otros autores seleccionados», señala de Llano en la presentación del volumen. Entre los escritores que son motivo de ocupación aparecen nombres ya clásicos en la literatura, como el ya mencionado uruguayo Felisberto Hernández, el guatemalteco Augusto Monterroso, el mejicano Sergio Pitol o los chilenos Roberto Bolaño y Pedro Lemebel, como un interesantísimo rescate de otros que trabajan alejados e incluso enfrentados con el ca-

non hegemónico.

Manual para enamorarse

Mónica Lavín

Editorial Menoscuarto, 2013

La escritora mexicana Mónica Lavín, autora de referencia de la literatura contemporánea de su país, acaba de publicar en Menoscuarto su libro de relatos *Manual para enamorarse*. Se trata del primer título que publica un sello español a Mónica Lavín, una de las narradoras más laureadas de México, que recopila en *Manual para enamorarse* doce cuentos de tono agri dulce, con el protagonismo de la invención del amor y del mito de la felicidad como auténticas armas de supervivencia de la vida cotidiana actual. En este volumen de relatos, un poeta se enamora de las piernas de una vedette, una llamada de teléfono equivocada solivianta a una mujer celosa, una joven pareja y un hombre maduro descubren en una comuna otras formas de felicidad... La serie de personajes obsesivos que dibuja Mónica Lavín resulta un espejo profundo en donde poder mirarse, tratando acaso de encontrar el complemento posible o imposible que anhelamos.



Memoria de la inocente niña homicida

Isabel Cambor

Editorial Pre-Textos, 2012

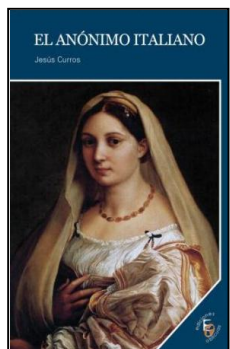
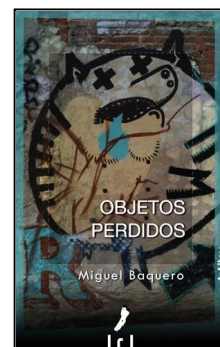
23 de febrero de 1981. Un pueblo castellano enclaustrado entre cordilleras. Elena, de siete años de edad, asiste como cada lunes a su clase de catequesis. Inesperadamente, Elena y sus compañeros son instados a salir del aula y regresar cuanto antes a sus casas. Un golpe de Estado se está produciendo en ese momento en el país. Durante su vuelta a casa un suceso repentino y fortuito condicionará involuntariamente la forma en que, a partir de entonces, deberá resolver cualquier acontecimiento inoportuno que se le presente. Principios de octubre de 1992, Madrid. Elena emprende su etapa universitaria en un colegio mayor. Han pasado once años en los que se ha visto obligada a enfrentarse a la vida de una forma distinta. Ahora debe hacerlo nuevamente y, muy a su pesar, se ve obligada a seguir actuando de manera implacable. *Memoria de la inocente niña homicida* es una novela dulce y amarga, trágica y cómica, incluso quijotesca. Es un relato en el que el amor, la ofensa, la nostalgia, la soledad, la realidad más atroz y la candidez más conmovedora van alternándose de forma completamente aleatoria mientras una tensión poderosa va apoderándose gradualmente de la historia.

Objetos perdidos

Miguel Baquero

LcLibros.com, 2012

Esta es una pequeña tragedia de nuestros días, o una comedia, o cualquiera de las dos cosas, pues así están mezclados los tonos en la vida cotidiana. Escrita con un humor y una agilidad extraordinarios, el pequeño drama del protagonista: un hombre al que se le van derrumbando todos los sueños, se nos muestra al cabo como una invitación a construir otros, a seguir avanzando aunque sea en dirección contraria. «Miguel Baquero es uno de esos escritores que andan recuperando el buen narrar y el mejor decir de las letras españolas, aplicando la plantilla de la picaresca a las cosas que ahora mismo pasan en la calle; esto es, entreverando humor y miseria». (Alberto Olmos, escritor).



El anónimo italiano

Jesús Curros

Ediciones Oblicuas, 2013

Un sorprendente hallazgo en la herencia pictórica de un conocido empresario suizo es el punto de partida de esta apasionante novela histórica. Se trata de un cuadro anónimo datado en 1441 cuya excepcionalidad derrumba muchas de las hipótesis sobre la evolución artística que conduce al Renacimiento. Inmediatamente, la acción nos sitúa en los albores del s.xv en la Toscana, donde un campesino adolescente sorprende a todo aquel que logra ver los dibujos que es capaz de esbozar con solamente una tiza. Paolo Maseto pronto decide que dedicará su vida a desarrollar esta afición que le apasiona; y curiosamente, la fuerza que alimentará esta dedicación será la otra gran pasión de su vida: el amor que siente por la hija de uno de los grandes enemigos de su familia, la bellísima Isabeta.

En la orilla

Rafael Chirbes

Editorial Anagrama, 2013

El hallazgo de un cadáver en el pantano de Olba pone en marcha la narración. Su protagonista, Esteban, se ha visto obligado a cerrar la carpintería de la que era dueño, dejando en el paro a los que trabajaban para él. Mientras se encarga de cuidar a su padre, enfermo en fase terminal, Esteban indaga en los motivos de una ruina que asume en su doble papel de víctima y de verdugo, y entre cuyos escombros encontramos los valores que han regido una sociedad, un mundo y un tiempo. La novela nos obliga a mirar hacia ese espacio fangoso que siempre estuvo ahí, aunque durante años nadie parecía estar dispuesto a asumirlo, a la vez lugar de uso y abismo donde se han ocultado delitos y se han lavado conciencias privadas y públicas. Heredero de la mejor tradición del realismo, el estilo de *En la orilla* se sostiene por un lenguaje directo y un tono obsesivo que atrapa al lector desde la primera línea volviéndolo cómplice.



El embrujo de una rubia platino

José Antonio Prades

eBooks Literatúrame, 2013

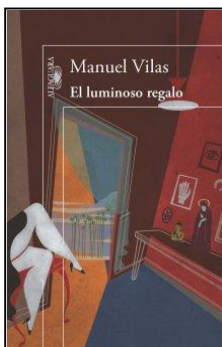
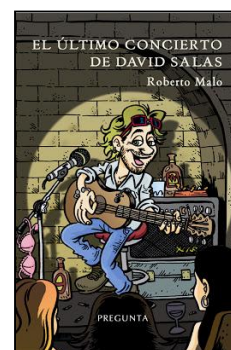
Fascinado por el mito y la historia de don Juan, José Antonio Prades dedicó año y medio a la escritura de esta novela, que parte de la investigación de las interpretaciones ya clásicas de dicho mito (Molière, Mozart, Tirso, Byron, Zorrilla, incluso Torrente Ballester), para construir una pirueta contemporánea del mismo, en clave un tanto esotérica y un poco humorística. La historia de un irredento don Juan, condenado eternamente a las conquistas femeninas. *El embrujo de una rubia platino*, José Antonio Prades constituye la segunda entrega de sus obras incluidas en una recopilación del propio autor, cuyos sucesivos volúmenes irán apareciendo próximamente.

El último concierto de David Salas

Roberto Malo

Pregunta ediciones, 2013

«Las canciones y poemas que aparecen en esta historia pueden herir la sensibilidad del lector menos sensible del mundo». Sexo, drogas y canción de autor. El gran concierto del único cantante que se atreve a afirmar «decididamente, no sé cantar». El espectáculo final que catapultará a David Salas al oasis de los elegidos... o al sueño de los olvidados. Roberto Malo (Zaragoza, 1970) es escritor, cuentacuentos y animador sociocultural. Ha publicado, entre otras obras, los libros de relatos *Malos Sueños* (2006) y *La luz del diablo* (2008), y las novelas *Maldita novela* (2007), *La marea del despertar* (2007, 2012), *Los guionistas* (2009, 2012) y *Asesinato en el club nudista* (2011).



El luminoso regalo

Manuel Vilas

Editorial Alfaguara, 2013

Víctor Dylan es un escritor de éxito que campa a sus anchas por una España prosaica y vulgar. Devoto del sexo y poseedor de un don maligno, un luminoso regalo, un irresistible magnetismo que atrae irremediabilmente a las mujeres hasta su cama, su vida da un giro tras su encuentro con Ester, la Bruja, «una incandescencia carnívora que vuelve locos a los hombres». Esta milagrosa aparición lo pone frente a un reflejo de sí mismo, más duro y más perverso, y es el inicio de una relación apocalíptica que lo conducirá a una ansiada y profética destrucción. El lector, convertido en voyeur, descubre los recovecos más oscuros e íntimos de un puñado de personajes desbocados,

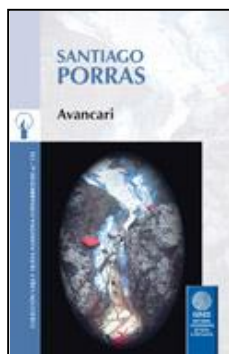
procaces y entregados al sexo. Entrelazando diversos niveles de ficción, Manuel Vilas revisa de forma paródica la naturaleza del amor y el erotismo, que cobran una dimensión mística. Con banda sonora de Dylan (quien inspira el nombre artístico del protagonista) y una lúcida invocación de grandes obras como *2001. Una odisea del espacio* o *Cumbres borrascosas*, la historia de la locura de Víctor Dylan parece la más sincera y desgarrada de las confesiones. ¿Una visión lúcida o alucinada del mundo?

Les ruego que me odien

Guillermo Roz

Editorial Musa a las 9, 2013

Juan y Elsa han nacido en dos familias hermanadas, casi idénticas. Los unen las mismas costumbres, la alta sociedad y los valores de una moral intachable: Dios, patria y hogar. Sus padres, directores de la Sociedad Filantrópica de Quilmes, acuerdan desde su nacimiento que serán marido y mujer tras el colegio secundario, para representar en ese matrimonio la continuidad de su modelo social y económico. Juan está encantado con este modelo, pero Elsa no. En la adolescencia aparece Leticia, con quien Juan se siente comprendido y querido, mientras espera el cumplimiento del acuerdo familiar y su verdadero amor: Elsa. Años después, Juan y Elsa, ya casados, se reúnen junto a todos los ex compañeros del colegio secundario en un parque de atracciones donde la tragedia en forma de accidente da un giro al reencuentro. La historia nos lleva nuevamente a varios años más tarde, cuando Juan se reencuentra por casualidad con Leticia. Ella busca casa con su pareja por el barrio donde viven Juan y Elsa. El rencor arrastrado presagia una vecindad poco cordial: el comienzo de un final vertiginoso, no exento de escenas atroces, muestra de cuánto se puede hacer por amor y desamor.



Avancari

Santiago Porras

Editorial UNED, 2012

En *Avancari*, Santiago Porras se estrena como novelista y nos regala la historia ya mítica de la mina tres hermanos en Abangares. Un episodio detonante de nuestra historia. Una novela largamente anticipada escrita finalmente por el autor idóneo para ella. «Porras, originario de Abangares y apasionado por el tema, empezó una investigación acerca del motín ocurrido en 1911 en la mina Tres Hermanos y el trasfondo de la actividad que, durante los años cercanos al incidente, alcanzó grandes dimensiones. (...) La novela, que tomó 10 años de trabajo intermitente, opta por un estilo narrativo poco usual. No es una narración homogénea, sino que se estructura a través de las diferentes voces y actores involucrados en los eventos. Lo narrado y los personajes oscilan entre verdad y mito». (Luis Fernando Vargas Vega)

Un publicista en apuros

Natalia Moret

Editorial Mondadori, 2012

Todo lo que se puede esperar de una novela que arranca así no sólo se cumple, supera cualquier expectativa. Con teorías tan delirantes como realistas, *Un publicista en apuros* devela una trampa mucho más amplia que la de su propio argumento y le sirve a su autora para describir de forma cruda y brutal la vida de un sector de nuestra sociedad. «Una Buenos Aires dura, compulsiva e intensa. El primer libro de una autora que anuncia un proyecto ambiciosamente auspicioso para la literatura argentina. Una novela para pasarla bien.» (Jorge Asís). «El rigor de una lengua alucinada. Increíblemente obscena, de gran atrevimiento, sostenida con gracia y malignidad.» Horacio González.



Otros reinos

Rodrigo Soto

Zut Ediciones, 2012

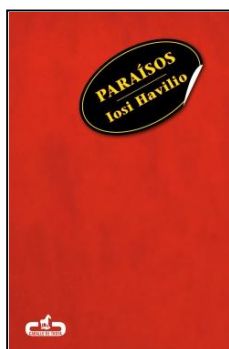
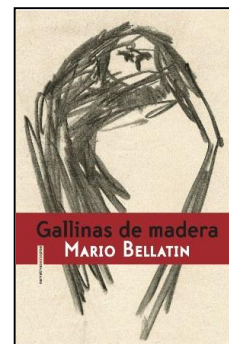
Otros reinos recoge una selección de cuentos, escogidos por el autor, de los tres libros de este género que Rodrigo Soto ha publicado en su país hasta la fecha: *Mitomanías* (1983), *Dicen que los monos éramos felices* (1995) y *Floraciones y desfloraciones* (2006). En estos relatos, los personajes se ven ante disyuntivas morales o existenciales de las que no son plenamente conscientes, y en las que deben elegir ignorando o apenas entreviendo las consecuencias de su elección. Cualquier semejanza con la realidad es fortuita.

Gallinas de madera

Mario Bellatín

Editorial Sexto Piso, 2013

En *Gallinas de madera* confluyen dos textos que giran en torno a dos de los grandes escritores del siglo xx: Bohumil Hrabal y Alain Robbe-Grillet. En el primero, titulado «En las playas de Montauk las moscas crecen más de la cuenta», un hombre prueba el ácido lisérgico en la ciudad de Berlín, y se siente decepcionado en la Alexanderplatz al considerar que acaba de ser objeto de un timo. De pronto pasa una mujer con un perro en brazos que abre la mandíbula de manera descomunal, y entonces se da cuenta de que quizá no fue tan engañado como pensaba. En ese momento irrumpen en su cabeza unas aves de rapiña que esclavizan a un hombre que se les ha ofrecido voluntariamente; esta historia formaría parte de *Gallinas de madera*, el texto de Hrabal que quedó inconcluso luego de que se tirara por la ventana de la institución mental donde pasó recluso sus últimos años. Le sigue «En el ropero del señor Bernard falta el traje que más detesta», donde Bellatín narra sus paseos con el señor Bernard —trasunto de Robbe-Grillet—, con quien Mario Bellatín sostuvo uno de sus últimos diálogos públicos antes de su muerte. Abrumado por la ocasión, Bellatín tomó frases de la autobiografía de Robbe-Grillet como si fueran reflexiones propias, y a partir de esa comunión de ideas inducida logró convertirse en espectador de lujo de una exposición sobre lo mejor de la literatura francesa del siglo xx. Con su inconfundible estilo, en este relato testimonia aquel encuentro; poco tiempo después se enteró de la muerte del escritor francés mientras llevaba a cabo tareas propias de su profesión de agrónomo.



Paraísos

Iosi Havilio

Editorial Caballo de Troya, 2013

Algunas veces (pocas) conviene ser modestos, ceder la palabra a voces más autorizadas que la propia y con gesto de falsa humildad chupar el valor de cambio de prestigio ya homologados en el universo cultural. Sucede además que estamos muy de acuerdo con lo que dicen Beatriz Sarlo, la gran diosa blanca de la crítica argentina, Martín López Navia, sin duda la más transparente voz crítica de la cazuela literaria española, y Fabián Casas, uno de los escritores más sólidos a este y al otro lado del Atlántico, así que la ocasión la pintan calva: les cedemos la palabra para que, de contrabando, se oiga la nuestra. O sea: «"Pasión y pasividad. Havilio encontró el tono

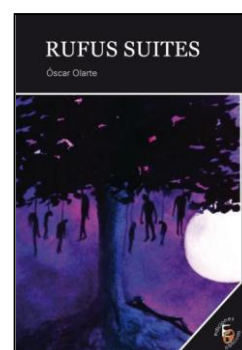
justo y el registro adecuado para contar lo extremo. *Paraísos* transcurre en una irresistible normalidad fantasmal». (Beatriz Sarlo).

Rufus Suites

Óscar Olarte

Ediciones Oblicuas, 2013

Rufus es un personaje indescrible que se pasea por los relatos que componen este libro para dejar una huella imborrable aunque ambivalente en sus páginas y en las mentes de los lectores que se atrevan a leerlo. Con un estilo provocadoramente surrealista e irónico, Óscar Olarte construye composiciones narrativas en las que se reflexiona, desde un punto de vista cínico, abrasivo y desconcertante acerca de cuestiones filosóficas, metafísicas o identitarias mezcladas con la vida cotidiana. *Rufus Suites* es una de esas obras que no deja indiferente a nadie. De aquellas que tan orgullosos nos sentimos de editar en nuestra colección Narrativas Oblicuas y que, de un plumazo de originalidad, oxigenará el anquilosado panorama literario actual.



Las tres caras del triángulo

María Dubón

eBooks Literatúrame, 2012

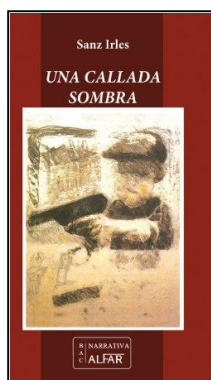
Las tres caras de un triángulo amoroso: marido, mujer y el amante de uno de ellos es la base del argumento de esta novela. Pero hay mucho más, la forma en que los personajes viven el papel que el triángulo les exige, saca lo mejor y lo peor de cada uno, les obliga a comprender, a hacer concesiones, a amar con mayor intensidad. También surgen los terribles celos, capaces de desencadenar la tragedia, de arrancar máscaras y de marcar otro rumbo a unas vidas para las que ya no queda futuro.

Intemperie

Jesús Carrasco

Editorial Seix Barral, 2013

Un niño escapado de casa, escucha, agazapado en el fondo de su escondrijo, los gritos de los hombres que le buscan. Cuando la partida pasa, lo que queda ante él es una llanura infinita y árida que deberá atravesar si quiere alejarse definitivamente de aquello que le ha hecho huir. Una noche, sus pasos se cruzan con los de un viejo cabrero y, a partir de ese momento, ya nada será igual para ninguno de los dos. *Intemperie* narra la huida de un niño a través de un país castigado por la sequía y gobernado por la violencia. Un mundo cerrado, sin nombres ni fechas, en el que la moral ha escapado por el mismo sumidero por el que se ha ido el agua. A través de arquetipos como el niño, el cabrero o el alguacil, Jesús Carrasco construye un relato duro, salpicado de momentos de gran lirismo. Una novela tallada palabra a palabra, donde la presencia de una naturaleza inclemente hilvana toda la historia hasta confundirse con la trama y en la que la dignidad del ser humano brota entre las grietas secas de la tierra con una fuerza inusitada.



Una callada sombra

Sanz Irles

Editorial Alfaro, 2012

A veces, la frontera entre la ideología y el fanatismo es tenue e insidiosa. Hay contextos históricos en los que algunos personajes dan pasos sin vuelta atrás mientras que otros consiguen escapar de la locura, aunque sea pagando un alto precio. En esos terrenos pantanosos, la ideología proporciona a veces coartadas para actitudes mezquinas y criminales: el integrismo revolucionario justifica el asesinato y una venganza por celos se camufla con una espuria ética política. En una trama de acción y de sospecha permanente, *Una callada sombra* cuenta la historia paralela de dos personajes crucificados por su momento histórico y cuyas vidas acaban convergiendo en un dramático final, único posible a una trama que mantiene atrapado al lector desde la primera página.

Y le regaló un jazmín

Blanca del Cerro

Ediciones Hades, 2012

Y le regaló un jazmín es una novela sencilla, llena de ternura y fácil de leer, en la que la autora nos conmueve con una historia que podría cruzarse por delante de nosotros y cambiar absolutamente el rumbo de nuestra vida. Un gesto, una circunstancia, una casualidad, un mínimo detalle, pueden imprimir un giro completo a una existencia aparentemente bien planificada. Eso es lo que ocurre en las vidas de los protagonistas de esta novela: Lorena y Lobito. Lorena es una espléndida mujer de 30 años, hermosa, despreocupada y coqueta, perteneciente a la alta sociedad, rodeada de todo aquello que pueda desear cualquier ser humano, y Lobito es un niño de 12 años, alegre, inteligente y perspicaz, habitante de un barrio obrero, cuya única preocupación hasta el momento ha sido aprobar, bandear las diversas dificultades que presenta su hogar y, especialmente, divertirse con sus amigos. Pero las vidas de Lorena y Lobito se cruzan un día en medio de una calle, por culpa de un perfume de jazmín, y ya nada será igual a partir de ese momento.



Vodka Helado

Guillermo Hernáiz

Editorial Sigueleyendo, 2012

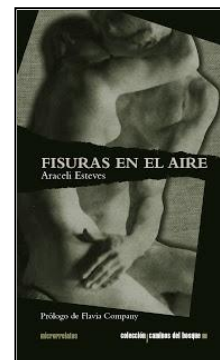
Él cree que Martín se las sabe todas, que es un ganador nato, y quiere construirse en ese modelo: putas, sexo, cocaína, un mundo que sólo tiene límites para los que no se animan a ser otra cosa, los perdedores. Pero la vida da muchas sorpresas. Como descubrirse que, en el fondo, ni el alma ni el cuerpo dan para saltarse todas las fronteras, y que, siempre en ese fondo, se puede ser un buen boy scout, aspirante a un modo de vida que, tal vez, pertenece a otra generación. *Vodka Helado* es una novela ácida, impiadosa, que desnuda las máscaras de la apariencia.

Fisuras en el aire

Araceli Esteves

Eugenio Cano Editor, 2013

La frontera entre realidad y fantasía, entre la vigilia y el sueño (o pesadilla), entre la vida y la muerte, entre la dimensión conocida y las desconocidas es muy fina. A través de esas pequeñas fisuras se puede pasar de una de estas realidades a otra. Nada escapa a la exploración de una autora que ha creado una pequeña cosmogonía que nos permite acercarnos al mundo con lentes de aumento que, a veces, distorsionan hasta ofrecer una nueva visión de lo de siempre. Araceli Esteves nació en Barcelona en 1960. Sus relatos han aparecido en la antología *Velas al viento* (editorial Cuadernos del Vi-gía) y *Mar de Pirañas* (editorial Menoscuarto), así como en prensa escrita de Latinoa-mérica y Estados Unidos.



Tras las sombras

Loli Alberio Gil

Bohodón Ediciones, 2012

Las del amor de su vida, Andy, y las de su abuelo Elio, caído en la Guerra Civil, dos desapariciones inconclusas y traumáticas que marcarían su existencia. La noche de Reyes de 2005 tiene lugar un auténtico milagro, a partir del cual se irán desencadenando otros acontecimientos que le llevarán al encuentro con la supuesta amante de su abuelo, Martina. Ella le desvelará, con toda crudeza, el horror que fue la guerra del 36 y los secretos que tanto le atenazaban. Así, la vida de Andrea dará un giro copernicano, no sólo por las revelaciones de la anciana, sino por el hallazgo de lo que siempre esperó, lo que le proporcionará el coraje súbito para romper con cuantas

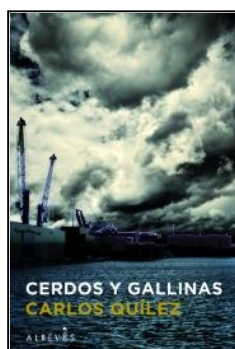
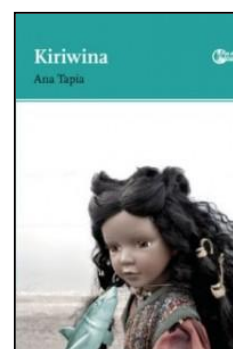
amarras le impidieron vivir y ser feliz. Pese a los nuevos obstáculos —la compleja ruptura con Álvaro y las consecuencias que ello desencadena—, después de tantas sombras, abrazará, por fin, el triunfo de la luz. O del amor. Es decir, el cumplimiento de una insospechada vida.

Kiriwina

Ana Tapia

Ediciones Fin de Viaje, 2012

Kiriwina es una isla en el Océano Pacífico. Hasta allí llegarán personajes como el antropólogo Malinowski o un tiburón al que persiguen una chica —que siente hacia él una fuerte atracción— y un cazador a sueldo, empeñado en matarlo. Esta es una de las múltiples tramas que Ana Tapia propone en sus microrrelatos, cargados también de otras criaturas como licántropos, videntes, soldados tristes, monstruos metálicos y pájaros atemorizados por niños. Como la misma autora explica en el prólogo, *Kiriwina* es como una bolsa de canicas donde encontraremos series del mismo color, historias transversales con una trama común que sorprenderán al lector. Siguiendo la estela oceánica del tiburón, la escritora nos lleva por escenarios dispares, explorando de forma emocionante el concepto de otredad.



Cerdos y Gallinas

Carlos Quílez

Editorial Alrevés, 2012

La periodista Patricia Bucana (protagonista en otra novela del autor) se lanza a la apasionante misión de desentrañar la verdad en un mundo marrullero, confuso y podrido en el que nada es lo que parece ni nada es lo que debería ser. Sus averiguaciones y su implicación la empujan al precipicio, a las cloacas de la sociedad. *Cerdos y Gallinas* habla de corrupción policial y periodística, de un mundo gris de traiciones y mentiras. Nos sitúa en el punto exacto en el que están las relaciones entre jueces, policías, periodistas y la delincuencia organizada, tanto la de pistola en ristre, como la de cuello blanco. Es la novela más arriesgada de Carlos Quílez, escrita a borbotones,

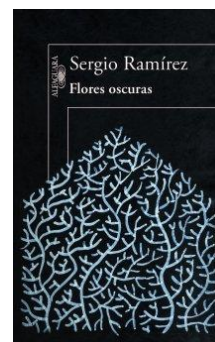
con la pasión de quien no entiende la vida de otra forma.

Flores oscuras

Sergio Ramírez

Editorial Alfagurara, 2013

«Hay cosas que ocurren una sola vez en la vida.» El juez y su Conciencia, la sin par Mireya y el tragafuegos Luzbel, el Duende que Camina hacia el trono de la calavera, el petimetre y el diablo, el último combate del minimosca Gavilán, la suerte del exguerrillero Trinidad, alias «el Comandante»... En *Flores oscuras*, cada personaje batalla contra sus propios conflictos y esconde sus propios secretos. A medio camino entre la crónica periodística y el cuento, Sergio Ramírez se asoma a los misterios del alma humana en doce sorprendentes relatos llenos de colores vivos y negras sombras. «Sergio Ramírez se mueve como pez en el agua en el dominio del relato, escribiendo cuentos que no se cansan de sacarle punta al lápiz de la vida, adoptando enfoques insólitos —que acaban convirtiendo en sorprendente un suceso banal— y aclimatando con suma habilidad el humor a las catástrofes cotidianas». (Javier Aparicio).



Las poseídas

Betina González

Editorial Tusquets, 2013

Una chica nueva, Felisa Wilmer, ingresa en un colegio religioso para niñas en la zona norte de Buenos Aires. Recién llegada de Londres, Felisa se convierte en el centro de atención por su actitud rebelde y su mal comportamiento, rodeada además por el aura «poética» que le dan sus aficiones artísticas, su perfecto inglés y su carácter tan impenetrable como independiente. Al menos así la ve López, la narradora, que no tardará en hacerse amiga suya. Las dos chicas viven entre las leyendas más o menos escabrosas que se cuentan en voz baja sobre el pasado del colegio, y algunos «peligros» más reales que se encuentran en sus cercanías. Pero poco a poco López irá

descubriendo la historia de Felisa, que vive con su abuela después de la muerte de su madre en un accidente, y las razones de su comportamiento excéntrico y suicida, como si estuviera «poseída» por personas de su entorno.

La ridícula idea de no volver a verte

Rosa Montero

Editorial Seix Barral, 2013

Cuando Rosa Montero leyó el maravilloso diario que Marie Curie comenzó tras la muerte de su esposo, y que se incluye al final de este libro, sintió que la historia de esa mujer fascinante que se enfrentó a su época le llenaba la cabeza de ideas y emociones. La ridícula idea de no volver a verte nació de ese incendio de palabras, de ese vertiginoso torbellino. Al hilo de la extraordinaria trayectoria de Curie, Rosa Montero construye una narración a medio camino entre el recuerdo personal y la memoria de todos, entre el análisis de nuestra época y la evocación íntima. Son páginas que hablan de la superación del dolor, de las relaciones entre hombres y mujeres, del esplendor del sexo, de la buena muerte y de la bella vida, de la ciencia y de la ignorancia, de la fuerza salvadora de la literatura y de la sabiduría de quienes aprenden a disfrutar de la existencia con plenitud y con ligereza. Vivo, libérrimo y original, este libro inclasificable incluye fotos, remembranzas, amistades y anécdotas que transmiten el primitivo placer de escuchar buenas historias. Un texto auténtico, emocionante y cómplice que te atrapará desde sus primeras páginas.



Salvo la culpa

Santiago Casero González

Editorial Intangible, 2013

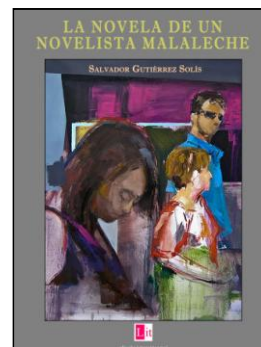
Aníbal, un funcionario gris que ni siquiera tiene apellido, recibe un misterioso encargo de su gobierno: debe tomar un tren y dirigirse a una lejana región del país con una misión imprecisa que todavía no puede saber. Cuando llega a su destino, descubre que el lugar a donde lo han enviado es una ciudad en un inmenso cráter en el que una población resignada vive allí por motivos que no tardará en comprender. De la misma manera que se irá conociendo poco a poco la verdadera razón por la que Aníbal se encuentra en esos confines.

La novela de un novelista malaleche

Salvador Gutiérrez Solís

eBooks Literatúrame, 2013

Germán Buenaventura, un escritor de provincias hipócrita, fracasado y malaleche, recibe una llamada telefónica que va a cambiarle su vida: el cacique de la ciudad, el millonario oficial, el todopoderoso patrón don Arturo Ballesteros, tiene un encargo para él. Acompañando a Germán Buenaventura en sus disparatadas peripecias, el lector descubrirá que esta novela es, principalmente, un crisol de parodias: de géneros literarios, de novelas y películas famosas, de la arraigada incultura e intolerancia que sobreviven en algunos sectores sociales y poderes fácticos, del vanidoso y mediocre mundillo literario, de la estupidez humana en general. Novela que se sumerge voluntariamente en los tópicos más comunes, al tiempo que enlaza con tradiciones como la novela picaresca, el esperpento o el tremendismo, para expresar con descaro y humor el grotesco comportamiento humano.



La fragilidad de los cuerpos

Sergio Olguín

Editorial Tusquets, 2013

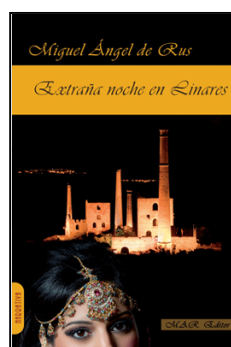
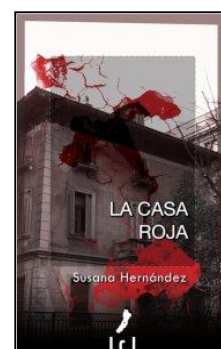
Un conductor de trenes se suicida y deja una carta en la que pide perdón por su responsabilidad en la muerte de cuatro personas. Las ambiguas referencias a un niño entre las víctimas llaman la atención de Verónica Rosenthal, la implacable redactora de la revista *Nuestro Tiempo*. Periodista de raza, apasionada defensora de la verdad y la justicia, fumadora empedernida, con especial debilidad por las bebidas alcohólicas y los hombres casados, Verónica no detendrá su investigación ante nada. Mucho menos ante los criminales y políticos corruptos con los que tendrá que enfrentarse. Pero Verónica descubrirá mucho más que una trama siniestra: se enfrentará al lado más oscuro de sus deseos junto a Lucio, un maquinista dispuesto a seguirla en los laberintos de un juego sadomasoquista de imprevisibles consecuencias. Una trama policial de ritmo trepidante, una historia de amor loco y un universo de personajes inolvidables, en la que los cuerpos —amados, perdidos, asesinados— ocupan un lugar preponderante.

La casa roja

Susana Hernández

LcLibros.com, 2013

Esta es la historia de tres generaciones de mujeres marcadas por hechos terribles, hechos que parecen gravitar en torno a un lugar, la casa roja, del que todas huyen pero hacia el que todas siente, sin embargo, una atracción hipnótica que, al cabo del tiempo, las empuja a volver. «Somos una estirpe violenta», dice una de las protagonistas; y *La casa roja* es la historia de ese destino de sangre y violencia que parece estar marcado irremediabilmente para estas mujeres. Narrada con el estilo conciso, con preponderancia del diálogo en apariencia ágil y sencillo pero cargado de profundidad que ya nos sorprendió en *La puta que leía a Jack Kerouac*, esta novela de Susana Hernández, galardonada con un premio de narrativa, es una apuesta de gran peso literario sobre cómo narrar una historia sin aditamentos innecesarios y directamente a la sensibilidad del lector. No en vano contiene, escritas con la mayor austeridad, algunas de las escenas más escalofriantes con que el lector se haya encontrado. Premio Ciudad de Sant Adrià de Besòs 2005 de novela corta.



Extraña noche en Linares

Miguel Ángel de Rus

M.A.R. Editor, 2013

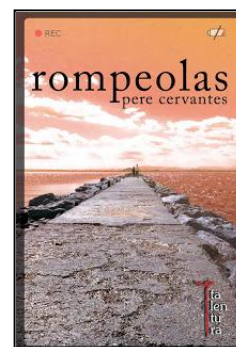
La realidad y la fantasía, lo que parece imposible introducido en nuestra vida cotidiana, desde el comienzo en una mina de Linares con reminiscencias de los sueños más perversos de Potocki o Nieva, hasta los amores de Jack Lemmon y Shirley MacLaine en las calles de París, se entrecruzan en *Extraña noche en Linares*. Nuestra vida se enreda en la de Tamara de Lempick, François Truffaut mientras rueda 451 Fahrenheit o en el amor naciente de dos estudiantes en una manifestación en Václavské náměstí, en una Praga que quiere ser revolucionaria. Como resultado, comprendemos la trascendencia de nuestra vida, somos un eslabón imprescindible en la cadena de la historia.

Rompeolas

Pere Cervantes

Editorial Talentura, 2013

La búsqueda de la identidad como elemento preciso para no sucumbir ante la vida, es el epicentro de esta novela. El primer día de primavera, en el ya desaparecido rompeolas barcelonés, un indigente de buena familia trata de pasar sus últimas horas, antes de inyectarse una dosis letal con la que acallar sus remordimientos. A escasos metros de la roca elegida, una mujer embarazada e ilegal está a punto de permutar sus sueños de inmigrante por una vida convencional. En el mismo paraje y usando un vehículo como atalaya, un joven estudiante de cine, atormentado por la incurable locura de la mujer que ama, elige su cámara para ser testigo de una inesperada confesión. Rompeolas es una novela a tres voces con sus respectivos puntos de vista y sensibilidades, en la que los tres personajes han subsistido sin saberlo a la espera de este día, interponiéndose entre ellos un secreto tan capaz de destruirles como de salvarles. La tensión aumenta a cada página, albergando el tesón de todos ellos por escarbar en las verdades que se callan y las mentiras con las que conviven.



La transmigración de los cuerpos

Yuri Herrera

Editorial Periférica, 2013

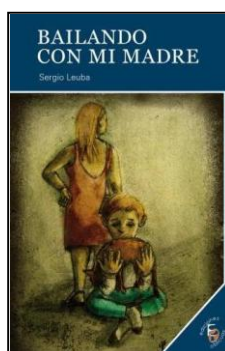
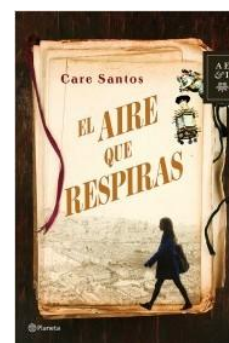
Una epidemia paraliza el país pero propicia, a su vez, el encuentro entre una mujer deseada, La Tres Veces Rubia, y un hombre que desea, El Alfaqueque. Las palabras de éste parecen conseguir, calmar o sanarlo todo: producen fascinación. Hay algo en él de mensajero y, también, de ángel sin espada. Su particular ética organiza el mundo, un mundo tan lleno de muerte como de contradicciones, donde por debajo de la muerte late, sin embargo, una pura vida que nada ni nadie podría enfangar de tan intensa. Un encargo llevará a El Alfaqueque hasta personas y lugares insospechados para los lectores, más allá de tugurios y tabernas, en una suerte de trama detectivesca que a la vez se incardina en los grandes mitos de la literatura desde los clásicos griegos. Tragedia, redención, familia, sexo y muerte son las claves de una historia escrita en estado de gracia, como todas las de Yuri Herrera, y que parece tan bíblica que nadie diría que pertenece al presente.

El aire que respiras

Care Santos

Editorial Planeta, 2013

Virginia acaba de heredar el negocio familiar: la librería Palinuro. Entre el montón de ejemplares, polvo y papeles que su padre acumuló, pronto aparece la historia de Carlota Guillot y la búsqueda de un libro, escurridizo y caprichoso, que formó parte de una de las bibliotecas particulares más sibaritas de la Barcelona napoleónica. Una historia prolongada a lo largo de las décadas más convulsas del siglo XIX en que la ciudad asistió, incrédula, a su mayor transformación: el derribo de las murallas y la urbanización de su paseo más emblemático, La Rambla. El aire que respiras es un canto de amor a los libros, pero también a la ciudad de Barcelona. Después de leer esta gran historia coral, la ciudad no volverá a ser la misma.



Bailando con mi madre

Sergio Leuba

Ediciones Oblicuas, 2013

Bailando con mi madre narra los recuerdos de un adulto que se ve obligado a ingresar a su madre, enferma de Alzheimer, en una residencia de ancianos. Frente a la vulnerabilidad con que la ve ahora, se contraponen esas vivencias de la infancia en que fue tratado por ella de manera gélida, déspota y totalmente carente de cariño. Sólo la efímera presencia de su abuela y de los animales domésticos (permanentemente maltratados por sus progenitores), en aquel ahora remoto hogar, lograba rescatarlo de las continuas humillaciones sufridas. En un continuo baile entre el presente y el pasado, Sergio Leuba nos destrenza un exquisito relato que mezcla, a partes iguales, la crudeza de una infancia desgraciada con la ternura propia de esta etapa de la vida.